

Gereon Goldmann

UN SEMINARISTA EN LAS SS

Un relato autobiográfico, Segunda Edición.

m
morgan

Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2011

- 1 INFANCIA FELIZ, NUBES DE TORMENTA
 - 2 EL HOMBRE DE LA CAMISA PARDA
 - 3 LOS «ECLESIAÍSTICOS»
 - 4 DESAFIANDO A LAS SS
 - 5 CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE
 - 6 LA FE DE LA HERMANA SOLANA MAY
 - 7 DESPUÉS DE TODO, ITALIA
 - 8 BAUTISMO DE FUEGO
 - 9 «LEVÁNTATE Y TRABAJA»
 - 10 EL INFIERNO DE LA GUERRA, LA PUERTA DEL CIELO
 - 11 VIÁTICO
 - 12 EL SARGENTO DIÁCONO
 - 13 «TEDESCO FURIOSO»
 - 14 LA TERRIBLE COSECHA DE LA GUERRA
 - 15 MANDARÁ A SUS ÁNGELES...
 - 16 EL PADRE GEREON
 - 17 UN VIAJE HACIA EL CAUTIVERIO
 - 18 EL CURA DE KSAR-ES-SOUK
 - 19 LA OPOSICIÓN NAZI
 - 20 UNA PESCA MILAGROSA
 - 21 LAS AUTÉNTICAS FAUCES DE LA MUERTE
 - 22 UNA MUJER CON ASPECTO DE REINA
 - 23 LA SEMILLA DEL CAMPO
 - 24 ESO ES ORACIÓN
- EPÍLOGO
- Apéndice

1 INFANCIA FELIZ, NUBES DE TORMENTA

En apariencia, parecía sorprendente que algún día yo llegara a ser sacerdote. Aunque mis padres eran profundamente religiosos, e inquebrantables en el mantenimiento no solo de un ambiente piadoso sino también de su realidad, mi infancia fue tal, que ¡solamente Dios pudo hacer de mí un sacerdote!

Mi padre había nacido en Fulda, una ciudad que durante siglos fue considerada el baluarte de la fe católica en Alemania. Su patrón es el Apóstol de Alemania, San Bonifacio, cuyos restos reposan en el interior de la catedral barroca. Mi madre había nacido en el norte, en Hümling, una zona conocida también por la fuerza de su fe. Mi abuelo materno era médico y, durante varias generaciones, la familia de mi padre había mostrado cierta tendencia hacia la práctica de la medicina. Aunque mi padre no era médico, en una zona esencialmente dedicada a la agricultura y a los animales, el ejercicio de la veterinaria era tan importante para sus habitantes como la atención de los doctores.

En 1919, cuando yo contaba tres años, mi padre nos trasladó a Fulda desde la pequeña ciudad de Ziegenahin, en Essen, donde yo había nacido mientras él luchaba en el frente occidental.

Este regreso a Fulda fue el comienzo de una infancia alegre y generalmente feliz. En aquella época mi padre trabajaba mucho en su profesión. Se pueden seguir las huellas de su prosperidad a lo largo de los años por los cambios que en los medios de transporte le procuraron su buena suerte y un trabajo esforzado: primero se trasladaba en bicicleta, luego en un carricoche de caballos, y a continuación, en una increíble y ruidosa motocicleta que anunciaba sus idas y venidas por las laderas de las montañas. El último vehículo que empleó para sus visitas fue un automóvil, que, llamado acertadamente «Vagabundo» por sus fabricantes, era lo bastante grande para todos los niños... entonces éramos siete varones sin que, desgraciadamente, hubiera niñas. Y acompañábamos entusiasmados a Padre en sus recorridos por

los campos donde inspeccionaba a los rebaños de ovejas que se criaban en ellos.

Como hijos de veterinario, nos interesaba especialmente todo lo que vivía y se movía. Los recintos de las granjas que mi padre visitaba eran lugares inundados de un olor misterioso, oscuros pero acogedores, con numerosos rincones secretos, perfectos para el escondite y la diversión de los muchachos.

Los campos abiertos eran nuestro terreno de recolección, pues éramos incapaces de resistirnos a cualquier cosa que se moviera. Recordando su propia infancia, Padre aprobaba sonriendo, aunque en secreto, nuestra colección de pájaros, gatos, cachorros de perro, serpientes, peces, salamandras, ardillas y todo lo que pudiéramos obtener con una sola excepción: teníamos prohibido molestar, intentar atrapar e incluso tocar a los cervatillos, pues, aunque nuestros ciervos eran tan mansos como animales domésticos, aquellas criaturas no sobrevivían en cautividad. Podíamos proporcionarles comida en los inviernos rigurosos, pero eso era todo.

Fuera de esto, y a pesar de las horrorizadas protestas de Madre, las cajas y las jaulas que fabricábamos para los animales estaban continuamente ocupadas. Si los animales no bastaban para probar su enorme paciencia, creo que las colecciones de piedras resolvían el problema. Ahora comprendo el trabajo que significó atender una casa repleta de chiquillos todos varones, llenos de imaginación y de buena salud, y de edades tan próximas como para que los mayores indujeran a los más pequeños a toda clase de diabluras. Al no tener hijas que la ayudaran o la apoyaran, Madre hizo un trabajo realmente admirable. Por otra parte, no protestaba cuando intentábamos llenar la casa con piedras y animales, nos permitía fabricar jaulas para ellos y vigilaba la construcción de armarios con cerraduras y placas con los nombres de cada uno de nosotros.

Además de los numerosos viajes con Padre, los chicos hacíamos dos recorridos anuales con las facturas por los pueblos de los alrededores, esperando reunir y llevar a casa algún dinero. Nos sentíamos entusiasmados ante tal responsabilidad y nos inventábamos grandes peligros para hacerla aún mayor. Imaginábamos ladrones

escondidos en los bosques esperando sorprendernos, agarrarnos y arrebatarnos el dinero..., incluso quizá ¡secuestrarnos y convertirnos también en ladrones!

Con el tiempo, aprendimos cuáles eran los granjeros que nos daban la bienvenida con algo de comida, y quiénes nos echaban y quiénes no, cuando conseguíamos probar algunas de las dulces manzanas que caían prácticamente de sus bien cargados árboles.

Nos entreteníamos recitando en alta voz frases en latín, y algunas veces en el griego y el francés que habíamos aprendido en la escuela. En realidad, lo hacíamos para impresionar a los que nos oían, sin preocuparnos ni saber que nos servía para mejorar nuestra pronunciación y el dominio de las lenguas extranjeras. Me figuro que si alguien nos hubiera indicado que aquellas prácticas nos beneficiaban, las habríamos abandonado inmediatamente.

También nos divertíamos gastando bromas tales como preguntar la distancia a cierta ciudad a cada transeúnte, y riéndonos a continuación de las variadas respuestas que recibíamos. Nos gustaba dirigirnos en una lengua extranjera a los sencillos y honestos granjeros para ver sus reacciones; pero cuando caían en la cuenta de que nos estábamos riendo y burlando de ellos, se organizaba una persecución que solía terminar con alguna bofetada o con el trasero caliente.

A veces nos acompañaban en nuestros viajes algunos amigos de la cofradía mariana local a la que se había unido mi familia al regresar a Fulda. En tales ocasiones pasábamos la noche al aire libre, durmiendo en tiendas de campaña o en las granjas amigas.

Los maestros eran estrictos, pero como éramos alegres y espabilados salíamos adelante sin demasiada dificultad. A pesar de tener gran cantidad de deberes, el ingenio nos ayudaba a sacar buenas notas y a disponer de demasiado tiempo libre. De vez en cuando, llegaban quejas desde muchos orígenes: nuestras tías de la ciudad, amantes de los gatos, solían referirse intencionadamente a los chicos que los robaban; el policía se vio obligado a quejarse de que «alguien» no dejaba en paz las campanillas de toda la calle; o el encargado del gas no podía explicarse que las luces que encendía al llegar la noche, se apagaran tras él.

Por otra parte, nuestra formación religiosa era muy cuidada. Todos los sábados recibíamos el sacramento de la Penitencia, y el Cielo sabe que yo tenía suficientes motivos para ello; daba mucho trabajo a nuestro capellán. Mi padre decía que yo era un ángel en la calle y un diablo en casa, porque sabía causar buena impresión en público, pero en privado era muy diferente.

Nuestra vida familiar estaba marcada por una profunda fe y una auténtica piedad. Padre y Madre eran modelos de padres católicos sin el menor asomo de mojigatería. Asistíamos a Misa y confesábamos y comulgábamos todas las semanas. Celebrábamos solemnemente y a su debido tiempo las fiestas litúrgicas, conservando y perpetuando todas nuestras hermosas tradiciones. Hacíamos peregrinaciones, especialmente a Nuestra Señora de los Montes. Aunque la Santa Misa solemne y el coro de los frailes nos resultaban terriblemente pesados, el recuerdo de las salchichas fritas que se servían después de la ceremonia los hacían más soportables.

Recuerdo lo feliz que me sentía por ser católico: las visitas al cementerio el Viernes Santo; el maravilloso Nacimiento en Navidad; las peregrinaciones; las devociones; la feliz libertad. Y sobre todo, recuerdo los principios cristianos que aprendimos a través del ejemplo de nuestros padres, pues ellos hacían realmente lo que otros solo decían que había de hacerse. A lo largo de los meses, Padre recibía muchas cartas de las misiones. Él las guardaba hasta el final del año, cuando cada respuesta iba acompañada de un donativo acorde con nuestra prosperidad en ese período.

Padre ofrecía el coche a todo el que encontraba por la calle. Cuando se trataba de un mendigo, paraba para darle algo y le ofrecía subir. Creo que los gitanos eran de las escasas personas por las que sentía poca simpatía y, por razones que entonces yo no alcanzaba a comprender, parecía soportar difícilmente a luteranos o a judíos.

A mí me resultaba difícil entenderlo, pues me gustaban los judíos. En los días de sus festividades nos enviaban regalos o bizcochos, y siempre tenían dinero. Una de nuestras diversiones favoritas consistía en convencerlos para que sobrepasaran la distancia permitida en su Sabbath. Lo conseguíamos a menudo, con tremendas consecuencias

para ellos, pero solo hasta que Padre se enteró. Entonces recibimos una severa lección en el dispensario con un bastón como el del ayudante del director. En aquella época solíamos rellenar los fondillos de los pantalones, esperando así evitar parte del escozor. Sin embargo, cuando el primer castigado comenzó a llorar, todos los demás empezamos a berrear, de modo que los golpes se hicieron cada vez más y más suaves hasta el punto de que el último de la fila apenas sintió el bastón. Entonces intentamos poner en claro que, la próxima vez, el último de la fila sería el primero en recibir el castigo; pero la cosa no funcionó, especialmente después de que Padre se diera cuenta de lo que pasaba.

Nosotros pensábamos que la enseñanza religiosa era algo estricta, como lo era nuestra educación. En la escuela, Herr Hagemann creyó necesario castigarme casi diariamente. Considerábamos que el derecho del estudiante consistía en fastidiar al profesor, pero estábamos preparados para el «premio» que acompañaba al hecho de gastar bromas. A pesar de eso, aprendíamos. Incluso en la escuela, el ejemplo de nuestros padres influía profundamente en nosotros. Nos enseñaron a no dejar nunca desamparada a una persona más frágil; a ocuparnos de los enfermos y los débiles; a consolar y animar en lo posible a los desvalidos.

Mi madre era una persona realmente asombrosa, extraordinariamente amable y comprensiva. La cocina solía estar ocupada por alguna inquieta esposa de la zona que había acudido a pedirle consejo. Se sentaba allí con mi madre, descargando sus penas, llorando, y marchándose luego aliviada y reconfortada en el cuerpo y en el alma. Madre fue la que me enseñó a defender a los pequeños y a los débiles, especialmente desde que yo me hice grande y fuerte. Muchas veces aparecí en casa sangrando por la nariz, prueba evidente de mis batallas a favor de compañeros que se veían importunados por los chicos mayores.

A los ocho años comencé a experimentar la gracia de Dios al ayudar a Misa, aunque no fui plenamente consciente de ello. Lo hacía en el convento de las Damas Inglesas que estaba frente a la escuela. Durante casi seis años, acudía diariamente al convento, un poco antes de las cinco, para preparar la Misa. Algunas veces me sentía

demasiado cansado como para saltar del lecho y llegar a tiempo. Entonces, me golpeaba la nariz hasta hacerla sangrar y me volvía a la cama. Sin revelar los motivos, podía decir a la Hermana Sacristana que la hemorragia me había impedido cumplir con mi obligación.

No obstante, la mayor parte de las veces llegaba con quince minutos de antelación. La Hermana Sacristana me daba a leer un libro piadoso. Pero el hecho de que llegara físicamente no significaba que me acompañara la atención o que no deseara seguir durmiendo. Más de una vez, cuando me tocaba cambiarlo, se me cayó el Misal durante la Misa. Al principio, el latín era superior a mis fuerzas y solamente pronunciaba con claridad y en voz alta las primeras y últimas palabras cuando me correspondía hacerlo.

Un día sucedió una cosa realmente apasionante que cambió el curso de mi vida, y no de un modo dramático ni en una fracción de segundo como en una ficción, sino lentamente, a lo largo de los años. Como estaba acostumbrado a comulgar con frecuencia, acudía semanalmente a la confesión. Veía todas las mañanas a los Padres Franciscanos y ellos me invitaban a su convento. Bromeaban diciéndome que, si les ayudaba a Misa, podría unirme a la comunidad y comer peras dulces a diario. Muchos años después, cuando me convertí en un miembro de su orden, descubrí que aquello solo había sido una mentira piadosa.

En una ocasión, vino un franciscano del Japón y nos dio una conferencia. También predicó un sermón en la parroquia sobre las maravillosas tierras de Oriente. Eso excitó mi imaginación como nada lo había hecho hasta entonces. Después de la Misa entré en la sacristía y le pedí que me llevara con él cuando volviera al Japón. Se echó a reír y me dijo que era demasiado pequeño. Aquello me indignó, porque a los nueve años era el chico más alto de la clase y estaba extraordinariamente orgulloso de mi estatura. Mi sueño secreto era el de crecer aún más aprisa y llegar a ser más alto que mis dos hermanos mayores, de modo que sería el primero en tener ropas nuevas, y ellos tendrían que usar las heredadas que ahora eran mi poco afortunado aunque decente lote.

Yo expliqué al sacerdote franciscano que, probablemente, ya era lo bastante alto para el Japón.

«Pero ¿qué dirán tus padres?», preguntó. Yo le indiqué que había otros seis hermanos en casa. Me iría tranquilamente con él, y Madre, con su trabajo y todos sus otros chicos, no me echaría de menos.

Se echó a reír cariñosamente y dijo: «Me temo que no lo haré. No puedo robar un chico... sería un pecado. Pero si realmente quieres ir al Japón, conozco un método mucho más seguro».

« ¡Dígamelo, Padre, por favor! ».

«Reza diariamente un Avemaría por esa intención, y algún día llegarás al Japón. ¿Me lo prometes?».

Aquello no era difícil, así que se lo prometí y empecé a rezar un Avemaría todas las noches. La primera vez, comprendí que no era tan fácil como parecía en un principio, pues me quedé dormido mientras rezaba. Disgustado conmigo mismo, la noche siguiente recé tres, una por la que había dejado la noche anterior, otra por aquella misma noche y la tercera por si la Santísima Virgen María estaba tan disgustada conmigo como lo estaba yo.

Después, todo fue mucho más fácil, y no logro recordar si llegué a olvidarme de recitarla o si volví a quedarme dormido. Este fue mi primer paso realmente independiente en el largo camino que acabaría por conducirme hasta el sacerdocio.

Mi madre murió cuando el mayor de mis hermanos tenía doce años y el más pequeño uno. Se marchó con Dios mientras vivíamos en Fulda. El día de su entierro, en un lluvioso octubre, fue el más sombrío de mi infancia. Padre estaba absolutamente destrozado; permaneció inmóvil ante la tumba, sin verter una lágrima. Al entierro asistieron miles de personas, en su mayoría mujeres de granjeros de los alrededores de Fulda que se habían sentido atraídas por la amabilidad de Madre, su solicitud y la reputación de sentido común que se había ganado a lo largo de los años. Fue el cortejo fúnebre de mucha gente agradecida que había compartido con ella lágrimas y confidencias frente a una humeante taza de café.

Después de la muerte de Madre, la sacristana, Hermana Solana May, me dijo: «Yo ocuparé el lugar de tu madre», pero no me explicó cómo se proponía hacerlo. Más tarde, supe que su superiora le había dado permiso para que rezara pidiendo que yo llegara a ser sacerdote franciscano. A raíz de la visita del misionero me había oído expresar ese deseo en varias ocasiones. Y también pidió a las más de doscientas hermanas de la comunidad que rezaran por aquella intención: calculaba correctamente que yo necesitaría veinte años para completar los estudios requeridos y, ante el Santísimo Sacramento, prometió rezar por mí durante veinte años hasta que nuestro Señor hiciera de mí un sacerdote franciscano.

Yo ignoraba el plan de la Hermana Solana y continuaba ayudando a Misa. A pesar de mi deseo de ir al Japón como franciscano, a pesar de las Avemarías nocturnas por esa intención, a pesar de mi asistencia diaria a la Misa, y a pesar de las oraciones de mi madre antes de su muerte y de las reprensiones de mi padre, yo tenía mala fama en la ciudad.

Formaba parte de un grupo de chicos que eran demasiado salvajes y maleducados para los buenos burgueses de Fulda. El hecho de asistir a Misa y comulgar no implicaba avance alguno. Creo que quizá era más inquieto que malo..., pero cualquiera que fuera el origen de mi comportamiento, yo volvía locos a los mayores. Mi padre solía pensar que me había tragado un demonio, al que con toda sinceridad y merecidamente había que expulsar. Si el demonio hubiera residido en los fondillos de mis pantalones, sus esfuerzos habrían sido eficaces, pero su bastón de bambú no llegaba a mi corazón. Como mi carne estaba marcada por aquel bastón, yo frotaba el bambú con cebollas hasta que se rompía... lo que, por cierto, daba lugar a infructuosas aplicaciones posteriores.

Seguí siendo incorregible hasta la muerte de mi madre. Aunque estaba abatido por su pérdida, y de momento juré que intentaría ser bueno, los jóvenes olvidan fácilmente. Una madura ama de llaves intentaba mantenernos a raya. Fraulein Nolte solo tenía un defecto: era luterana y en consecuencia, por muy devotamente que rezara, algún día se iría al Infierno. No hacía la señal de la Cruz y solía faltar a la iglesia los domingos. Aunque no era una prueba definitiva, decía

María en lugar de María Santísima, y probablemente por eso estaba predestinada a la condenación eterna. Yo se lo decía con frecuencia, pero no me hacía caso.

Después de que Fraulein Nolte viniera a cuidarnos, nos hicimos más piadosos y jugábamos a decir Misa en nuestra casa. Fabricamos un altar con todos los accesorios, incluido un cáliz que llenamos con zumo de frutas, y a veces organizábamos procesiones por los tres pisos de la casa. Vestidos con ropas brillantes, salmodiábamos en alta voz, y cantábamos con mayor intensidad al acercarnos a la pobre Fraulein Nolte. Creíamos que así le dábamos a conocer nuestra opinión, pero ella continuaba mostrándose tranquila y cariñosa, y cuidaba de nosotros, malos chicos, como si hubiera sido enviada por el Cielo, lo que ciertamente podía ser verdad. ¡Cómo la hostigábamos, y qué avergonzados nos sentíamos cuando, con su inagotable paciencia, nos hacía ver que íbamos demasiado lejos, haciendo burla de los elementos más sagrados y solemnes de nuestras vidas solo por demostrar a aquella inofensiva y cariñosa anciana que creíamos que iba a condenarse porque no compartía nuestra fe! Ahora me siento feliz al pensar que me será permitido reunirme con ella en el Cielo, darle las gracias y pedirle perdón.

Cuatro años después de la muerte de Madre, Padre se casó con la más joven de sus cuñadas. Aunque nunca ocupó el lugar de nuestra madre, hacía tiempo que la conocíamos y estábamos acostumbrados a ella, y enseguida llegamos a quererla. La llegada de tres chicos más y, por fin, de dos niñas, completó el retrato de la familia y contribuyó al bullicio de un hogar en constante movimiento.

Al poco tiempo del segundo matrimonio de Padre, nos trasladamos a Colonia donde se convirtió en lo que siempre se había considerado: «un hombre importante». El cambio de escuela resultó muy interesante, ya que la de Fulda había sido excepcional y exigente, y no tuvimos problemas para adaptarnos a los nuevos profesores.

Ingresamos en la Bund Neudeutschland, donde pasamos cinco años inolvidables bajo la dirección de los Padres jesuitas. La Bund impartía a los jóvenes una educación cristiana natural, con lecciones, deberes para casa, canciones y juegos, viajes, excursiones, además de

enseñamos a atender a los pobres, a los que sufrían y a los desdichados. Dirigían nuestro grupo unos sacerdotes perfectamente idóneos, pues eran jóvenes, de mentes preclaras, que convivían con nosotros como si, también ellos, fueran unos muchachos todavía. Sabíamos que nos comprendían.

Con el paso del tiempo, y cuando Alemania cayó bajo el sombrío hechizo de Adolf Hitler, creció el antagonismo entre el grupo de jóvenes cristianos y el de jóvenes hitlerianos. Nos enzarzábamos en lo que, finalmente, resultaron ser batallas... auténticas peleas en las que corría la sangre y aparecían las navajas. Soportábamos nuestras heridas como símbolos del martirio. Considerábamos las detenciones y la cárcel como parte de la aventura. Y no es que fuéramos realmente conscientes de los peligros morales o políticos que implicaba el empeoramiento de la situación en nuestro país; simplemente nos enfrentábamos a los nazis como a nuestros enemigos naturales, considerándonos como soldados de Cristo, en torno al que se centraban nuestra educación y nuestras vidas.

Sin embargo, las cosas cambiaron muy pronto. Cuando tuvimos que asistir a una escuela cuyo director era un ferviente nazi, empezamos a captar la realidad de lo que estaba amenazando a nuestro país. Como los católicos éramos buenos estudiantes, no podían expulsarnos, a pesar de unas batallas verbales que hacían palidecer de rabia al director. Pero todos nosotros estábamos en peligro.

Por fin nos detuvieron. Delante del juez declaramos firmemente que nosotros éramos los nuevos alemanes, no los nazis, y que el único camino para salvar a Alemania pasaba por Jesucristo. La situación empeoró rápidamente, y en 1934 quedó prohibido el trabajo de los grupos de jóvenes católicos. A pesar de eso, estábamos dispuestos a enfrentarnos con cualquiera para demostrar que éramos hombres, que éramos cristianos y que éramos dignos de nuestras aspiraciones. Así, la prohibición de nuestros trabajos y de nuestras reuniones solo sirvió para enviarnos de «excursión», como lo llamábamos en aquellos días. Si la policía nos pescaba por la calle camino de alguna de nuestras tareas, nos mandaba a casa con la camisa y los pantalones exclusivamente.

En un juicio ante el Tribunal de menores, el director me gritó: «¡Te expulsaremos! ¡Eres una mancha para el buen nombre de la escuela!». Y siempre éramos amnistiados de nuevo.

Nos introducíamos en lo más profundo de la Selva Negra para llevar a cabo nuestras misiones cristianas. Cuando intentaban impedir que saliéramos de la ciudad, nos escondíamos en el mercado bajo los montones de coles dispuestos para el traslado. ¡Cualquier cosa con tal de continuar con nuestra misión!

Para nosotros, seguían siendo lo más importante las charlas religiosas, la Misa comunitaria semanal a la que nunca faltábamos, los retiros y los días de recogimiento, y los días festivos. Todo el año era para nosotros una fiesta religiosa.

En la festividad de la Santísima Trinidad se reunió la totalidad de la Bund Neudeutschland, todos católicos jóvenes acosados. Los muchachos de las Juventudes Hitlerianas y de las SS estaban convocados para entablar una pelea después de la ceremonia religiosa en la catedral. Eran numerosos y corrió la sangre; hubo que llevar a su casa a más de uno.

En estas circunstancias, teníamos poco tiempo para estudiar; todavía aprobaba los exámenes, pero, para ser un líder de la Juventud Católica, mis notas habían bajado. El trabajo del grupo me parecía más importante y necesario que los estudios académicos. Después de la graduación nos enviaron a un campo de trabajo en el Lüneberger Heath, una ocupación que elegí libremente. Hasta entonces, había crecido en el ambiente protector de la escuela y, a pesar de nuestras peleas con las Juventudes hitlerianas, desconocíamos los auténticos caminos de la vida. Cuando vi cómo era la media del hombre en el campamento, me quedé asombrado. Me resultaba increíble que aquellos hombres pensaran, dijeran e hicieran tales cosas. Lo que más me sorprendió fue que los llamados líderes eran los más depravados de todos; el médico del campamento era el primero en dar información a los recién llegados sobre toda clase de vicios. Aquellos hombres no solo rechazaban el cristianismo y la Iglesia católica, sino que rechazaban también su propia humanidad.

¡Qué alegría y qué alivio sentía los domingos cuando recorría en bicicleta las casi quince millas hasta la iglesia católica donde, con el corazón lleno de gratitud, participábamos en la Misa y recibíamos la Sagrada Comunión que nos daba fuerzas para continuar durante otra semana! La vida en aquel lugar terrible era difícil, pero en los tiempos venideros la experiencia me hizo ver que había sido una buena escuela.

Por fin, a finales de 1936 pude hacer realidad el proyecto que acariciaba secretamente: entrar en la Orden franciscana. Mi padre no mostró gran entusiasmo; opinaba que, si quería ser sacerdote, lo menos que podía hacer era entrar en el seminario para llegar a ser sacerdote diocesano, ¡incluso quizá obispo! ¿Por qué elegir a los franciscanos?

Pero mi propósito era firme. Con su bendición, entré tranquilamente en el noviciado franciscano de Gorgheim Sigmaringen; de allí pasé a Fulda, donde en el verano de 1939 terminé mis estudios de filosofía. La Divina Providencia lo dispuso así para que yo adquiriera una sólida formación en filosofía y en todos mis estudios científicos, de modo que cuando llegara el momento de la prueba y el infortunio, estuviera preparado.

Un día después del examen final de filosofía, me llegó la orden de presentarme para incorporarme al ejército. Tenía veintidós años y, novicio o no, me convertí en soldado, no por propia elección sino por mandato. La infortunada guerra había comenzado.

2 EL HOMBRE DE LA CAMISA PARDA

En los últimos días de agosto de 1939, unos doscientos estudiantes de teología llegaban a los cuarteles de Fulda con miles de otros jóvenes reclutas alemanes. Nos asignaron a una división de caballería y encargaron de nuestra instrucción a unos suboficiales. Algunos de nuestro grupo eran franciscanos, y los demás procedían de distintas órdenes religiosas. Los oficiales y los suboficiales que tenían nuestra preparación en sus manos nos miraban por encima del hombro.

Estaban dispuestos a demostrarnos que, como éramos seminaristas, llevábamos una vida muelle, que no éramos hombres y que no podríamos sobrevivir a los rigores de la instrucción militar. Pasaban horas maquinando planes para hacernos ver nuestra propia inferioridad y, al cabo de unas semanas de entrenamiento básico, advirtieron, irritados, que no solo estábamos en unas condiciones físicas extraordinarias, sino que nuestra formación religiosa nos proporcionaba la fuerza espiritual para aguantar sus violentos ataques a nuestra fe, nuestra moralidad y nuestras metas.

En sus ratos libres, los suboficiales pasaban el tiempo entretenidos en contarse mutuamente historias de borracheras, y en exagerar las anécdotas de sus proezas con las mujeres; nosotros proseguíamos tranquilamente nuestra formación leyendo todos los libros de filosofía y materias relacionadas que podíamos conseguir. Nos entregaban los caballos más resabiados; las obligaciones más odiosas recaían en nosotros y, lo peor de todo, nos impusieron las guardias en cada domingo de las primeras siete semanas para impedirnos asistir a Misa y comulgar. Nos apoyábamos unos en otros, no por temor, como ellos suponían, sino porque sabíamos que nuestra fuerza radicaba en nuestra fe y en nuestra unión en Cristo.

Cuando por fin pudimos salir del campamento, los doscientos nos precipitamos a un convento cercano donde recibimos la Sagrada Comunión a fin de conseguir las fuerzas necesarias para los días y las semanas siguientes.

Al acabar el tiempo de instrucción básica, los oficiales se sorprendieron de que ninguno de los seminaristas hubiera abandonado o hubiera sido expulsado; no se podían explicar de dónde procedía nuestra capacidad para resistir el duro trato que habíamos recibido. Comenzamos a pensar que la vida en aquel campamento interior tenía que ser peor que en el campo de batalla y así, otros diez estudiantes y yo nos presentamos voluntarios para ir al frente oriental. No nos movía tanto el deseo de luchar, como la profunda necesidad que sentíamos de salir del ambiente aciago y funesto de los cuarteles.

Tras dos días de viaje con destino desconocido, llegamos, bajo una lluvia torrencial, a una sección aislada de la frontera polaca. Nos

encontramos con un campamento estéril en medio de un terreno estéril, llamado con el evocador nombre de «Gusanero». Aunque estábamos hambrientos no había nada de comer, excepto una sopa aguada que no satisfizo en absoluto nuestra hambre o nuestra sed. Esperando obtener algún alimento, buscamos y encontramos una cantina. Nos sorprendió la presencia de una gran variedad de uniformes: miembros de la Wehrmacht, como nosotros; cabos con el uniforme azul de la policía; muchos suboficiales de rango superior y algunos oficiales de las SS con sus uniformes negros. Como no llegaban las bebidas que habíamos pedido, fuimos a servirnos, pero no volvimos a la mesa que habíamos ocupado.

Rápidamente arremetimos contra un grupo de veinte hombres que estaban discutiendo apasionadamente sobre el Papa y la Iglesia católica; decían que el Papa era el mayor belicista de toda la Historia, y que el objeto final de esta guerra era el de acabar con el Papa y los sacerdotes que se llamaban a sí mismos seguidores de Cristo: «Los cristianos son peores que los judíos», decían, ultrajando a todo lo más santo y más sagrado para nosotros.

Nunca olvidaré el esfuerzo que nos supuso mantener la boca cerrada ante todos ellos. La sangre nos hervía en las venas al tener que mordernos la lengua mientras oíamos insultar a los santos o hablar irreverentemente de la Madre de Dios.

Por fin, me dirigí a uno de los oficiales que reía estrepitosamente: «Perdone mis palabras, señor, pues soy un recién llegado y aún no formo parte de este grupo, pero ¿es usted consciente de que los líderes del Reich han firmado un Concordato con la Iglesia católica? ¿Sabe que el cristianismo es una de las religiones que Alemania se ha comprometido a proteger?».

Al principio se quedaron sin palabras. Luego, el oficial preguntó: «¿Qué quieres decir?».

Yo respondí serenamente, pisando terreno seguro, «Probablemente conoce usted el riesgo que corre expresando de ese modo, en presencia de varios testigos, unos sentimientos que son exactamente opuestos a los del gobierno y a los del Führer».

«¿Crees conocer el modo de pensar del Führer?»

«En este caso, desde luego. Le recuerdo respetuosamente, señor, que ha manifestado claramente su opinión en discursos oficiales y a través de la firma del Concordato, de modo que cualquiera que ataque a la religión cristiana socava lo que el mismo Führer ha instituido como la base del gobierno alemán. Y él mismo ha declarado que ha de ser protegida».

No encontró respuesta para esto, pues yo no decía más que la verdad.

Por último, uno de ellos me preguntó si yo era un hombre de «negro» o un hombre de «pardo», pues el negro estaba destinado a los sacerdotes y el pardo a los nazis. Y conteniendo la risa con dificultad, repliqué firmemente:

«Yo soy un hombre de pardo».

Se sorprendió. «¿Cuándo te has unido a los pardos?», refiriéndose, por supuesto, a los miembros del partido.

Le contesté que me había unido a los pardos en 1936.

«¿Dónde?».

«En el Monasterio de los franciscanos de Fulda. Hace seiscientos años que visten un hábito pardo, mucho anterior, como estará usted de acuerdo, a las camisas pardas que existen actualmente».

La consecuencia fue una explosión de furia y de carcajadas. Por supuesto, yo sabía, así como mis compañeros, que aquella especie de insolencia me crearía problemas, pero mis opiniones políticas y mi fe estaban en profundo conflicto con los objetivos de los nazis, y guardar silencio en medio de aquel odio era más de lo que podía soportar. En realidad, no creo que fuera más valiente que mis compañeros... simplemente más franco por naturaleza ¡y quizá algo más temerario!

Las represalias no tardaron en llegar. La primera, a la mañana siguiente durante la instrucción, cuando el joven oficial que mandaba nuestro grupo, gritó: «¿Dónde están los curas?».

Nadie se movió. Sabíamos que no teníamos por qué contestar a aquella pregunta, pues, en realidad, ninguno de nosotros era sacerdote.

Entonces, vociferó: «¡Que los curas den un paso al frente!». No nos movimos.

Por fin, uno de los hombres que nos había oído la noche anterior señaló a dos de nosotros. El oficial bramó:

«¿No me habéis oído decir que los curas den un paso al frente?».

Yo repliqué en voz alta: «¡No soy sacerdote! Soy estudiante de teología. Aplicarme el término “cura” es un insulto a la Iglesia católica y a nuestra nación cristiana». Reinaba el silencio.

El joven teniente, aún más joven que yo, palideció, y dirigiéndose a mí y al otro seminarista que me acompañaba, vociferó: «¡Al árbol... aprisa! ¡Marchen!». Sonriendo irónicamente obedecimos la orden y trepamos al árbol más próximo. Adoptamos una cómoda posición a horcajadas sobre unas ramas y miramos hacia abajo. Por alguna razón, el teniente debió considerar inapropiada nuestra expresión: no nos mostrábamos compungidos sino victoriosos, de modo que lanzó una nueva orden: «¡Cantad un himno!».

Con toda la dignidad posible, considerando nuestra posición, empezamos a cantar a voz en grito el Te Deum... en latín, por supuesto. El pobre teniente solo conocía el alemán del ejército y vociferó: «¿Qué es eso? ¡Os he ordenado que cantéis un canto de iglesia!».

«Pero, mi teniente», repliqué en voz lo bastante alta como para que pudieran oírme los que nos rodeaban mostrando diferentes expresiones, «era un canto de iglesia. Lamento que no lo entienda usted. Pero, desde luego, las lenguas de la Iglesia son el latín, el griego o el hebreo. Los que no las conocen no pueden, desgraciadamente, comprender los cánticos de iglesia».

Estallaron las risas entre las filas formadas bajo nosotros. Habíamos puesto en ridículo al joven oficial y, aprovechando nuestra ventaja, empezamos a cantar de nuevo el Te Deum.

Cuando el teniente aulló: «¡Basta! ¡Bajad!», fingimos no haberle oído y permanecemos en nuestro árbol, siempre cantando la sonora y maravillosa música que se extendía a través del campo de instrucción. Afortunadamente, los dos contábamos con buenos pulmones.

Cuando por fin bajamos del árbol, empezaron sus intentos de venganza, que incluían toda clase de órdenes, las más dificultosas e incluso ridículas que podía imaginar. Intentando ponernos a prueba, agotamos y dejarnos en evidencia al mismo tiempo, solo consiguió resultar aún más ridículo, pues nuestros años en los campamentos nos habían hecho duros y fuertes. En el cuartel de instrucción nos veíamos como si fuéramos de hierro.

Finalmente, cuando nos hartamos de cantar, obedecemos su orden de correr hacia el este del bosque, lo que hicimos lo más rápidamente y lejos posible, hasta que dejamos de oír su voz. Al cabo de dos horas lo habíamos atravesado completamente, mientras reíamos de la mala suerte del teniente por tenernos como reclutas. Suponíamos, acertadamente, que al cabo de algún tiempo tendría que venir a buscarnos. Nos sentamos tranquilamente al borde de la carretera al otro lado del bosque, y al poco tiempo vimos llegar un vehículo.

Cuando fuimos increpados públicamente por «no usar la cabeza y comprender que debíamos habernos detenido en algún punto», le recordamos lo que había dicho una y otra vez a los reclutas: «Dejad pensar a los oficiales o a los caballos; tienen mejores cabezas».

Nuevamente, la compañía estalló en carcajadas, y el infortunado oficial se limitó a amenazarnos. Más tarde supimos, para nuestra secreta diversión, que a muchos suboficiales les agradaba ver cómo se le bajaban los humos a su engreído teniente. Por supuesto, no cambió su actitud. Hay muchos modos de atormentar a un soldado y él los empleó todos con gran energía. La consecuencia fue que demostramos ser unos magníficos soldados. Al no encontrar en nuestra conducta militar algo que poder esgrimir en contra nuestra, no sabía qué hacer.

Entonces cometió un nuevo error. Mientras por las noches limpiábamos las armas y los uniformes, empezó a reunirse con nosotros, intentando convencernos de la locura que suponía ser cristiano. Como parte de su argumentación nos repetía algunos

eslóganes que había conseguido retener en su vacío cerebro durante su formación nazi. Nosotros acudíamos a la batalla con nueve años de estudio de los clásicos y dos de filosofía intensiva de la que ignoraba todo. Aquello empezó a divertirnos, especialmente cuando otros oficiales y algunos suboficiales participaron en nuestras discusiones... que a veces se prolongaban hasta la medianoche. Fue para nosotros una oportunidad excelente para probar no solo la solidez de las ideas que la educación había infundido en nuestras mentes, sino para probar también nuestra fe. Nada podía resquebrajar el sólido frente de verdad que habíamos hecho nuestro en virtud de la Causa a la que servíamos.

Nuestra vida empezó a sufrir una estricta e injusta reglamentación, debido en parte a nuestra insistencia en que teníamos la verdad en esta polémica que parecía no tener fin. Pasábamos más de ocho horas diarias haciendo la instrucción sobre el hielo y la nieve de un lago helado entre Burschen y Finsterwald. Gracias a nuestro pasado, era imposible que cedieramos a este tipo de presión. A pesar de sentirnos agotados por el esfuerzo del día, acudíamos por las noches a una iglesia católica cercana con el fin de consolar y fortalecer nuestras almas para los debates que se avecinaban en los barracones. Sabíamos que, de alguna manera, teníamos que vencer; sabíamos lo importante que era para nosotros la lucha por las almas. Con guerra o sin guerra, con ejército o sin ejército, a pesar del acoso, de la intimidación, del ridículo y de la presión, no podíamos bajar la guardia ante aquellos hombres. Quizá algunos de ellos llegaran a conocer la verdad que les ofrecíamos; si era así, estábamos bien pagados.

Solamente uno de los once seminaristas de nuestro grupo abandonó la fe: el único que no nos acompañaba a la iglesia por las noches para la meditación y la oración.

3 LOS «ECLESIÁSTICOS»

Los tres años siguientes resultaron ser de los más interesantes de mi vida.

Surgió, por ejemplo, el tema del juramento a la bandera. La noche anterior nos enteramos de que en la fórmula no figuraba el nombre de Dios. Inmediatamente decidimos que no podíamos estar de acuerdo con una promesa tan extraña ni considerarla un juramento. A la mañana siguiente, los dos regimientos estaban en posición de firmes y algunos seminaristas ocupábamos el ala derecha de la primera línea. Llegó un general que dio una explicación sobre el significado del juramento a la bandera. Inmóviles, escuchamos a un oficial recitar la fórmula en la que afirmábamos jurar defender la Patria por el honor de nuestra sangre alemana. Los seminaristas no nos movimos mientras los mil soldados alzaban los brazos repitiendo las palabras del juramento que no era un juramento. El general observó que no nos uníamos a los demás y más tarde nos llamó para preguntarnos el motivo de que no hubiéramos jurado. Respondimos que un juramento se presta en nombre de Dios, y si no se menciona ese nombre, uno no está obligado a prestarlo. Sabíamos que adoptábamos una actitud muy firme, pero estábamos de acuerdo en no ceder en dicha cuestión de principios.

Por supuesto, nos preocupaba la reacción del general ante aquella especie de audacia. Guardó silencio durante unos momentos y luego, asombrado, se interesó por nuestra ocupación anterior. Le respondimos, y pareció desconcertado, como preguntándose qué hacíamos en el ejército.

A la mañana siguiente nos llamó antes que nuestro comandante, y nos dijo que podíamos optar por permanecer en el ejército o ingresar en las SS.

Nos quedamos atónitos. Yo repuse: «Pero, Herr Oberst! ¿Qué ocurre con el juramento? Estoy seguro de que conoce nuestra protesta».

Replicó: «Eso no será problema».

Y llamó a otro oficial, que nos tomó el antiguo juramento a la bandera, el que en otro tiempo incluía el nombre de Dios. ¡Así de sencillo!

«Ahora, como miembros de la sección política de las SS, sois libres para cumplir con vuestros deberes religiosos; en ese sentido, no os preocupéis».

«¿Señor?», pregunté, todavía desconcertado por el giro de los acontecimientos.

«¿Sí, Goldmann?».

«Perdone esta pregunta que puede parecer una impertinencia, pero ¿por qué nos quiere en la guardia de elite de las SS cuando no servimos para la Wehrmacht... que, de hecho, nos ha puesto en ridículo continuamente?».

«Sois hombres educados, inteligentes y leales. Vuestra negativa a aceptar un juramento, falso en vuestra opinión, nos daba la seguridad de que no lo romperíais siempre que lo hubierais prestado según vuestro criterio. En el ejército, las SS son las fuerzas superiores, y necesitamos todos los cerebros y toda la lealtad que podamos conseguir. Esta va a ser una guerra difícil, y solamente gracias a una auténtica y razonada cooperación de hombres como vosotros, llegaremos a alcanzar nuestros fines».

Por segunda vez en aquel día, nos quedamos sin palabras.

El alto mando había decidido crear una sección de información y; con ese objeto, todos los seminaristas en la SS fuimos entrenados como oficiales de radio. Esta vida, por supuesto, era mucho más fácil que la del ejército, y disponíamos de gran cantidad de tiempo libre que empleábamos en practicar o en leer. También librábamos los sábados.

Aquello nos convenía, porque ahora podíamos asistir a Misa. Los sacerdotes de la parroquia y los feligreses nos recibían calurosamente; los domingos por la noche volvíamos al campamento reconfortados en el cuerpo y en el alma.

Las cosas continuaron más o menos del mismo modo, con ocasionales escaramuzas con los celosos suboficiales nazis, aunque considerándolo bien, bastante pacíficas. Cumplíamos con nuestras obligaciones, asistíamos a la iglesia, y participábamos en las interminables discusiones que tenían lugar casi todas las noches en el

cuartel. Llegué a darme cuenta de que, personalmente, no deseaba dejar las SS o el ejército, incluso si mi licencia llegaba al día siguiente. Sentía que quizá era la gran oportunidad para llevar la gracia a aquellos hombres secos, haciéndoles ver que, independientemente de las circunstancias, los hombres de Dios eran dueños de más fuerza y más poder para superar muchas cosas, mientras que los hombres sin Dios solo conocían el vacío, incluso en medio de una aparente plenitud.

En Nochebuena hubo una celebración, que no fue una celebración cristiana, sino la pagana Julfest alemana. Estábamos todos juntos y tuvimos que cantar algunas tonterías sobre la noche estrellada y otros penosos sustitutivos del auténtico mensaje navideño. Sin embargo, nuestras mentes estaban en otra parte: pensábamos en el árbol de Navidad, en el Nacimiento, y en los villancicos del hogar. La comida fue buena y teníamos vino, pero todo aquello no significaba nada para nosotros.

A eso de las nueve de la noche, entró un coronel manco, veterano de la Primera Guerra Mundial, acompañado de su ayudante. Habíamos oído que iban a leer una orden especial del jefe de las SS, pero no teníamos el menor interés en ella.

En la estancia solamente permanecimos los hombres de las SS, pues se trataba de un mensaje secreto, dirigido exclusivamente a nosotros. El ayudante leyó una hoja de papel amarillo.

«Señores, esta es una orden de Navidad del propio Himmler. Presten gran atención. Dice así:

»Nuestra gloriosa victoria sobre Polonia, por grande que haya sido, ha costado la sangre de miles de los mejores alemanes. Miles de nuestros mejores jóvenes no regresarán jamás. En muchas familias falta el padre; muchas novias han perdido a su pretendiente; muchas doncellas tendrán que vivir de ahora en adelante sin sus futuros esposos. La victoria no significa nada si no se renueva e incrementa el raudal de sangre, el raudal de la sagrada y valiosa sangre alemana.

»Es misión de las SS, la compañía de elite, obsequiar al Führer con el regalo de sangre nueva: engendrar hijos en los que fluirá ese raudal divino por toda la eternidad.

»Todos los miembros de las SS se obligan a cumplir con el deber de ofrecer hijos al Führer. Muchas doncellas estarán esperando al hombre que les ayude a dar un hijo al Führer.

»Todos los miembros de las SS disfrutarán de un permiso con el fin de llevar a cabo esta gloriosa misión. El Estado se hace cargo de todos los gastos, y, además, pagará una recompensa de 1.000 marcos por hijo a cada miembro de las SS que cumpla esta misión».

Se hizo el silencio: nadie hablaba. El coronel preguntó:

«¿Quién está dispuesto a disfrutar de este permiso?».

No hubo respuesta; los hombres se limitaban a permanecer allí mientras sus rostros dejaban reflejar sus pensamientos.

Entonces llegó la pregunta: «¿Dónde están los seminaristas?». Nos pusimos en pie. Y directamente solicitó mi opinión sobre aquella orden.

«Señor», repliqué, «en mi condición de soldado no me está permitido tener opiniones personales... o expresarlas»

«Entonces, ¿apruebas la orden? ¿Qué piensas hacer?»

Mientras contestaba me sentí enrojecer: «No me está permitido manifestar si la apruebo o no. Hasta este momento solamente he oído que las órdenes, cualesquiera que sean, están hechas para ser cumplidas».

La compañía en pleno rió a carcajadas y, según me dijeron, mi rostro demostraba un gran interés.

«Goldmann, eres una persona líder entre esos eclesiásticos, y yo no te ordenaré manifestar tus pensamientos íntimos... te lo pido, y ten la seguridad de que eres libre de expresar tu opinión sin temor a las represalias».

«Gracias, Herr Major. Lamento que haya llegado esta orden, pero especialmente que haya sido en la época de Navidad. ¡Durante este tiempo sagrado nuestros pensamientos se dirigen hacia cosas más elevadas!». Y continué con tu quoque Tacitus —en latín, desde luego, que siempre causa una buena impresión— y lo que decía sobre la pureza de las doncellas en Germania dos mil años antes. A continuación cité las palabras de César sobre la virtuosa conducta de los pueblos nórdicos; luego llegué hasta la Edad Media con los ejemplos apropiados; y finalmente terminé:

«Ahora lleguemos a aquellos que se califican de auténticos alemanes y que consideran al cristianismo como un deterioro de la raza alemana, mientras la hacen pasar por una nación cristiana. Mandan engendrar hijos —no importando el cómo ni con quién— y ofrecen un premio para el que lo cumpla. ¿Son esos los auténticos alemanes? En mi opinión, ¡nunca hasta hoy, y por orden de un jefe de las SS, se ha propuesto semejante insulto a las jóvenes alemanas!». Debí hablar alrededor de diez minutos. Fue mi primer sermón.

Los hombres se pusieron en pie y gritaron: «¡Bravo!», y algunos murmuraron: «¡Que Himmler se ocupe de las apasionadas doncellas alemanas!».

Entre los hombres estalló casi un motín. La reunión se disolvió antes de medianoche y todos los grupos de las SS caminaron con nosotros durante seis kilómetros bajo la nieve y el frío glacial hasta la iglesia católica más cercana, en Jordán.

El entrañable anciano párroco, aunque estaba acostumbrado a ver aparecer frecuentemente a los seminaristas, se quedó asombrado ante la invasión de los SS, no católicos en su mayoría. Después de la Misa nos regalamos con un delicioso pastel de Navidad ofrecido por los buenos feligreses a los que el párroco había invitado a unirse a la celebración.

Por supuesto, a la mañana siguiente los hombres volvieron a su brutal comportamiento habitual e incluso algunos de ellos protestaron por la oportunidad perdida la noche anterior; pero habían tenido una profunda experiencia de rectitud y de justicia al manifestar un

desacuerdo que no olvidarían nunca, incluso en la época en que tuvieron que lamentar su participación.

Al día siguiente, los hombres casados obtuvieron un permiso de Navidad y, tras felicitar me por mi discurso y mi valor de la noche anterior, el comandante de la base me concedió uno especial. Me quedé sorprendido, pero me apresuré a aprovecharlo antes de que alguien cambiara de idea y me obligara a permanecer en el campamento. Pasé un maravilloso fin de semana con mi familia y regresé para terminar mi período de tres meses de instrucción, en cuyos tres últimos días estaba al mando el propio Reichsführer Himmler.

El día de la exhibición de las maniobras fue un día aciago; caía la nieve en la cumbre de las montañas y una de nuestras unidades se perdió. Por fin, un comando dio con ellos y los salvó; durante la revista de la unidad al término de las maniobras, Himmler mandó que el oficial que dirigió el comando diera un paso al frente.

Nadie se movió.

«Vamos, vamos, sin modestia. Deseo hablar con el oficial que llevó el mando y tomó la decisión de salvar a esa unidad de una muerte segura en medio de la tormenta. ¡Un paso al frente!».

Por fin, se adelantó un soldado al que yo conocía bien: nuestro hermano franciscano Roger Ricker. Nos quedamos sorprendidos, y Himmler le preguntó: «¿Diste tú la orden?».

«Sí, Herr Reichsführer».

«¿Quién te dio a ti, un soldado raso, el permiso para tomar el mando?».

«Señor, nuestro jefe no podía hacerlo. Durante nuestra formación se nos ha dicho repetidamente que, en caso de necesidad, cualquiera tiene el deber de mandar un comando de salvación».

Himmler exclamó: «Bravo. He aquí un soldado que conoce su deber. Mereces ser un oficial de las SS. Te enviaré inmediatamente a la escuela de oficiales».

En medio del silencio resonó la clara respuesta de Roger: «Señor, eso ya no es posible. Ya he estado en la escuela de oficiales».

Nadie comprendió su respuesta y, cuando se le preguntó el significado, repuso en voz alta y segura: «Yo he asistido a la escuela de oficiales del más grande y más conocido ejército del mundo: el ejército de Jesucristo en la Orden de San Francisco. ¡Me estoy preparando para ser sacerdote!». Todo el mundo guardaba silencio. Himmler susurró algo a los sorprendidos oficiales que le rodeaban, y Roger recibió la orden de volver a su puesto.

Por la noche, otros tres seminaristas y yo fuimos convocados para mantener una charla privada con Himmler. Se mostró muy amistoso y nos preguntó: «¿Realmente estáis estudiando para ser sacerdotes?».

«Sí, señor».

«Cómo es que estáis aquí? ¿Queréis seguir sirviendo en las SS?».

«Estamos dispuestos a servir aquí, señor, pues nos han prometido que podremos cumplir con absoluta libertad nuestras obligaciones religiosas».

Himmler habló brevemente con los que le acompañaban y luego dijo: «Sois libres para servir a vuestro Dios. Aquí no hay impedimentos religiosos, pero ya habréis observado que el que está entre nosotros sufre... un cambio, pero sin coacción».

Yo me eché a reír.

Himmler me miró y dijo: «¿Por qué te ríes?».

Yo repuse bruscamente: «Veremos quién cambia a quién».

Todos contemplaban a Himmler. ¿Qué diría ahora? Pero él se limitó a mirarnos y, satisfecho, dijo a sus acompañantes: «Estos chicos valen; los necesitamos». Y a nosotros: «Podéis marchar».

Y así lo hicimos, con la promesa que habíamos recibido, y que sorprendió a todos, de que éramos libres para cumplir nuestras obligaciones religiosas.

El incidente tuvo una secuela. A la mañana siguiente, uno de los oficiales de mayor rango recibió una comunicación procedente de las más altas instancias. A través de ella supimos que la meta definitiva de la guerra era liberar no solo a Alemania y a Europa, sino al mundo entero, de dos enemigos: el comunismo y el cristianismo. Según decía, el más peligroso era la Iglesia, que durante dos mil años había esclavizado a la humanidad con su religión de hipocresía y falso amor. « ¡No alcanzaremos la victoria!», decía el comunicado, «hasta que el último cura cuelgue de la horca!».

«¡Ayer se nos prometió la libertad religiosa por parte de las altas instancias; y ahora acabamos de oír todo lo contrario!», grité.

El oficial replicó despectivamente: «Sí, ciertamente, libertad religiosa, ¡no faltaba más!... mientras dure la guerra. Sin embargo, nada se ha dicho sobre lo que ocurrirá cuando termine».

Yo tengo una decidida tendencia a ser imprudente, así que no pude contenerme y le pregunté: «Señor, ¿qué ocurrirá cuando estemos de vuelta en nuestros conventos?».

« Si uno de mis hombres se atreve a entrar de nuevo en esos nidos de estupidez, ¡yo personalmente lo ataré al árbol más próximo para darle de latigazos!».

Ahora sabíamos dónde estábamos. No obstante, como pasaría mucho tiempo antes de que sucediera, yo me limité a sugerir que esperaríamos tranquilamente y, mientras tanto, continuaríamos cumpliendo con nuestros deberes religiosos.

Cuando el oficial me preguntó secamente si yo dudaba del resultado final, repliqué: «Yo solo sé esto, señor: suceda lo que suceda, triunfará la voluntad de Dios. Solo vencerá lo que es recto en su presencia y está de acuerdo con su plan divino. Se ha demostrado miles y miles de veces en la historia de la Iglesia, y seguramente no habrá cambiado ahora».

No siguió hablando conmigo, pero hizo llegar mis palabras a mi superior, que me llamó y me dijo privadamente:

«Ten cuidado; es peligroso decir semejantes cosas».

«Pero, ¿no cree en la victoria final de lo que es recto?», pregunté.

Movió la cabeza. «No puedo decirte nada más».

A finales de enero de 1940 nos pusimos en marcha y cruzamos Alemania a caballo, desde el frío este al primaveral clima del sudoeste en la hermosa región de Baden. Nos alojábamos en agradables casas particulares en la pequeña ciudad de Herbolzheim, un cambio bien recibido después de las maniobras y los campos de instrucción que habíamos dejado atrás. Yo fui especialmente afortunado, pues se me asignó el hogar nuevo, limpio y pequeño de una familia de cuatro personas que me aceptaron cordialmente con una amabilidad encantadora que me dejó sorprendido. No obstante fui estudiado cuidadosamente por las buenas señoras de la vecindad antes de ser aceptado por aquella familia.

Una anciana tía, una persona formidable, por cierto, me preguntó abiertamente delante de todo el mundo: «¿Es usted una persona respetable?».

Yo no daba crédito a mis oídos y simplemente me quedé sin habla como un paleta. Ella repitió la pregunta y continuó: «En esta casa hay una joven casadera, y aquí no queremos disolutos».

No pude contener la risa mientras la jovencita, que estaba presente, se ruborizaba intensamente.

«Gnadiges Früulein, no tenga miedo. A pesar de este uniforme de las SS, soy un seminarista; soy franciscano: aún no estoy ordenado sacerdote, pero como si lo estuviera. No tengo interés en las mujeres, excepto como almas necesitadas de salvación».

Todos rieron y, cordialmente, me acompañaron a la casa. La joven, que se llamaba Frieda, era realmente bonita, limpia y cariñosa, y comprendí la preocupación de su tía.

Nuestra vida se desarrollaba serenamente. Por las mañanas, antes de ir a cumplir con nuestras obligaciones, los seminaristas oíamos Misa. El párroco se sorprendió de vernos arrodillados diariamente, con nuestros uniformes de las SS, ante la barandilla del comulgatorio, con todo el aspecto de una profunda y sincera piedad. Los buenos

habitantes cristianos de la ciudad consideraban un honor reunirse con nosotros y manifestarnos su cordialidad durante nuestra estancia. Como nuestros oficiales se ocupaban más de las mujeres hermosas que de cumplir sus deberes, gozábamos de una gran libertad, que aprovechábamos para la Misa matutina y para la meditación nocturna. Y en el intermedio dedicábamos muchas horas al estudio.

Una mañana, yo tenía que ordenar la oficina; era un luminoso día de primavera y estaba solo. Abrí la ventana para dejar entrar el aire y casualmente oí la conversación que el oficial de Estado mayor y nuestro sargento mantenían al pie. ¡Por nada del mundo me podía perder aquella conversación!

El oficial de decía: «¿Qué pasa con los eclesiásticos? ¿Ya han caído?».

El sargento dejó oír un sonido de disgusto.

«¿Cómo?», exclamó el oficial. «Las cosas debían haber evolucionado algo en ese sentido. ¡No los hemos alojado deliberadamente en las familias de las más hermosas jóvenes para que no cambien!».

El sargento expresó su disgusto de nuevo. «Ese es el problema: ¡se niegan! Los colocamos a propósito en las casas de las más bonitas, y al alto —se refería a mí— lo pusimos en la de una muchacha a la que persiguen todos los suboficiales. Y ¿qué sucede? Todas las mañanas, a las seis, corre a la iglesia. Lo he seguido, y mientras el cura le dé algo de comer —se refería a la Sagrada Comunión— no hay nada que hacer».

«Entonces, empieza a imponerles las obligaciones más temprano», sugirió el oficial.

«Eso no serviría de nada, pues entonces él y todos los demás acudirían a la iglesia a las cinco o irían por la tarde. El cura los aprecia mucho; ¡yo creo que diría Misa a medianoche solo para acomodarse a ellos! He intentado todo lo que se me ha ocurrido para cambiarlos. No lo he conseguido».

Cuando transmití esa sabrosa conversación a mis compañeros franciscanos, tuvimos ocasión de reírnos a gusto. Los oficiales y los suboficiales habían resultado burlados, pues al colocarnos donde ellos mismos desearían estar, con las mujeres más jóvenes y más puras, las habían puesto bajo nuestra protección. No éramos nosotros los que estábamos en peligro de «cambiar», como pretendían maliciosamente, sino que sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Las familias no pensaban en despedirnos, pues sabían que sus hijas estaban a salvo con nosotros... y nosotros, entre aquellos buenos cristianos, estábamos a salvo de unas tentaciones que habrían sido una prueba para nuestra inexperiencia con mujeres.

Algún tiempo después el sargento me preguntó si en alguna ocasión miraba a las muchachas bonitas.

Repliqué en alta voz, entre las risas de los demás: «¡Por supuesto que miro a las chicas guapas! Dios no me ha dejado ciego solo porque aspire al sacerdocio. De hecho, veo a diario a una de las más bellas de la ciudad. Comprendo que muchos de los suboficiales lamentan que yo esté alojado con esa familia. ¡Creen que estoy desperdiciando una oportunidad que ellos no dejarían pasar!».

Todos rompieron a reír, mientras él, con el rostro enrojecido, farfullaba: «Tienes razón en lo que se refiere a la reservada actitud de Frieda. Nunca va al cine. Dice que nunca va al cine con soldados desconocidos. ¡Me parece que la estás llenando de tus peroratas religiosas!».

«Quizá sí. Quizá prefiera ir al cine con alguien en quien confíe, uno que vaya a la iglesia todas las mañanas incluso si es a las cinco». Eso dio en el clavo.

Rió estrepitosamente. «Ya lo habéis oído: ¡el cura y su novia yendo al cine! Eso, tengo que verlo». Y dando grandes zancadas, salió riendo todavía.

Cuando aquella noche llegué a la casa, pregunté, «Frieda, ¿te gustaría ir al cine conmigo? Estoy seguro de que debíamos entretenernos un poco». Afortunadamente, sus padres, que habían oído mi pregunta, asintieron; ella también, y salimos. Yo había calculado

nuestra llegada justamente cuando estuviera empezada la proyección, de modo que ya se encontraran en la sala todos los suboficiales. Entramos en el primer descanso del filme, mientras los cabos nos observaban atónitos, con los ojos desorbitados y las bocas abiertas.

Si he dado la impresión de que los días de Herbolzheim fueron unas vacaciones, debo corregirla. Reinaba un gran malestar y mucho desorden, y los seminaristas de las SS éramos llamados frecuentemente para tranquilizar las cosas, pues los oficiales habían comprendido que teníamos más tacto y más autoridad que los otros guardias de elite. Con el paso del tiempo, eran cada vez más las cruces dañadas al borde de los caminos o totalmente profanadas, y cada vez eran más los padres desconsolados que acudían a denunciar los abusos cometidos contra sus hijas. Las relaciones entre los soldados y la ciudadanía se hacían cada vez más difíciles.

De repente, nos enviaron a la línea Sigfrido, junto al Rhin, y allí, en aquella primavera florida, pasamos dos meses sin nada que hacer. Yo tenía el encargo de atender la línea de comunicaciones del batallón y, durante aquellas semanas, permanecí en el bosque desde la mañana temprano hasta la noche, sin más ocupación que estudiar y tomar el sol. Me sentía de nuevo como un niño, disfrutando de los animales y del aire limpio, incontaminado, de los bosques y los prados. Y sabía que aquello no podía durar mucho tiempo.

4 DESAFIANDO A LAS SS

Cuando nos trasladamos a Kippenheim no habían empezado los bombardeos. Luego nos fuimos a Württemberg y una noche, poco después de instalarnos en un agradable acantonamiento, salimos precipitadamente. Avanzamos y entramos en guerra. Por encima de Luxemburgo invadimos Francia y entonces la cosa se puso seria, y para mí, extraordinariamente interesante.

Yo sabía francés, una peculiaridad escasa y, en consecuencia, fui destinado al servicio de intérpretes. Estaba encargado de los alojamientos y de otras necesidades y medidas, y de este modo podía

hacer mucho bien y aliviar muchas cargas. Por ejemplo, decía a los ciudadanos franceses: «Enterrad vuestra gasolina; yo iré a buscarla dentro de poco». Y en su presencia, tomaba una pequeña parte dejándoles el resto para que lo ocultaran de los otros soldados; y así, podían hacer funcionar su maquinaria agrícola y los demás equipos necesarios.

Más tarde, en París, donde tantos pasaban necesidad mientras nosotros teníamos de todo y en abundancia, me ocupé de alimentar a muchos niños franceses hambrientos con las provisiones del odiado ejército alemán.

Por estar en comunicaciones así como sirviendo de intérprete, sabía cuándo se iban a efectuar los raids de las SS sobre iglesias u otros lugares semejantes. Una de las mezquindades preferidas de los oficiales para humillar a los sacerdotes consistía en incautarse del vino de la Misa. Si yo me enteraba previamente, me ocupaba de avisarlos, y así, cuando los SS se presentaban para llevar a cabo su sucia tarea, no encontraban vino... y con frecuencia tampoco al sacerdote, cuya presencia allí habría significado su muerte. También tenía la posibilidad de prevenir a aquellos cuya ejecución estaba decidida. Cuando llegaba al día siguiente a realizar mi trabajo de intérprete, el nido estaba vacío, el Sacramento a salvo y los vasos sagrados escondidos entre los feligreses. Yo daba gracias a Dios diariamente por el uniforme de las SS que vestía, porque crecía en la fe y porque pensaba que mi presencia en aquella odiada compañía era una bendición para aquellos que me rodeaban, así como para mí mismo.

La guerra se desarrollaba entonces con gran rapidez. Se produjeron algunos enfrentamientos en medio de grandes pérdidas. El enemigo sabía que las SS no hacían prisioneros y peleaba en consecuencia; tuvimos que cavar muchas tumbas.

Especialmente en Argonne, tuvimos muchas víctimas. Y tal es la naturaleza del hombre en tiempo de guerra que, incluso cuando aún estaban vivos los agonizantes, empezaron los saqueos. Nuestros nobles alemanes de alta cuna, los oficiales de mayor rango, se contaban entre los líderes de aquel increíble pillaje que tenía lugar en medio de los lamentos de los heridos y de los moribundos. Apilaban el

botín en camiones enormes que enviaban a sus hogares en Alemania. Siguiendo su ejemplo, los soldados se volvieron como locos en su macabro comportamiento. Valía la pena robarlo todo, incluso lo más inútil, lo más insignificante. Muy pronto las calles de la ciudad estuvieron cubiertas con todas las propiedades de la gente, robadas y abandonadas cuando los soldados encontraban algo distinto que llamaba su atención. Los hombres eran como animales; las muchachas no se atrevían a mostrarse en público.

Por supuesto, los seminaristas no tomábamos parte en aquel penoso espectáculo. Nuestros compañeros nos calificaban de «locos beatos», pero nosotros nos manteníamos firmes. Más tarde, algunos de nosotros fuimos condecorados y se reconoció nuestra conducta en aquella época. Continuábamos en nuestros puestos de radio y no matamos a nadie.

Fui ascendido a Obersturmmann y el comandante me dijo que lamentaba no haberme concedido la Cruz de Hierro. Pero, desde luego, ¡no lo habría hecho!

Perseguíamos al enemigo, que huía tan rápidamente que solo gracias a las marchas forzadas lográbamos acercarnos a él. Recorrimos muchos kilómetros a través de pueblos saqueados y abandonados. Comíamos fuera de las zonas habitadas y, en ocasiones, llegábamos tan cerca de las tropas enemigas, que nos regalábamos con los pollos recién muertos que habían degollado a lo largo de la carretera sin imaginar que estábamos tan cerca como para poder robarles su cena. Por último, las armas callaron y empezó la larga espera.

Aunque triste en cierto modo, fue para mí una época agradable, ya que entretanto aproveché el tiempo para estar con la gente, mejorar mi francés y, cuando podía encontrar un sacerdote, ir a Misa. Durante esta marcha recibí la Sagrada Comunión en muchas ocasiones, a veces de manos de sacerdotes a los que primero tenía que encontrar y luego convencer. ¿Quién, en posesión de sus cinco sentidos, podría creer que uno de los odiados SS deseara reverentemente el sustento que solo se obtiene recibiendo los sacramentos y participando en la oración y en la Misa? Sin embargo, después de que me confesé con ellos,

creyeron por fin que yo era en realidad un seminarista y no un arrogante nazi venido a detenerlos. A menudo se mostraban amargados a causa de la guerra, aunque tan piadosos como sacerdotes, que yo me sentía admirado y lleno de compasión hacia ellos. Y sacaba clandestinamente algunos alimentos para su uso y para que los distribuyeran entre su gente.

El 14 de julio, en Vaux sur Blaise los franceses celebraban su fiesta nacional, de la que nosotros no teníamos conocimiento, y fuimos a Misa como de costumbre. Tres o cuatro muchachas del coro empezaron a maullar cantando la Misa Solemne. No pudimos soportarlo por mucho tiempo, y seis franciscanos incoaron y cantaron una auténtica Misa coral. Los franceses se quedaron mudos... hasta la mañana siguiente. La compañía entera estaba alborotada. Muy pronto se extendió el rumor de que, en el día de la fiesta de la toma de la Bastilla, habíamos cantado en una iglesia francesa vestidos con el uniforme de las SS. Cuando llegamos al edificio del cuartel general, nos convocaron y nos acusaron de traidores y enemigos del pueblo alemán por haber cantado para el adversario en el día de su fiesta nacional.

«Es un insulto, y una deshonra para todas las SS. ¡Estáis arrestados en el campamento!», vociferó el sargento. «¿Cómo pudisteis asistir a una ceremonia celebrada por nuestros enemigos?». Estaba congestionado de rabia.

¡Aquello fue demasiado! «Señor», repliqué, «¡la Iglesia católica es universal! ¡Ante Dios no hay franceses, no hay alemanes, no hay arios, no hay judíos!».

El sargento gruñó de nuevo: «¿Qué estás diciendo? ¡Sois unos traidores!».

«Presentaremos una queja respecto a este asunto». Y nos negamos a continuar hablando.

Escribimos inmediatamente al general exponiéndole el caso, y él contestó que confiaba en nosotros; que teníamos permiso del Reichsfürer Himmler para asistir a Misa. Incluyó unas notas

personales en las que constaba que podíamos circular por cualquier lugar; y nosotros hacíamos un uso frecuente de dicha nota.

Mientras los demás hacían la instrucción los sábados hasta última hora de la tarde, mi grupo y yo nos poníamos el uniforme y a las 14h nos despedíamos. Pavoneándome ante el apoplético sargento, gritaba para que todos pudieran oírme: «El SS Obersturmmann Goldmann reporta que está dejando el campamento para ir a confesarse». Y mis compañeros, con rostro impávido, gritaban también sus nombres, su rango y su destino. El sargento casi se moría de rabia, pero ¿qué podía hacer? ¡Yo me estaba confesando hasta medianoche!

A finales de 1940, recibimos la orden de que los soldados cualificados podían obtener un permiso durante el invierno para proseguir sus estudios. Como yo cumplía todos los requisitos, solicité cinco meses para continuar mis estudios de teología. Al principio, mis compañeros no seminaristas se reían de mí, pero cuando llegó el permiso —los cinco meses completos— la irritación de los nazis no conoció límites. Yo marché a Friburgo, donde estudié menos teología, por cierto, que arte y literatura. Naturalmente intenté ir a Fulda para estar con los míos, pero resultó imposible. La Gestapo había disuelto el monasterio en diciembre de 1939; los franciscanos habían sido literalmente barridos de Hessen, y el edificio estuvo ocupado primero por un grupo de la policía de las SS, y luego empleado como hospital.

En Friburgo pasé cinco maravillosos meses de estudio y descanso. Me reía de mis compañeros cuando se quejaban de la dureza del trabajo. Para mí, significaba un enriquecedor y gratificante descanso después de los horrores de la guerra. Tuve el placer de provocar una sensación de terror asistiendo a las primeras clases con el uniforme de gala de las SS... y apareciendo luego en el colegio con el hábito marrón de los franciscanos que me resultaba mucho más cómodo y familiar.

Reconfortado temporalmente en el cuerpo y en el alma, volví al campamento, pero me defraudó ver su deterioro moral respecto a los avances que había llegado a conseguir en el aspecto religioso. Me había propuesto la misión personal de llevar algún rayo de luz y de verdad a sus insatisfechas y vacías vidas espirituales y, antes de

marchar, estaba haciendo ligeros progresos con algunos de ellos. Ahora era preciso volver a empezar, y conmigo, mis compañeros seminaristas.

Los oficiales jóvenes, la mayoría de ellos antiguos estudiantes universitarios, iniciaron una campaña para demostrarnos lo inútil y absurda que era la Iglesia. Se dedicaban a acosarnos, mostrándonos ante todo el mundo unos libros obscenos que habían obtenido en París, y pidiéndonos nuestra opinión sobre su valor artístico. Sin embargo, uno de los nuestros dio fin a todo ello cuando un día, deliberadamente y con toda tranquilidad, hizo trizas el libro antes de que los asombrados oficiales pudieran detenerlo. Encolerizados, le amenazaron con toda clase de castigos; pero él, a su vez, les replicó con la amenaza, amenaza que cumplió, de informar a Berlín de aquellos lamentables incidentes. Tenía amigos en cargos importantes, y el resultado fue que el oficial implicado en aquella broma de mal gusto desapareció al día siguiente sin que nadie supiera dónde. Y aquella insensatez terminó radicalmente.

Un poco después se nos presentó una oportunidad única que aprovechamos ávidamente para nuestra actividad apostólica «clandestina». De vuelta a casa de nuestro permiso de estudios, nos enteramos de que en Alemania no se podían adquirir artículos religiosos, como rosarios o crucifijos. Las Biblias y los libros piadosos estaban verbotten también, pues en las imprentas escaseaba el papel. Por supuesto, abundaba para la propaganda anti-religiosa, pero esa era otra historia que no venía al caso.

Sucedió que un día, paseando durante mi permiso ante los quioscos de los librerías en París, tuve la suerte de que mi mirada cayera sobre un volumen que llevaba en la portada el emblema de mi antiguo monasterio de Fulda. Yo sabía que, al clausurar el monasterio, habían robado todos sus hermosos libros antiguos, así que aquel descubrimiento me produjo una sensación terrible. Más tarde me enteré de que los alemanes los habían vendido, pero nunca supe cómo habían llegado a los quioscos de París.

Entretanto, mirando en derredor, descubrí que allí, junto a algunos que llevaban el sello de otros monasterios, aparecían más volúmenes

del nuestro. Me puse en contacto con mis superiores religiosos, que me pidieron que resolviera el asunto del mejor modo posible. Yo tenía mucho dinero, así que fui de un sitio a otro comprando todos los libros que fui capaz de encontrar y que terminaron en una habitación en la que apenas podía moverme, pues los volúmenes apilados llegaban prácticamente al techo.

Siguiendo por esta línea, tuve la feliz idea de hacerme con todos los rosarios y crucifijos que caían en mis manos. Afortunadamente, amigos y parientes me entregaron miles de esos artículos con tal fin. A continuación, pasé mucho tiempo preguntándome cómo volver a Alemania con aquella valiosa mercancía. Algunos amigos que regresaban a sus casa me ayudaron llevándola como equipaje personal, y entregándola en el lugar que yo les indicaba. Los soldados que volvían a sus hogares con permiso se prestaban a ayudar por una pequeña gratificación. Pero no era suficiente; todo iba demasiado lento para el mucho bien que había que hacer.

Por fin, conocí a un buen cristiano en la oficina de nuestro regimiento, un hombre que era un decidido enemigo de los nazis, como muchos de nosotros. Nos arriesgamos a falsificar unos papeles con los que cubríamos los libros, metiéndolos en cajas y embalajes que sellábamos con un TOP SECRET: SS MAIL. Diariamente salían de Francia hacia Alemania camiones cargados de mercancías, la mitad de las cuales eran libros cuidadosamente embalados. Los conductores conocían su contenido y, a cambio de cierta cantidad de dinero, los vigilaban y entregaban en nuestro Monasterio de Gorheim-Sigmaringen al Dr. Heinrich Hofler, el líder del grupo católico alemán que se ocupaba de satisfacer las necesidades espirituales del ejército.

Era difícil y peligroso, desde luego, pero muy gratificante. ¡En algunas ocasiones llegamos tan lejos como para enviarlos por avión!

Los hombres que nos ayudaban eran soldados de las SS; yo estaba en las SS. Los conductores a los que sobornábamos eran nazis, soldados del Reich. Y sin embargo, ninguno nos denunció. De aquellas filas no surgió ningún traidor que revelara nuestras actividades, y en el corazón de todos nosotros aumentaban las muchas bendiciones que obteníamos realizando aquel trabajo tan especial.

Nos llegaron noticias de que nuestros superiores religiosos habían logrado recibir el material y distribuirlo entre los cristianos espiritualmente hambrientos. Nos alegramos de ello y continuamos considerándolo como una aventura apasionante. Los nazis, que habían saqueado nuestros monasterios, que habían acabado con las vidas de incontables miles de inocentes, cuyos actos eran depravados y perversos, nunca se enteraron de nuestra campaña. Por esto, sabíamos que los ángeles estaban realmente a nuestro lado; y, aunque algunas veces nos viniera a contrapelo el conspirar contra nuestro propio país, sabíamos que, cuanto antes fueran derrotados aquellos hombres arrogantes, antes podríamos devolver nuestra patria a sus legítimos dueños —el pueblo— y a su legítimo Rey, Cristo.

Un tal sargento Stummel, cuyo odio hacia mí se había convertido en la comidilla del campamento, se enteró de todas aquellas maquinaciones, pero como yo contaba con el apoyo de algunos oficiales de alta graduación, no pudo adoptar medidas punitivas. Aunque no fueran cristianos, no todos aquellos hombres con uniforme de las SS eran animales. Lo peor que el sargento pudo inventar para lograr una forma de castigo fue trasladarme a otra compañía, pero incluso eso se convirtió en un favor. El oficial al mando era un hombre que vivía realmente en el corazón de Cristo y me concedió la libertad que nunca había disfrutado durante el servicio. Me dio permiso para viajar a París —estábamos acuartelados en Rueil, Malmaison y Bougival— donde pude seguir mi camino religioso. Al poco tiempo de unirme a esa compañía, la trasladaron a París, acantonándola cerca del Arco de Triunfo, lo que, desde mi punto de vista, fue aún mejor. Yo vagaba libremente entre catedrales y capillas... y después del estruendo y la agitación de los cuarteles, de las discusiones y la degradación de los combatientes, aquellas horas disfrutadas ante el altar significaban un oasis para mi alma.

Mis amigos y yo parecíamos niños hambrientos devorando las muchas riquezas artísticas y culturales que París nos ofrecía. Contábamos con mucho dinero y con más tiempo libre del que se podía esperar razonablemente; raramente nos íbamos a la cama antes de medianoche. Mientras nuestros camaradas anti-cristianos participaban en las eternas juergas de vino, mujeres y canciones,

nosotros trabamos conocimiento con el Padre Stock, el director espiritual de los alemanes en París. Había sufrido grandes peligros y pruebas interiores, pues estuvo constantemente bajo la vigilancia de la Gestapo y más de una vez en riesgo de muerte. Le acusaban de confiar demasiado en sus hermanos franceses, y mantenían sin tregua sus sospechas y su desconfianza sobre él. Por las noches nos reuníamos en su casa para instruirnos y para rezar; allí aprendimos muchas cosas que nos ayudaron a vivir como cristianos en el mundo pagano en el que nos desenvolvíamos.

Vimos muy poco de la guerra. Me trasladaron a otro equipo de comunicaciones emplazado en el mejor barrio de París, cerca de muchos extensos parques; me adjudicaron un apartamento formado por un dormitorio con cuarto de estar y baño, atendido por una sirvienta. Yo vivía como un príncipe, aunque tenía el presentimiento de que todo aquellos terminaría muy pronto.

Surgió la oportunidad de hacer un curso de oficiales, curso que yo firmé encantado. Tenía la sensación de que, si había podido hacer mucho bien mientras no era oficial, sería capaz de hacer aún más obteniendo un grado superior y más poder. Gracias a mi formación intelectual, quedé fácilmente el primero y solo tuve que enfrentarme a una prueba final antes de que terminara la promoción: cargados con un pesado fardo, debíamos hacer un recorrido a marchas forzadas bajo el sofocante calor de junio. La marcha era de unos ochenta y cuatro kilómetros.

Nos divertía ver lo que sudaba la gente en aquella marcha, pues habíamos sido el blanco de burlas de cuartel por nuestra negativa a subir a los camiones que, una vez por semana, trasladaban a los hombres a los burdeles. Los oficiales tenían la sensación de que, aunque éramos hombres, debíamos estar en malas condiciones cuando nos privábamos de semejante deporte. Por supuesto, nosotros nos negábamos rotundamente a ir, y ellos nos gastaban bromas sobre nuestra virilidad, o nuestra carencia de ella, y se reían de nosotros calificándonos de flojos. Pero durante aquellas marchas forzadas, los que caían como moscas eran ellos, y tenían que ser cargados en los camiones que los llevaban a nuestro destino. Incluso los oficiales llegaron a desfallecer. ¡Cómo nos divertía ver a los orgullosos junkers

arrastrados como sacos de grano! Los dos únicos supervivientes de nuestra división fuimos otro seminarista y yo. El comandante nos felicitó; en resumen, la experiencia fue para nosotros una broma, acostumbrados como estábamos a las largas excursiones y a los ejercicios extenuantes de nuestros rigurosos días en los campamentos de las Juventudes Católicas.

Paradójicamente, mi resistencia durante la marcha iba a dar como fruto un giro a mi vida en las fuerzas armadas.

Una tarde, los otros seminaristas y yo fuimos convocados a la presencia del comandante.

«Caballeros, se han comportado ustedes de forma encomiable... mucho más de lo que yo había esperado. Siempre imaginé que la preparación para el sacerdocio era una ocupación sedentaria que solo producía gente débil. Pues bien, ¡les felicito! Han sido promocionados en las SS y se han convertido en oficiales del ejército militar más excelso del mundo».

Nos mirábamos unos a otros preguntándonos dónde estaría la trampa. Tenía que haber una.

«Queridos señores, solo hay un obstáculo para su servicio en este cuerpo de elite, sin igual en la historia del ejército. ¿Serían tan amables de firmar este papel?».

Nos repartió unos formularios. Aturdidos, leímos en silencio: «Por el presente documento declaro que abandono la Iglesia católica y hago el firme propósito de no ingresar jamás en la Orden Franciscana de la Iglesia».

¡Esta era, pues, la libertad de creencias que nos habían prometido! Pensarían que habían encontrado el señuelo perfecto para arrancarnos de la Iglesia, agitando ante nosotros la zanahoria de un nombramiento de oficiales en el frente. Esperábamos en posición de firmes, inmóviles.

El comandante preguntó: «¿Están ustedes dispuestos?». Se dirigió a un berlinés que, con el rostro pálido de indignación, replicó: «Mi comandante, no estoy acostumbrado a cambiar de religión como hago

los sábados con la camisa sucia». Hablaba en un dialecto de Berlín, lo que hacía que, a pesar de la gravedad de la situación, la escena resultara cómica.

El soldado siguiente se limitó a decir: «Mi comandante, antes de entrar en las SS, yo era soldado en el ejército, y allí encontré un lema: Dios con nosotros. Aquí he encontrado el lema de las SS: Mi honor es la lealtad. No tengo nada que añadir. ¿Realmente desea usted fabricar un oficial con un hombre que es desleal y traidor a su Dios? Porque ¡si un hombre traiciona a Dios, seguramente traicionará al hombre!».

Todos guardábamos silencio. Yo pensaba instintivamente en las palabras de la Sagrada Escritura cuando Cristo dice a sus discípulos que no deben preocuparse por lo que han de responder ante sus jueces y perseguidores, pues el Espíritu Santo les sugerirá las respuestas oportunas. El comandante se limitó a preguntar: «¿Piensan lo mismo todos los demás?».

«Sí». La respuesta llegó firme, resuelta.

Se volvió hacia su ayudante. «Haga que estos hombres permanezcan en la oficina» dijo, y salió. Y ¿ahora qué?

Volvió muy pronto, vestido con el uniforme de gala, incluso con el casco de acero. Nosotros esperábamos que el castigo cayera inmediatamente sobre nosotros. Nos ordenó permanecer donde estábamos, se puso firme, saludó con la mano izquierda —un disparo le había arrancado el brazo derecho— y, con la voz cargada de emoción, nos dijo: «Caballeros, muchas gracias. No esperaba menos de ustedes».

Nosotros seguíamos en silencio, pero ahora por una razón mejor y muy diferente: semejante reconocimiento nos había llenado de sorpresa. Cuando salimos nos sentíamos no poco orgullosos.

No obstante, tal temeridad debía tener consecuencias. El oficial de la división de información estaba loco de rabia porque habíamos rechazado el ascenso. Por la noche entró en nuestro alojamiento e inició una conversación sobre la religión y el ejército. Delante de todos los soldados, dijo insidiosamente: «Cualquiera que es cristiano,

por ese mero hecho es un soldado de segunda clase... ¡y un mal alemán!».

Aquello era, desde luego, más de lo que podíamos aguantar. Protestamos inmediatamente, pero él continuó: «Y cualquiera que tenga la ocasión de convertirse en oficial y no la aprovecha es un traidor a la causa alemana».

Fue demasiado. Me senté, y escribí una enérgica protesta haciendo constar que, aunque el comandante nos había felicitado públicamente después de las maniobras, aunque había afirmado que desearía contar con todo un batallón de semejantes seminaristas, uno de nuestros oficiales había osado insultarnos públicamente, en tales términos que el honor de las SS quedaba profundamente ultrajado. Por esta razón nos veíamos obligados a presentar una queja.

El oficial al que entregamos el informe para remitir a las altas autoridades estaba furioso. Incluso el comandante nos llamó para decirnos que retiráramos el escrito, por temor a que llegara al cuartel general de la división. Pero eso era exactamente lo que pretendíamos.

«El oficial debe ser trasladado, señor. Seguramente usted lo comprende».

El asunto alcanzó rápidamente grandes proporciones. Pocos días después de la presentación de la protesta me ordenaron informar del tema al Cuartel General de la división. Yo permanecí firme, e insistí en el hecho de que, poco tiempo antes, el mismo Himmler nos había prometido libertad religiosa sin consecuencias perjudiciales y sin prejuicios.

El tema llegó a las más altas autoridades, y al cabo de tres semanas se recibió la respuesta definitiva de Berlín. Himmler había leído el informe, pues su nombre constaba en él, y había escrito su decisión con lápiz rojo en el margen de mi queja: «Debe solicitarse una declaración de la filosofía personal de esos hombres (Weltanschauung)».

Me ordenaron obedecer. Era peligroso, pero yo estaba decidido a poner fin a todo ello. Escribí a máquina ocho páginas, empezando:

«Declaro que rechazo la Weltaschaunng de las SS y del partido nacional socialista».

Argüía, con toda la lógica de que fui capaz, que mi rechazo se basaba en tres puntos: historia, filosofía y religión, empleando cada vez los conocimientos que había adquirido en mi formación. La redacción era incisiva y concreta, pero tuve que hacer mi declaración yo solo. Mis hermanos seminaristas se negaron a firmarla: opinaban que el escrito era demasiado fuerte. Después de todo, yo era alemán, y no debía escribir de aquel modo.

«Pero, ¿no os dais cuenta? Justamente porque soy alemán..., quizá más que esos llamados nobles líderes nazis nuestros... ¡estoy obligado a escribir de este modo!».

Supliqué y discutí con ellos, pero ocurrió algo que nunca pensé que ocurriera: no firmaron.

Lo que siguió no fue sorprendente en absoluto. Me confinaron en el campamento hasta recibir la respuesta de Berlín. Cuando llegó, a los cuatro días, era corta y concreta: yo sería expulsado de las SS por conducta indigna, y devuelto a la Wehrmacht.

Aquello me favoreció bastante. Me expidieron a Holanda inmediatamente. A las pocas semanas enviaron a Rusia a mi antigua división de las SS. Posteriormente me enteré de que todos los seminaristas habían caído. Los pusieron en primera línea del frente. ¡Si hubieran firmado conmigo...!

5 CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Me enviaron a Roermond, en los Países Bajos, donde estaban acampadas algunas tropas, y allí fui expulsado de las SS y devuelto a Fulda. Hasta entonces, había estado en el ejército durante algo más de tres años. Gracias a la negligencia de uno de los oficiales, que olvidó fechar mi pase, el viaje de regreso fue tranquilo y placentero. Pasé unos días en nuestro monasterio sobre el Rhin y, cuando finalmente

llegué a la ciudad, me sorprendió encontrar a los mismos oficiales y sargentos que estaban allí cuando yo ingresé en las SS.

Intentaron de nuevo divertirse a costa del teólogo, pero yo no era ahora un simple recluta, sino un soldado con experiencia. Como nunca tuve el más mínimo interés por usar armas contra el enemigo, solicité, y se me concedió, el traslado al equipo médico de Kassel, y desde allí me enviaron a Meiningen.

Mi turno de servicio en Meiningen se convirtió en una de las experiencias más inolvidables de mi vida. Allí trabé amistad con un camarada protestante, miembro de la Iglesia Evangélica, y a través de él, conocí a un grupo de cristianos protestantes. Esta relación constituyó una de las experiencias decisivas de mi vida, pues reafirmó mi confianza en la humanidad: mientras mi fe en Dios no había sufrido, las recientes experiencias con mis compañeros dejaban mucho que desear, y aquellas buenas personas hicieron mucho para restablecerla. Casi cada día, pasé muchas felices horas en una casa de Hessen, donde eran firmes la fe y en la confianza en la palabra de Dios expresadas en la Sagrada Escritura, y donde fluía un indescriptible torrente de gracias. Aquella casa cerca de Brema se convirtió para mí en un hogar espiritual como ningún otro en el mundo, ni siquiera mi monasterio. Las conversaciones que allí mantuve y el cariño que me demostraron mis hermanos «disidentes» fueron realmente notables, y aquellos días se pueden contar como los más afortunados de mi época de soldado. Cuando por fin tuve que marcharme, llevé conmigo un conocimiento más profundo de su credo, sus ideales, sus objetivos, cosas todas que me fueron de gran utilidad para comprender a aquellos no católicos que, no obstante, eran unos cristianos firmes e incondicionales.

Nos trasladaron a Erfurt, entonces en Rusia. Durante el viaje a través de Polonia, me conmovió la extremada miseria y la profunda piedad del pueblo. Allí fue donde, por primera vez, me enteré de las cosas horribles que los alemanes —es decir la policía y las tropas de las SS— habían hecho a los judíos y a muchos sacerdotes y, según su capricho, a la gente corriente que se ponía en su camino. Aquí comprendí lo que sabía instintivamente..., que aquello era lo que los victoriosos nazis pretendían hacer en el mundo entero. Cruzamos

Rusia, pasando ante interminables columnas de prisioneros sumidos en una profunda miseria.

La línea del frente estaba próxima. Aunque ya no era oficial, yo estaba formado como uno de ellos y tenía dotes de mando, así que me dieron cien hombres para conducirlos al frente. A través de unas llanuras interminables nos dirigimos al sur desde Smolensko. Durante el camino, yo leía diariamente mi Biblia, como hacía cuando estaba en las SS.

Esto dio lugar a que uno de los soldados hiciera unos comentarios más desagradables aún que los que había oído en las SS. Era realmente ingenioso, pero malgastaba su ingenio en mí.

«Te advierto, amigo mío, que sería mejor que cerraras el pico».

Se mostró más irreverente todavía, hasta que, por último, llegó a un punto de blasfemia que yo, simplemente, no podía dejar pasar.

«Mira, soldado. Te he pedido que pares. Si no cierras la boca, te la voy a cerrar yo».

«¿Qué te hace pensar que puedes cerrarme la boca?», se burló. Y tras aquella pregunta retórica me atacó, pensando que lo tenía fácil, pues yo, obviamente, era un pobre beato. Agarró mi brazo y trató de rompérmelo doblándolo por detrás de la espalda. Susurrando una plegaria pidiendo perdón, y poniendo a salvo mi Biblia en el bolsillo, me dispuse a darle su catequesis del domingo.

Después de una breve refriega, cayó al suelo sangrando. Realmente no sé cómo se hirió, a menos que fuera por un golpe en la cabeza, propinado por un puño disparado con rabia. El caso es que tenía una profunda brecha que sangraba profusamente.

Durante unos minutos permaneció inconsciente. Aquello podía ser grave: yo era el jefe del grupo, y el uso de la fuerza por parte de un superior contra los soldados de tropa estaba severamente castigado. No lamenté el incidente, pero tampoco quería perder el mando. Ignorando lo que iba a ocurrir, le curé la herida y lo mandé fuera del frente para que se recuperase.

Volvió al cabo de tres semanas sin haber abierto la boca. Permanecía silencioso cuando estaba cerca de mí y, sorprendentemente, los otros también. Sabían —tenían la prueba irrefutable— que en aquella compañía no se toleraban las tonterías sobre la religión.

Cuando, por fin, llegamos a nuestro cuartel general, me enteré de que ya había llegado la documentación sobre mi asunto con las SS. Las cosas volvían a ponerse interesantes. Ya estaba acostumbrado a encontrarme en apuros la mayor parte del tiempo, así que no me preocupé demasiado cuando descubrí que me seguían por todas partes: estaban reuniendo pruebas.

Llegaban incluso a entablar conversación conmigo intentando descubrir lo que pensaba sobre la guerra, los judíos, la Iglesia y los campos de concentración. Lo escribían todo, en ocasiones tres o cuatro de ellos al mismo tiempo, y yo, simulando desconocer sus intenciones, contestaba a todas sus preguntas.

Me abrían las cartas. Un amable soldado me sorprendió avisándome de todo lo que sucedía, ignorando que yo estaba al tanto. Aunque vino a decírmelo a media noche, en medio de la oscuridad, el hecho me emocionó, porque significaba que no se había extinguido la chispa de la decencia humana.

En realidad, no me importaba lo que estaban haciendo. Yo escribía para los soldados unas homilias como los sermones del Cardenal Galen. De una pequeña máquina de imprimir salían miles de copias que distribuíamos a lo largo de las filas de la marcha. Un grupo de maestros católicos y protestantes había organizado un periódico religioso clandestino del que yo era un colaborador entusiasta.

En el otoño tuvo lugar una dura batalla, y en el cerco de Moscú sufrimos la arremetida de los Panzer, que terminó en la huida y la destrucción de todo el ejército. El invierno cayó sobre nosotros súbitamente, y con tal dureza, que nadie podía soportarlo. En Navidad, lo que quedaba de la fuerza invasora alemana estaba de vuelta, retrocediendo como habíamos empezado a hacer nosotros dos semanas antes. La moral de la tropa estaba en el punto más bajo; muchos pensaban que habíamos perdido la guerra y, ciertamente, en el

primer invierno se produjeron unas pérdidas de las que el ejército alemán no pudo recuperarse.

En enero de 1942 recibí, por fin, la orden de seguir el curso de enfermería que había solicitado y que se había demorado tanto a causa de la contienda. Yo no había disparado todavía un solo tiro, pues, por una razón o por otra, me había mantenido en puestos de no-combatiente, tales como radio, transmisiones, etc.; realmente, no sé todavía lo que habría hecho si me hubieran ordenado matar a alguien. Recibíamos las clases de enfermería directamente detrás de las líneas del frente, helados bajo la nieve invernal. Obtuve tan buenos resultados, que me nombraron suboficial. Durante algún tiempo, la vida fue todo lo agradable que puede ser en tales condiciones, pues un suboficial del cuerpo de enfermería tiene muy poco que hacer durante el invierno. Afortunadamente para mí, sufrí un ataque de disentería que no podían curarme en el frente, y me trasladaron en ambulancia a Rosenheim, al sur de Alemania.

Allí, unas buenas personas muy piadosas venían todas las mañanas a acompañar a los soldados hasta la cercana iglesia de los capuchinos. Fueron muy atentas conmigo cuando supieron que era un antiguo seminarista que difícilmente soportaba todo aquello. Siguiéron seis pacíficos meses de recuperación, rotos únicamente por dos incidentes.

El primero fue mi intento de llegar a Dachau, donde estaba prisionero mi superior de la Orden Franciscana. Había oído hablar tanto de aquel infame lugar que deseaba verlo por mí mismo; únicamente el testimonio de mis propios ojos lograría convencerme de que algo tan loco y tan corrupto podía existir en Alemania. Cuando llegué, me encontré en la entrada con un antiguo conocido de las SS con el que había mantenido una buena relación. Se mostró sorprendido y complacido al verme y, amablemente, me acompañó a visitar el lugar. Aquello era aún peor de lo que yo esperaba. Había oído que maltrataban a los prisioneros, pero no había oído que los mataban también, sin piedad, riendo ante su indefensión. Los blancos especiales de su vileza eran los sacerdotes, a los que obligaban a hacer la instrucción formados durante horas, disparando contra los que caían a causa de la extenuación, la desnutrición o algún otro espantoso problema carcelario. Justamente cuando iba a preguntar por mi

superior, sonó una alarma y tuvimos que salir para no ser descubiertos por los inspectores. Mi odio hacia el régimen nazi se hizo aún más intenso, y decidí volver lo más pronto posible para tratar de aliviar de algún modo la carga de aquellas desdichadas almas.

Cuando regresé al hospital empezaron a suceder ciertas cosas. El superintendente médico al cargo de los enfermos, un protestante sincero, me avisó de que algo se percibía en el ambiente; había llegado la Gestapo de Munich con objeto de recabar informes de los estudiantes sobre mi persona. Me interrogaron, y después de sacarme del hospital, me llevaron escoltado a Kassel donde me pusieron en arresto domiciliario en el cuartel. Gracias a la ayuda del comandante, que era un anti-nazi de corazón, pude asistir diariamente a Misa y comulgar, y acudir a algún sitio donde tomar una comida decente, pues la alimentación en el ejército empeoraba constantemente. Yo ignoraba lo que la Gestapo proyectaba hacer conmigo, hasta que, de repente, en agosto me enteré de que iban a someterme a juicio. Los cargos eran por «debilitar a las fuerzas armadas del pueblo alemán frente al enemigo». También estaba acusado de violar la ley de secretos. Una de las más importantes leyes de la época de Hitler.

En total, la acusación constaba de veintiocho puntos. El juez manifestó con toda claridad que yo había sido estrechamente vigilado desde mi época de las SS y que muchos cientos de personas habían hablado contra mí. Él mismo no simpatizaba con los nazis, pero las páginas y páginas de testimonios no le dejaban otra alternativa que instar el caso. Estaba realmente asombrado de que un humilde aspirante al sacerdocio, ex-candidato a oficial de las SS y sanitario, hubiera provocado tanto interés por parte de las altas autoridades. El juez me convenció de que mi situación había sido hasta entonces la de meramente sospechoso... pero que ahora era cuestión de vida o muerte.

Las causas como la mía siempre terminaban con la ejecución del acusado. Yo trataba de que mis pensamientos no se fijaran demasiado en ello, y aproveché el tiempo para visitar Fulda y mi comunidad acompañado de mis amigos protestantes de Bebra. Por fin, en agosto me citaron ante el tribunal. Uno de los oficiales de alto rango que simpatizaba con mi caso me llamó a su despacho y, con las puertas

cerradas, me comunicó que no había esperanzas. Las deliberaciones y la sentencia tendrían lugar a mediados de septiembre.

«Confío en ti, Goldmann y, si me das tu palabra de honor de que estarás de vuelta el quince de septiembre, trataré de que obtengas un permiso para visitar a tu familia por última vez».

Era un privilegio sin precedentes y yo acepté al momento. Fui a Colonia empezando a comprender por fin el aprieto en que me encontraba. Por extraño que parezca, ni remotamente intenté escapar. En medio de mi inquietud tenía la persistente sensación de que las cosas iban a solucionarse. No es que estuviera despreocupado, de ningún modo, pero tampoco estaba asustado.

No lo dije a mis padres y disfruté de una estancia realmente feliz. El 14 de septiembre estaba de vuelta en Kassel, y el quince por la tarde me presenté ante los jueces.

«Goldmann», dijo el juez presidente, que no tenía el aspecto, que yo imaginaba, del que iba a dictar una sentencia de muerte, «¡está libre!...». Entonces sonrió, así como los demás miembros del tribunal. Yo estaba atónito. No podía creer a mis oídos, pero él me puso la prueba ante los ojos. Me tendió una copia del procedimiento donde leí el sorprendente hecho de que quedaba reconocido mi derecho a la libertad de expresión. El veredicto estaba redactado de un modo que no dejaba dudas sobre la opinión del tribunal sobre los nazis, lo que me dio un nuevo motivo de asombro; se trataba de un grupo de hombres realmente valientes. Era patente su decisión de hacer algo en contra de los nazis, pero en aquel momento no lo comprendí así. Me sentía tan feliz por haber recuperado mi libertad que pensaba muy poco en los motivos: me serían revelados más tarde.

Marché inmediatamente a comunicar a mi comandante la noticia de mi absolución; se sintió tan contento que, para compensarme del disgusto, según dijo... me concedió un permiso de cinco meses para proseguir mis estudios. Así que pasé estudiando un segundo invierno de permiso en Friburgo. Mientras tanto, mis camaradas vertían su sangre en Stalingrado, donde yo tendría que haber estado si el juicio no me hubiera obligado a quedarme en Kassel.

Toda mi división se quedó en Stalingrado, enterrada profundamente bajo la nieve.

6 LA FE DE LA HERMANA SOLANA MAY

Tras pasar el invierno de 1942-1943 dedicado a mis estudios, en abril regresé al campamento. Antes de volver de nuevo a Rusia, obtuve un día de permiso para ir a Fulda a visitar la tumba de mi madre.

Llegué el 17 de mayo de 1943, visité la tumba de mi madre y las de otros parientes y todavía dispuse de algún tiempo libre a consecuencia de la demora producida por una incursión aérea. Pasaba por Lindenstrasse cuando, de repente, me encontré frente al convento de las Hermanas en cuya capilla, diecinueve años antes, había ayudado a Misa por primera vez. Cuando estaba de rodillas rezando delante del altar, una menuda y envejecida Hermana se acercó a mí. Era la Hermana Solana May, la sacristana que me había enseñado a ayudar a Misa. Mi pequeña «madre adoptiva» me reconoció al momento y me pidió que fuera a charlar con ella en la sacristía. Aquella resultó ser una de las conversaciones más inolvidables de toda mi vida.

Me preguntó directamente: «¿Rezas devotamente?».

Aunque, a primera vista, era una curiosa pregunta para un soldado, repliqué: «Usted sabe cómo rezaba yo en esta capilla, Hermana».

«Y ¿rezas para ser ordenado sacerdote el año próximo?», insistió.

«¿Yo, Hermana? ¿El año próximo? ¡Eso es imposible!».

Me preguntó amablemente: «¿Por qué es imposible, hijo mío?».

«¡Todavía no he estudiado teología! Y lo que he venido estudiando durante mis permisos está muy lejos de ser teología. Antes de ser ordenado, todavía me esperan por lo menos cuatro años en el seminario después de la guerra... si llego con vida».

Me miró sonriendo dulce y confiadamente. «No te preocupes... el año que viene serás ordenado sacerdote».

Algo me decía que estaba diciendo insensateces, y le pregunté cómo había llegado a semejante conclusión.

Ante mi asombro, replicó: «¡Porque tú eres un caso excepcional!». Sacó un libro de un cajón y me lo dio para que lo examinara. Allí estaba escrito que el día de la muerte de mi madre había empezado a rezar por mí, para que fuera sacerdote después de cumplir veinte años. Había rezado a nuestro Señor y se había sacrificado durante diecinueve años con el fin de que yo llegara a ser sacerdote en la Orden Franciscana. Había ofrecido todas sus plegarias del día y de la noche... de hecho, cada sencillo acto piadoso de todo aquel tiempo estuvo destinado al simple propósito de hacer de mí un sacerdote. Y, como consideraba que sus sencillas plegarias eran demasiado insignificantes, había rogado a las otras Hermanas —eran 280— que se unieran a ellas; y las Hermanas prometieron hacerlo así. Pedía a muchas hermanas, ya fallecidas, que, ahora que estaban en el Cielo, recordaran a aquel monaguillo.

Siempre sonriendo, me retiró el sorprendente documento y dijo: «Ya lo ves, eres un caso excepcional. Y ya que la Sagrada Escritura asegura que serán oídas todas nuestras plegarias, no hay duda de que el próximo año serás sacerdote».

Con cierta tristeza, respondí: «Pero Hermana, ¿cuando usted empezó a rezar ignoraba que iba a estallar esta desdichada guerra y que todos sus planes iban a cambiar!».

Sacudiendo la cabeza, replicó con enorme seguridad: «¿La guerra? La Biblia no habla de guerra. No dice nada sobre ella. No dice, “Todas esas cosas son ciertas excepto en caso de guerra”. Dice que nuestras plegarias serán oídas y tendrán respuesta. La respuesta a nuestras plegarias no depende de algo tan insensato como la guerra».

Tuve que reírme. Una fe tan inocente... ¡casi infantil! Cuando me vio reír, preguntó: «¿No crees que Dios es más poderoso que la guerra?».

Yo solo pude decir: «Sí, por cierto, pero la guerra está ahí, y yo soy un soldado que no ha terminado mis clases en el seminario. Todavía existe una ley en la Iglesia que dice que nadie puede ser ordenado sacerdote si no ha estudiado... y las oraciones más fervorosas, querida hermana, no pueden cambiar eso».

Se me quedó mirando, sorprendida ante la fragilidad de mi fe, y preguntó: «¿Quién ha hecho esas leyes?».

«Bueno, el Papa».

Entonces se echó a reír alegremente. «La cosa es muy sencilla. El Papa que ha hecho las leyes, puede también dispensar de ellas».

«Podría hacerlo, si tuviera una buena razón; pero está fuera de toda cuestión que ordene sacerdote a alguien que no haya estudiado. Y yo no estoy en Roma».

De nuevo aquella dulce, infantil y confiada sonrisa. «Tendrás que ir a Roma. Hoy empezaré a rezar para que veas al Papa en Roma. Entonces le podrás pedir resueltamente tu ordenación».

Me quedé sin palabras ante aquella loca confianza y saqué del bolsillo la orden de partir hacia Rusia al día siguiente. Dije: «Mañana me pondré en camino hacia Rusia, mañana por la mañana temprano. El Papa no vive allí, hermana».

Ella contestó simplemente: «Ya lo verás. No tendrás que ir a Rusia. Verás al Papa». ¡Vaya una idea!

Yo dije: «Gracias por sus esperanzas y por sus oraciones, Hermana. Ahora tengo que marcharme a la estación. ¡Auf Wiedersehen!».

Me pidió que esperara un minuto y regresó rápidamente con su manto y el permiso de la Superiora para acompañarme a la estación. Yo me reía pensando en nuestra curiosa apariencia, el alto soldado de uniforme y la menuda hermana. Afortunadamente, la estación no estaba lejos. Durante todo el camino, no dejó de insistir en que confiara firmemente en sus oraciones y, cuando llegara a Roma, tuviera fe y solicitara al Papa mi ordenación. Yo callaba; estaba empezando a sentirme molesto. Entró conmigo en el andén, así que

tuve que sacarle un billete. Subí al tren, y ella me indicó con gestos que abriera la ventanilla. Me asomé y le oí decir: «Pensándolo bien, necesitas la ayuda de la Madre de Dios, la Madre de todos los sacerdotes. Y así, lo primero que harás será una peregrinación a la Madre de Dios para pedirle ayuda. Entonces, todo saldrá bien».

Yo había recuperado mi buen humor, pero lo perdí rápidamente cuando oí aquello y, blandiendo mis órdenes con enfado por delante de su nariz, grité: «Aquí dice Rusia y nada sobre una peregrinación, o sobre Roma, o sobre el Papa... ¡y ciertamente nada sobre la Madre de Dios!».

Con el mismo rostro confiado y sonriente, la Hermana continuó: «Cuando estés en Lourdes, ¡reza fervorosamente!». Cerré de golpe dando un bufido, y el tren se puso en marcha. Intenté sacarme de la cabeza aquella insensatez, pero no pude calmarme durante las dos horas de viaje hasta Kassel, y me quedé en el abarrotado pasillo. Al llegar al cuartel, empecé a prepararme para emprender el viaje a Rusia el día siguiente.

Llegó la mañana, y los doscientos soldados dispuestos para la marcha parecían un montoncillo de hormigas. Yo iba a conducir a la compañía hasta Rusia. A las ocho en punto llegamos a la estación de ferrocarril y subimos al tren que salía alas 9:10 h. Cinco minutos antes bajé del vagón para comprobar que todo estaba en orden. De repente, se acercó un automóvil con un oficial, un soldado con un arma, y un sargento de uniforme. «Ach, también quiere partir», pensé. Me acerqué al oficial y le informé de la salida de las tropas. Me miró, me preguntó mi nombre y me dijo fríamente: «Está usted arrestado» y, dirigiéndose al sargento: «Hágase cargo de él». Le entregué los papeles y subí al auto con el soldado armado a mi espalda; y me llevaron al cuartel.

Me introdujeron en una empalizada al momento, y el comandante que me había sacado de apuros en otras ocasiones, vino a verme inmediatamente. Me dijo que un oficial del ejército había llamado desde Berlín diciendo que debían arrestarme, aunque no le habían comunicado el motivo. «Si me dice lo que ha hecho, quizá pueda ayudarle».

Pero yo, sencillamente, lo ignoraba. Salió meneando la cabeza. Entonces, me puse a pensar. Comencé a preguntarme si habría sido descubierta mi asociación con el grupo que pretendía asesinar al Führer.

En noviembre del año anterior, estaba entre mis amigos evangelistas en Imhausen, donde había ido desde Kassel para infundirme valor y nueva energía. Trabé conocimiento con Adam von Trotzu Soiz, un hombre de noble cuna que me impresionó gratamente. Una mañana temprano, cuando recorría el jardín de un extremo a otro diciendo mis oraciones, el noble se acercó y me pidió que diéramos un corto paseo. No pude negarme, y así, caminamos por la carretera que llevaba al castillo de su propiedad edificado sobre la colina. Por el camino, me preguntó mi opinión sobre aquellos que regían Alemania. Como era el hermano de la señora de la casa donde me alojaba, no tenía la menor intención de decirle lo intensamente que odiaba a los nazis. De repente, me explicó que formaba Parte de un grupo clandestino opuesto al Tercer Reich de Hitler. Dijo: «Usted puede ayudarnos a librar a Alemania de esta desgracia».

«¿Cómo será posible?».

Él dijo simplemente: «Él debe marcharse. Todo está preparado. Pero todavía necesitamos un mensajero para los informes importantes que no pueden escribirse». Yo no comprendía. Con, cierta impaciencia, continuó: «Es preciso que entienda lo que le estoy diciendo. Ya ha estado con nosotros anteriormente, pues obtuvo la libertad en Kassel con este único fin».

Entonces comprendí que los jueces del tribunal de guerra formaban parte de la conspiración anti-nazi. Haciendo esfuerzos por respirar, pregunté: «¿Piensan asesinar a Hitler?».

Mirándome fijamente, replicó: «Jawohl, es el único modo».

Dije inmediatamente que yo era un soldado y que había prestado juramento y que, como cristiano, no podía faltar a mi juramento. Me dijo que también era cristiano, así como todos los que estaban con él. Habían rezado ante el crucifijo y habían estado de acuerdo en que «como somos cristianos, no podemos violar la lealtad que debemos a

Dios. Por lo tanto, hemos de romper la palabra dada al que ha roto tantos acuerdos y sigue haciéndolo. ¡Si usted supiera lo que sé yo, Goldmann! No hay otro camino. Puesto que somos alemanes y cristianos debemos actuar y, si no lo hacemos pronto, será demasiado tarde. Piense en ello durante la noche». Y se marchó a su castillo.

Cuando llegó la noche, yo ya había pensado intensamente sobre el tema y le di mi consentimiento. Recibí algunos mensajes para determinados caballeros en París y Roma, aunque no sabía si podría entregarlos. Solo debía transmitirlos verbalmente. No me parecieron unos mensajes especialmente vitales, pero él les atribuía una gran importancia. Yo no debía evaluar su contenido pero, pasara lo que pasara, tenía que guardarlos en secreto.

Permanecí en la empalizada durante tres días, preguntándome si se habría descubierto el complot. Al tercer día llegó un mensaje desde Berlín. El comandante lo abrió en mi presencia. Ahora iba a conocer mi destino.

Sorprendentemente, iba a ser trasladado inmediatamente al sur de Francia, a una nueva división con obligaciones especiales. «¿Dónde?», pregunté.

«A Pau», replicó. «¿Conoce usted Lourdes? Está muy cerca».

¡Fantástico!, pensé. ¡La fe de la Hermana Solana estaba justificada! Evidentemente mis co-conspiradores de las altas esferas habían oído hablar de mi destino a Rusia y habían empleado todos los medios para que no me enviaran donde no podía serles útil.

En cuanto llegué a Pau, fui inmediatamente al santuario de Lourdes. Estaba terriblemente agitado. Dos de las predicciones de la Hermana Solana se habían hecho realidad. No había ido a Rusia y había ido a Lourdes. Recé con todo mi corazón, tanto porque la fe de la menuda Hermana estuviera justificada, como para que pudiera ser ordenado sacerdote dentro del improbable transcurso de un año.

Escribí a la Hermana Solana relatándole lo sucedido y me contestó con una tarjeta: «Sé valiente y continúa rezando». Intenté hacer ambas cosas y acudí a la gruta con la mayor frecuencia posible. Por las tardes iba a la capilla de las Hermanas de la Adoración Perpetua de Pau,

donde, como siempre, me sentía en casa. Me sorprendió y defraudó encontrarme con que la comunidad franciscana de Pau me cerraba las puertas por la sencilla razón de que era un soldado alemán. No obstante, las buenas Hermanas me alimentaban y cuidaban de tal modo, que obtuve cierta compensación por la frialdad que mostraban mis hermanos.

Una tarde, mientras cumplía con mis especiales obligaciones escuchando las transmisiones de radio, capté la noticia de que habían concluido los preparativos para la invasión de Italia. Lo escribí y se lo entregué al oficial al mando. Se echó a reír, diciendo que ni los americanos ni los ingleses pondrían un pie en Europa, pues estaba bajo dominio alemán. Yo no estaba tan seguro; pensaba que, si venían, lo harían por Sicilia. Adquirí una gramática italiana y, durante tres semanas, estudié italiano concienzudamente. Mis camaradas se reían de mí, pues estaban convencidos de que todos nosotros iríamos a Rusia... donde no tendríamos necesidad de saber italiano. Yo sonreía y continuaba estudiando, siempre confiando en mi intuición.

Cuando nos llegó la orden de marchar a Rusia a través del sur de Francia, pasé por un mal momento. De repente, cuando estábamos en ruta, nos mandaron girar al sur, desde la Riviera hasta Génova, donde quedamos en espera. Nos cambiaron los equipos para Rusia por otros uniformes más ligeros y nos enviaron al sur de Italia: el enemigo había desembarcado en Sicilia.

Pasamos por Roma... ¡el Santo Padre estaba cerca! Después de todo, las oraciones de la Hermana Solana May y su fe «insensata» no parecían tan insensatas. Yo recordaba que en Fulda había afirmado que Dios es más poderoso que la guerra, ¡y que la Sagrada Escritura no dice que las plegarias no sean escuchadas en tiempo de guerra!

7 DESPUÉS DE TODO, ITALIA

A finales de julio de 1943, nuestras tropas recibieron la orden de marchar a Sicilia para proteger la retirada del resto del derrotado ejército alemán. La mayor parte de la isla estaba en manos de los

aliados, y nuestras perspectivas eran muy poco halagüeñas. Aunque figurábamos como tropas de refresco, solamente el 10% eran soldados con experiencia que habían sufrido grandes dificultades en Francia, Rusia y Polonia. El restante 90% lo formaban, en su mayor parte, estudiantes jóvenes, reclutados directamente en las escuelas. La mayor parte de ellos contaba menos de veinte años, y algunos solamente tenían dieciséis o diecisiete. Los más jóvenes llegaban a alardear de haber falsificado sus edades con objeto de ser llamados a filas. Eran las Juventudes Hitlerianas que, de buena fe, luchaban con entusiasmo por la causa alemana. Todos tenían algo en común: su mala preparación.

Muchos de sus oficiales no eran mejores, pues solían ser tenientes jóvenes sin experiencia alguna. Así, se mostraban ansiosos por demostrar a los veteranos lo que eran capaces de hacer.

Nos despacharon inmediatamente a la parte norte de Sicilia para, en la medida de lo posible, contener la terrible ofensiva enemiga que avanzaba desde Palermo, de modo que los soldados procedentes del flanco sur de Sicilia pudieran alcanzar la Italia continental.

Organizamos nuestra línea de defensa no lejos de Patti, a unos cuarenta kilómetros de Messina. Ocupamos una posición tras un promontorio que terminaba en el mar. Unos túneles bajo los escarpados y fangosos acantilados constituían el único camino que llevaba hasta la ciudad. Aquellos agrestes cerros, unidos por un único puentecillo sobre un profundo valle, nos ofrecieron el lugar adecuado para instalar nuestras defensas.

Montamos las ametralladoras en el acantilado; carecíamos de armas pesadas, de morteros e incluso de municiones extra para las armas que arrastrábamos con nosotros. No teníamos cañones, solo unos pocos tanques con escasa munición. Abajo, en medio del profundo valle, aparecía un pueblecito pegado al acantilado. Los residentes huyeron cuando observaron que estábamos preparando una línea de defensa justamente sobre sus cabezas. La Novena Compañía tenía la orden de tomar posiciones al lado opuesto del valle con objeto de prevenir, en la medida de lo posible, la llegada del enemigo por el puente.

La invasión tardó muy poco en producirse. En primer lugar, aparecieron muchos aviones de reconocimiento. No teníamos armas antiaéreas, así que nos vimos forzados a sentarnos y contemplar cómo realizaban su trabajo. Luego se presentaron seis pesados navíos de guerra armados, que nos enviaron sus saludos. Nosotros nos escondimos en el acantilado.

A continuación, en la cresta de la montaña frente a nosotros apareció un hormiguero de soldados. Tranquilizados por nuestra silenciosa presencia, se atrincheraron. Nosotros teníamos la orden de reservar para el ataque las preciosas municiones de que disponíamos. Les veíamos preparar los morteros. La zona comenzó a parecer un campo de maniobras aliado, mientras nosotros tratábamos desesperadamente de convencernos de que era simplemente una demostración de la potencia del fuego aliado. En la cumbre de la montaña instalaron la artillería pesada, y, junto al pesado cañón empezó a tomar forma un montón de municiones. Era obvio que nos sabían incapaces de alcanzarlos con nuestras armas. A los dos días, dieron comienzo los bombardeos enemigos. Sus proyectiles nos llovían de día y de noche. La muerte caía sobre nosotros desde el mar desde la montaña y desde el aire. Ninguno de nuestros soldados osaba sacar la cabeza sin convertirse en la diana de muchas armas. Aunque estábamos protegidos, nuestras pérdidas fueron grandes, pues todo el terreno estaba siendo sistemáticamente bombardeado.

Al cabo de tres días, teníamos más de cuatrocientos muertos y heridos. ¿Cómo iba a terminar aquello? El enemigo lanzó dos ataques, pero se tuvo que retirar cuando lo alcanzamos con nuestras ametralladoras causándole muchas víctimas. Entonces, los bombardeos empezaron de nuevo.

Para atender a los heridos, el 5 de agosto de 1943 organizamos un puesto tras un acantilado situado en una alcantarilla que, debajo de una calle, servía para conducir el agua de lluvia. Estábamos trasladándolos desde el frente, cuando uno de mis amigos, un ciudadano de Baden, se acercó a mí y me preguntó si no habría medio de ayudar a los agonizantes.

«¿Qué quieres decir? ¿No ves que estoy haciendo todo lo que puedo?». Llevaba mucho tiempo sin dormir ni descansar, y el agotamiento hizo que mi voz sonara más dura de lo que me proponía.

«No estoy pensando en sus cuerpos, Goldmann, sino en sus almas. Están muriendo como perros, sin confesión ni Sagrada Comunión. Tú hablas italiano, ¿no es así?».

Asentí. Estaba tan paralizado por todo aquello, que incluso no me sorprendió darme cuenta de que, entre todos ellos, yo debía haber sido el primero en pensar en lo que me proponía.

«Conduce hasta Patti y trae un sacerdote; pídele que traiga la Comunión, ya te las arreglarás».

Aquella idea me despertó y me dio nuevas fuerzas. Solicité y obtuve permiso para volver a la ciudad en una ambulancia. El conductor y yo llegamos a Patti alrededor de las cinco de la tarde con el doble encargo de encontrar un sacerdote y, si era posible, algo de material quirúrgico que escaseaba peligrosamente. El lugar estaba casi desierto, pues el sonido de los cañones llegaba hasta los habitantes.

Encontré una pequeña iglesia al final de la ciudad, y para mi alegría, se trataba de una comunidad de capuchinos. Hablé con dos ancianos hermanos capuchinos y pedí a uno de ellos que me acompañara llevando el Santísimo Sacramento.

El anciano sacerdote replicó: «Lo lamento, no puedo hacerlo. Debe pedirlo al obispo». Y señaló hacia la catedral en la cumbre de la montaña.

Recorrimos todo el sinuoso y estrecho camino hasta la cumbre y aparcamos la ambulancia en la plaza, delante de la catedral. En el extremo más alejado, se sentaban tres hombres ante una mesa sobre la que habían desplegado un mapa. Con ayuda de unos gemelos de campaña podían ver las posiciones alemanas junto al mar. También eran visibles algunas de las aliadas.

Detrás de la mesa se sentaba un sacerdote, un hombre bajo, corpulento y de amable apariencia. Era el peor vestido, pues su sotana llevaba algún tiempo sin lavar y sus ennegrecidas mejillas

demostraban que, o había perdido la maquinilla, el interés por usarla, o quizá ambos. En tiempo de guerra, uno se vuelve muy observador. Dejé al conductor al pie del vehículo y me acerqué al grupo, que me observaba sorprendido. Estaban tan absortos en su tarea que no habían oído la llegada de la ambulancia por la empinada carretera.

«¿Alguno de ustedes tendría la amabilidad de llevarme junto al obispo?», pregunté cortésmente.

El caballero que se sentaba a la derecha del sacerdote se puso en pie, hizo una profunda inclinación y se presentó como el alcalde de la ciudad.

«Yo soy Karl Goldmann», dije, inclinándome también profundamente. «Perdone mi brusquedad, Herr Alcalde, pero no deseo hablar con usted. Deseo ver al obispo sobre un asunto de enorme urgencia. ¿Sería tan amable de llevarme con él?».

Entonces, el caballero que se sentaba a la izquierda del sacerdote se levantó y me preguntó si le era posible ayudarme: era el juez de la ciudad.

¡Aquello ya era demasiado! «Señor, aprecio su amabilidad, pero tampoco usted puede ayudarme. Necesito hablar con el obispo».

Ahora el sacerdote se puso en pie, alzó la mirada hacia mí (era mucho más bajo que yo) y me preguntó por el motivo de mi interés en ver al obispo.

«No quiero hablar con usted, sino con el obispo. Le pediré, como a los otros caballeros... ¿será tan amable de llevarme con él?». No me gustaba la impaciencia que denotaba mi voz, pero me estaba cansando, y por demás, aquel juego que parecían estar jugando conmigo.

Con voz cortante, el sacerdote replicó: «Puede usted hablar conmigo de su asunto con toda tranquilidad. Soy el obispo de Patti».

Lo miré desde arriba, así como a la indescriptible sotana sucia, a la cara sin afeitar... y me eché a reír. Exclamé bruscamente: «¿Usted el obispo? ¡Jamás!».

Me miró indignado. Entonces, sacó un anillo del bolsillo, se le puso en el dedo y lo agitó delante de mí: «Soy el obispo, ¿o no?».

¡Lo era! Enrojeciendo, me incliné para besar el anillo.

Pero él, quizá para darme una lección de humildad, se inclinó y mantuvo el anillo tan cerca del suelo que tuve que arrodillarme en el polvo y agacharme para poder besarlo. Cuando ambos nos incorporamos, él mostraba una sonrisa de perdón y de plena satisfacción. Volvió a ocupar su puesto en la mesa y me preguntó amablemente por lo que deseaba de él. Yo indiqué hacia el campo de batalla de abajo.

«Soy un seminarista que sirve en el cuerpo médico. Ahí están muriendo muchos soldados, soldados católicos que hace meses que no ven a un sacerdote ni se confiesan. Los heridos agonizan, y sus almas están en un peligro mortal. Los moribundos no tienen sacramentos».

«¿No tienen capellán en el ejército?»., repuso.

«No, no lo hay. Las divisiones recién formadas no tienen capellán, y uno que teníamos está de permiso».

«En ese caso, no podemos hacer nada por usted», replicó.

«Sí pueden. Por eso he venido hasta aquí».

«¿De qué se trata? ¿En qué está pensando?».

«Le pido que me proporcione un sacerdote que dé la Comuni3n a los enfermos y consuelo a los moribundos».

Se me quedó mirando como si dudara de mi salud mental. «¿Cómo? ¿Un sacerdote que baje con usted al grueso de la batalla?».

«Sí, que baje. Y yo trataré a toda costa de devolverlo sano y salvo».

«¿Puede usted garantizar una cosa así?».

«Naturalmente que no. ¿Quién puede garantizar que alguien va a volver vivo de una batalla?».

«No enviaré a sacerdote alguno, ni ordenaré ni mandaré a nadie que vaya al frente de una guerra que no le concierna».

Repliqué: «¡Los italianos y los alemanes son aliados! ¡Luchan juntos en la misma guerra contra el mismo enemigo!». Las sonrisas de los tres no estimularon mi moral. Poco tiempo después, me enteré de por qué sonreían.

De momento, mi único interés se cifraba en conseguir un sacerdote y, con toda claridad, dije: «No se trata ahora de alemanes o italianos, sino de católicos; y si estamos en la diócesis del obispo local, no es por deseo nuestro, de modo que, en mi opinión, el obispo es responsable de nosotros en cierta medida».

En aquel momento, los tres rompieron a reír, y el alcalde dijo: «No existe responsabilidad entre los ciudadanos de este país y el enemigo».

Repliqué: «¡No somos enemigos, sino alemanes!».

«Para nosotros, no existe diferencia alguna; aquí no nos gustan los alemanes».

Después de aquello, perdí la paciencia. Grité: « ¡No se trata de si les gustan los alemanes o no! Se trata de saber si los católicos que se encuentran en peligro de muerte van a recibir ayuda espiritual..., de si voy a conseguir un sacerdote, o no! ¡La filosofía puede esperar hasta que las armas terminen de disparar!».

La respuesta continuaba siendo contundente: «¡No!».

Supliqué al obispo italiano: «¡Si supiera lo que ocurre ahí abajo! Los lamentos y los gemidos de los heridos..., de los agonizantes! Le ruego que lo considere de nuevo».

De nuevo, la glacial respuesta: «¡No!».

¿Qué haría ahora? «Por última vez, Excelencia, se lo ruego. ¿Puede proporcionarme un sacerdote?». Expresé mi petición de un modo frío y formal.

«Nunca», fue la respuesta.

Se acabó. Solo me quedaba una cosa por hacer. Reuniendo toda mi decisión y prometiendo interiormente toda clase de actos de penitencia, saqué mi Lüger y la puse delante de la nariz del obispo.

«Tiene usted tres minutos; después, o bien tengo un sacerdote para llevar el Santísimo Sacramento a las tropas... o será usted quien me acompañe al campo de batalla».

Temblaba, y estaba mortalmente pálido. «¡Le quedan treinta segundos!».

El obispo tartamudeó algo sobre extorsión, pero yo insistí con un: «¿No sabe que estamos en guerra?». Había terminado el plazo. Ordené al conductor de la ambulancia que, armado con la ametralladora, vigilara a los dos caballeros y no les permitiera moverse del lugar.

«El obispo me va a acompañar a la iglesia para buscar el Santísimo Sacramento».

En medio de una patente agonía mental, tartamudeó:

«¿Tiene la amabilidad de acompañarme a mi casa?». No pude negarme.

El obispo se sentó, se enjugó el sudor y me preguntó si, durante mi formación eclesiástica, había recibido alguna de las Sagradas Órdenes. Le contesté: «Soy un profeso franciscano, pero todavía no soy ni siquiera subdiácono».

«No puedo proporcionarle un sacerdote», dijo el obispo, «pero tengo algo aquí...», hurgó en su escritorio en busca de algo ¡que yo esperaba devotamente no fuera un revólver! «¡Ah! Es un documento de Roma que me permite confiar a su cuidado la conservación y distribución del Santísimo Sacramento».

Me quedé atónito. Dije: «Pero para un tema tan sagrado, ¡tengo que confesarme primero!». Y, después de dejarle en la terraza al cuidado del conductor armado, corrí literalmente montaña abajo hacia el convento de capuchinos, sin pensar en protegerme subiéndome a la ambulancia.

Me confesé y pedí el certificado de haber recibido el sacramento de la Penitencia. Me apresuré a volver a la montaña y encontré a los tres todavía sentados a la mesa bajo la mirada de mi conductor. Presenté el certificado al obispo, sobre el que él escribió la siguiente nota:

Residencia del Obispo

Patti, 4. 8. 43

En vista de las extraordinarias circunstancias y de las facultades especiales otorgadas por la Santa Sede, concedemos al clérigo católico de la 29 División Panzer alemana que, con la debida reverencia, administre la Sagrada Comunión a sus camaradas, especialmente a los heridos.

Firmado Ángel Vescovo

Aquello era más de lo que yo esperaba y, sinceramente, di las gracias al obispo pidiéndole perdón. Él me lo concedió generosamente y, al salir, pude ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. No sabría decir si eran de alivio y alegría al ver que aquel peligroso alemán salía de su casa sin haber usado la pistola.

8 BAUTISMO DE FUEGO

De vuelta al convento de los capuchinos al pie de la empinada montaña, conseguí una píxide que contenía diez Hostias consagradas. Llenos de alegría, y tras obtener también algún material médico, regresamos junto a los soldados.

El primero en recibir la Sagrada Comunión fue mi amigo de Baden, el que me había urgido a que encontrara un sacerdote para los heridos y los moribundos. El siguiente fui yo mismo, pero en aquel momento irrumpió un mensajero en una motocicleta; acababa de explotar una bomba en el campo, en medio del batallón, y había muertos y muchos heridos. Por otra parte, la Novena Compañía informó también que la mitad de sus números estaban heridos o

muertos. No tenían material quirúrgico. El equipo médico necesitaba ayuda inmediata.

Aquello era realmente muy grave. El pueblo, de casas aisladas, estaba aproximadamente a una milla. Para llegar a él, teníamos que atravesar una calle a la vista del enemigo, y además, un poco más allá, cruzar un puente que estaba completamente vigilado por los aliados.

Era un «viaje hacia el Cielo», como llamábamos a aquellas tareas. Mi doctor opinaba que no podíamos arriesgar el equipo médico en aquellas circunstancias desesperadas; no había posibilidad de llegar al lugar sano y salvo. Yo me asomé por la esquina del acantilado y pude ver que en la calle explotaba una salva de cañonazos.

Al otro lado del puente nuestros soldados heridos se desangraban hasta morir, sus lamentos llegaban hasta nosotros., y no había nadie para prestarles ayuda. Yo me re- tiré a un extremo, saqué la píxide del bolsillo izquierdo y me administré la Comunión.

Luego, volví junto al doctor y dije: «Voy a bajar». Me miró fijamente y repuso: «¿Eres consciente de que no volverás?».

«Quizá». Mi fiel conductor, Private Faulborn, estaba deseando llevarme en el camión, pues no había otro vehículo disponible. Este mismo chófer, gracias a su destreza, había salvado en muchas ocasiones mi vida y la de otros. Yo tomé en la mano la bandera de la Cruz Roja y, sentándome encima del asiento del conductor, grité: «¡Vámonos!».

El motor rugió al momento. Oscilando locamente en las peligrosas curvas, emprendimos el viaje desde la montaña hacia el pueblo. Inmediatamente, el enemigo hizo fuego, pero nosotros corríamos haciendo caso omiso. Yo me sujetaba con la mano izquierda a un armazón de madera unido a la parte trasera del camión, y con la derecha agitaba la bandera de la Cruz Roja mientras rezaba fervorosamente. Por fin, el enemigo reconoció la bandera y dejó de disparar. Todo estaba en silencio; el rugido del motor era el único sonido en todo el valle.

Al pasar por delante de la línea de batalla, totalmente destruida, el comandante me gritó: «¿Estás loco?».

las ruinas de las casas deteniéndonos junto a una pared medio caída. Protegido por los muros destrozados, corría hacia el puente, que estaba defendido por una ametralladora emplazada en él. Al otro lado, a menos de cien yardas, pude ver a los soldados británicos en sus trincheras. Entre ellos y yo, el puente, y detrás, en un espacioso corral, los restos de la Novena Compañía. ¡Tenía que llegar hasta allí! Pero ¿cómo hacerlo a través del puente?

Asomé ligeramente la cabeza, y al momento la ametralladora entró en acción. ¡De allí no salía vivo ni una rata! Agité de nuevo la enseña de la Cruz Roja sobre mi cabeza de modo que únicamente quedaran a la vista la bandera y mi brazo. Empleé el brazo izquierdo, de modo que si una bala hacía blanco, el derecho quedara indemne. Pero no hubo disparos. Reinaba el silencio. Todo estaba tranquilo y yo oí que alguien decía: «¡Alto el fuego! ¡La Cruz Roja!». Me incorporé, y agitando continuamente la bandera, crucé el puente. A ambos lados, los soldados contemplaban la escena. Sin molestias y sin problemas alcancé el extremo opuesto y entré en la bodega de la granja donde se ocultaban unos treinta hombres, lo que quedaba de la Novena Compañía. Entre ellos, había muchos heridos. Con la ayuda de otros soldados, conseguí incorporar a algunos de ellos y, apoyándolos en mis hombros y protegidos por la bandera, logré introducirlos en el camión.

Todos en la zona permanecían tranquilos, observando. Yo estaba de nuevo en el puente, cuando escuché de improviso un peligroso rugido por encima de mi cabeza. Miré hacia arriba y vi un caza cuyo piloto desconocía obviamente lo que estaba haciendo yo bajando por el puente. Justamente acababa de arrojarme contra el parapeto, cuando dejó caer media docena de bombas que explotaron cerca de mí y que, piadosamente, no me alcanzaron. Inmediatamente, me las arreglé para llegar a un reducido hueco en la bodega, donde había grandes barriles de vino. Uno de los hombres entró con la noticia de que los ingleses habían iniciado el ataque.

Nuestras ametralladoras dispararon salvajemente hacia ellos, pero la mitad de nuestros artilleros murieron. Corrí a través del oscuro pasillo hasta llegar a los heridos que estaban junto a la ametralladora frente a la casa. Con la mano izquierda sostenía la bandera de la Cruz

Roja, mientras apretaba contra mi pecho el bolsillo que contenía el Santísimo Sacramento. Cuando alcancé a ver la luz, a través de la puerta abierta pude observar a varios soldados alemanes muertos sobre la ametralladora y a seis ingleses que, en dos grupos, disponían su artillería sobre el muro que anteriormente habíamos ocupado nosotros. Las dos ametralladoras apuntaban a la puerta abierta de la bodega donde me encontraba. De repente, desde menos de veinte yardas de distancia, llovió sobre mí una descarga terrible. Las balas me pasaron junto al brazo izquierdo, golpeándome repetidamente en el capote, pero ni siquiera me dañaron la piel. En lugar de ello, alcanzaron la bodega e hirieron o mataron a algunos de los que estaban a mi espalda. Yo me tiré al suelo y retrocedí ileso.

Ahora era demasiado tarde para prestar alguna ayuda; los soldados salieron corriendo por la puerta de atrás y, al alcance de las armas enemigas, intentaron cruzar el puente. Ignoro cuántos de ellos llegaron al otro lado. Yo me encontré en la derruida casa de una granja al otro lado del puente, en medio de las ruinas de un cuarto de estar.

Tuve que recuperar el aliento; mi pecho parecía estallar. No sé cuánto tiempo pasé sintiendo los latidos de mi corazón en la garganta. Por último me tranquilicé, pero la tensión de las últimas horas y la presión de tantas noches sin dormir ni descansar eran enormes. Me sentía demasiado débil como para moverme. De repente, oí un ruido en la misma habitación. Alguien gemía en un rincón. ¿Un inglés?

Cuidadosamente, me deslicé entre las ruinas en dirección a los lamentos. En una cama hundida, encontré a un anciano italiano, probablemente el patriarca de la familia. Estaba enfermo y sangraba por las heridas sufridas durante el bombardeo. Sobre la cama caía un rayo de luz. Cuando me acerqué a él, con el casco en la cabeza y cubierto con la sangre de los heridos que había cargado, el anciano me miró aterrado y gritó: «¡No me mates! ¡No me mates!».

Le tranquilicé, diciéndole que no iba a matarle sino a ayudarle.

Enseguida me di cuenta de que se estaba muriendo. Además de la enfermedad que le había obligado a guardar cama, tenía varias heridas en el abdomen y más huesos rotos de los que pude contar. Cada vez

que le tocaba intentando examinarlo, el pobre hombre rompía en lamentos.

Le pregunté si era católico —una pregunta casi innecesaria, viendo que era italiano y que apretaba un rosario en la mano— y si deseaba recibir la Sagrada Comunión.

Se me quedó mirando con aire incrédulo, tan sorprendido que, por un momento, pareció haber olvidado sus dolores, y preguntó: «¿Es usted sacerdote?».

No podía responder a su pregunta con un simple «Sí», y carecía de tiempo para darle explicaciones, así que en lugar de ello, repuse: «Llevo el Santísimo Sacramento conmigo».

Me miró, primero con duda y luego con alegría. A pesar de sus dolores, intentó arrodillarse cuando puse la Sagrada Forma delante de él. Rezamos juntos el acto de contrición —naturalmente, yo no podía oírle en confesión— y le di el Viático. Vertió lágrimas de alegría y felicidad y se tendió de nuevo en la cama respirando suavemente. Tuve la impresión de que se acercaba su fin.

Durante todo este tiempo, yo estuve absolutamente despreocupado por la batalla que se libraba en el exterior. Entonces, oí pasos y me pregunté quién sería... ¿amigo o enemigo?

Cuidadosamente, me acerqué a mirar por la ventana rota. Para mi consternación, vi ingleses en largas columnas marchando sobre el puente frente a la casa, cargados con armas y equipamiento. Una inmensa hilera de enemigos avanzaba por delante de la ventana. ¡Estaba aislado! Las líneas enemigas se situaban entre nuestra nueva posición y yo. No tenía posibilidad de escapar. Lo único que podía hacer era esperar y contemplar maravillado la abundancia de soldados y de equipamiento. ¡Parecía no tener fin! Durante dos horas o más se produjo un continuo raudal a través del puente. A la caída de la tarde, llegó finalmente la calma. Me preguntaba qué podía hacer. El anciano había exhalado su último suspiro mientras yo miraba por la ventana. Me deslicé cuidadosamente, buscando solo una rápida retirada. Dos soldados hacían guardia en el puente. Me era imposible escapar pues

los soldados me oirían o me verían. Sin embargo, no existía otra posibilidad de huida. Empezaba a caer la noche.

Los dos soldados de guardia estaban muy cerca, justamente por donde yo tenía que pasar si deseaba regresar junto a mis tropas. Realmente no creía poder conseguirlo. Sin embargo, intenté uno de los más viejos trucos conocidos por los combatientes para huir de los enemigos. Busqué una piedra y la arrojé al otro lado del puente por encima de las cabezas de los soldados. Oyeron el ruido e inmediatamente se pusieron en guardia. A continuación, lancé otra piedra un poco más allá. Uno de los soldados se mantuvo alerta mientras el otro salía silenciosamente en dirección al ruido. Tiré una tercera piedra aún más lejos que las anteriores. Entonces me incorporé, pues ambos dirigían su atención hacia el otro lado del puente. El que había salido a investigar llamó a su compañero, que acudió a reunirse con él.

Me lancé sobre el parapeto donde habían estado de guardia. Evitando cuidadosamente dejar rodar las piedras, me tiré por el lado escarpado del cauce del arroyo seco. Los soldados se asomaron al lado opuesto y yo bajé hasta el fondo del barranco con las botas en la mano. Muy pronto dejé de oírlos, de modo que corrí lo más rápidamente posible. A derecha e izquierda había bosquecillos de olivos cuyas hojas plateadas brillaban a la suave luz de la luna. No obstante, aunque no sorprendente en medio de aquel peligro mortal, la visión de aquellas hojas brillando levemente me hizo pensar en nutro Salvador y en su vigilia en el huerto de los Olivos. Mientras corría a través del huerto en la dirección que pensaba me llevaría junto a mis camaradas, iba rezando en voz baja.

De repente, divisé unas figuras frente a mí. Los soldados británicos no me habían visto todavía, ya que no esperaban a nadie por la retaguardia. Me era imposible cruzar por allí.

El único medio de alcanzar las líneas alemanas era el de vadear las aguas, pues había salido del huerto de olivos justamente al borde del mar. Aquello me resultaba extremadamente peligroso, pues no soy un buen nadador y corría el riesgo de caer en las profundidades. Pero, ya que no se presentaba otra opción, me introduje cuidadosamente en el

agua que, afortunadamente, no estaba demasiado fría. En la mano izquierda llevaba en alto el Santísimo Sacramento y, vigilando atentamente la orilla opuesta, avancé vadeando. Sin embargo, nadie pensaba en ver a un posible alemán cruzando con el agua hasta el cuello y llevando en alto la mano izquierda en actitud suplicante. En el mar aparecían los enormes barcos de guerra que protegían los emplazamientos costeros. Yo caminaba por una especie de tierra de nadie sin vigilancias entre los dos puestos de las fuerzas contendientes.

Acababa de ganar la orilla opuesta a la guardia enemiga cuando oí un avión sobre mi cabeza. Inmediatamente, los reflectores de los barcos iluminaron el firmamento, escrutando primero el cielo y luego el agua. Yo caía en plena luz, así que lo único que me quedaba por hacer era hundir la cabeza mientras mantenía en alto la mano con el Santísimo Sacramento y rezaba con todas mis fuerzas.

Por fin, pasó el peligro y pude emerger de mi desagradable inmersión, con la boca llena de océano salado, y el corazón, de fervorosas acciones de gracias. Todavía me quedaban unos pocos escollos que superar a fin de no dejarme ver por encima del agua. Por fin, pensé que ya estaba lo suficientemente alejado como para arriesgarme a salir a la orilla. Lo conseguí con éxito y empecé a correr hacia adelante, siempre en medio de grandes precauciones. Dentro del uniforme empapado, estaba helado de frío. No tenía tiempo de sacarme las botas, que iban rebosantes de agua. Una hora más tarde oía el quién vive. Era el centinela alemán.

La recepción fue tan calurosa que me sentí sorprendido y emocionado. No sabía que, de algún modo, yo era un símbolo para aquellos hombres y, cuando creyeron que no volvería, lamentaron profundamente mi pérdida. Ahora, al verme aparecer chorreando, apenas daban crédito a sus ojos. El comandante me dijo: «¡Goldmann, me asombras! Para escapar de ese modo, tienes que tener el demonio dentro. ¡No esperábamos volver a verte!». Me ofreció café caliente y mandó buscar el uniforme de algún soldado muerto para que pudiera vestir ropa seca.

Pensé en lo extraño que era el hecho de que mi comandante mencionara al demonio, cuando yo sabía mejor que nadie a quién debía personalmente mi extraordinaria supervivencia.

El uniforme me quedaba un poco pequeño, pero algunos días después conseguí uno que me servía y que había pertenecido también a un soldado caído. En los días siguientes, nuestras pérdidas fueron muy considerables.

9 «LEVÁNTATE Y TRABAJA»

Durante las dos o tres semanas siguientes, entablamos una ingeniosa batalla contra un enemigo que nos superaba en hombres y en material. Se convirtió en una contienda entre ratones y gatos en la que, en ocasiones, olvidábamos que luchábamos por nuestra existencia, pues nos habíamos hecho unos expertos en trucos y estratagemas que empleábamos para sacar con vida a un puñado de hombres de la trampa mortal que era aquel valle. Durante el día, era imposible cualquier movimiento, así que hicimos un aliado de la oscuridad. Nos protegíamos de los disparos de los barcos introduciéndonos en los túneles del ferrocarril. Como difícilmente podían temeros, navegaban osadamente, tan cerca de la orilla como les era posible. Entonces, encontramos en las montañas algunos cañones antiaéreos y nos apuntamos algunos tantos directos sobre los navíos antes de que se retiraran fuera de nuestro alcance. Después de eso, descansamos. ¡Oh!, siempre que podíamos enviábamos al enemigo unas ocasionales salvas de proyectiles con objeto de mantenerle alejado, pero principalmente tratábamos de reposar y recuperar fuerzas. Al tratarse de una carretera costera y gozar de una posición claramente favorable, fuimos capaces de mantenerla durante largo tiempo.

En esta época corrimos numerosas aventuras. Empezaron a escasear los suministros y las provisiones de todo género y, como estábamos completamente aislados del principal cuerpo del ejército, tuvimos que «mantenernos por nuestra cuenta». Durante algún tiempo,

vivimos recolectando uvas y otros muchos deliciosos frutos que maduraban en huertos descuidados y parcialmente destruidos. Sin embargo, esta dieta vegetariana no era muy adecuada para el estómago alemán y, a finales de agosto, ya estábamos hartos. Un día, durante un reconocimiento, localizamos en el puerto unos barcos italianos naufragados y parcialmente hundidos. Decidimos que merecía la pena correr el riesgo de sacarlos y quizá encontrar algunas provisiones en su interior.

Vaciamos un camión ambulancia y yo salí con unos pocos soldados a los que mandé armarse con pistolas automáticas y munición. Llegamos a la ciudad de Milazzo, que daba al puerto y había quedado completamente desierta después de los numerosos bombardeos aliados. El muelle estaba casi totalmente destruido y nos asombró el poder de las bombas, capaz de destrozarnos unos muros semejantes; algunos barcos seriamente dañados y parcialmente hundidos se mostraban tentadores en la rada, a escasa distancia del malecón. No había marineros a la vista..., todos parecían haber huido. Cuatro de nosotros preparamos una pequeña barca y remamos hacia el desecho que nos parecía más prometedor. Nuestro juicio resultó ser acertado: en el barco encontramos unos tesoros fabulosos, cosas con las que solamente habíamos soñado en tiempos de paz. Llenamos el bote e hicimos tres o cuatro viajes hasta cargar el camión todo lo posible. ¡Nuestras camaradas iban a pasar un buen rato!

No había ni un ser humano a la vista. Tan pronto como guardamos la última caja de comida y amarramos la lona sobre el camión, un grupo de marineros italianos surgió de repente por una calle lateral. Habían estado escondidos y, evidentemente, habían bebido en abundancia. Cuando vieron que nos llevábamos las provisiones de su barco —lo que pudieron comprender fácilmente, sobre todo al ver que no habíamos olvidado las botellas de un vino excelente—, unos cincuenta de ellos bloquearon la carretera con aire amenazador y exigieron que descargáramos el camión.

Ni siquiera necesité dar la orden; mis hambrientos soldados sacaron al mismo tiempo sus pistolas y dispararon unos tiros por encima de las cabezas de los marineros; los italianos huyeron entre las casas derruidas que se alineaban a lo largo de la calle. También en

aquel momento nosotros tuvimos que ponernos en marcha a toda velocidad, pues, de repente, aparecieron tres bombarderos. Habían observado la concurrencia en la calle, y al momento empezaron a llover las bombas, algunas de las cuales cayeron sobre los edificios. Nos refugiábamos en los pasillos de uno de ellos, construido con gruesos bloques de piedra, junto a algunos italianos que gritaban de miedo besaban sus medallas y sus rosarios y exclamaban continuamente, «¡Mamma mia!» y «¡Madonna!».

Estrechados unos contra otros, buscaban protegerse mientras las paredes del edificio se estremecían por la fuerza del bombardeo.

Mi única preocupación además de seguir vivo era lo que iba a suceder con nuestro camión de comida. Mientras continuaba el sonido de los aviones y nuestros compañeros italianos seguían en la casa, nos apresuramos a volver al lugar donde habíamos dejado el vehículo, pero no había vehículo a la vista, ¡ni tampoco los restos!

Permanecíamos allí, perplejos, cuando de repente oímos el ruido de un motor. Al volvernos, vimos al bueno de Faulborn saliendo de un pasadizo con el camión indemne. Había tenido la presencia de ánimo de poner a salvo el vehículo incluso mientras caían las bombas. Saltamos al interior y nos marchamos. Al mismo tiempo, aparecieron de nuevo en escena los italianos soltando maldiciones. Aunque acabábamos de ser compañeros en los momentos de peligro, nos marchamos riendo, pensando solamente en el festín que íbamos a celebrar inmediatamente.

Poco después nos metimos en otro lío que pudo habernos costado caro. Pero durante la guerra, ¿quién piensa en ello? Tu vida está en juego desde el momento en que participas en la primera batalla, y solamente asumiéndolo así, eres capaz de conservar algún indicio de cordura.

Habíamos hecho una gira destruyendo viaductos, puentes, y demás, y suponíamos que el enemigo todavía estaba muy lejos. Yo viajaba en un camión con el último grupo cuando divisé una granja bastante cercana en la que había unas maravillosas uvas maduras a punto para arrancar. No había nadie a la vista, de modo que nos apartamos un poco de la carretera para disfrutar de aquel regalo.

Mientras tanto, el resto de los camiones continuó calle adelante. Los dejamos ir, ya que podíamos alcanzarlos fácilmente, y pusimos manos a la obra en el importante asunto de las uvas. También logramos reunir un cesto de huevos y algunas patatas; una mansa vaca nos proporcionó leche y en la cocina encontramos tocino. Teníamos todo lo necesario para preparar unas buenas tortas de patata, un manjar que echábamos de menos desde hacía mucho tiempo. El inestimable Faulborn, además de ser un buen conductor de camión, era también un gran cocinero, y empezó a preparar la comida inmediatamente. Yo encendí el fuego y busqué leña. Dando una vuelta en espera de las tortas, subí por una cuesta detrás de la casa. Lo que vi, me dejó helado durante un momento... ¡los ingleses se estaban acercando! En cabeza, dos carros blindados y a continuación, largas filas de felices soldados marchando como en tiempos de paz. Estaban a treinta metros del túnel del ferrocarril y muy pronto aparecerían por el otro extremo de la cuesta impidiéndonos la huida. Volví rápidamente a la casa para avisar a Faulborn del peligro.

Encendió el motor inmediatamente y yo salté al vehículo, pero antes de ponerlo en marcha, corrió hacia la casa llevando consigo mi casco y el suyo. Yo pensé: «El pobre muchacho, ha perdido el juicio», e iba a ir tras él cuando volvió con ambos cascos que dejó en mis manos. ¡Salimos zumbando, y entonces vi que uno de ellos estaba lleno de uvas, y el otro, de tortas de patata!

Llegamos a la calle justamente al mismo tiempo que los ingleses a lo alto de la cuesta, a menos de cinco metros de nosotros. Giramos al este y nos adelantamos. Parecían sorprendidos de ver los cascos colgando de mi brazo, y fue tal su asombro, que, antes de que pensarán en seguirnos o en disparar contra nosotros, ya habíamos desaparecido entre las casas de la ciudad. Atravesamos el huerto de nuevo y, desde lo alto vimos que la columna enemiga se había detenido, abriéndose en abanico por el terreno... quizá para descubrir en la zona a otros alemanes devoradores de tortas. Nos sentamos en la cumbre de la colina y disfrutamos de nuestro almuerzo: nunca habíamos comido nada tan bueno.

Poco después, tuvo lugar el incidente más extraño de mi inverosímil carrera militar. Tras catorce días de esfuerzo constante y

de la pérdida del ochenta por ciento de nuestros soldados, fuimos relevados, y acampamos a unos tres kilómetros detrás del frente en una pequeña ciudad al pie de una montaña. A eso de las ocho de la noche, después de un terrible bombardeo, llegaron a nuestro puesto de socorro más de treinta heridos. No había médico y, como yo era el único preparado, estuve ocupado hasta medianoche atendiendo a los heridos, poniendo inyecciones y haciendo por ellos todo lo que podía. Por fin, acabé mi tarea; los hombres yacían tendidos bajo los olivos del valle, algunos dormidos, otros quejándose, y otros agonizando. Me envolví en la manta y enseguida, agotado, me quedé dormido.

Serían las dos de la mañana cuando, de repente, me desperté. Creí haber oído una voz potente. Me incorporé de un salto y acudí junto a los heridos, pensando que alguno de ellos me estaba llamando. Pero permanecían en silencio. Dos de ellos ya habían muerto. Me acerqué a los dos centinelas y les pregunté si habían oído algo; me aseguraron que tenía que estar equivocado, ya que todo estaba tranquilo. Estaba tranquilo..., muy tranquilo. Se apoderó de mí un extraño malestar, pero, ya que todo estaba en orden, volví a acostarme aunque no pude dormir.

Medio despierto, medio dormido, daba vueltas a un lado y a otro cuando, de repente, oí una fuerte, casi amenazadora voz: «Levántate y trabaja ¡Schnell!... ¡No hay tiempo que perder!». La voz era tan fuerte, que retumbó en mis oídos. Además, el sonido parecía inundar todo el valle. Di un salto y, excitado, miré a mi alrededor en medio de la oscuridad, pero no vi a nadie. Corrí junto a los centinelas y les pregunté si habían oído algo, pero me dijeron que había soñado y se echaron a reír. Realmente, yo era un tipo muy especial.

Empecé a sentirme alarmado. ¿Quién me llamaba?

Completamente desconcertado, me senté bajo un árbol. Un temor extraño se apoderó de mí; no podía dormir y no sabía qué hacer. Miré hacia el cielo despejado, y oí de nuevo aquella misteriosa voz, ahora realmente amenazadora.

«¡Levántate y trabaja! ¡Se está acabando el tiempo!».

Completamente alterado, perdí el control de mí mismo y grité: «¿Qué ocurre?».

Pero no hubo respuesta. Los centinelas se abalanzaron hacia mí y preguntaron: «¿Qué estás vociferando ahora?».

Me aseguraron que no habían oído nada, al mismo tiempo que comentaban entre ellos: «¡Algunos empiezan a perder la cabeza!».

Hice algo que no había hecho durante meses; tomé mi pico y mi pala, y empecé a cavar una trinchera. Era la primera vez que lo hacía en toda la campaña, pues soy muy poco aficionado a esa clase de trabajo. Pero ahora golpeaba la tierra como si me pagaran por ello, y al poco tiempo tenía ampollas en ambas manos. Los soldados se despertaron a eso de las seis de la mañana. Formaron un círculo alrededor de mí y, burlonamente, admiraron el casi terminado agujero que había cavado en el suelo rocoso.

Preguntaron: «¿Qué ha sucedido?». Un soldado se mofó: «¡Ahora que hemos ganado la guerra, trabajan incluso los suboficiales!».

No hice caso de sus chanzas. Se sentaron en torno a mí, disfrutando del espectáculo. A eso de las siete, apareció Faulborn con un abundante desayuno. No pudo entender que le mandara dejarlo a un lado y cavara un hoyo para él. Como me consideraba un hombre ecuánime, me miró sorprendido, preguntándose si habría perdido el juicio.

«No tengo tiempo para darte explicaciones, pero, por tu mujer y tus hijos, ¡cava, cava rápido!». Se le veía claramente impresionado por lo que yo decía y el tono que empleaba. Entonces, ante la evidencia de mi agujero medio acabado, sus expertas manos comenzaron a cavar un hoyo para él. Los otros soldados reían comentando: «¡Ha aparecido la enfermedad contagiosa de la excavación!».

Continuamos cavando mientras los demás nos miraban. A eso de las nueve, mi agujero era lo bastante grande como para poder tumbarme dentro de él. Exhausto, trepé al exterior, me puse la camisa y me tendí en el suelo para dejar descansar a mis fatigados huesos. Al mirar hacia el cielo, me quedé aterrado. En lo alto, diez bombarderos daban vueltas como si fueran buitres. La alarma sonó al momento. Los

soldados se mantenían inmóviles, con objeto de que sus movimientos no revelaran nuestra presencia. Pero era demasiado tarde: ya nos habían visto.

Se tiraron en picado y dejaron caer al menos veinte bombas. Faulborn y yo saltamos a nuestros agujeros mientras que los demás buscaban salvarse detrás de los árboles o tumbados en el suelo. Yo me puse boca abajo con objeto de proteger al Santísimo Sacramento que llevaba conmigo.

El infierno se desató sobre nosotros mientras continuaba el bombardeo. Con mis últimas fuerzas, conseguí incorporarme ligeramente para no morir asfixiado por la lluvia de polvo, de barro y de restos de roca y de metal. Después, perdí el conocimiento.

Cuando cesó el ataque y el valle se convirtió en un desierto humeante, llegaron otros soldados en busca de supervivientes. Faulborn y yo éramos los únicos. Necesitaron diez minutos de respiración artificial para reanimarme, pues había estado otros treinta cubierto de escombros.

¿Quién me había llamado aquella noche? ¿Quién me había salvado?

Tres semanas después de este incidente recibí una carta de Fulda. Era de la Hermana Solana May. Durante la noche, cuando yo oí la voz que me mandaba ponerme a trabajar, ella experimentó tal temor por mi vida, que se precipitó a la capilla y, hasta el día siguiente, estuvo implorando: «Ángel de la Guarda, sálvalo!». Me pedía que le escribiera inmediatamente y le dijera si me había sucedido algo. Decía también que se había despertado atemorizada a las dos de la madrugada, la hora exacta en que yo escuché por primera vez aquella voz.

De este modo, mi fe se reforzó aún más durante aquellos terribles días.

10 EL INFIERNO DE LA GUERRA, LA PUERTA DEL CIELO

Poco tiempo después, justamente antes de entrar en una pequeña ciudad costera, nos preparábamos para volar un puente y detener así el avance del enemigo. Dispusimos nuestras ametralladoras en las casas de la ciudad para dar una adecuada recepción a los aliados. Cuando vieron que se iba a entablar una batalla, los habitantes huyeron rápidamente; solo quedaron unos pocos ancianos y las personas enfermas, que se reunieron en el centro de la ciudad cerca de la iglesia que había sido seriamente dañada a causa de los ataques aéreos. Una fachada lateral estaba en ruinas. Cerca de la iglesia vi al párroco en pie, leyendo su breviario como si nada le afectara.

Me acerqué a él, un anciano con el cabello blanco como la nieve, y le aconsejé que se apresurara a marchar porque en menos de medio día allí se libraría una batalla. No me contestó; solamente movió la cabeza y continuó rezando. Yo repetí mi petición cada vez con mayor urgencia, pero no me prestó atención. Le sugerí que, probablemente deseaba mantenerse en vida por el bien de sus feligreses; era su deber huir a las montañas, y después de la guerra podría volver a atender su parroquia.

Durante unos momentos me miró como si estuviera disgustado; me tomó del brazo y, a través de la rectoría, me condujo a su dormitorio. Junto a su cama vi la quinta estación del Vía-Crucis que había salvado de la iglesia dañada. Señalándola con el dedo, dijo: «Simón no tuvo permiso para huir, sino que se vio obligado a subir al Calvario, hasta el lugar de la crucifixión. Hoy, Simón soy yo».

Luego, me soltó el brazo; yo estaba tan confundido que no supe qué decir. Recordaba las palabras del Señor: «El Buen Pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, deja las ovejas y huye». Me arrodillé y le pedí la bendición.

Puso sus sacerdotales manos sobre mi casco y pronunció la bendición: «El Señor te bendiga y te guarde. Haga resplandecer su faz sobre ti y te otorgue su gracia. Vuelva a ti su rostro y te de la paz. El Señor te bendiga». Yo recibí esta bendición con profunda alegría. Cuando oí que era miembro de la Orden Tercera de San Francisco, le mostré mi certificado en el que constaba que yo era un clérigo de la

Orden Primera. Con lágrimas en los ojos, el anciano sacerdote me dio el beso de paz en ambas mejillas y se alegró de que dos hijos del pacífico Francisco hubieran tenido el privilegio de encontrarse allí, en medio de la violencia de la guerra.

Poco tiempo después, la furia de la contienda siguió su camino. Gracias a Dios, nos ordenaron evacuar la ciudad y retroceder hacia la retaguardia. Por lo tanto, el pueblo quedó a salvo para el anciano sacerdote y sus feligreses.

A mediados de agosto, durante los duros enfrentamientos en la carretera de la costa cerca de Messina, fuimos tiroteados por primera vez por nuestros aliados italianos, que habían desaparecido súbitamente durante la noche y, preparando la traición de Badoglio, se convirtieron en nuestros adversarios. Cuando las fuerzas británicas y norteamericanas formaron una sólida unidad a nuestras espaldas, con la carretera de la costa como única salida, la batalla llegó a ser desesperada. Nuestro batallón se vio rodeado, contando únicamente con cuatro vehículos acorazados para controlar al enemigo, atrincherado en una montaña sobre nuestra retaguardia. La carretera estaba tan fuertemente vigilada, que no había posibilidad de atravesarla; cerca de mil soldados quedaban aislados.

Esperábamos en uno de los muchos túneles de ferrocarril después de dinamitar algunos otros, así como puentes y viaductos, mientras seis buques de guerra nos bombardeaban durante todo el día. Al caer la noche, un joven mando de la Luftwaffe nos instó a sacar del túnel las escasas piezas de artillería que nos quedaban y a situarlas en la carretera al alcance de los cañones británicos. La víspera habíamos preparado cuidadosamente aquella operación. Ordenó que la Sexta Compañía, protegida por el fuego de la artillería, tratara de cruzar la carretera, pero el resultado fue desastroso. Los disparos enemigos la barrieron. Solo nos quedaba una posibilidad de huida: disparar como locos al enemigo, y protegernos de su fuego con cuatro tanques italianos capturados a toda velocidad durante la noche y llenos de soldados que colgaban a los lados en racimos.

Los tanques, seguidos por diez camiones, bajaron a toda velocidad por la carretera, cubierta de soldados muertos y heridos..., amigos y

enemigos. Fue una carrera terrible. Yo iba en el segundo tanque, y únicamente podía rezar a nuestro Señor Sacramentado, mientras los gritos de los soldados aplastados prolongaban el estrépito de las cadenas. No olvidaré aquel sonido mientras viva..., unos hombres anónimos que, habiendo sobrevivido al fuego enemigo, ahora morían aplastados por sus camaradas cuya situación era tan desesperada que no tenían otro propósito que el de huir.

Lo conseguimos. El comandante recibió la Cruz de Caballería por la brillantez de su plan... pero estaba cubierta de sangre.

Todo el día siguiente permanecemos escondidos en la arena de la playa. Cerca de la orilla aparecían seis cruceros ingleses. Si uno de nosotros asomaba la cabeza recibía el saludo de un disparo. A pesar de ser tiroteados durante todo el día, sufrimos muy pocas bajas. Cerca del mediodía, un motorista procedente de la retaguardia llegó hasta nosotros a la vista del enemigo. Le grité: «¡Idiota!, ¿no podías esperar hasta la noche? ¡Estás descubriendo nuestra posición!».

Sin aliento, saltó de la moto y me entregó el mensaje; se trataba de un asunto sin importancia que podía haber aguardado a la caída de la noche. Le prohibí moverse del puesto. Todos estábamos aterrados ante la idea de que los tiradores ingleses, a menos de mil metros, nos descubrieran por culpa de aquella moto en la carretera. Pero todo estaba tranquilo. Exhalamos un profundo suspiro de alivio. Dije al muchacho, que no tendría aún dieciocho años, que, a pesar de lo que le dijera el comandante, debía esperar a la noche para regresar. Y así lo prometió.

Como todos los demás, yo estaba cansado; me tendí dentro de mi hoyo en la arena y me quedé dormido. De repente, el sonido familiar de una motocicleta rompió el silencio... el muchacho había aprovechado mi sueño para regresar. Era lo que el enemigo estaba esperando. Al momento, una salva de disparos se dirigió al motorista que seguía corriendo como un loco; las balas caían frente a él, por delante, por encima y por detrás, y seguía corriendo. Nosotros conteníamos la respiración; algunos de aquellos disparos nos alcanzaron. Él continuó durante unos cien metros, doscientos metros; luego, se inclinó sobre la moto, giró y condujo lentamente,

lentamente, hacia nosotros. Y, ¡oh, maravilla! El enemigo permaneció en silencio. A través de nuestros prismáticos pudimos ver que nos observaban con los suyos. El joven avanzaba muy despacio, con pasos lentos. Yo me incorporé y agité la bandera de la Cruz Roja. Reinaba el silencio.

Los jóvenes de mi entorno me observaban admirados mientras el aún más joven soldado se dirigía vacilando hacia mí. Lo tomé en brazos.

«Herr Unteroffizier», dijo con dificultad, «el pecho me arde, me arde». Lo tendí en la blanca arena y le abrí la guerrera. La sangre roja que le brotaba de los pulmones como una fuente, una fuente de muerte, cubrió mi rostro y mi uniforme. Yo apreté la mano sobre el enorme agujero para detener su flujo, pero seguía resbalando entre mis dedos.

«¿Voy a morir?», preguntó el joven con voz temblorosa y entrecortada.

«Sí, no hay solución». Estuve a punto de preguntarle si era católico, pues llevaba conmigo la Sagrada Comunión. Entonces, una sonrisa iluminó su rostro, una sonrisa radiante, amplia, gozosa, y dijo con voz débil: «Por favor, escriba a mi madre y dígame que la estoy esperando en la puerta del Cielo. Que no debe llorar, que la estoy esperando». Con la sonrisa feliz e inocente de un niño, entró en la eternidad. Raramente me he visto tan afectado por una muerte. Y he visto demasiadas.

Hubo otras, otras muertes que no puedo olvidar fácilmente. Una vez cayó una bomba en medio de un batallón. El cuadro fue terrible. Mi fiel conductor, Faulborn, me llevó al lugar. Salvó muchas veces mi vida y las de otros soldados. Encontramos muertos a todos los soldados excepto a dos. Los colocamos rápidamente en unas camillas y los cargamos en el camión. Le pedí a Faulborn que condujera lo más rápidamente posible, pues para aquellos hombres era cuestión de minutos. Corrió haciendo caso omiso del fuego de los buques. Yo me senté con los heridos y los observé. Era demasiado tarde para salvarlos y le dije que se detuviera, para evitarles al menos los dolores que les producía el movimiento del vehículo. Uno de los soldados me miraba

serenamente. Le saqué la documentación del bolsillo: era católico, hijo de un granjero de Westfalia. Le dije que su estado era grave y le pregunté si deseaba recibir la Sagrada Comunión. «¿Es usted sacerdote?», me dijo.

«No, pero llevo conmigo la Sagrada Comunión».

Sonrió con gozo y musitó: «Rápido, rápido, señor».

Rezamos juntos el acto de contrición y le administré el Viático. Susurró algo que alcancé a oír poniendo el oído junto a su boca. Sus últimos pensamientos fueron para su madre. «Por favor, escríbale y dígame que morí con el Salvador en mi corazón».

¡Qué muerte!, pensé.

Miré al otro soldado. Era un obrero de la región del Ruhr.

«Deberías recibir también la Sagrada Comunión», le dije. Con un esfuerzo, replicó despectivamente, «Ese pedazo de pan no me salvará. Es mejor que me ponga un cigarro en la boca». Me saqué uno del bolsillo, lo encendí y se lo entregué. Le dio tres chupadas, lo dejó caer y murió. Ahora estaba enfrentándose al juicio de Dios junto al otro soldado. Recordé durante mucho tiempo este incidente, que traía a mi mente las palabras de nuestro Señor:

«Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros».

Por fin llegamos a Messina, entre constantes ataques por parte de nuestros antiguos aliados, los italianos, que, de día y de noche, trataban de tendernos continuas emboscadas. Probablemente quedaron en Sicilia un millar de soldados alemanes; la parte norte de la isla estaba ocupada por un enemigo que, sin problema alguno, montaba sus armas en los muelles. Cuando amarró el último barco, una lancha rápida, arrojamos, más que trasladamos a ella, a los heridos. Estaba tan llena, que parecía a punto de hundirse. Subieron a ella tres médicos para atender a los soldados, inútilmente en muchas ocasiones. Rugieron los motores y salimos, desembarcando a salvo al otro lado del Estrecho de Messina, bajo el continuo fuego de la artillería desde

el muelle y por el aire. Nuestras armas antiaéreas del otro lado derribaron tres aviones; el resto dejó de molestarnos muy pronto.

La primera noche nos alojamos en una iglesia, y a la siguiente, nos pusimos en camino hacia el norte. Ahora estábamos corriendo, no hay duda de ello. Teníamos que viajar de noche porque la superioridad aérea del enemigo nos impedía hacerlo a la luz del día. Nuestra siguiente etapa fue Palmi. Luego llegamos a un pueblecito de la montaña, donde la gente nos recibió con bastante amabilidad.

11 VIÁTICO

El resto de la división escapó a Italia, pero fueron demasiados los que, cautivos o muertos, quedaron en Sicilia. Nos detuvimos unos días para descansar en Palmi, al extremo de la «bota» italiana. Mientras tanto, llegaron de Alemania tropas de refresco formadas por jóvenes de menos de veinte años y adultos de más de cuarenta y cinco. Eran los últimos que la Patria pudo lanzar a las fauces de la hambrienta bestia de la guerra.

Nuestra función consistía en retrasar la llegada del enemigo e impedir que cayera en sus manos cualquier material utilizable. Aquello se convirtió en una guerra en pequeña escala, generalmente de grupos reducidos contra grupos reducidos, así que el adversario se vio obligado a luchar, desde Aspromonte a Cassino, en las estrechas calles de los pueblos donde no podía concentrar toda su fuerza como lo hacía en campo abierto.

Destruíamos todo lo que podía ser destruido: puentes y viaductos, maquinaria eléctrica y hospitales... incluso las estaciones de ambulancias de los pueblos pequeños. Convertíamos en humo los grandes centros de suministro del ejército italiano. Yo sentía piedad ante tal destrucción, pero, en la mayoría de los casos, no había compasión. Enviábamos al norte a los prisioneros italianos, descalzos y desnudos hasta la cintura. Bosques y colinas estaban llenos de partisanos que, amargados por el presentimiento de la derrota de Italia, demostraban muy poca compasión por aquellos hombres.

Muy pronto, el enemigo se apoderó del Estrecho de Messina y, semana tras semana, la guerra se desarrolló en las montañas, mostrando ambas partes su esfuerzo y su valor. El adversario estaba continuamente a nuestras espaldas, lo que suponía que, cuando teníamos que atravesar los puentes y los pasos de las montañas, era necesario un aventurado y frecuentemente impredecible rodeo. No era, como en Sicilia, cuestión de un mejor equipamiento, sino más bien de estrategia y de valor, y por lo tanto, las bajas fueron menores; aquí no había barcos ni aviones.

Me sorprendía la falta de precauciones y la casi infantil confianza con la que nos seguían los aliados. Minábamos los puentes y los viaductos, y más de una vez, agazapados en la montaña para observarlas, veíamos a las columnas enemigas, completamente equipadas, cruzarlos como si fueran de visita; primero los tanques ligeros y luego la artillería, seguida del resto de la tropa en correcta formación. Los dejábamos pasar por encima del puente; entonces lo volábamos, dejándolos indefensos frente a nuestra línea de fuego. Allí fuimos testigos de muchas acciones caballerizas en relación con la bandera de la Cruz Roja. Cuatro bombarderos que me vieron en lo alto del camión dejaron caer tabletas de chocolate para los heridos en lugar de bombas.

Estábamos en septiembre. En nuestro camino hacia el norte encontré una acogida fraternal en las parroquias y los monasterios italianos, y los párrocos, asombrados y gozosos, renovaban mis Hostias consagradas. El 5 de septiembre, nos sorprendió un ataque inglés en las montañas a consecuencia del cual resultaron heridos algunos de nuestros hombres. Los llevé a un hospital por la noche, sabiendo que teníamos a nuestras espaldas dos batallones y tres compañías fuertemente armadas. A las cinco de la mañana, toda la montaña estaba envuelta en la niebla y el silencio. A través de unas pronunciadas curvas, la carretera conducía desde lo alto de la montaña hasta el mar, donde había dos pueblos costeros. Nos detuvimos allí y pedí agua para los heridos. Un ventarrón disipó la niebla y, ante mi sorpresa, pude ver cerca de la costa una docena de transportes de tropa, barcos pequeños, cruceros y algunos buques de guerra. Estaban

desembarcando miles de soldados con unas enormes cantidades de suministros.

Teníamos cortado el camino, así que, treinta minutos más tarde, llegábamos de vuelta a nuestra retaguardia. El mayor y nuestro comandante se apresuraron a situarse en una posición desde la que podían vigilar el desembarco. Dispusieron los cañones. El enemigo nunca supo de nuestra presencia en las brumosas alturas hasta que, a las 6:30 h se desencadenó el infierno. Los barcos explotaban cuando alcanzábamos sus pañoles de municiones. Hicimos fuego durante diez minutos sin recibir un solo disparo en respuesta. Las pérdidas en el mar fueron espantosas. Por fin, los buques comenzaron a responder al fuego, pero el noventa y nueve por ciento de sus disparos pasaban por encima de nuestras cabezas o se quedaban cortos. No sufrimos daños durante una hora pero, con el enemigo allí abajo, las cosas tomaban mal cariz. Ahora estábamos dispuestos a intentar un avance. A la orden de « ¡Alto el fuego!», se hizo el silencio mientras cargábamos los camiones.

El mío iba el primero y, rodábamos montaña abajo, cuando sonaron unas descargas procedentes, no de la costa, sino de los barcos que, aunque severamente dañados, consiguieron hacer algunos disparos. Llegamos a la primera ciudad y organizamos nuestras líneas. Teníamos la orden de hacer retroceder al enemigo hasta el mar.

Aquello me pareció desacertado, pues significaba exponernos a los disparos de los barcos, que ahora se habían recuperado parcialmente. Monté un puesto de primeros auxilios en un edificio de la ciudad. El doctor, un médico nuevo, ya estaba herido en una mano, así que tuve que poner las inyecciones, llenar las fichas y, en más de una ocasión, cortar miembros con un cuchillo. Los heridos llegaron inmediatamente, casi un centenar. Entre vendajes e inyecciones, llenado de fichas y realizar una tosca cirugía, yo preguntaba: «¿Eres católico? Aquí tienes la Comunión».

Después de oír un breve acto de contrición, yo, con las manos ensangrentadas, depositaba el Cuerpo de Cristo en aquellos labios temblorosos. Muy pronto se acabaron las Hostias consagradas y tuve que conseguir más. La ciudad quedaba sobre el campo de batalla y

muchos italianos observaban la escena que se desarrollaba más abajo. Cuando vieron llegar a los alemanes en el Panzer de la División huyeron al interior. Delante de la iglesia había tres sacerdotes, dos jóvenes y uno muy anciano.

Salté del tanque con el casco puesto y el rostro, las manos y el uniforme cubiertos de sangre. Saqué del bolsillo la nota del obispo de Patti, dando gracias a Dios porque estuviera en italiano. Aunque tenía permiso para llevarme las sagradas especies, ellos aseguraron que no tenían Hostias consagradas. Yo podía comprender perfectamente que no confiaran la Sagrada Comunión a aquel soldado enemigo bañado en sangre, así que hablé en italiano, gesticulé, y saqué del bolsillo un papel que me acreditaba como miembro de la Orden franciscana.

«No a precio de sangre», fue su respuesta.

Mi paciencia llegó al límite. Uno de los soldados se acercó con una pistola automática y aquellos tres levantaron sus manos temblorosas. Otro soldado vigilaba desde el tanque al resto de la población mientras nosotros nos dirigíamos hacia la iglesia. Yo estaba seguro de que los sacerdotes entrarían también para ver lo que hacía y cómo lo hacía.

«¡Avanti!», ordené cuando llegamos al santuario, pero se negaron y tuve que obligarlos. ¡Qué curioso era el hecho de que en aquella guerra en la que no había apuntado a nadie con mi arma, tuviera que hacerlo con sacerdotes y con obispos indefensos en lugar de con enemigos!

Encontramos en la sacristía la llave del sagrario ante el cual hice un corto acto de adoración. Los tres sacerdotes, siempre con las manos en alto, me vieron abrirlo con el debido respeto y el convencimiento de lo que me atrevía a hacer. Tomé las Sagradas Formas que necesitaba. El sacerdote anciano lloraba. Yo le hablé.

«Padre, las Formas son para los moribundos. ¿Puede usted darme su bendición, y a ellos a través de mí?». Por fin, comprendió que yo no era un ladrón ni un asesino y colocó sus manos temblorosas sobre mi casco.

Marchamos con el tanque. Yo oí a la gente gritar:

« ¡Ah!, ¡esos diablos alemanes! ». Diablos, pero con el Santísimo Sacramento.

Todo esto transcurrió en una hora. Volví al puesto en el que cuidaba a los heridos. Ya estaban consumidas casi todas las Formas, cuando nos llegó la noticia de que la Undécima Compañía había tenido un enfrentamiento con el enemigo, y muchos de nuestros soldados estaban tendidos en el campo de batalla. Teníamos que ir, y el tanque era nuestro único medio de transporte.

Muy pronto nos encontramos con alemanes que huían seguidos de cerca por los británicos. Cuando vieron la bandera de la Cruz Roja, los ingleses se acercaron a nosotros, nos hablaron amistosamente y me ayudaron a cargar a los heridos. Entre el enemigo había algunos católicos que, comprendiendo lo que yo estaba haciendo con los moribundos, se arrodillaron; otros, miraban asombrados. Repartieron té y chocolate a los heridos, y volvimos sanos y salvos. Aquella fue una de las experiencias más humanas que viví durante la guerra.

Regresamos al puesto, y muy pronto los aviones bombardearon la ciudad. Escapamos a pie, pues el tanque estaba también averiado; vi el camión-ambulancia junto al párroco, que se limitó a decir: «Por fin. Ya era hora de que llegara». Había visto acercarse al enemigo y, para que no nos resultaran una carga, recogió a dos soldados alemanes heridos que habíamos encontrado de camino; nosotros salimos hacia la montaña.

Durante las cuatro semanas siguientes, la vida se convirtió en una pesadilla. Nunca pude saber cómo conseguimos avanzar, con los italianos y los ingleses rodeándonos y los aviones bombardeando. A pesar de la sangre y de mi odiado uniforme, fui muy bien recibido en muchas parroquias y en monasterios franciscanos.

Era el día de una fiesta de la Virgen... creo que el Dulce Nombre de María, 12 de septiembre. Habíamos volado los puentes y todo lo que se podía volar y creíamos que el enemigo estaba a horas, quizá días, por detrás de nosotros. Pasamos la noche en las montañas, bajo los árboles, disfrutando de un muy necesario descanso. A las 10 de la mañana siguiente continuamos nuestro camino. Yo pensé que tenía tiempo de confesarme y de oír Misa una vez más. Como el capellán

estaba lejos, decidí bajar al valle, hasta un monasterio de dominicos aproximadamente a una hora de camino. Me puse en marcha a las cuatro de la mañana. A mi lado corría un perro enorme, pero no me contrariaba, pues no le tenía miedo y él podía protegerme de alguna súbita emboscada. Al cabo de treinta minutos llegué al monasterio, que estaba tranquilo. Pensé que las 5:30h era una buena hora para que estuvieran despiertos, pero no se percibía actividad alguna. Por fin, a las 6h, llamé a la puerta. Después de una eternidad, una voz gruñó: «¡Por amor de Dios!, ¿qué quiere en una noche como esta?».

Contesté: «Quiero confesarme».

Sorprendido, abrió la puerta; apareció ante mí un padre dominico no exactamente vestido para el coro. Yo iba uniformado y, una vez que se recuperó de su shock, me acompañó a la iglesia donde me preparé para la confesión. Luego, ante la sorpresa de los novicios y de los frailes, ayudé a la Misa de un anciano dominico. Observándome, empezaron a cantar en el coro de un modo vacilante. Cuando recibí la Sagrada Comunión, todos dejaron sus sitios para asistir al espectáculo. Yo terminé por entrar en la sacristía con objeto de no distraerles de sus devociones y de su atención a la Misa conventual. El anciano fraile que me había oído en confesión me acompañó al refectorio donde encontramos queso, vino y mantequilla.

Yo estaba hambriento y demostré a los monjes ¡lo que puede comer un alemán! Naturalmente, ellos estaban deseosos de saber algo de la guerra. Les conté algunas cosas y les mostró orgullosamente mis papeles especiales. Eran casi las nueve, hora de la Misa Mayor, pero el Maestro de Novicios la pospuso a favor del huésped franciscano. Charlamos, reímos y ellos empezaron a cantar. El ánimo que me transmitió aquella comunidad fue un auténtico alimento para el alma.

De repente, el hermano portero anunció inocentemente que muchos de mis camaradas estaban fuera... ¿debía dejarlos entrar?

Yo tenía mis sospechas sobre de quiénes se trataría y, al mirar por el ventanillo de la puerta, vi ¡soldados británicos! El patio estaba lleno de ellos. ¿Y ahora qué?

El superior encontró la solución: me prestó un hábito y, acompañado de tres hermanos, salí por una puerta lateral. Con el corazón golpeándome el pecho, caminé entre ellos lentamente para ocultar mis botas. Los ingleses nos saludaban con un «Hello», y cuando llegamos a un pasaje próximo al monasterio, devolví el hábito y regresé rápidamente a la montaña. Advirtiendo la llegada de los británicos, mis camaradas habían partido. Solo Faulborn me esperaba en el pueblo. Pensó que había llegado mi hora, ¡pero estaba dispuesto a arriesgar su suerte para compartirla conmigo! Salimos y volamos los puentes a nuestras espaldas. ¡Debo unas palabras de gratitud a los hijos de Santo Domingo!

12 EL SARGENTO DIÁCONO

Continuamos hacia el norte. Nos saludaron las llanuras de Salerno, aunque no llegamos a sospechar que serían la temprana tumba de algunos de los nuestros. El enemigo había concentrado sus fuerzas, que no podían compararse con nuestros maduros o muy jóvenes hombres.

Al este de Salerno se yergue una colina conocida como la 444 por tener 444 metros de altura. Desde ella se divisa toda la planicie. El enemigo la ocupó y atacó. Nos ordenaron tomar las cumbres. Era una orden insensata, estúpida, si consideramos la escasa fortaleza de nuestras tropas y nuestro penoso equipamiento. La noche previa al asalto, aún había compañías sin oficiales.

Yo estaba asignado a la Décima Compañía. Durante la noche, llegó un joven teniente, recién salido de la escuela, con una falta absoluta de experiencia en el frente. Mientras esperábamos la llegada de la mañana en un viñado, le expusimos la situación.

El tiempo era húmedo y frío; nadie durmió. Los soldados jóvenes, tropas de fresco, trataban de adivinar el desarrollo de los acontecimientos, ya que no tenían experiencia en tales campañas. Yo saqué mi libro de cánticos y entoné algunos himnos. El teniente era un fervoroso joven protestante, hijo de un pastor de Hamburgischen;

conocía los cánticos y los siguió suavemente con una voz limpia como la de una campana. Los otros nos rodearon, comiendo uvas y escuchándonos. Amaneció por fin, y llegó la orden: «Preparados».

Aún faltaban veinte minutos para el comienzo del ataque. A través de la niebla podíamos ver la montaña sobre nuestras cabezas.

«Tenemos que tomar esa montaña?», preguntó el joven oficial.

«Naturalmente».

«Pero los ingleses están en la cumbre con cañones de grueso calibre».

«Sí. Pero los venceremos».

«¡Pero es un suicidio!», insistió el oficial. ¡Era tan joven!
«Debíamos hacerlo de noche».

Sin embargo, ya era de día. De repente, me preguntó si había visto morir a alguien. Mi risa sonó amarga.

«Sí, a muchos».

«¿Cómo mueren?». Y de repente, se estremeció de miedo. «¿Es cierto que no se cae en el primer ataque?».

Yo estaba atónito. Aquello era una mala señal. Por inexperto que fuera, los hombres necesitaban un líder, y él estaba destrozado por el miedo. Yo intentaba calmarlo, pero el teniente temblaba de pies a cabeza. «No, no, no puedo caer», repetía una y otra vez. «Me está esperando».

«¿Quién?».

Me mostró la fotografía de una joven. «Es única. Le prometí que un día nos casaríamos en la rectoría». Deseaba llegar a ser pastor y me describió precipitadamente lo buena que era. ¡Dios no podía querer que él muriera ahora, ahora no! Estaba terriblemente asustado y ¡se suponía que debía dirigir el ataque de la compañía!

Le dije que, puesto que era teólogo e hijo de teólogo, debía saber algo sobre la confianza en Dios. Le dije también que me siguiera e

hiciera exactamente lo mismo que yo. «No se mueva a menos que lo haga yo». Asintió con un gesto.

Nos pusimos a cubierto antes de que el enemigo llegara a apuntarnos. Rezamos juntos el Padrenuestro y nos arrastramos por la última hilera del viñedo. Ante nosotros se extendía una pendiente de unos trescientos metros de ancho. A las 5:40 h. la artillería comenzó su función: nuestros cuatro penosos cañones dispararon hacia las alturas. Empezamos a correr. No se produjeron disparos enemigos.

¿Se habrían trasladado?

De repente, se desencadenó el bombardeo. Nosotros avanzábamos como ranas, arriba, un salto y otra vez abajo. Sorprendentemente, la cosa funcionó hasta que las ametralladoras empezaron a disparar. Solo podíamos dar saltos cortos. El teniente estaba muy cerca de mí. Lo hacía bien, echándose en el polvo al mismo tiempo que yo. Ahora estábamos cerca del arroyo seco. Con solo dos o tres saltos más, habríamos pasado lo peor; al otro lado había un refugio. Le vi moverse, lo llamé, «¡Herr Leutnant, espere!», pero él pensó que podría llegar de un salto.

Corrió. Entonces fue alcanzado en el pecho y cayó en el barranco. La sangre brotaba de su guerrera destrozada. Me miró, y con un último jadeo, dijo: «¡Pobre, pobre novia mía!». Fue el fin.

La guerra es tal locura... ¡los jóvenes mueren antes de empezar a vivir!

Aunque tomamos la cumbre, sufrimos grandes pérdidas. Una hora después, mientras yo cavaba una tumba para el teniente, el comandante se acercó a mí. Me felicitó y me puso una estrella en el hombro por «el valor demostrado ante el enemigo». No era frecuente que un soldado no-combatiente recibiera tal distinción, y yo tendría que haberme sentido orgulloso, pero tenía ante mí el rostro del joven teniente moribundo. Era la tercera vez que oía aquello de «el valor demostrado ante el enemigo». Pero yo solo había corrido como todos los demás. No sentí mucha satisfacción al recibir aquella estrella.

A la noche siguiente nos ordenaron bajar de la cumbre, pues la montaña estaba sometida al fuego desde los buques. Nuestra artillería

y nuestras municiones eran tan escasas que no podíamos responder. Concentramos las tropas en el lado norte de la costa y recibimos la orden de aislar al enemigo de sus barcos a la mañana siguiente, pero fracasamos. Avanzamos a lo largo de la tarde, pero el enemigo se retiró a unos cuatrocientos metros de la orilla. Formaron columnas de tanques y cañones, una hilera tras otra, unos junto a otros. ¿Qué podíamos hacer frente a ellos? El aire estaba lleno de aviones; llegamos a contar doscientos.

Nos ocultábamos en el bosque. Cerca de nosotros, en una extensa pradera, había una granja de espléndidos sementales italianos. Estaban en la línea de fuego, y los quejidos de los caballos agonizantes nos partían el corazón. A pesar del peligro al que se exponían, los soldados corrían a matar a los animales heridos.

Aquella noche, a las ocho, nos movimos con rapidez; solo se quedó la tercera parte de la compañía. En el camino encontramos un tanque destrozado del que sacamos a un hombre muerto. Tenía en la mano una medalla y un devocionario americano. Lo enterramos en una tumba cerca de la calle. Una vez más, un hermano había muerto a manos de sus hermanos enemigos. La locura de la guerra nos daba náuseas.

Perdimos la llanura de Salerno. El enemigo se mantuvo firme. Retrocedimos de nuevo hacia las montañas. El enemigo vino desde el sudeste, de Calabria. Eran mediados de noviembre. En Murano-Lucanio visité al obispo; me renovó la nota del obispo siciliano que me concedía el privilegio de llevar conmigo las Sagradas Formas y así pude administrar diariamente la Comunión. Si algún sacerdote me la negaba durante mi camino, la visión de una pistola me proporcionaba lo que los agonizantes, y yo mismo, necesitábamos. Muchos civiles recibían de mis manos los últimos consuelos; viejos y jóvenes se sentían como animales acosados a ambos lados de las líneas de fuego.

El 12 de noviembre recibí la noticia de que la casa de mis padres había resultado gravemente dañada por un bombardeo. Entonces obtuve el permiso largo tiempo ansiado y frecuentemente denegado. ¡Cómo deseaba salir de aquel infierno! Después de Brenner Pass, ¡mi casa!

Los daños en nuestro hogar eran leves, de modo que dejé Colonia para ir a Rottenburg, donde me esperaban la paz, el descanso, el silencio y los buenos alimentos de un monasterio. Me detuve un par de días en Roma donde, a pesar de la guerra y de las restricciones eclesiásticas, conseguí el permiso de la Congregación de Religiosos para hacer mis votos solemnes. Aunque estaba irrevocablemente unido a Dios y a mi propósito de convertirme en sacerdote franciscano, y no necesitaba los votos para mantenerme firme en mi camino, deseaba con todo mi ser pronunciarlos y hacer irreversible mi compromiso. Fue una concesión peculiar que hizo alzar muchas cejas.

Mi superior estaba extraordinariamente complacido y se puso de acuerdo con el Obispo Fischer para conferirme el subdiaconado. Después de un retiro en Wegental, el 7 de diciembre de 1943 pronuncié, en una preciosa ermita, los votos de pobreza, castidad y obediencia ante un cuadro de nuestra Madre Bendita.

La iglesia estaba casi vacía, pero en el primer banco se arrodillaba una resplandeciente Hermana Solana, de Fulda, cuyas oraciones habían obtenido para mí aquella gracia especial.

Para ella, era un día de premio a su fe. Al siguiente, cuando me confirieron el subdiaconado en la capilla de Rottenburg, su alegría no tuvo límites. Pero yo deseaba más: el subdiaconado solo es el primer paso para el diaconado. Sin embargo, el prelado se negó; necesitaba la conformidad del obispo del Ejército para ordenarme de diácono. Me precipité a ir a Tübingen y telefoneé al obispo en Berlín. Me recordaba, y no resultó difícil obtener su permiso, que envió por correo. Llegó el 11 de diciembre y, al día siguiente, me convertí en diácono.

De repente, mis deseos se acrecentaron. Habiendo conseguido ya el diaconado, deseaba ejercer como diácono en la Misa de Nochebuena, pero mi permiso expiraba el 23 de diciembre. Escribí a mi mando superior solicitando una ampliación hasta el 3 de enero, pero no recibí respuesta, de modo que, el 22 de diciembre, me dispuse a tomar el tren a Munich, desde donde viajaría a Italia. Ya había introducido el equipaje en el vagón, cuando, justamente al momento de salir, oí que me llamaban por los altavoces. Me reuní inmediatamente con el jefe

de estación, quien me comunicó que me habían concedido la ampliación del permiso. Con los papeles en el bolsillo, celebré la Nochebuena en Rastatt, Baden.

13 «TEDESCO FURIOSO»

De camino hacia el frente, el día de Año Nuevo me encontraba en Roma. Deseaba hablar con el Santo Padre por cualquier medio. Sin embargo, era casi imposible, pues las tropas alemanas habían rodeado el Vaticano y hecho prisionero al Papa. Una noche, después de cenar en el monasterio de San Antonio con el General de la Orden franciscana, le pedí que me consiguiera una audiencia con el Santo Padre. Me preguntó el motivo, y yo repuse sencillamente que quería pedirle las Órdenes Sagradas.

«¿Has terminado tus estudios de teología?».

Tuve que decirle toda la verdad: «No, pretendo empezar seriamente después de la guerra».

El Padre General se echó a reír y, con él, todos los que le acompañaban. «Oh, oh, este Tedesco furioso! ¡Este fiero alemán! ¿Quieres romper con el Vaticano?».

«No, pero...».

«Lo siento, hijo mío, pero no lo hará. Sencillamente, sin terminar los estudios no puedes llegar a ser sacerdote. Y una audiencia con el Papa está fuera de lugar».

Así que aquella petición quedó en nada, pero yo no me desanimé. Estaba allí, era el momento, y ¡yo tenía que ver al Santo Padre! Se me había contagiado algo de la fe de la Hermana Solana, y los sucesos de los últimos meses habían hecho nacer en mí la convicción de lo acertado de mis propósitos.

A la mañana siguiente me dirigí a la embajada alemana y solicité una entrevista con un tal Herr von Kessel para un asunto personal. Era uno de los implicados en la conspiración para asesinar a Hitler. Me

pasó a su despacho, cerró las puertas cuidadosamente y, mientras yo le daba la contraseña, siguió mirando a su alrededor. Le informé sobre los preparativos para el «20 de julio», tal y como me lo había transmitido el barón Adam von Trott. Repetí el mensaje varias veces hasta que lo memorizó, pues nada de todo aquello podía confiarse al papel.

Me informé de algunos datos interesantes sobre las fuerzas aliadas, datos que debía transmitir al barón von Trott en la primera oportunidad. Después de que los hube guardado en mi memoria, Herr von Kessel dijo: «Ha prestado un gran servicio a la causa. ¿Puedo corresponder de algún modo con usted?».

De buenas a primeras, repliqué: «Me gustaría ver al Santo Padre».

«No es fácil, Goldmann. Ya sabe cómo están las cosas en Roma».

«¡Tengo que verle! ¡Seguramente usted conoce algún modo de lograrlo!».

«¿Qué es lo que desea?».

Se lo expliqué.

Se echó a reír y dijo: «Usted no conoce el Vaticano o la Iglesia. Es completamente imposible».

«¡Pero tengo que enterarme! Usted introdúzcame en el Vaticano y yo haré el resto».

Finalmente, llamó a su secretaria. «Póngame con el Vaticano, Fraulein Mueller. Si es posible, con la oficina del Santo Padre».

Volvió al momento diciendo que tenía la comunicación. Poco después, Herr von Kessel me dijo: «El Santo Padre le recibirá. Ya hemos enviado su nombre».

Llamó a su coche, y yo atravesé el bloqueo del Vaticano con el corazón latiéndome precipitadamente. Ahora me asaltaban las dudas. ¿Cómo osaba yo... un insignificante, un recién ordenado diácono, irrumpir como un elefante en una cacharrería alterando el orden establecido y cuestionando la actuación de la Iglesia... bombardear ahora al Papa con mi petición, cuando su tiempo, su corazón y su

mente estaban agobiados por los problemas de millones de hombres y mujeres? Temblaba ante mi temeridad, pero, reprendiéndome, se alzó la fe de la Hermana Solana haciéndome luchar conmigo mismo.

Me recibió la Guardia Suiza; yo me preguntaba quién habría avisado de mi llegada. Un oficial me esperaba para escoltarme escaleras arriba y un prelado me preguntó sobre lo que deseaba del Santo Padre. Al verme vacilar, me rogó que fuera breve, porque tenía que anotarlo en el Libro de Audiencias, un libro rojo que llevaba en la mano.

Contesté que, de parte del obispo del Ejército, tenía que hacerle dos peticiones relativas a la atención a las almas, y que le llevaba los saludos de un grupo de cristianos no católicos que rezaban por Su Santidad. Lo escribí, y después preguntó: «¿Algo más?». Le repuse que se trataba de un asunto personal que solo podía tratar con el Santo Padre.

«¡Pero eso no puede ser! Por lo menos, debe decirme algo sobre ello».

Por fin, dije: «Deseo pedirle el sacerdocio».

El prelado sonrió y exclamó: «¿Magnífico! ¿Para quién?»

«Para mí». La respuesta sonó débil e insegura incluso a mis oídos.

« ¡Oh, así que es usted un seminarista!».

Sin faltar a la verdad pude responder afirmativamente.

«Y ¿ya ha terminado sus estudios con éxito?».

Guardé silencio. No estaba muy versado en diplomacia, de modo que me lancé en picado y respondí: «Pretendo terminar mis estudios después de la guerra».

Me miró como si cuestionara mi cordura; subió dos escalones (era mucho más bajo que yo) y, con el rostro de un César, replicó: «¡Imposible! ¡Completamente imposible!». Si la situación no hubiera sido tan desesperada, creo que me habría reído ante el desconcierto que le ocasionó mi respuesta.

Aquello era el final. Atravesamos una amplia estancia con los dos Guardias Suizos, uno a cada lado. El prelado se detuvo de nuevo y, con voz clara y cortante, dijo: «No hablará usted sobre el último punto. El Santo Padre no tiene tiempo de escuchar peticiones absurdas».

Yo empezaba a enfadarme. «¿Quién decide lo que el Santo Padre oirá de mí? ¡Solamente él... y yo!». Hablé en un tono alto y fuerte, de tal modo que los Guardias Suizos me miraron sorprendidos. «¡Hablaré, no importa de qué!».

La poco amistosa faz del menudo prelado se tornó glacial. Miró el reloj y dijo: «Son las once. Ha pasado ya el tiempo de una audiencia. Vuelva usted mañana».

Aquello fue demasiado. Repliqué secamente: «Soy un soldado. Mañana he de reunirme con mis tropas. He de ver hoy al Santo Padre. Se me ha prometido y tengo derecho. Insisto».

«Lo siento, debe marcharse».

En un tono de voz que tengo la seguridad de que nunca había oído el prelado, me dirigí a él. «No pienso marcharme. Si usted insiste, se acabó. Si es necesario, veré al Santo Padre por la fuerza». Y me metí la mano en el bolsillo.

Por supuesto, no llevaba pistola, pero él lo creyó. Me miró, y luego miró consternado a las arcaicas armas de los Guardias Suizos, pensando seguramente: «Una pistola contra dos espadas... significa sangre».

Ahora, su rostro era amistoso.

«Por favor, espere aquí. Voy a ver».

Volvió rápidamente.

«Sí; el Santo Padre le concederá unos momentos de su tiempo. Pero no quiere oír hablar de su última petición. ¿Me ha entendido?».

Lo había entendido, y era bastante doloroso. Entramos en una estancia donde esperaban otras personas. Me senté al final de la fila y recé a Santa Teresa de Lisieux, recordando su experiencia con León

XIII cuando acudió a solicitarle el permiso para entrar en las Carmelitas a la temprana edad de quince años. También ella tenía expresamente prohibido hablar al Santo Padre de lo que llevaba en lo más profundo de su corazón y en lo más íntimo de su alma. Yo prometí hacer una peregrinación a Lisieux, si todo salía bien.

Entró el Santo Padre, Pío XII, y todos nos arrodillamos. Escuchó algunas explicaciones sobre los motivos de nuestra audiencia, acercándose después a cada uno. Las madres lloraban; él las consolaba y bendecía a sus niños. ¡Era un verdadero padre! Mi prelado estaba siempre a su lado con el libro rojo, y le decía algunas palabras sobre cada uno.

Por fin vino hacia mí. Le hablé de las peticiones del obispo del Ejército, dos cosas muy importantes que satisfizo al momento. Después transmití al Padre común de la cristiandad las palabras de saludo de los hermanos y hermanas evangélicos; aquello le conmovió profundamente, y dijo por dos veces que los bendecía a ellos y a sus hijos con todo su corazón.

Yo no sabía qué hacer ahora.

Comprendió que quería decirle algo más.

«¿Deseas decirme alguna otra cosa?».

Era mi oportunidad. «Sí, ciertamente, pero me han indicado que no lo haga».

«¿Por qué no?».

«El prelado me ha dicho que no queréis oír hablar de ello».

Riendo, el Papa le miró, después a mí, y dijo: «Puedes decir a tu Padre todo lo que quieras».

Como un embalse que revienta, me di rienda suelta. Hasta el momento había hablado cuidadosamente en italiano, pero, como no me salía, recurrí al alemán.

«Como sabéis, Santo Padre, soy soldado, sanitario, siempre junto a las tropas en el campo de batalla. Yo no mato, sino trato de salvar cuerpos y almas. Los soldados mueren a miles, sin un sacerdote que

los oiga en confesión. Nueve divisiones alemanas nuevas carecen de sacerdote. Le suplico humildemente que me admita al sacerdocio para que esos soldados moribundos se puedan confesar».

«¿Tienes certificado de estudios?».

«Sí; de mis estudios de filosofía».

«¿Y la teología?».

«Últimamente lo he explicado en muchas ocasiones, y me avergüenza repetirlo a Su Santidad, pero tengo el propósito de completar mis estudios de teología después de la guerra».

Se mostraba muy sorprendido. «Pero, ¿no has estudiado teología?».

«No, en realidad, no».

«Pero no puedes llegar a ser sacerdote sin esos estudios»

En medio de mi apuro, balbuceé que había ayudado a Misa desde los ocho años y que me la sabía muy bien.

El Papa se echó a reír, y luego me preguntó: «¿Y crees que todos los monaguillos pueden hacerse sacerdotes de repente?»

Entonces me di cuenta de la tontería que había dicho.

«Además, no sabes administrar la Sagrada Comunión, ni cómo guardarla».

A eso pude contestar que lo llevaba haciendo algún tiempo.

«¿Cómo?», preguntó asombrado. «No eres sacerdote».

«Sin embargo, ahora mismo llevo Sagradas Formas en el bolsillo».

Enmudeció, hasta que le mostré la carta del obispo de Patti, explicándole cómo la había conseguido, sin mencionar, por supuesto, el episodio de la pistola.

Me la devolvió riendo, y dijo: «Pareces ser un enigma bastante grandioso, igual que el modo en que los obispos del sur ejercen la autoridad romana».

Finalmente, le hablé de la Hermana Solana, de sus veinte años de constante oración y de cómo había insistido en que solicitara aquella audiencia; de cómo le había explicado que era imposible pues partía para Rusia; de cómo había escapado de una matanza y, en cambio, por un camino indirecto, había terminado en Roma. Le expliqué que la Hermana Solana decía que, si iba a Roma, tendría enseguida una nota diciendo que me iban a ordenar sacerdote —y sin exámenes—, pero a condición de completar mis estudios en cuanto terminara la guerra.

Y lo hizo. Con la preciosa nota en la mano, con una bendición, y con un amistoso guiño de los ojos del Papa, salí sin dirigir siquiera una mirada al desconfiado prelado que me miraba con escasa simpatía.

De camino al monasterio franciscano —y ningún triunfador volvió nunca a su casa más feliz— me detuve en Herder's en la Plaza Colonna y compré varios recordatorios de Primera Misa.

Cuando entré en el monasterio, los frailes estaban terminando de comer. El Padre General me vio y, riendo, dijo a los que le rodeaban algo sobre el «Tedesco furioso».

Sin embargo, cuando le mostré la nota no daba crédito a sus ojos y me ofreció la más calurosa felicitación meridional: una cena espléndida aquella noche.

14 LA TERRIBLE COSECHA DE LA GUERRA

Mi ordenación estaba prevista para la mañana del 30 de enero en la iglesia de las catacumbas de San Calixto. Me iba a ordenar un obispo franciscano. Yo estaba entusiasmado, casi delirante, y en medio de una gran exaltación, al día siguiente regresé al frente, cerca de Cassino. Mi regimiento ya había marchado, de modo que volví a Roma por la carretera de la costa. Al pasar por la antigua ciudad de Ostia, pensé en Santa Mónica, que había muerto allí. A poca distancia, donde la carretera giraba a la izquierda, había un castillo en medio del bosque, cerca de un pueblecito y de una iglesia regida por un fraile capuchino.

Me quedé dos semanas, y el anciano sacerdote me enseñaba a diario las rúbricas de la Misa. Permanecí al cuidado de aquel bondadoso fraile capuchino, que me examinaba incansablemente sobre la Misa y me daba muchos buenos consejos para la vida sacerdotal. De repente, el 24 de enero por la mañana, se dio la alarma. Me ordenaron dirigirme inmediatamente a Cassino, donde americanos e ingleses habían iniciado una inesperada ofensiva de invierno con el fin de separarnos de su cabeza de playa en Nettuno. El plan triunfó: nuestras tropas en torno a Nettuno salieron precipitadamente hacia Cassino, y las playas quedaron sin protección. Pocos días después, el enemigo desembarcó con escasa oposición y estableció allí una cabeza de playa.

Nosotros corrimos a Cassino. Tuve que enviar un mensaje a Roma avisando que no habría ordenación a final de mes, y que posteriormente daría más noticias. Combatimos inmediatamente en las montañas al sur de Cassino, intentando detener a un enemigo que nos superaba a razón de cien hombres a uno y mil veces más en equipamiento. A pesar de todo, vencimos. Nos atrincheramos firmemente en la montaña, donde no podían alcanzarnos, y nuestras armas pesadas eran eficaces. Día y noche, el cielo estaba lleno de aviones británicos pero, dada nuestra peculiar posición, no podían perjudicarnos demasiado. Una patrulla enemiga venía una y otra vez para saber si seguíamos vivos. Se enteraban a su costa, y así, a pesar de lo exiguo de nuestro equipamiento, el frente se estabilizó. Permanecimos en las montañas durante el frío enero de 1944.

Yo tuve suerte, pues estaba acampado en un pequeño lugar llamado, si mal no recuerdo, San Giorgio, y desde allí acudía diariamente a llevar vino y otros artículos de consuelo a los heridos. Había algunos puntos peligrosos, pero, especialmente por la noche, el panorama era maravilloso. El 29 de enero se produjo un ataque aéreo nocturno que causó numerosos heridos. Yo acudí donde estaban, cerca del lugar de nacimiento de Santo Tomás de Aquino. Llegué sano y salvo y, después de atender a los heridos, me di un paseo por el pueblo bombardeado. Me disponía a regresar a Cassino, cuando me lo impidieron las bombas que caían por todas partes. A pesar de todo, decidimos intentarlo, pero era imposible hacerlo conduciendo. Los

únicos seres humanos visibles, casi todos civiles, estaban muertos. Caminamos bajo los árboles buscando la protección del bosque. Pero no podíamos estar agachados todo el día. A la entrada de un camino que conducía a la montaña, encontré el siguiente cartel:

CAMINO A LA ABADÍA

PROHIBIDO EL PASO A LOS SOLDADOS

Recordé que el abad era también obispo, y quizá podría ordenarme. ¡Qué curioso! En medio del grave peligro en que nos encontrábamos, con las bombas cayendo y la muerte amenazándonos en todas las direcciones, el único pensamiento que albergaba, la constante pasión que sentía, era la de continuar adelante hasta lograr una ordenación que me parecía imposible desde hacía tanto tiempo.

Llamé a Faulborn y empezamos a subir la empinada cuesta, llena de baches y curvas. En la primera, nos encontramos con cuatro policías, de menor rango que el mío, que nos cerraron el paso. Tan autoritaria e imperiosamente como pude, dije: «Dejadme pasar. Tenemos una misión especial... hemos de ver al abad». Les mostré mis papeles, uno en italiano del obispo de Patti relativo a la Sagrada Comunión, y la autorización del obispo del Ejército. Les causaron una gran impresión, pero no disiparon sus dudas. Entonces, les enseñé mi certificado de Dolmetscher y, por fin, la nota del Vaticano con el sello papal. Aquello bastó.

La policía demostró un gran respeto y nos permitió continuar. Subimos, cada vez más arriba, hasta alcanzar la cumbre y la abadía conocida en el mundo entero. Detrás de la abadía había cientos de personas —la mayoría ancianos, mujeres y niños— que habían huido hasta allí buscando refugio y seguridad a la sombra de aquel lugar santo. ¡Cuántas de aquellas pobres gentes quedarían defraudadas!

Otros dos policías militares me detuvieron en la entrada principal. Querían tener la seguridad de que la gente no intentaría entrar por la fuerza en el ya vacío monasterio. Me dijeron que no había soldados en la cumbre ni en la ladera de la montaña; las tropas más cercanas habían dispuesto su artillería a unos ochocientos metros. El Mariscal Kesselring había dado la orden de abandonar la montaña. Pocas horas

más tarde, los americanos la bombardearon destruyendo completamente la abadía... ¡sospechando que la ocupaban los alemanes!

Aparcamos el vehículo en el exterior y cruzamos la verja. Ante nosotros, aparecía el amplio patio y las numero Asas gradas que conducían al interior: nadie a la vista; en- Ir en la iglesia; las puertas estaban abiertas de par en par. Excepto por el espléndido altar, la iglesia estaba vacía, luciendo en toda su belleza y majestad. La sacristía estaba abierta, pero no vimos a nadie. Atravesé los amplios corredores del monasterio, donde los primeros monjes empezaron sus días de trabajo y oración. Desde allí habían extendido la cultura por toda Europa, pero ahora, cada una de las celdas del edificio estaba vacía. Bajo las altas arcadas, el eco repetía el sonido de mis pesadas botas. Subí al segundo piso y desde los amplios corredores disfruté de una extraordinaria vista del sur.

Por fin, en el lado opuesto apareció la figura de un monje, con los brazos cruzados, las manos ocultas, y la capucha cubriendo su cabeza..., como un ser de otro mundo. Caminaba absorto en su oración y no me vio. Me adelanté..., y el sonido de mis botas le avisó de mi presencia.

«¿Puede usted conducirme junto al Padre Abad?».

«Me temo que no es el momento apropiado para verle: está rezando en la cripta de San Benito». Se mostraba cortés, pero, obviamente, mi uniforme le hacía pensar que mi presencia no indicaba nada bueno».

Le mostré la nota del Papa y se quedó tan pasmado como si hubiera caído un rayo. Con el rostro radiante, corrió a avisar al Padre Abad. Al poco tiempo, dos monjes me llevaron comida, que sirvieron en el alféizar de una ventana, pues en la estancia no había mesa ni ningún otro mueble.

Por fin llegó el abad, obispo de la diócesis de Cassino. Era un respetable anciano cuya dulce apariencia revelaba una vida de oración. Comprendí que podía confiar en un hombre así, y le conté mi historia.

En algunos momentos se echó a reír y dijo a su compañero: «En la guerra suceden cosas que no están escritas en los libros de la Historia de la Iglesia».

«Reverendo Padre Abad, ¿querría usted ordenarme, si no puedo llegar a Roma a tiempo?».

Me miró durante un buen rato. Súbitamente, me tomó de la mano, como una madre con su hijo, y me llevó hasta una ventana central, donde la vista alcanzaba toda la llanura y la distante montaña. Fluían por sus mejillas unas lágrimas incontenibles, mientras, con voz agitada, me decía: «Mira fijamente hacia esas montañas y esos pueblos», y con una mano temblorosa me los señalaba, nombrándolos con una voz llena de tristeza.

«Ahí había una iglesia, allí un hospital, allí un convento de religiosas, y más allá una escuela. Allí una parroquia nueva y un jardín de infancia; hemos trabajado aquí durante diez años para hacer de esta pequeña diócesis un jardín de Dios. De la noche a la mañana, todo ha quedado destruido por la guerra. Los edificios han desaparecido, la gente ha muerto o ha huido. Solo queda el monasterio, aquí, en la cumbre... y ¿quién sabe si Dios nos pedirá también este sacrificio? “El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó; bendito sea el nombre del Señor”». Se me quedó mirando y continuó. «Únicamente la Divina Providencia sabe qué le ocurrirá a este monasterio en los próximos días. Quizá se me exija el sacrificio supremo de la vida y la de los santos monjes que están a mi cuidado, antes de que todo este termine. El lugar ha sido saqueado por las tropas alemanas. Solamente quedan diez monjes bajo la protección de San Benito. Hijo mío, para mí será una gran alegría ordenarte aquí, y así, otro más podrá continuar ofreciendo el Sacrificio de la Misa..., pero quizá sea imposible. Ven a cualquier hora del día o de la noche, y te ordenaré en la cripta de San Benito».

«Intentaré volver mañana por la noche, siempre que no reciba la orden de salir para Roma».

Me abrazó fraternalmente y me dio la bendición. Rebosando alegría y esperanza, bajé de la montaña.

Al mediodía, había muy pocos aviones en el aire y, en medio de grandes dificultades, logramos reunirnos con nuestras tropas. Estaban preparadas para levantar el campo. Por la noche retrocedimos por Pontecorvo hasta San Giorgio, y desde allí hasta las montañas, donde relevamos a una compañía de paracaidistas que llevaban varios días conteniendo al enemigo.

Aquel grupo, experimentado y escogido, había tenido grandes dificultades para conservar la posición. Yo me estremecía al pensar en cómo acabarían en aquel lugar nuestras tropas, nuestros hombres maduros y nuestros muchachos. Llevábamos acampados medio día cuando comenzó el ataque enemigo. Nos apostamos en una granja que había sido alcanzada varias veces. Habíamos perdido aproximadamente la tercera parte de nuestros hombres. No teníamos oficial de campaña. A las seis, una numerosa tropa enemiga cayó en tropel sobre nosotros, y tuvimos que retirarnos a costa de aún mayores pérdidas. Por alguna razón, el adversario se detuvo; si nos hubieran perseguido, habríamos sido completamente derrotados. Al cabo de tres horas llegamos a lo alto de una montaña donde encontramos una antigua granja llamada Massa Constanza.

Solo quedaba en pie un edificio de piedra de dos pisos con la fachada frente al enemigo situado a un kilómetro de distancia y con toda su artillería pesada dispuesta. La casa tenía tres sótanos, todos de piedra. Los hombres se tendieron en el primero y se quedaron dormidos. En el segundo sótano se instalaron los radiotelegrafistas, y allí monté mi primer puesto de socorro. Hacía semanas que no teníamos médico y yo, a pesar de mi insuficiencia, atendí a los heridos lo mejor que pude. En el último sótano se alojaron el teniente y algunos sargentos.

Salí al exterior y vi soldados dormidos a ambos lados de la casa; no llegarían a trescientos.

Fui hasta una fuente cercana para buscar agua y, cuando volvía a la casa, oí que un operador de radio daba abiertamente nuestra posición a la compañía en la retaguardia. Me puse furioso.

«¡Idiota! ¿No te das cuenta de que el enemigo nos oye?».

El joven se me quedó mirando sorprendido y preguntó:

«¿Por qué? ¿Cómo van a oírnos aquí, en las montañas?».

Ya era demasiado tarde. Alguien podría haber sintonizado nuestra posición. Atendí a los heridos a la luz de una vela, intentando olvidar mi preocupación, pues ya no podía hacer nada para cambiar los hechos. Cuando salí a buscar agua de nuevo, tropecé con alguno de los soldados dormidos; estaban demasiado exhaustos para moverse. Apenas había llegado a la casa, cuando la alcanzaron dos proyectiles; nos llovieron los escombros. Se fue la luz y desde el exterior llegó un grito espantoso. Un proyectil había impactado exactamente sobre los soldados dormidos. Los que seguían vivos se abalanzaron al sótano. Enseguida explotó otro, en medio de indescriptibles gemidos. Los que pudieron, huyeron. Yo había caído entre las ruinas y, de la habitación contigua, me llegó un grito pidiendo ayuda.

En medio de la oscuridad, con el omnipresente Faulborn como acompañante, me arrastré al interior, donde solamente encontré carne y sangre; aquí una mano, allí una cabeza. En aquel agujero negro de horror, comprendí por primera vez la profundidad de la degradación humana. Lloraba y rezaba con dolor y frustración mientras la petición de ayuda se hacía cada vez más débil. Busqué el origen de la llamada, pero no encontré más que algunos restos y la sangre caliente de los hombres que solamente unos momentos antes estaban vivos, ¡reales! Creí que me estallaba el corazón; seguramente, ¡nunca habría nada tan horrible como aquello!

Por fin, encontré solamente a dos hombres a los que saqué a la puerta, uno debajo de cada brazo, y luego introduje en un hueco. Acababa de llegar al tercer sótano, el que habían empleado los oficiales como cuartel general, cuando un impacto destruyó la parte superior del edificio. Solamente quedaba intacto aquel pequeño sótano. Los oficiales habían caído. Sobre nuestras cabezas se amontonaban las piedras, y en aquel reducido espacio no quedábamos más que cuatro personas.

Entonces, el infierno se desencadenó realmente. Cada dos minutos se producía una doble explosión, y así continuó hasta las 5:30h de la mañana. En cuanto pudimos, Faulborn y yo salimos a buscar a los

heridos y los metimos en el sótano. No había espacio más que para veinte y tuvimos que dar fin a nuestros viajes a la luz de los proyectiles. Fue la noche más espantosa que he tenido que soportar en toda mi vida. Posteriormente, cuando me enfrenté a un juicio con la amenaza de una muerte inminente, me sentí algo asustado..., aunque me parecía demasiado irreal para poder creerlo. ¡Pero aquello! ¡Aquello era real... miembros cercenados, hombres ahogados en su propia sangre, gritos pidiendo una ayuda que nadie podía prestar! Era el mal; era la encarnación de las Sombras, y yo temblaba de miedo y angustia. Mi alma clamaba por aliviar el sufrimiento de aquellos hombres a los que no podía ayudar. Y sentía su dolor, sus lágrimas, su muerte.

Mi conductor y yo estuvimos despiertos toda la noche. Faltó el agua, pero era impensable la idea de volver a la fuente a buscarla para aquellos hombres que carecían absolutamente de todo. Permanecimos en pie, pues no había sitio para sentarse o para tumbarse, mientras los hombres a nuestro lado, morían de sed. En realidad, traté de salir dos veces..., y las dos veces tuve que retroceder a causa de los disparos que destruían nuestras esperanzas. Finalmente, también el pozo quedó destrozado y así terminó todo.

De repente, a las 5:30h se hizo el silencio. La calma era espantosa. Solamente nosotros cuatro seguíamos con vida en aquella habitación. Salí al exterior, y jamás olvidaré lo que vieron mis ojos. Me rodeaban los cráteres causados por los proyectiles, y a lo lejos, cerca de la costa, pude ver los barcos de guerra británicos. Ahora sabíamos quién nos había bombardeado con tal eficacia. Justamente al lado de la puerta, yacía el joven operador de radio que, inocente y neciamente, había transmitido aquel mensaje fatal. Había muy poco que enterrar: unos escasos restos humanos, la terrible cosecha de la guerra.

15 MANDARÁ A SUS ÁNGELES...

Teníamos que salir; el hecho de permanecer significaba la captura. Los dos soldados que estaban gravemente heridos se negaron a

marchar; preferían esperar a los ingleses. Otros dos que encontramos al salir dijeron que intentarían escapar, de modo que los acompañamos durante la bajada hacia el valle. Después de aquel recorrido a paso de tortuga nos encontramos con el antiguamente confiado teniente y dos ayudantes que estaban escondidos en un hoyo. Cuando supo que habíamos escapado de la casa que, atemorizado, había observado durante toda la noche, tomó su Cruz de Hierro y trató de entregárnela. Pero a mí me sobraba todo aquello.

«Más tarde», dije, «ahora no», y caí dormido. Al despertarme, al cabo de dos horas, encontré una nota junto a mí en la que decía que debíamos continuar lentamente con los dos hombres heridos; ellos se marchaban a ocupar una nueva posición.

Nos pusimos en marcha, siguiendo en zigzag montaña abajo. La tarea de ayudar a los dos heridos resultaba agotadora. Cada paso que daban les producía un enorme dolor, y yo carecía de pastillas o calmantes que lo aliviaran. De repente, escuchamos un sonido a nuestras espaldas; ¡a aproximadamente doscientos metros de la montaña marchaban largas columnas de enemigos! Con grandes gestos, nos gritaron: «Hello, boys! ¡Venid!». Pretendían rodearnos. Nosotros seguimos nuestro camino, ellos nos apuntaron con sus armas, y empezó la caza. Corríamos y nos caíamos. Los dos heridos se movían como si no lo estuvieran y, durante el recorrido, los adversarios hicieron fuego contra nosotros tres o cuatro veces. Era como la caza del zorro o del conejo en tiempo de paz, solo que los animales perseguidos en medio de los gritos éramos seres humanos. Los disparos llovían sobre nosotros, que corríamos como locos y, por fin, llegamos a la cresta de la montaña.

Allí caímos casi inconscientes durante una hora. Yo creí que el corazón se me salía del pecho. Nadie hablaba. Sabíamos que, si nos alcanzaba el enemigo, estábamos perdidos; no nos quedaban fuerzas para posteriores huidas. Pero no lo hicieron. Los observamos; estaban encendiendo fuego para calentar su comida. Cuando cayó la noche, nos pusimos de nuevo en marcha, algo cansados, hambrientos y sedientos; a las nueve y diez llegamos a nuestras líneas. Los soldados, la mayoría muchachos de dieciséis años, estaban dispersos, sentados o tumbados en unos treinta metros de terreno.

Ante mi asombro, el teniente ya no estaba al mando. Le sustituía un segundo teniente, un joven insolente que era el más veterano de los presentes. Cuando me reporté al oficial, dijo: «Qué, ¿retrocediendo? ¿Qué es eso? ¿No sabe que un soldado alemán nunca cede un metro? ¡Y quieres ser sargento mayor!».

Aquello dolía, pero con cansado control me limité a decir que, como un soldado, estaba informando del deber cumplido, y continué: «Nadie ha sufrido una experiencia como la mía». El teniente, que vestía un resplandeciente uniforme nuevo, captó el sentido de mis palabras. Cuando el antiguo oficial de la compañía, que estaba junto a nosotros, me recordó que al cabo de unas horas iba a recibir la Cruz de Hierro (aunque yo intentaba evitarlo), el segundo teniente se echó a reír: «¡Sí, como la que luce un teniente sin mancha! Tiene que presentarse ante un tribunal de guerra por cobardía frente al enemigo. ¡Todo el que retrocede un metro será ejecutado!».

Aquello era demasiado. Faulborn sacó la pistola y apuntando fríamente, me preguntó: «¿Lo callo, sargento mayor?».

El segundo teniente, pálido y sin voz, no se atrevía a moverse y susurró algo sobre amotinamiento. Sin poder contenerme, dije: «¡Un hitlerito!»

El teniente más antiguo le dijo: «Déjalo en paz; ¡Está hasta las narices!».

El joven oficial vio que las cosas no iban demasiado bien, así que trató de mostrarse amistoso con nosotros y nos explicó cuál era nuestra situación. Cuando oyó que habíamos dejado atrás a dos heridos (yo no le dije que no quisieron seguirnos), se abalanzó al teléfono y preguntó por el comandante. Volvió al momento: «Hay una orden del general. Vas a volver atrás inmediatamente y traerás aquí a los dos. No dejaremos que ningún herido apto para la lucha caiga en manos del enemigo. El frente necesita a todo el que pueda sujetar un fusil».

Le aseguré que era inútil, pues habíamos visto con nuestros propios ojos al enemigo junto a la casa. Era imposible llegar hasta ellos; regresar significaba la muerte o la captura. No obstante, aparecieron

ocho hombres llevando camillas, con la orden de volver con ellos. Ninguno de ellos tenía menos de cincuenta años.

«Esta es tu compañía», dijo el teniente. «Llevas una bandera de la Cruz Roja en la bota; úsala y volverás sano y salvo».

¿Qué haríamos? Por supuesto, comprendió que no me negaba por cobardía a volver a aquella montaña en ruinas, y me dijo suavemente: «No es una orden mía, Goldmann; es del general».

Yo estaba furioso, pero descorazonado. Dije al grupo, que estaba tan disgustado como yo, que dejaran sus armas a sus camaradas porque, si todo iba bien, caeríamos prisioneros... y si no iba bien, no las necesitaríamos. Obedecieron malhumorados. En un bolsillo interior puse a seguro la nota del Papa junto con las Formas. Emprendimos la marcha a las 10 de la noche. La ladera era muy escarpada; un paso en falso suponía la muerte. El enemigo estaba frente a nos otros.

Al cabo de unos treinta minutos, los hombres se rindieron. «Sargento, ¡esto es una locura! Tenemos mujer e hijos. ¿Qué hacemos marchando de este modo hacia el enemigo? Nos oirán llegar. Quedémonos aquí... y mañana volvemos diciendo que no hemos encontrado a nadie en la casa ¡Nadie podrá demostrar que no estaban allí!».

Se mostraban inflexibles; no querían moverse. Realmente, yo no podía culparlos demasiado. ¿Qué loco caminaría directamente hacia las armas del enemigo en busca de dos hombres que, si no habían caído ya prisioneros, estaban dispuestos a rendirse, y lo habrían hecho en la primera oportunidad? Les ordené de nuevo que se pusieran en marcha, pero se negaron.

«De acuerdo. Esperad acudiré yo solo. Si no vuelvo en media hora, significará que tardaré en regresar. Si hay peligro, gritaré... me podréis oír fácilmente, pues están cerca de aquí. Si oís disparos, podéis volver». Aceptaron, y yo me interné en medio de la oscuridad de la noche.

Las nubes ocultaban la montaña; la visibilidad era escasa. Me saqué las botas y caminé por la senda empedrada en la que dejaba los

calcetines. Estaba tan asustado que no sentía el dolor de los guijarros en los pies. El corazón parecía latirme en la garganta; a cada momento esperaba ser descubierto y tiroteado. Sentía vergüenza de mí mismo, pues cada roca me parecía un enemigo, y un sudor frío brotaba de mi cuerpo tembloroso. Me sentía tan mal, que me era imposible caminar. Me senté y me llamé cobarde a mí mismo.

Pero nada, nada aliviaba mi angustia y mi pavor. Sencillamente, había sufrido demasiado, había visto demasiado en las últimas cuarenta y ocho horas.

De repente, como si alguien las empezara a pronunciar a mi lado, repetí, una y otra vez, las palabras del salmo 91(90):

El que habita al amparo del Altísimo y mora a la sombra del Todopoderoso, diga a Dios: «Tú eres mi refugio y mi ciudadela, mi Dios en quien confío». Pues Él te librerá de la red del cazador y de la peste exterminadora; te cubrirá con sus plumas, hallarás refugio bajo sus alas y su fidelidad te será seguro y adarga. No tendrás que temer los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día, ni la peste que vaga en las tinieblas, ni la mortalidad que devasta en pleno día. Caerán a tu lado mil y a tu derecha diez mil; a ti no te tocará... Pues te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todos sus caminos y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras.

Aquellas palabras de la Sagrada Escritura, que había pronunciado miles de veces en Completas —la oración de la noche de la Iglesia— y que no habían estimulado mi piedad, me impresionaron súbitamente, me serenaron y me infundieron confianza y valor. Seguí adelante, repitiéndolas una y otra vez. El miedo desapareció; ¡los ángeles me acompañaban!

Alcancé la cumbre donde habíamos sido tiroteados la noche anterior. Cuidadosamente, observé el lado opuesto, pero no había nadie... ningún enemigo a la vista. En una hondonada surgía una pequeña colina, con la casa bombardeada, Massa Constanza, como un fantasma en medio de la noche. No se oía sonido alguno, así que continué por la cumbre zigzagueando hacia el valle del fondo. El camino estaba lleno de curvas, y todo parecía muerto, excepto por los

lejanos cencerros de las vacas. Estaba oscuro como boca de lobo. Densas nubes ocultaban la luna.

Llegué hasta el fondo y caminé con el agua hasta las rodillas. De repente, ¡vi un casco! Por encima de mí, alguien miraba hacia el valle, pero no me vio. Ahora sabía dónde estaban. Tenían que haber oído algo, porque se hicieron visibles algunos cascos del enemigo. Hablaban en voz baja y miraban hacia el valle. Me di cuenta de que mis camilleros me habían seguido. Los soldados empuñaron sus armas y detrás de mí escuché el sonido de pasos y de piedras que rodaban. Sabía que no dejarían pasar a mis hombres y que dispararían sobre ellos. ¡No podía ser!

¿Qué hacer? Instintivamente, toqué con la mano la bandera de la Cruz Roja que llevaba en la bota. Cuando la estaba enarbolando salió la luna. Sorprendidos, los ingleses vieron la bandera de la Cruz Roja ondeando frenéticamente, en un lugar en el que creían desierto. Subieron y miraron hacia el valle. Yo grité: «Cruz Roja alemana! ¡No disparen! ¡No disparen!».

Al principio se quedaron mudos; luego, uno de ellos dijo: «Adelante». Yo me incorporé y subí a la colina siempre ondeando la bandera. Debieron pensar que estaban viendo algún espectro gigantesco porque, cuando me acerqué, formaron un círculo a mi alrededor. Saliendo de este modo de la oscuridad, debí resultar un espectáculo sorprendente para ellos. Ahora todos tenían los fusiles preparados. Por fin, moviéndose lentamente, lentamente, llegó un oficial que me registró con la mano izquierda, conservando la pistola en la derecha. Sus manos temblaban visiblemente. Había pasado tanto miedo como yo. Le dije:

«Señor, no estoy armado». Por fin, me creyó, y le dije que los hombres que venían conmigo tampoco lo estaban.

«Llámelos», ordenó.

Lo hice, pues de otro modo habrían disparado contra ellos. Llegaron por fin, y me miraron temerosos. Solo se tranquilizaron cuando les dieron te y chocolate. Habíamos caído prisioneros. Alrededor de las tres de la mañana, sonaron algunos disparos de

nuestra artillería que obligaron a ponerse a cubierto a los ingleses. Quizá podríamos haber escapado, pero, para ser completamente sincero, estaba tan cansado y exhausto que no me atreví a hacerlo.

A la mañana siguiente nos sacaron de allí junto a un grupo de veinticinco hombres. Nos registraron de nuevo y nos quitaron todo lo que pudieron. Y empezó nuestra marcha en cautividad. Para nosotros fue una marcha llena de sorpresas. Vimos un número incontable de soldados de suministros y de equipamiento; vimos italianos, hombres y mujeres, obligados a subir a las montañas; vimos innumerables armas, cañones y tanques que iban a llevar la muerte a nuestros hambrientos, mal preparados y mal instruidos campesinos.

En aquella ocasión se produjo un curioso incidente. Cuando llegamos al cuartel general, los guardias nos obligaron a entrar con las manos en la cabeza. Los miembros del staff vinieron a vernos, a aquella panda de gente sucia, demacrada y destrozada. Yo estaba en pie, el más alto, como de costumbre, y, por ser sargento fui objeto de un interés especial por parte de aquellos elegantes soldados cuyos uniformes parecían estar dispuestos para un desfile. De repente, vi que uno de los oficiales lucía una cruz. ¿Sería el capellán?

Me aventuré a hablarle: «¡Padre!».

Ante mi llamada, me miró sorprendido. Yo me armé de valer y continué: «Soy franciscano».

Se me quedó mirando sorprendido y con una voz fría e inamistosa, replicó: «Tú... eres un sucio alemán».

Yo pensé: «El pobre chico, no ha entendido el Evangelio del amor a los enemigos». Dije: «Sí, por fuera estoy sucio, pero por dentro soy franciscano».

No me creyó y repitió: «Sucio alemán».

Yo insistí: «Tengo una carta para usted».

Sorprendido, se echó a reír y dijo a los otros oficiales:

«Mirad, el sucio alemán tiene una carta para mí. ¿De quién? Quizá del Papa de Roma».

Al oír aquel chiste todos rompieron a reír.

Yo repliqué al momento: «Sí; del Papa. Está oculta en mi bolsillo interior». Siempre riendo, se acercó a mí. Yo tenía las manos sobre la cabeza y él palpó el bolsillo, encontró algo en el interior, lo abrió, y tomó el escrito del Santo Padre en sus manos.

Lo leyó, me miró, lo leyó de nuevo, miró a su alrededor como si hubiera descubierto algo, y entregó la carta al general sin pronunciar una sola palabra. El general no entendía el latín y el capellán tuvo que traducírsela. Me rodearon y el sacerdote, en un tono de voz sorprendido y conciliador, me preguntó: «¿Quién eres?».

No pudiendo contenerme, respondí: «Exactamente, un sucio alemán».

Permanecían inmóviles, sin saber qué decir. Por último, alguien preguntó: «¿Quieres algo?».

«Sí; me gustaría bajar los brazos». Fue un gran alivio, y los demás siguieron mi ejemplo. «¿Algo más?».

« Sí; me gustaría que me devolvieran el reloj y las demás cosas que me han quitado». El mayor, furioso, gritó a los soldados: «¡Ladrones! ¡Gangsters!». No solo me devolvieron el reloj, sino todos los que habían arrebatado a los muertos, a los heridos y a los prisioneros. ¡Podría haber montado un negocio de venta de relojes! Me guardé unos cuantos en el bolsillo y los otros prisioneros llenaron los suyos. (Sin embargo, en el siguiente lugar donde nos trasladaron, ¡los perdimos de nuevo!).

El sacerdote se mostraba más cordial, aunque obviamente un poco suspicaz; ¡aquel alemán grandote podía ser un animal peligroso! Yo esperé la ocasión para indicarle que la carta del Papa era una orden para cualquier sacerdote católico. «Debía acompañarme usted hasta el obispo más cercano».

«Es muy difícil, pero ya lo veremos. Con el tiempo, lo conseguirá, pero ahora desean verle lo oficiales de mayor graduación».

Nos introdujeron en los coches y nos llevaron al cuartel general más próximo. ¡Qué lujo, un viaje en coche! Nos llevaron a un campo

de internamiento en Aversa, cerca de Nápoles. Un lugar indecente. Me indicaron que debía esperar la llegada de Nápoles del alto dignatario eclesiástico encargado de los italianos. Hasta entonces, pasamos unos días en unas condiciones pésimas. Después, me llamaron para interrogarme, así como a un joven soldado llamado Hans Petermann, al que llegué a conocer muy bien y que permaneció a mi lado durante los siguientes años.

16 EL PADRE GEREON

Esto es lo que sucedió: pocos días después, entró a visitarme en mi tienda un capellán castrense de los aliados, que actuaba como capellán de los italianos. Unas horas más tarde, me sentaba en un jeep junto a Petermann. Fuimos a Nápoles para ver al comandante en jefe aliado para toda Italia. El staff se alojaba en un edificio parecido a un castillo, y allí esperamos durante dos días. Muchos oficiales de alto rango entraban para conocer al hombre de las SS que llevaba una nota del Papa. Era un tema tan increíble, que suscitaba curiosidad; después nos condujeron al aeropuerto, donde nos esperaba un avión para trasladarnos al Norte de África.

Hans, mi joven compañero, había sido paracaidista y estaba acostumbrado a volar; para mí era la primera vez. El aparato no era del último modelo y, a veces viraba de un lado a otro, de tal manera que yo estaba terriblemente mareado, y convencido de que iba a morir. Llevábamos meses mal alimentados en el campo de batalla y estábamos exhaustos, de modo que, inmediatamente, fui víctima de un mareo mortal. El amistoso mayor que nos acompañaba trajo una mochila llena de sándwiches, pero, a pesar de estar hambriento, no pude comer. Hans, por su parte, no sufría tan deplorable enfermedad y se mostraba extraordinariamente cordial. Al cabo de seis horas de vuelo, había agotado toda la mochila, sin dejar ni una miga a su débil co-pasajero. Nuestros acompañantes pensarían que era suficiente para una persona, pero, sencillamente, ignoraban lo hambrientos que estábamos.

Por fin terminó aquel vuelo, una de las experiencias más horribles de toda mi vida; tuvieron que sacarme del avión medio inconsciente. Pero en cuanto puse el pie en tierra firme, me recuperé. Me interrogaron en un lugar de Argelia llamado Birkadem. Permanecimos arrestados, entre incesantes interrogatorios; durante dos meses tuvimos que vivir en una reducida habitación con solo dos camas de hierro. La comida era buena pero terriblemente escasa. Los guardias se mostraban amables; agradecíamos el baño diario y el suplemento de sopa que nos proporcionaban, pero sentíamos el estómago vacío continuamente. Intentábamos, por todos los medios posibles, conseguir un aumento de la ración, pero no lo conseguimos. Las quejas al general no dieron resultado. Nos visitaba de vez en cuando y parecía extraordinariamente divertido por nuestras peticiones de alimento. En ocasiones nos proporcionaban alguna ración extra; ese fue el resultado de nuestras protestas.

Semana tras semana en aquella celda, sin libros, sin distracciones, nos sentíamos terriblemente desgraciados. Olvidados el estruendo de las batallas, las muertes, el hedor de la carne quemada, los espantosos gritos de los camaradas caídos, ahora solo padecíamos la terrible rutina de un día tras otro sin nada que hacer. Yo no contaba más que con un libro de oraciones en latín y, después de pedirla, me entregaron una Biblia en inglés. Hans y yo pasábamos el día leyendo la Sagrada Escritura, y yo le explicaba la palabra de Dios. Por mi parte, disponía de muchas horas para meditar, lo que resultó ser muy beneficioso para mi alma, pero, ¿qué podía hacer el pobre Hans, a quien el destino envió a prisión conmigo? Decidí instruirle, pues únicamente había recibido una enseñanza elemental.

Con trozos de papel, que reunía y pedía por todas partes, y con el resto de un lápiz al que cuidábamos como a un tesoro, yo escribía lo que había aprendido durante las incontables horas de estudio de Historia de la Filosofía. Empezamos por los filósofos griegos y acabamos en Nietzsche. Como había dedicado dos años enteros (además de los permisos) a estudiar filosofía, los conocimientos adquiridos volvieron gradualmente a mi memoria.

De este modo, pasamos muchas horas estudiando los aparentemente inacabables fundamentos de las materias que yo había

acumulado y conservado en la cabeza. Hans era listo y estaba ansioso de saber. Me sorprendían su rápida comprensión de las cosas, sus preguntas, y lo fácilmente que recordaba todo. Yo no era capaz de aplacar su sed de conocimientos. Con frecuencia, entablábamos unas acaloradas discusiones, pues, gracias a Dios, él tenía sus propias ideas, propias de los tiempos y especialmente de la escuela nihilista del pensamiento. A veces, nuestro choque de ideas casi terminaba en una batalla a puñetazos. Hacíamos muy poco ejercicio físico y, como nuestro programa diario empezaba a las 5 de la mañana, a menudo nos sentíamos cansados.

Me maravillaba su control y su fuerza; estaba tan entrenado, que podía emplear el cuerpo como un juguete y realizaba los ejercicios más difíciles con gran soltura. Yo era también un atleta, y mis años en las Jóvenes Cristianas y en las SS me habían proporcionado cierta habilidad física, pero lo que veía en aquel joven era algo notable. Con destreza y agilidad me tiraba al suelo en cada pelea, como si mis fuerzas fueran inferiores.

Vivíamos hambrientos, en una reducida habitación, y había momentos en los que el ambiente no era demasiado cordial, sobre todo cuando, gracias a mis años de estudio, intentaba demostrarle la insensatez de sus ideas nihilistas.

Lo mejor de nuestras lecciones y continuos debates consistía en que, por dedicar todo el día a cumplir el programa diario, disponíamos de muy poco tiempo libre de la mañana a la noche. Manteniéndole ocupado, le convencí de que podía llevar a cabo estudios superiores y le dije que deseaba prepararlo para lo que él deseara seriamente. Era un buen estudiante; no había que decirle las cosas dos veces, y así empezó un estilo de enseñanza absolutamente único.

¡Oh, qué rápido era! Para mí era un reto seguirle. Poco a poco, recordé todo el latín que, junto con las reglas y la sintaxis, guardaba en la memoria. En unas pocas semanas preparé un diccionario manejable en cinco lenguas: latín, alemán, francés, italiano, y también griego e inglés, además de un poco de hebreo. Le entregué casi doscientas palabras a las que se dedicó con entusiasmo. Al cabo de nueve semanas se las sabía todas. ¡Era increíble lo que aquel

muchacho era capaz de aprender! En aquellas condiciones, la intensidad de los estudios ponía a prueba nuestra resistencia hasta el límite, y, en ocasiones, mis explicaciones de la Sagrada Escritura, que solían tener lugar por las noches, se veían interrumpidas por los no muy amables ronquidos de mi cansado compañero. Entonces, yo volvía a las notas que, para su estudio y para mi meditación de la noche, había tomado durante el día.

Nos habían capturado en enero de 1944. En mayo, un oficial de alta graduación nos informó de que las investigaciones habían concluido, y que iríamos al campamento de prisioneros que eligiéramos, en Canadá, en Australia o aquí, en el Norte de África. Yo le pregunté si podría ser ordenado sacerdote lo más pronto posible, y me contestó que, cerca de allí, había un lugar a cargo de los franciscanos. Había muchos seminaristas internos y pedí que me llevaran allí.

A primeros de mayo nos apiñaron en un jeep y nos condujeron a un monte que se erguía sobre la llanura, a una antigua fábrica de cerveza llamada Nuestra Señora del Monte, situada cerca de Rivet y no lejos de Argel. Al principio me sentí gratamente sorprendido. ¡Un campo de prisioneros sin alambre de espino! Solamente dos soldados y un sargento de guardia. Hasta el momento, cada uno de nuestros pasos había sido seguido por guardias armados, y ahora teníamos libertad para pasear por la cumbre de una montaña delimitada con mojones. En un macizo edificio de piedra, cuarenta soldados con toda clase de armamento vigilaban a los seminaristas. El antiguo abad de Beuron, Dr. Raphael Walzer, era el superior. Tras volar desde Alemania, y después de ayudar a judíos y a hombres y mujeres anti-nazis a huir a países extranjeros, había obtenido el permiso para reunir a los seminaristas alemanes procedentes de los campos del sur. Había dado su palabra de honor de que ninguno de ellos escaparía. Los cautivos habían convertido en capilla la antigua bodega, y los servicios que tenían lugar en ella complacerían al mejor liturgista. De la mañana a la noche, el abad nos transmitía su caudal de conocimientos de teología, filosofía y patristica. Aunque al principio fue una enseñanza personal, aprendimos mucho. ¡Qué hombre! Sus charlas eran de lo mejor que he oído; cada hora era un placer que nos llenaba de provecho.

Allí fue donde oí por primera vez cosas que no quería creer sobre la inanición en los campos de concentración del desierto y el desgraciado trato que, hasta ahora, solo sabía de los campos de prisioneros alemanes. Lo que oí entonces en relación con la Legión Extranjera francesa me heló la sangre en las venas, pero no pude creerlo hasta padecerlo en mí mismo. Es bueno que no conociéramos el futuro, pues si hubiera sabido lo que me deparaba, no habría disfrutado tanto en aquella montaña.

Estuvimos tres meses en ella. Por supuesto, siempre hambrientos, aunque el padre abad hacía todo lo que podía. Cuando nos vigilaban los ingleses, la cantidad de comida era muy escasa, pero de primera calidad. Nunca había probado nada igual. Sorprendentemente, con los franceses la cantidad era aún menor, y su calidad solo apropiada para cerdos (probablemente lo que nos consideraban). En cualquier caso, era mejor que la que tuvimos después, cuando los gusanos se movían dentro de la sopa de col, preparada con una col vieja y medio quemada, y los prisioneros que ya llevaban algún tiempo allí me consolaban diciendo que aquello era mejor que nada; y cuando el pan estaba duro como una roca y olía a podrido, se decía que era mejor que si estuviera lleno de arena o de boñigas de camello. ¡Y sin nombrar la paja!

De todos modos, el abad trataba de hacernos la vida lo más agradable posible. Él mismo se había traído a los seminaristas de los campos del sur tras inacabables discusiones con los militares y demás autoridades, y a costa de unos viajes agotadores que le hicieron enfermar. Ahora estábamos a su cuidado allí, en lo alto de la montaña, con una vista espléndida de la costa y del mar. Podíamos desplazarnos libremente. Eso, por cierto, era una increíble realidad. Todos los sábados el abad conducía su coche hasta Argel, donde se mantenía en pie un santuario mariano a cierta distancia de las montañas. Volvía por la tarde con un pesado envoltorio, casi hundido bajo su carga, sudando profusamente mientras subía. A menudo lo contemplábamos desde arriba (porque no podíamos dejar nuestro circuito para ayudarle), y nos daba la impresión de que no conseguiría llegar.

Después de aquellas proezas, demasiado grandes para un hombre de su edad, se sentaba en el coro, y todas las tardes, incluso los martes,

pronunciaba una homilía magistral. Era el primero en llegar al coro a las 4:30h de la mañana, y rezábamos el Oficio Benedictino completo con unos breviarios nuevos que había conseguido llevar desde España. Todo se hacía siguiendo exactamente la norma Beuron, que él había dirigido durante varios años. Diariamente, después de la Misa conventual, el desayuno y una hora temprana de estudio, llegaba el momento de Tercia y de la Misa Mayor. Los «monjes» permanecíamos en pie alrededor del altar, vestidos con nuestros monos amarillentos, un extraño hábito, en verdad. Aunque procedíamos de diferentes diócesis y órdenes, nuestro coro era extraordinariamente bueno al estilo benedictino y las raídas ropas eran el lazo de la auténtica pobreza que nos unía estrechamente.

Sacerdotes, estudiantes, seminaristas y otros que no eran seminaristas, pero que se sentían felices por estar allí, asistían al Santo Sacrificio de la Misa bajo la piadosa dirección del abad. Yo acudía a todas sus clases, porque me estaba preparando activamente para mi ordenación, prevista en aquel lugar. El abad había entregado mis documentos al arzobispo de Argel quien, después de ciertas dudas y algunas investigaciones, se convenció de la autenticidad de la nota y organizó la administración de mis Sagradas Órdenes en el campo.

Por otra parte, yo seguía celosamente las rúbricas de la Misa y preparaba mi alma para el gran día. Mis estudios para oír confesiones y atender a las almas me ocupaban más que cualquier otra cosa; tenía mucho que aprender en muy poco tiempo. Empezaba mi día a las tres de la madrugada y lo terminaba a última hora de la tarde, dando clase al joven Hans, mi acompañante. Y en medio de aquel duro trabajo, sintiendo las punzadas del hambre, con una oración y en una soledad solamente posibles en aquellas condiciones monásticas, el día de mi ordenación estaba cada vez más próximo.

Tendría lugar el 24 de junio, sábado, en la fiesta de San Juan Bautista. Pasé los días anteriores en un retiro personal. La Misa de la Vigilia de San Juan, con su hermoso texto de la elección desde toda la eternidad, me emocionó, gracias a Dios, como nunca antes. Y por fin, llegó el 24 de junio. El acontecimiento por el que una humilde y creyente Hermana alemana había rezado confiadamente durante veinte años tenía lugar ahora, a pesar de la guerra y el cautiverio, y de un

modo difícilmente imaginable: un obispo francés ordenaba a un prisionero alemán, técnicamente perteneciente a las SS, que no había seguido los cursos reglamentarios de teología. Ese día se cumplía la promesa de que Dios responde a las oraciones de los creyentes.

El arzobispo de Argel, monseñor Leynaud, un venerable anciano, llegó a las seis de la mañana. Se quedó algo sorprendido ante la presencia de tantos soldados depauperados, vestidos con el raído mono de los prisioneros. Parecía que incluso mi ordenación, la más importante celebración litúrgica, no podía llevarse a cabo sin sorpresas.

El sitial del obispo, que iba a servir para el arzobispo, era demasiado alto, y hasta que consiguió sentarse, los pies se le balancearon en el aire. Bajarlo del sitial fue también una tarea de cierta envergadura. Las prosternaciones, cuando yo estaba tendido ante el altar mientras los seminaristas cantaban la letanía de los Santos, tuvieron su propio rito. El supuesto «seminarista» que no era un seminarista, que por primera vez en su vida se arrodillaba con un cirio en la mano al lado del obispo, ignoraba lo mucho que le acercaba la vela. De repente, sucedió., la llama se aproximó demasiado a la frondosa barba del obispo y, al momento, surgió un olor que no tenía nada que ver con el aroma del incienso.

El arzobispo y el nervioso portador del cirio apagaron el fuego, pero el olor continuó.

Después de la ceremonia, los seminaristas bromeaban diciendo que, si el diablo hubiera asistido a la ceremonia, no podría haber encontrado un olor más desagradable. Reían al dudar de la validez de mi ordenación, pues la llama del Espíritu Santo no apareció visiblemente sobre el ordenando, pero en su lugar ¡el fuego era visible en la barba del obispo!

Finalmente, procedió a los ritos de la ordenación. La imposición de las manos del obispo sobre mi cabeza me concedió, por fin, compartir el sacerdocio eterno de Jesucristo.

Mi primera Misa, concelebrada con el obispo, también tuvo sus propias dificultades. El latín del prelado francés no coincidía con mi

acento alemán, como comprobaron rápidamente los seminaristas. Era evidente que la ordenación tenía lugar en tiempo de guerra, con un obispo consagrante y un sacerdote ordenando pertenecientes a campos opuestos. Pero, incluso en la guerra, el amor trasciende a los ejércitos en lucha, pues, arrodillado ante mí para recibir la bendición, estaba un general francés que besaba las manos recién ungidas de un soldado alemán, un sacerdote acabado de ordenar.

La comida de la celebración fue mejor de lo habitual, pero incluso así, no había duda de que era el festín más pobre en la historia de la Iglesia. Al día siguiente unos acaudalados terratenientes franceses asistieron a mi Misa con su familia y me pidieron la bendición, pero por otra parte se comportaron con nosotros como si no fuéramos seres humanos. En sus huertos y en sus viñedos la fruta se echaba a perder, pero nadie podía recogerla; nunca se les pasó por la cabeza la idea de cederla a los hambrientos prisioneros o al pobre pueblo argelino. Como iba a comenzar el saqueo, nosotros, en medio de la oscuridad de la noche, pasamos muchas horas llenando el estómago con uvas y con las demás frutas.

El abad predicó en francés el sermón de mi primera Misa. El tema fue: pensar profundamente, como hizo San Agustín, en el país en que estábamos; amar profundamente, como hizo San Francisco, la Orden a la que pertenecíamos; y olvidarnos de nosotros mismos, como hizo San Juan Bautista, cuya fiesta celebrábamos el día de mi ordenación. Los seminaristas cantaron con todo entusiasmo y por la noche recibí un regalo, una cesta de fruta preparada por Hans Petermann que me comí encantado sin pensar en su probable origen.

Permanecí en aquel refugio durante dos meses más, absorbo en el misterio de la Misa y dedicado al estudio diario. Jamás hasta entonces me había aplicado con tanta intensidad. A pesar de la pobreza y de las necesidades no había en el mundo un sacerdote recién ordenado más feliz que yo.

Sin embargo, en septiembre de 1944, mis días estaban contados. Tenía que dejar el «seminario», donde había recibido tantas gracias. Partía con sentimientos encontrados. No quería marchar y, sin embargo, tenía ciertos deseos de hacerlo. Los dos meses que pasé bajo

la guía espiritual y paternal del abad, habían sido una fuente de alegría y de crecimiento interior como nunca experimenté antes o después. El ambiente de la casa, con su estricta pero dulce regla benedictina, era demasiado bueno como para no echarlo de menos. ¿Dónde habría podido encontrar un prisionero de guerra una cárcel igual? Lo que había oído de otros campos aumentaba mi tristeza al abandonar aquel lugar.

No obstante, lo dejaba con un sentimiento de alivio, porque, desgraciadamente, durante nuestra estancia en el seminario, había surgido cierta discordia entre los prisioneros de guerra. El resultado de la contienda era ya indudable: Alemania había perdido. Entre los cautivos surgieron dos facciones bien definidas y en abierta oposición. Algunos de ellos simpatizaban con los nazis y estaban inquietos y agitados por el modo en que se desarrollaban los acontecimientos. En su mayor parte, los soldados compartían de buena fe la ideología del Partido Nazi, pues podían argüir que el Papa había firmado un concordato con él y que nuestros obispos nunca se habían pronunciado abiertamente en contra de aquel criminal sistema.

Los otros, que en su mayor parte se oponían a ellos y los odiaban como al demonio, no se atrevían a mostrar abiertamente su actitud por temor a las represalias..., bien contra ellos al término de la guerra o, si sus palabras llegaban a ser conocidas en Alemania, contra sus familias. El fracaso del atentado contra la vida de Hitler, que tuvo lugar el 20 de julio, sacó todas las diferencias a la luz. La ruptura era patente, y las palabras «traidor» o «perjuro» se escuchaban con frecuencia. A pesar de mi naturaleza fundamentalmente pacífica, todavía estaba de acuerdo con los que opinaban que la muerte de Hitler era la única solución. Yo pedía perdón interiormente por mi participación, mientras seguía pensando también que era la única solución.

Las discusiones iban y venían por toda la casa e incluso nuestro buen abad llegó a implicarse en ellas, aunque como cabeza de aquellos hombres, y hombre de paz él mismo, debió permanecer al margen de los temas políticos. Los que no éramos nazis solíamos decir que deseábamos ser buenos alemanes para una auténtica y mejor Alemania. Esto no nos lo podían discutir los nazis, aunque un tribunal

de Berlín juzgaba entonces a nuestros dirigentes más destacados. La situación llegó a ser muy desagradable, y para mi resultó un alivio tener que dejar el lugar. También me sentía impaciente por comenzar mi «tarea de Padre» en el sentido de empezar a ejercer mi ministerio, algo que no podía hacer mientras continuara allí. Si hubiera sabido lo que me esperaba, me habría quedado, soportando gustosamente los inconvenientes de la montaña.

Llevé a Hans conmigo, desde luego; posteriormente, pasaríamos juntos por nuevas experiencias.

17 UN VIAJE HACIA EL CAUTIVERIO

El viaje desde Argelia hasta Marruecos duró casi tres semanas. Desde el primer día comprendimos que los agradables días de paz y de relativa libertad vividos en la montaña habían desaparecido como si no hubieran existido jamás. Por las noches, nos alojábamos con criminales en unas cárceles locales sucias y malolientes, llenas de bichos. Era un mundo de corrupción; en las cárceles reinaban las peleas, los robos y una depravación antinatural, especialmente entre musulmanes. Yo dije Misa una vez, cuando hicimos una parada en Buda; luego, continuamos el largo viaje hacia Marruecos, siempre vigilados por un sargento que, aunque no hacía nada por ocultar su odio hacia los alemanes, trataba de protegernos de los ataques. En una ocasión, a pesar de esa protección y de su vigilancia, estuvimos a punto de perder la vida.

Llegamos a la frontera y entramos en Oujda, la primera ciudad de Marruecos. Teníamos que cambiar de tren en una estación, pero debíamos esperar al siguiente durante varias horas. Los franceses controlaban a los musulmanes con la amenaza de sus armas y trataban a los habitantes ni siquiera como a esclavos, sino como a animales. La mayoría de los franceses se comportaban brutalmente con los árabes, adoptando la forma más baja de la crueldad de señores feudales. No teníamos nada que declarar en la aduana porque no llevábamos más

que alguna ropa en las mochilas, de modo que el vigilante decidió trasladarnos a un lugar donde esperaríamos la salida del tren.

Teníamos que pasar junto a un grupo de obreros, y, para mi sorpresa, les oí hablar en alemán. Cuando vieron nuestros uniformes, se pusieron como fieras, rodeándonos a los tres y dirigiéndose a mi como el representante de aquellos hombres perversos que los habían sacado de Alsacia para ir a morir allí como mendigos. Según ellos, yo era uno de los que habían quemado vivos a sus hijos y habían deshonrado a sus mujeres y a sus hijas... algo que oí por primera, pero no por última vez. El sargento trató de calmarlos, pero eran unos cien y, de repente, nos vimos los dos solos. Nos llevaron junto a un poste de la luz, al que trepó uno de ellos mientras otro traía una gruesa cuerda. Estábamos rodeados y no podíamos movernos.

De repente, gracias a mi elevada estatura, vi pasar a un sacerdote con una sotana blanca como la nieve. Asustado, grité, «¡Padre! ¡Están intentando ahorcar a un sacerdote!».

Se detuvo al momento y, ante mi sorpresa, vi en su pecho una hilera de medallas, pues se trataba de un capellán castrense. Se dirigió hacia la multitud, en un momento se hizo cargo de la situación, y mandó a los hombres que se retiraran. Pistola en mano se abrió camino y, audazmente, nos rescató. Los presuntos verdugos recuperados del susto, comenzaron a atacarnos de nuevo.

Entonces, el capellán tocó un silbato; inmediatamente, un sargento armado salió de la estación de ferrocarril acompañado de doce soldados negros. A una orden del capellán nos empujaron al interior de la estación, mientras él, a punta de pistola, contenía a la enfurecida multitud. El sargento negro me preguntó la razón de todo aquello y, cuando se enteró de que yo era un sacerdote, se arrodilló y me besó la mano, así como la mayoría de sus hombres que también eran cristianos. Cuando supieron que estaba recién ordenado, todos me pidieron la bendición. ¡Qué cerca estuvieron el odio y el respeto en tan poco tiempo!

El sargento hizo una llamada telefónica, y muy pronto llegó un auto con un grupo de soldados que nos rodeó. En el exterior se habían reunido ya un centenar de ciudadanos enfurecidos que nos

amenazaban, pero ante las armas que les apuntaban, con el capellán a la cabeza, no se atrevieron a nuevas violencias. Subimos al auto y llegamos a unos barracones. Tan pronto marcharon el capellán y sus hombres, los nuevos guardianes nos trataron como a animales, encerrándonos en una cárcel imposible de describir.

Era un edificio estrecho, con celdas alineadas. No había puertas, sino unos agujeros a través de los cuales los hombres salían a la luz del día. ¿Eran hombres todavía? Hacía tiempo que carecían de toda higiene, y los andrajos que vestían apenas cubrían sus cuerpos. No había señales de corte de pelo o de afeitado. Se sentaban al sol y trataban de librarse de los piojos o se acercaban amenazadoramente a nosotros que, aunque demacrados, estábamos mejor vestidos. Un muchacho grande, fuerte, de aspecto feroz, se nos acercó, nos miró durante un instante y, antes de que nos diéramos cuenta, se apoderó de uno de nuestros sacos, que contenía las pocas cosas que nos permitían tener, y empezó a abrirlo. Mientras tratábamos de recuperarlo, los otros se pusieron furiosos y empezó la pelea. Entonces aprendimos que, en la cárcel, hay que hacer las cosas bien.

Yo no sabía qué actitud tomar, pues me sentía distinto de aquel muchacho, pero el joven Hans no dudó un momento. Con increíble fuerza y enorme agilidad, asió al salvaje y lo arrojó a un rincón. El saco estaba de nuevo en nuestro poder. Los otros hombres gritaban ante aquella sorprendente exhibición de fuerza y nadie se atrevió a acercarse a nosotros. Sin embargo, yo me preguntaba lo que nos depararía la noche.

El grupo de hostiles prisioneros se reunió alrededor del enorme muchacho; no había duda de sus intenciones. Teníamos que salir de allí, sencillamente, y aquello era de mi incumbencia. Salí a la puerta y llamé al general del campamento. No hubo respuesta. Grité más y más fuerte, pero sin resultado. Una vez agotada mi paciencia, intenté, con ayuda de Hans, echar la puerta abajo. Entonces vinieron los soldados que, afortunadamente, eran soldados negros. ¿Qué queríamos? Yo les dije que deseaba ver al general, pero nadie hizo el menor movimiento para ir a despertarle.

Entonces saqué mi cruz, el emblema de capellán, y ellos salieron corriendo; al cabo de unos momentos apareció un oficial.

«¿Qué desea?».

Hablé secamente, preguntando: «¿Qué clase de trato es este, encarcelar a un sacerdote junto a los criminales? Según mis documentos, debe usted saber quién y lo que soy. ¿Acaso ignora las declaraciones de la Cruz Roja Internacional, reconocidas por Francia?».

Y saqué la deteriorada bandera de la Cruz Roja que, una vez más, me prestó un buen servicio. Deseaba exponer una queja sobre el maltrato y el incumplimiento del acuerdo internacional por parte de Francia. Hablaba en voz muy alta, secamente, en un francés rápido (aunque estoy seguro de que, en medio de mi excitación, distaba mucho de ser un francés perfecto). Pero me hice entender. El oficial se quedó sin habla. Yo vi que el valor y la audacia habían ganado terreno; nos llevó a Hans y a mí a un cuarto de guardia y nos pidió perdón. No sabía que yo era sacerdote; por supuesto, gozaríamos de protección, como exigía la Cruz Roja.

Saqué mi copia de los estatutos de la Cruz Roja, pero estaba en inglés. El mayor inglés que me había entregado al militar francés pensó que me sería más útil en un campo de concentración francés. Entonces yo me preguntaba por la necesidad de tomar tales precauciones; ahora ya lo sabía. A pesar de que el oficial francés no hablaba inglés, y de que yo no había estudiado la copia, causó la correspondiente impresión.

Me interrogó sobre mis derechos como sacerdote. «El derecho de decir Misa». Añadí que Francia era una nación católica, la hija mayor de la Iglesia, y él me aseguró que era católico.

«Aguarde un momento, padre».

Entró en la habitación contigua e hizo una llamada; a los diez minutos llegó un coche, y el oficial me invitó a subir. Creí haber oído la palabra monasterio, pero probablemente no era así. Y no obstante, lo era, pues después de algún tiempo llegamos a una iglesia y,

entrando por una puerta lateral nos encontramos en un monasterio franciscano cuyo Padre Portero nos estaba esperando.

¡Qué alegría estar de nuevo con mis hermanos en un monasterio franciscano! Todos se mostraron muy cordiales, y enseguida apareció el sacerdote de sotana blanca que nos había salvado del furor de la turba alsaciana. Pude decir Misa inmediatamente, pues no había comido. A continuación sirvieron un exquisito almuerzo, «la celebración retrasada de una Primera Misa», como dijo el Superior. Salió a telefonar y enseguida regresó con la buena noticia de que podíamos quedarnos allí, siempre que diéramos nuestra palabra de no abandonar la casa bajo ninguna circunstancia. Así lo hicimos, encantados. Disfrutamos de nuestra relativa libertad en un ambiente fraternal, tomamos un baño y nos pusimos ropa limpia. Fue maravilloso, aunque solamente duró un día.

Al mediodía siguiente, un sargento nos condujo a la estación de ferrocarril, donde nos estaba esperando el tren. Y una vez más, los alsacianos tuvieron unas «amistosas» palabras hacia nosotros. Esta vez, los guardias estaban preparados, y salimos de la ciudad sin más impedimentos. Viajamos en dirección a Mequinez. Nuestro nuevo guardia, aunque hombre de pocas palabras, era una buena persona y nos alimentó bien. El viaje a través de África del Norte resultó ser muy interesante.

En Mequinez nos encerraron inmediatamente en un barracón del recinto. Era un alto edificio de cemento, frío y desapacible, con agua en el suelo de las celdas y ratas que corrían a plena luz del día; sobre el cemento, unas mantas sucias y raídas: así era nuestro alojamiento. Nuestro alimento consistía en una papilla de mijo al estilo árabe, que solo el hambre nos obligaba a comer. De nuevo apelé a la Cruz Roja, y, en atención a ella, un guardia que hablaba algo de inglés llamó a un oficial, que se echó a reír pero salió a ver qué podía hacer. De repente, una voz realmente sobrecogedora, que usaba unas palabras de increíble obscenidad como las que acostumbran a emplear los soldados, pronunció mi nombre. Me quedé aterrado. Oí pasos cerca de nuestro calabozo y súbitamente, un soldado se presentó ante nuestra puerta. Era un hombre grande, corpulento, de rostro amistoso y fuerte voz cargada de palabrotas... y era un franciscano. Se trataba del

capellán castrense del puesto. Sus muchos años entre soldados le hacían expresarse como un soldado, pero tenía el corazón de un niño y, cuando vio nuestra situación, empezó a insultar al ejército y a los soldados por habernos colocado en semejante lugar. Reprendió a estos últimos y quiso sacarnos de allí inmediatamente. No lo consiguió, pues a la mañana siguiente teníamos que marchar, pero nos trajo mejores mantas, mejor comida y mucha fruta. Más adelante, el buen Padre Buenaventura me salvaría la vida.

A la mañana siguiente nos metieron en un auto y nos sacaron de la ciudad, pero no llegamos muy lejos. Enseguida nos detuvimos en una plaza en la que había muchos hombres reunidos. Parecían esperar algo. Naturalmente, los franceses estaban separados de los nativos, que se sentaban en el suelo. Por fin, llegó un autobús. Parecía una bamboleante arca de Noé. Los franceses ocuparon los primeros puestos, que estaban separados del resto.

Los nativos corrieron como locos a ocupar los asientos traseros y entre hombres y mujeres se entabló una pelea. Por fin, alguno de los nativos se subió al techo del autobús, y las mujeres y los animales se acomodaron en los asientos del fondo. Yo me preguntaba cómo iban a encontrar sitio tantos hombres y tantos animales hasta que, por fin, el sargento nos mandó a la zona de las mujeres y los niños. No sé cómo conseguimos entrar, pero allí estábamos, entre niños sucios y mujeres jóvenes y viejas que no habían visto el agua durante meses. También había pollos, un perro, dos cabras y un gato. Las mujeres usaban un perfume apesoso que se mezclaba con el fétido olor a rancio de los hombres y los animales. El viaje comenzó subiendo hacia las colinas, entre curvas, arriba y abajo; los del interior empezaron a comer... y enseguida a devolver todo lo que habían comido. Aquel vehículo era una porquería cada vez más y más calurosa. La gente empezó a despojarse de la ropa, hasta que la mayoría de los pasajeros iban casi desnudos. Rápidamente el aire se hizo pesado y pútrido. Los que sentían una necesidad se aliviaban aquí y allí, de modo que el autobús se convirtió en un retrete rodante. Yo no pude soportarlo más: empecé a ver negro y me caí, todo lo que podía caerme. Cuando abrí los ojos, descansaba en el pecho de una mujer que, amablemente, trataba de reanimarme. Cuando vi cómo lo hacía, volví a ver negro y me

desmayé de nuevo. A falta de agua, la mujer me escupía en el cogote e intentaba reanimarme echándome el aliento.

Fue un viaje indescriptible, casi tan malo como el vuelo de Nápoles a África. Por fin, nos detuvimos en un pueblo de las montañas para descansar una hora. Me arrastré fuera del autobús y, lleno de alegría, vi agua fresca. Me quité la camisa y me lavé. Las mujeres observaban escandalizadas mi falta de pudor, olvidando que, en el autobús, habían estado casi desnudas delante de mí.

Después de lavarme me sentí mejor, y nos pusimos de nuevo en marcha. Intentamos viajar en el techo del autobús, pero el guardia tenía miedo de que escapáramos. Yo le aseguré que jamás intentaríamos escapar en aquel desierto... obviamente, no había dónde ir, pero también le aseguré que, bajo ninguna circunstancia volveríamos al interior del vehículo. Por fin, trepó al techo con nosotros, y nos apretamos entre los hombres, que no parecían muy cordiales. Sabíamos cuán intensamente aquellos nativos odiaban a los franceses y, por el trato que recibían, comprendí su odio. Tan pronto como aquellos oscuros habitantes del desierto oyeron que éramos alemanes, su enemistad desapareció. Nos manifestaron su respeto por Alemania y nos dieron toda clase de comida que, por supuesto, no era muy apetitosa, pero que tuvimos que comer para no parecer desdeñosos. Además, era comida.

Tras muchas horas de viaje a través de las grandiosas pero terribles tierras del Atlas Medio, llegamos a un pueblo llamado Mildet. Allí hicimos una breve pausa, agradecidos por poder estirar las piernas.

Hacia la tarde, nos pusimos de nuevo en camino a través de los desfiladeros de la cadena del Gran Atlas. Lo que veíamos desde el techo del autobús sobrepasaba con mucho cualquier hermoso paisaje que hubiéramos contemplado antes: un camino fantástico serpenteando desde las montañas hasta el Sahara y, en lo más profundo del valle, cientos de metros más abajo, se veía un arroyo espumoso y todo un bosque de palmeras. Me recordaba la descripción que de esos lugares hace Karl May.

Nosotros dos nos agarrábamos fuertemente. Hubiéramos podido escapar tirándonos del vehículo, pero el conductor llevaba una

velocidad terrible, a pocos centímetros del borde. Llegamos completamente de noche a un lugar al sur de la cadena del Atlas, la entrada al Sahara, donde estaba situado el famoso —o infame, según el lado de la valla que ocuparas— campo de Ksar-es-Souk. Allí había un millar de familias árabes y una amplia guarnición de franceses de la Legión Extranjera; también estaba el campo de prisioneros, casi todos suboficiales. De entre los campos del Norte de África, este tenía la reputación de concentrar en él a los más fanáticos nazis. Daba la impresión de que siempre me encontraría ante este desafío a mi fe; parecía que mi destino era el de estar siempre rodeado por mis más acérrimos enemigos políticos. Y recé para tener la fuerza de enfrentarme a ellos.

18 EL CURA DE KSAR-ES-SOUK

El campamento era un conjunto de viejos barracones de la Legión Extranjera. Las cabañas estaban construidas con ladrillos de arena y excrementos de camello y agua secados al sol. El agua bajaba de las montañas. Estábamos bajo vigilancia noche y día. Las vallas de alambre espinoso y las altas garitas con ametralladoras impedían la visión de los alrededores. Estábamos en el campo mil quinientos prisioneros apiñados en habitaciones de treinta. Dormíamos sobre el cemento, cubiertos con delgadas arpilleras; todos sentíamos las punzadas del hambre, pues la comida era absolutamente insuficiente; abundaban los bichos. Durante meses no recibimos noticias de casa y los prisioneros que de vez en cuando llegaban del frente no se atrevían a decir la verdad a los nazis.

Aún peor que las privaciones y el acoso de los franceses, era el espíritu que perduraba en el campo, la indiscutida e indiscutible lealtad a Adolfo Hitler, y la seguridad de que la victoria debía ser nuestra; nadie osaba creer lo contrario, y ¡ay del que pretendiera expresar sus dudas de algún modo!

Entre los prisioneros había una compañía llamada Rollkommando, un destacamento de quince o veinte hombres jóvenes, fuertes y dispuestos a cumplir con su deber.

Este «deber» consistía en golpear hasta dejar medio muerto a cualquiera que estuviera en desacuerdo con la disciplina o con el jefe del campo. Yo podía comprender la necesidad de mantener la disciplina, pero en semejantes condiciones el animal que hay en el hombre sale rápidamente al exterior. Cuando uno está hambriento y casi enloquecido por años de prisión, viviendo en reducidos acuartelamientos en medio del abrasador calor del Sahara, no solo carece de todo lo relacionado con la civilización, sino que lo ha olvidado. Uno está dispuesto a vender cualquier cosa, incluso su integridad, para adquirir un pedazo de pan, o de traicionar al amigo que le salvó arriesgando su propia vida. Cuando el hombre amenaza con convertirse en el enemigo de su vecino, y cuando puede matar por conseguir algo de comer, una férrea disciplina es el único medio de mantener una especie de orden. He de admitir que eran necesarias unas medidas drásticas. Yo vi a Caballeros de la Cruz de Hierro azotados en el poste por haber cometido un robo.

Sin embargo, una cosa es aplicar la necesaria disciplina cuando los hombres se comportan como bestias, y otra completamente distinta insistir en mantener un sistema ideológico en medio de tanta dureza. Allí, el sistema era el nazismo. Y era tan fuerte que incluso los franceses, nuestros captores y guardianes, temían mezclarse en ello.

Todas las mañanas, después de hacer el recuento de los presos, el jefe del campo, un marino llamado «Dónitz», nos saludaba con un sonoro «¡Hail Hitler!», a lo que teníamos que responder: «Saludamos a la patria y al Führer. ¡Sieg heil!» y gritábamos tres veces esa tontería. No podíamos hablar privadamente, pues el líder contaba con una red de espionaje por todo el campo. Ignorábamos quiénes pertenecían a ella, y, a través de este sistema todo salía a la luz, incluso cosas que nunca se habían hecho públicas. Posteriormente yo sufrí esa experiencia en alguna ocasión. Los que de algún modo se oponían al pensamiento nazi sufrían tales palizas —solíamos oír los gritos de los que las recibían— que tenían que pasar varias semanas en la enfermería. El resultado era que nadie se atrevía a expresarse. En el

lugar reinaba un ambiente de desconfianza, una especie de parálisis. Gracias a Dios, todo cambió después de unos meses... y yo tuve algo que ver en ello.

Las cosas iban muy mal. Yo estaba encerrado con otros hombres en una habitación y podía palpar su desconfianza. Algunos de ellos iniciaban una conversación, pero muy pronto me di cuenta de que se trataba de un ingenioso ardid: preguntaban sobre una serie de cosas sin aparente relación. Finalmente, el pisotón de un camarada desconocido me avisó, pero yo ya había hablado de más. A la mañana siguiente, me condujeron al despacho del jefe. Allí me encontré con un grupo que había conocido en mis tiempos de las SS. Eran siete, algunos suboficiales y un líder de la llamada escuela de la filosofía universal nazi (Weltanschauung). El ambiente era demasiado cordial. En medio de un fingido compañerismo, hablaban del espíritu que reinaba en el campo y de cómo tenían que procurar mantener, en aquel «suelo alemán» como llamaban al campo, un espíritu exclusivamente alemán. Yo era un soldado alemán y era un gran placer recibir a un sargento-mayor que se había distinguido en el campo de batalla. Por mi parte, yo pretendía explicar al jefe el modo en que podría cooperar con él para mejorar el ambiente.

Pregunté: «¿Qué posibilidades tengo de trabajar con ustedes?». Me dijo que existía un grupo distinguido de actores, una notable orquesta con instrumentos cedidos por la Cruz Roja y una escuela de estudios superiores donde, si los hombres lo deseaban, podían preparar sus exámenes para después de la guerra. Cuando supe que necesitaban profesores de filosofía, pensé que estaba capacitado para ello. Me dijeron que, por supuesto, solo se enseñaría un tipo de filosofía..., la filosofía alemana basada en el nazismo.

Al pedirles los nombres de los filósofos nazis, oí los nombres de Kolbenheyer y Nietzsche, Rosenberg y Baldor von Schirach. No pude reprimir una sonrisa y repliqué que aquellos nombres no estaban incluidos en mi escuela filosófica.

«¿A cuál pertenece?», me preguntaron.

De repente, me sentí harto de tanta duplicidad y, bruscamente, dije: «Entre los visionarios y los espiritualmente enfermos».

Aquello fue, por cierto, demasiado para ellos. El jefe perdió la paciencia y me preguntó por qué había ido allí y cuáles eran mis propósitos.

Yo repute: «He venido voluntariamente a trabajar para los católicos y para los que quieran hacerse católicos».

Respondió: «Aquí no hay católicos ni protestantes... solamente alemanes... y no necesitamos una religión que es ajena al arte ¡y que fue fundada por un judío!».

A lo que repliqué: «Alemania era un complejo de diferentes razas antes de que llegara la religión y lo que ha llegado a ser Alemania desde 1200 lo debe al cristianismo. ¿Se atrevería usted a calificar de ajena al arte y de judía a la cultura cristiana germana de la Edad Media?».

Siguió un silencio, y como en realidad no sabían qué decir, cambiaron de tema. Preguntaron: «¿Qué pretendes hacer aquí, en el campo?».

Yo contesté: «Pretendo ofrecer el Sacrificio de la Misa, anunciar el mensaje cristiano y administrar los sacramentos a todos los que me lo pidan».

«¿Quién te ha encargado de ese cometido?».

«El arzobispo que me envió aquí».

«¿Quién es?».

«El Arzobispo de Argel».

«¿Un francés?».

«Sí; un francés».

«Un enemigo de la nación alemana... y ¿tú obedeces las órdenes de un enemigo con el que tenemos entablada batalla?».

Yo expliqué que, para un católico y un cristiano no existían aquellos criterios, que la Iglesia era universal.

Furiosamente, replicó: «Ese grupo internacional es bien conocido; son todos unos criminales».

Con enorme satisfacción, repliqué que el Führer había firmado un Concordato, un acuerdo solemne con aquellos «criminales», y que difícilmente se podía acusar al Führer de tratar con criminales, ¿o se podía?

«Ach, pero eso era solamente una estrategia inteligente por parte del Führer», fue la respuesta.

«Semejante estrategia sería criminal, y no se debe hablar así del Führer», fue mi respuesta por segunda vez.

De nuevo, se quedaron sin saber qué decir; la estrategia del Führer me había vuelto a sacar de un apuro. Con toda naturalidad e inocencia, yo me limitaba a dar por sentado lo que significaban sus palabras y sus hechos. Me acordaba del discurso de Antonio en el Julio César de Shakespeare, en el que, con conmovedora ironía, repetía: «Pero Bruto es un hombre honesto». Aquellos hombres eran demasiado listos como para caer en la trampa de mis palabras, pero estaban desconcertados por la actuación de su amado Führer.

Entonces, el líder dio rienda suelta a su cólera: «Ten cuidado», dijo, «estás en suelo alemán. Y seguramente sabes cómo tratamos a los enemigos de nuestra patria».

Con absoluta frialdad, le pregunté si había oído hablar de Dachau. Replicó que había oído el nombre, pero nada más. Le dije que yo había estado allí, y le expliqué exactamente cómo les iban las cosas a los que estaban considerados enemigos del pueblo alemán. Sin ocultar nada, les relaté mi visita a aquel infierno. Ante mi audacia palidieron y guardaron silencio. De nuevo no supieron qué decir, y el jefe volvió a cambiar de tema. Dijo: «Lo que se dice, se hace y se habla en este campo está bajo mis órdenes. Si quieres predicar, tendrás que someter los sermones a mi consideración».

Cada vez más irritado, dije: «¡Va usted demasiado lejos! Eso no ocurre ni en Alemania; allí un sacerdote no tiene que someter sus sermones a un censor. ¿Son aquí más alemanas las cosas que en la

propia Alemania? Yo predicaré lo que crea oportuno, y si quiere saber lo que voy a decir, ¡venga y escuche!».

Todo el grupo se echó a reír, y especialmente dos hombres que parecían extraordinariamente complacidos. Más tarde me enteré de que eran unos auténticos cristianos, y que estaban admitidos en aquel destino gracias a sus heroicos servicios a la patria. Continuaban en aquella desagradable tarea porque, antes de la llegada de este jefe, su presencia mejoraba en cierta medida el destino de los prisioneros.

Inmediatamente surgió la pregunta sobre si yo pretendía oír confesiones.

«Por supuesto, pues hay personas que lo necesitan realmente». Una carcajada diabólica recibió esta respuesta; a la pregunta sobre si había pecadores en el campamento, yo repuse que no es que lo creyera, sino que lo sabía.

Donitz, furioso, se encaró conmigo: «Somos alemanes. No tenemos pecados que exijan la absolución por parte de otro ser humano. Para nosotros, solo hay un pecado... la deshonra de nuestra raza. Para eso no hay perdón, solo la muerte. Y todo el que predica una religión extraña es un enemigo del pueblo y una deshonra para nuestra raza...

Aquello fue demasiado. Le dije que su prohibición no me afectaba, que no tenía sentido en mi caso. Los sacerdotes alemanes podían oír confesiones, y lo harían incluso si lo tenían prohibido, pues no existe nación o poder sobre la tierra que pueda prohibir lo que manda Dios: «¿Sabe usted que estamos en suelo alemán? ¿Tiene usted más autoridad que nuestros líderes?».

Guardó silencio de nuevo. Uno de sus acompañantes le aconsejó que cortara tajantemente la conversación, y él lo hizo con estas palabras: «Ten cuidado».

Yo me limité a decir: «¿Sabe que llevo años en las SS y que todavía estoy técnicamente a su servicio?».

Todos se quedaron boquiabiertos, y yo salí antes de darles tiempo a reaccionar.

Una hora después llegó un soldado; era el ayudante de Dónitz, como supe más tarde. Me pidió que, lo más discretamente posible, me reuniera con él en la parte de atrás del campamento. Allí me advirtió que debía ser cuidadoso, porque iban a ir por mí.

«Padre, no salga de noche, o por lo menos no salga solo».

Seguí su consejo, un consejo que me salvó la vida. Uno de los mandos, que más tarde se me dio a conocer, me dijo que estaban preparándose un caso de «suicidio»... que consistía en colgar a un disidente y hacerlo parecer un suicidio. Hasta había ocurrido en algunos otros campos, con pleno conocimiento de los franceses, que no hacían nada por evitarlo.

Al cabo de cierto tiempo, mientras los mandos se recuperaban de la impresión de nuestra charla, un buen número de presos se reunieron a la puerta de mi cuarto para conocer al intrépido capellán. Cuando salí, se echaron a reír y me preguntaron si quería algo y si iba a preparar mi equipaje. Yo comprendí que no podía hacer nada con aquella jauría, así que volví a entrar. El intérprete francés del campamento, que tenía su cuarto frente al mío, se dio cuenta de que el tumulto aumentaba. Me llevó a su habitación. También vino el general francés, que despreciaba a los sacerdotes a los que calificaba de embusteros y glotones, pero como estaba en Ksar-es-Souk por orden de la oficina de prisioneros de guerra, era el responsable de mi seguridad. Si algo me ocurría, también le ocurriría a él. Me habían enviado allí porque los prisioneros se negaban a tener un sacerdote francés; ahora lo tenían alemán y me iban a permitir ejercer mis funciones ministeriales.

Me dijo: «No era mi propósito traerlo aquí, pero, a pesar de su comportamiento, ha sido por deseo de ellos. Dará a leer su sermón al intérprete y les hablará con toda libertad. Podrá salir del campo una vez a la semana para confesar con un sacerdote francés». Se reía al decir esto, pero yo estaba encantado porque había conseguido todo lo que quería. Dio órdenes de que me alojaran en un rincón, en una habitación que compartía con el pastor protestante. Ahora, sabía que mi victoria era completa. Tenía más de lo que había deseado.

El jefe de los prisioneros era directamente responsable de mi seguridad. Opinaba que en el campo había muy pocos hombres

interesados en el cristianismo, y me dijo que yo no tenía autoridad alguna sobre los que no se dirigieran directamente a mi.

Iban a vigilar mi comportamiento con los que me necesitaban. Yo elegí una habitación a la que llegarían muchas gracias en los meses venideros.

CANCIÓN DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Cuando el viento mece suavemente las palmeras

Y nos despierta el toque de diana,

Miramos hacia el sur

Aunque nuestros pensamientos miran hacia el norte.

En el campo de Ksar-es-Souk

Pienso en mi patria y sueño

Con la felicidad del regreso que algún día será mía.

La blanca nube que se dirige al norte

Lleva un saludo para Alemania.

Radiante sol, con tu luz

Di a mis seres queridos

Espero mi regreso en el campo de Ksar-es-Souk,

Que alguna vez llegará...

Incluso para el campo de Ksar-es-Souk.

Cuando las estrellas empiezan a brillar en la noche,

Muchas miradas se alzan hacia ellas.

Y al cielo se elevan muchos suspiros y plegarias

Desde el campo de Ksar-es-Souk.

19 LA OPOSICIÓN NAZI

La noticia se extendió rápidamente por el campo, pues en ese mundo, como en cualquier prisión, ocurren muy pocas cosas que no lleguen enseguida al conocimiento general. Empezó la batalla. Los hombres me evitaban, pues Dónitz les había ordenado que boicotearan mi trabajo. Cuando caminaba por el campo, nadie me hablaba. Esta situación duró algún tiempo, hasta que, a altas horas de la noche, un hombre se aventuró a preguntarme si yo era un sacerdote católico. Yo estaba encantado porque, al fin, alguien tenía el valor de dirigirse a mí. Muy pronto vino con tres más. Una noche fueron siete los que se atrevieron a desafiar las órdenes del jefe que, al principio, parecía tranquilo. Pero a la noche siguiente, sábado, estaba programada una conferencia en el campo y el jefe, personalmente y con sospechosa cortesía, me invitó a asistir. El tema iba a ser «Una visión universal de las cosas». Huelga decir que yo no pude rehusar, pues formaba parte del campo, quisiera o no. El orador, maestro en la vida civil y joven miembro de las juventudes nacionalsocialistas, empezó su charla. Entonces comprendí el motivo de que me situaran en medio de la primera fila. Se dirigía, directa y exclusivamente, a mí. Yo tomé asiento y escuché la línea habitual de la escuela SS sobre La judía, una religión oriental y su inmoralidad; sobre una ramera llamada la Madre de Dios y su hijo ilegítimo; sobre una Iglesia cuyos papas eran corruptos en su mayoría, cuyos sacerdotes corrían tras las mujeres, y cuyas monjas, pretendiendo ser célibes, eran en realidad unas mujeres indecentes. Aquellas obscenidades duraron una hora, mientras los demás, sentados y en silencio, esperaban oír lo que yo tenía que decir.

Los dejé confundidos. No hablé, porque no serviría para mis propósitos; ellos se limitaron a mirarme, esperando la oportunidad de ponerme en ridículo, y yo me negué a darles aquella satisfacción. Al terminar, agradecí al jefe del campo en alta voz «su erudita exposición, que había oído a menudo durante los años en que fui miembro de las SS. Yo podía añadir muchos más detalles, pero se estaba haciendo tarde, y yo posponía mis comentarios para otro momento».

Con ello, cumplía un doble propósito: frustrar sus deseos de hostigarme, y dar a conocer a los que no lo sabían que yo era miembro de las SS.

Al día siguiente era sábado; yo celebré la Misa en mi cuarto, y por la tarde entregué al intérprete un resumen del sermón; luego, pedí a Dónitz una habitación para celebrarla y, como yo esperaba, me comunicó que no había ninguna disponible. Insistí, él persistió en su negativa, y todo quedó lo mismo. Él estaba obligado a anunciar el sermón, pues ya estaba en manos del intérprete, así que, por la noche, en tono de burla y desprecio, dijo que al día siguiente habría un servicio para los devotos. Algunos se echaron a reír, pero en general, las cosas estaban tranquilas.

A la mañana siguiente, coloqué mi inestable mesa en el patio del campo y, con mis siete leales seguidores, preparé la Misa. Los demás estaban pasmados, pues muchos de ellos no habían visto nunca nada igual. En el campamento eran numerosos los protestantes y los descreídos. El intérprete francés vio todo desde su habitación, y bajó para observarlo, haciendo imposible cualquier maniobra de mis adversarios. Donde anteriormente los prisioneros habían despedido a un capellán francés, ahora un soldado francés participaba en la Misa. Cerca del altar, se situaron escasamente diez hombres, pero cientos de otros formaron un amplio círculo para observar lo que sucedía. Era patente que esperaban algo desacostumbrado.

Entonces, sucedió. Ahora que estaba rodeado de un grupo numeroso, comencé mi primer sermón. Según el papel que había entregado al intérprete, tenía que hablar durante cinco minutos, pero no podía perder la oportunidad de decir la verdad a todos, así que lo prolongué hasta más de treinta. Como nunca tuve demasiadas dificultades para expresarme, y me ardía el corazón ante la posibilidad de responder a las mentiras de la noche anterior, lo hice con ardor e indignación. Conocía por experiencia el estilo de mentiras de las SS, y no tuve problemas en desarrollar el tema Cristianismo y Pueblo Alemán. Los asistentes permanecían atónitos mientras yo lo exponía con detalle, con argumentos históricos y luego filosóficos. Califiqué claramente de mentiras las falsedades de la noche anterior, y mencioné los nombres de Rosenberg, Schirach y otros. Al principio, muchos se

reían y otros tomaron piedras y las hicieron rodar hacia el altar; me increparon, y yo me desahugué en una voz tan alta que alcanzaba hasta los límites del campo. Durante media hora, fue tal el torrente de mis palabras, que nadie pudo intervenir, aunque lo hubiera pretendido. Todos guardaron silencio escuchando hasta el final. Mi anterior formación con los Padres Jesuitas, mis clases de filosofía, pero sobre todo mi experiencia con las SS, me proporcionaban los datos históricos que necesitaba para citar fechas y sucesos. He de confesar que, además, añadí unas palabras en griego y en latín, por el mero placer de causar mayor impresión y demostrarles que sabía más de lo que decían los nazis. Mi primer sermón dio resultados. Yo era consciente de que no había versado mucho sobre la palabra de Dios, sino que había sido el discurso de un capellán irritado, pero, muchos años después, recibí una carta de uno de los presentes en la que me decía que, gracias a aquel sermón, había encontrado el camino de vuelta a la Iglesia.

La mayoría de los asistentes permanecía en silencio, pero durante la Misa se oyeron algunas frases despectivas. El intérprete habló conmigo a continuación: le había gustado mucho el sermón pero me aconsejaba que fuera prudente, porque lo que había dicho no figuraba en el papel y, si el comandante de la prisión quisiera atraparme, podría haber problemas. Aunque conocía todo lo sucedido la noche anterior, solo en esta ocasión aprobó el camino que yo proyectaba.

Mi reto a la dirección del campo y a sus policías nazis tuvo un resultado tremendo. Para decir Misa, me cedieron un rincón en un ángulo de un edificio nuevo. Durante algún tiempo, fue el único tema de conversación, pero el jefe del campo deseaba dejarlo caer y evitar que se repitiera cada sábado ante semejante audiencia.

La nueva habitación no tenía pared, así que cualquiera podía ver desde el exterior lo que sucedía dentro. Aunque por una parte no era adecuado, por otra era magnífico. Todas las mañanas, una larga hilera de hombres esperaba ante las letrinas, situadas justamente enfrente de los barracones. Esta fue la razón de que no solo asistían a Misa todas las mañanas mis diez fieles, sino todos los que esperaban para aliviarse, de modo que empecé a predicar un sermón diario. Entre ellos se encontraban agentes secretos de Dónitz, que escribían y le

transmitían cada palabra que yo pronunciaba. Realmente llegó a contar con varios volúmenes de mis sermones, pero no le hicieron efecto, aunque paulatinamente fueron impresionando a muchos otros.

He de admitir que en mis sermones, especialmente en los del domingo, cuando había tantos curiosos presentes, me pasaba de la raya y decía ciertas cosas que, aunque fueran verdad, eran imprudentes y me crearon muchos problemas. Algunos presos me aconsejaron que fuera más cuidadoso y comedido, pero no podía contener mi afán por predicar y las relaciones con el jefe del campo empeoraron aún más. Durante la noche, golpeaban a algunos cristianos y ensuciaban mi cuarto con basura y porquerías, además de atentar contra mi vida. El general francés envió por mí y me preguntó si no querría vivir fuera del campo, una posibilidad que me ofrecía, pues la situación se estaba volviendo peligrosa.

«Sería mejor que abandonara usted el campo con vida y por la noche, que muerto por la mañana».

Tenía razón, y yo lo sabía, pero no podía permitirme aceptar su oferta: si dejaba el campo por las noches y volvía por las mañanas cuando estaba a salvo, me considerarían amigo de los franceses y enemigo de los alemanes. Yo me ocupé de que me acompañaran durante todo el día unos cuantos leales, mis «guardias de corps» como se llamaban a ellos mismos. Y cuando un pastor protestante vino a alojarse conmigo, no se atrevieron a usar la fuerza abiertamente.

Este hombre bueno trajo al campamento un ambiente de paz y un afán de fraternidad; era un celoso hombre de fe y creó en el campamento una fuerte comunidad evangélica. Creo que nuestra convivencia en común durante algunos meses nos benefició a ambos. La moderación y la prudencia de aquel hombre me beneficiaron extraordinariamente, pues eran unas virtudes de las que yo carecía; a veces me ayudó a evitar unos incidentes que mi excesivo celo y mi precipitación habrían provocado.

Si disminuía la guerra abierta en el campo, aumentaban las maniobras secretas de los nazis. Atentaban contra todo el que pretendía emprender un camino cristiano de vida. Un día, encontré en los servicios un montón de Biblias destrozadas. Habían usado como

papel higiénico cientos de aquellos magníficos volúmenes que nos habían enviado desde Estados Unidos. Examinaban cada libro que llegaba al campo y destruían todos los que, de algún modo, les parecían cristianos. Prepararon las llamadas «listas negras» y las enviaron a los hogares de los que figuraban en ellas; así, la gente sabía que aquellos hombres eran «alemanes traidores» por formar parte de una religión enemiga de Alemania. Por este motivo, muchos no tuvieron valor para unirse a nuestra comunidad religiosa, incluso aunque en su interior odiaban el liderazgo nazi.

La batalla se desarrollaba tanto a plena luz como en las habitaciones, donde en la noche cálida, seca e inhóspita del desierto, los nazis insistían en sus habituales bromas y mentiras sobre los cristianos y se burlaban de todo lo sagrado. Deseaban incitar a sus compañeros de cautiverio al odio y a las peleas. Algunos hombres maduros llegaban a mí llorando, angustiados por no poder soportar las burlas y obscenidades que seguían saliendo de la boca de los nazis, hora tras hora, en medio del calor y de la noche invadida por los insectos. Me preguntaron por lo que debían hacer y les respondí: «Manteneos en silencio, en un silencio absoluto. No se puede discutir con un estercolero. Tomad el rosario y recitadlo firme y serenamente. Si os preguntan por lo que estáis haciendo, decid: “Estamos rezando el rosario para que no vayáis al infierno”. Y aparte de eso, no habléis más». Siguieron mis instrucciones y asistieron diariamente a Misa para conseguir fuerzas para el día y la noche. Este reducido grupo de personas leales, con su fidelidad, nos ayudaron lentamente a ganarnos la atención de los demás, y así, muchos volvieron a la Iglesia tras años de ausencia. Me dijeron que el silencioso ejemplo de aquellos hombres les había infundido valor para confesar sus creencias.

Continuamos nuestros lentos esfuerzos por llegar a cada uno de los hombres. Yo celebraba la Misa del modo más atractivo y solemne posible. A lo largo del día, muchas manos se dedicaban a copiar las palabras y los cantos de un libro de oraciones. Un maestro de música austriaco organizó un pequeño coro que, en muy poco tiempo, alcanzó gran maestría.

Por las mañanas, el grupo de adoradores se colocaba alrededor del altar en la habitación sin paredes donde en los primeros días de

invierno reinaba un frío helador. Los hombres se envolvían en sus andrajos para protegerse de las bajas temperaturas matutinas. Yo explicaba la Misa y en aquellas charlas les daba a conocer, por primera vez, los tesoros de la liturgia. Se mostraban felices y agradecidos. Uno de ellos me dijo: «Por qué he tenido que esperar sesenta años para entender la Misa?». Además, prediqué más de doscientos sermones sobre ese tema ante unos oyentes situados en filas en el exterior. Para impartir la Comunión tenía que dividir la Sagrada Forma en menudas partículas, pero suficientes para proporcionarnos fuerza para todo el día.

No obstante, enseguida desearon tener algo más que veinte minutos de sermón, de modo que empezamos lo que se convirtió en una pequeña escuela de teología. Disponíamos de mucho tiempo, así que lo empleábamos en estudiar. Un capellán francés me envió una serie de las mejores obras, que yo estudiaba día y noche. Empezamos con un grupo dedicado a la Sagrada Escritura y, en la lectura común y en las discusiones, la palabra de Dios se hizo vida en ellos. En total, dedicábamos por lo menos cuatro horas semanales a un estudio intensivo de la Sagrada Escritura. Luego, les instruí sobre la fe, la liturgia, la historia de la Iglesia, la moral y todos los apartados de teología que fueran de interés para aquellos seglares. Ante su entusiasmo, incluimos también en el programa el latín y el griego. En total, yo empleaba alrededor de cinco horas diarias en dar clases sobre un tema u otro. Iba adquiriendo cada vez más confianza en la predicación y les hablaba de temas que interesaban a todos. Asombré a los oyentes nazis cuando, durante la clase de historia de la Iglesia, di a conocer los escándalos que habían estallado en ciertas ocasiones. Como ellos habían insistido ávidamente y con frecuencia sobre ese tema, retorciéndolo con sus mentiras, yo traté de decirles la verdad, sin tratar de justificar muchas cosas, y explicando los hechos tal y como habían ocurrido en el contexto de su tiempo.

La serie siguiente de veinte sermones trataron del matrimonio. En tales circunstancias, sin mujeres disponibles, muchas de las charlas se referían a las dos cosas de las que carecían... comida y mujeres. Por algunos de mis leales hombres me enteré de que un fruto de mis palabras sobre el matrimonio resultó ser una limpieza general en las

conversaciones privadas: cuando los nazis empezaban a difundir basura, muchos hombres se levantaban y se enfrentaban con ellos, y eso dio fin a sus sucias conversaciones.

La gran ruptura se produjo en Navidad. El jefe del campo había preparado unas conferencias sobre Yule, la fiesta alemana pagana. Con madera (que había sido robada) nuestro grupo preparó un maravilloso nacimiento adornado con cientos de velas pequeñas, y el coro actuó de un modo espléndido, con violines y otros instrumentos; decoramos el barracón con palmeras y abetos artificiales, y esperamos a ver qué ocurría. A las 20h, los nazis empezaron su Fiesta Yule; la asistencia era obligatoria. Los hombres acudieron y oyeron lo que se decía, pero callaron y no dieron muestras de aprobación. A las 23h, cuando todos se hubieron retirado a sus habitaciones, nos abalanzamos a través del campo y empezamos lo que calificamos de una peregrinación a la gruta. Todos los que pudieron, excepto un centenar de los más fanáticos nazis, asistieron a nuestra capilla en los barracones. Enseguida se llenó. Habíamos ampliado con mantas una pequeña zona que nos protegía del frío y aumentaba el espacio. Luego, encendimos los cientos de velas que habíamos colocado por doquier. A su cálida luz, la gruta se hizo visible y, entonces, el coro entonó los auténticos cantos de Navidad a los que se unieron los hombres. Durante unos momentos pareció que ya no había guerra, ni nazis, ni alemanes ni franceses, porque en aquellos instantes, todos éramos uno en Cristo. Estábamos en Navidad, un tiempo de paz para todos los hombres de buena voluntad. No era difícil llegar a los corazones de aquellas personas a través de las alegres nuevas de la Navidad. Después de la Misa, estuve oyendo confesiones durante horas. Los pecadores vertían lágrimas de dolor tras recibir la absolución sacramental. En penitencia, les imponía la asistencia a Misa durante algunas semanas; muchos de ellos continuaron haciéndolo durante meses, a pesar de haber expirado la «sentencia». Por aquellos días recibí varias cartas de algunos de los hombres que habían asistido, en las que me decían no haber disfrutado nunca de una Navidad igual. No podía haber sido más real; estábamos en un barracón sin ventanas ni puertas, en medio de un viento frío que arrastraba copos de nieve; los hombres estaban escualidos,

hambrientos, y vestían andrajos; no habíamos sido testigos de la pobreza, la penuria, la desnudez de la primera Navidad.., pero la vivíamos a diario. Carecíamos de todo lo que hace de la Navidad una fiesta gozosa en el hogar, pero sentíamos en nuestros corazones, como nunca hasta entonces, que el Niño Dios venía a este mundo en medio de la pobreza y la penuria; y nuestros corazones se inundaban de paz y de alegría.

A partir de aquel día, la comunidad de creyentes se fue incrementando lenta pero firmemente. Los ataques de los nazis eran cada vez más ineficaces. Y nosotros nos esforzábamos para que no se perdieran los frutos de aquella noche; aumentábamos las tareas educativas, intensificando nuestro interés en que los hombres estuvieran ocupados en sus fructíferos estudios y trabajaran desde la Misa de la mañana hasta las Completas de la noche. Se dice que «El Demonio encuentra trabajo para las manos ociosas», y yo trataba de impedir que sus manos y sus mentes fueran presa de la tentación.

Naturalmente, todo ello eran piedras contra mi tejado. Los líderes nazis estaban furiosos y trataban de hacerme imposible la atención a las almas.

Cuando me trasladaron al campo, los franceses me insinuaron que, de vez en cuando, podría darles a conocer las condiciones de vida en el interior. Hubo franceses que se lo advirtieron a los nazis. Aunque yo no les informaba, los franceses se enteraban a través de mis sermones, lo que llegó al conocimiento de los jefes nazis por boca de sus espías. En la tercera semana de Cuaresma fueron más lejos: bajo severas amenazas, prohibieron que los prisioneros se dirigieran a mí. «El enemigo del pueblo» se convirtió en sujeto de aislamiento; los que se atrevieran a escuchar mis palabras, recibirían severas palizas. Esto sucedía en la primavera de 1945, cuando la guerra llegaba a su fin. Los nazis sabían que se acercaba su hora y trataban de salvarse recurriendo a un aumento del terror. ¿Qué iba a hacer?

Pedí consejo a mis seguidores más íntimos, y ellos me aconsejaron que tomara la decisión de resistir. La alternativa era situarme al lado de los franceses y darles a conocer lo que sucedía en el campo, lo que daría a los nazis la ocasión de acusar a los católicos de enemigos del

pueblo. Así que esperé y permanecí firme. Las cosas no podían continuar durante mucho más tiempo.

20 UNA PESCA MILAGROSA

Estuve aislado a lo largo de dos semanas. Esta fue la mayor soledad durante mi vida en el campo. En su amargura por el resultado de la guerra, los jefes eran capaces de cualquier violencia, y se me aconsejó que no les provocara ni les diera el menor motivo para ejercerla sobre mí. Por fin, uno de los miembros de la Legión Extranjera dejó el campo y, antes de marchar, informó a los franceses del comportamiento de los nazis.

Fue el final del boicot. El líder del campo cesó, y los franceses llegaron a conocimiento de la situación: cómo los nazis alentaban la corrupción; cómo vivían y cómo se aprovechaban de la mayor parte de las provisiones de la Cruz Roja, sin las cuales habríamos muerto de hambre hacía tiempo. Los franceses eran los primeros en llevarse una buena cantidad, después los nazis y sus secuaces del campo, y el resto para nosotros. Los paquetes de la Cruz Roja llegaban una vez al mes, y los prisioneros recibíamos la mitad del envío original.

Con la pérdida de la guerra y el cambio de jefe del campo, llegó una era de relativa paz en materia religiosa, aunque nunca faltaron obstáculos. Ahora que, oficialmente, los nazis habían perdido, surgieron grupos comunistas y anti-nazis que, a su modo, no eran mejores que ellos.

Estábamos pensando en edificar una capilla y, en enero de 1945, empezamos a trabajar en ello. Era realmente una tarea excesiva para aquellos prisioneros depauperados. Teníamos que fabricar nuestros propios ladrillos a base de mezclar arena del desierto con excrementos de camello, paja y agua que cocíamos al sol del desierto y luego trasladábamos al campo. Los ladrillos eran tan grandes y tan pesados que, de vez en cuando, los hombres desfallecían bajo su peso; realmente era un trabajo sacrificado. Teníamos que pasar clandestinamente al campo todo lo necesario. Nada tan apropiado para

aquellos hombres, llenos de orgullo, paz y confianza, como la laboriosa tarea de construir una capilla en un campo nazi, donde, seis meses antes, no existía ni en nuestros sueños. Además de las dificultades materiales, teníamos que vencer la oposición de las autoridades francesas, que temían que una iglesia fuera motivo de disputas.

Me ruboriza confesar que la obtención de los cristales para las ventanas y la madera para los muebles fue una obra maestra de hurto. Los prisioneros se convirtieron en unos artistas: fabricaron un incensario y una custodia con madera, y un copón con el aluminio que extrajeron de un avión y que pulieron hasta darle la apariencia de plata. El Sábado Santo entramos en nuestra «catedral» cantando el *Lumen Gentium*. Esta capilla significaba para nosotros más que la mayor catedral del mundo. Era una hermosa estancia silenciosa, alejada del ruido del campo, ligeramente iluminada por las ventanas doradas, y muy apropiada para la oración. Podían acceder a los cultos unas doscientas personas; nunca pensamos que, al cabo de dos meses, tendríamos que ampliarla hasta el doble de su tamaño y que, incluso entonces, resultaría demasiado pequeña. Nuestra capilla se convirtió en un auténtico centro de oración; nunca la encontré vacía. En el sagrario, bajo llave, guardábamos el Santísimo Sacramento. Los hombres hacían la vela ante él, junto a los dos que se habían apuntado unos días antes.

Muy pronto, asistieron a la Misa diaria unos cien hombres, y en domingo, muchos más. Aquellas gentes pobres, achacosas, muertas de hambre y desesperadas, muchas de ellas enfermas, sentadas en el suelo, recibían la Comunión y encontraban fuerzas para continuar. Como se difundió la noticia de nuestra capilla, hubo religiosas que nos enviaron lienzos de altar y ornamentos, lámparas y muchas, muchas velas; al final, teníamos de todo. Desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche, los hombres acudían allí para rezar o estudiar; habíamos ampliado el programa de estudios de teología; incluso tenían exámenes, y a mí me sorprendía lo mucho que habían aprendido.

Y lo mismo que habíamos conseguido construir un templo, Dios construyó un invisible templo de fe en las almas de aquellas personas;

unos volvieron a practicar su religión, y otros se hicieron creyentes por primera vez en su vida. Jóvenes, que hasta entonces no habían oído la verdad sobre Iglesia, acudían en grupos, y allí, por primera vez, se enteraban de la gracia que es creer en Dios y saberse hijos suyos.

Aunque esta capilla, edificada en y con la arena del desierto, se habrá desmoronado, todavía permanece en pie la iglesia invisible que Dios edificó en el corazón de aquellos hombres, como lo atestiguan las muchas cartas que todavía recibo.

Quizá, nuestra gran experiencia consistió en descubrir la fuerza y el secreto de la oración. En los primeros años de estudio intensivo en nuestra capilla-escuela, el tema de mayor importancia fue la credibilidad del mensaje cristiano, tema de muchos de mis sermones y tema de discusión en muchos de los grupos. El primer año fue el año del planteamiento de la fe y de su profundo arraigo. En el segundo se insistía en el modo de vivir una vida de fe y descubrir en ella el valor de la oración. En primer lugar, preguntaba, ¿quién sabe rezar? Y ¿quién reza? Una encuesta me reveló que escasamente el cinco por ciento admitió que rezaba; y los que rezaban lo hacían por costumbre, y que sus oraciones eran, sobre todo, oraciones infantiles. Para la mayoría de los hombres, la oración era una carga o sencillamente una costumbre; en cualquier caso, era una tarea desagradable y para un hombre y un soldado, una ocupación molesta. En las personas piadosas, la vida de oración es algo fuerte y vital. La oración significa hablar con Dios como un niño habla con su padre; no es necesario emplear fórmulas y, si existen algunas formas fijas dictadas por los expertos en liturgia, son cánticos del cuerpo y del corazón; la auténtica fuente de cualquier clase de oración es el corazón que se desborda en fe y en amor.

Esto no solo se refiere a las mujeres y a los niños, sino que, en primer lugar y sobre todo, se refiere al hombre, cabeza de la familia, un aspecto que ignoraban los prisioneros; y que pedirles que hicieran oración no era lo último ni lo menos importante.

Por lo tanto, prediqué docenas de veces sobre la oración; al final, llegamos a tener dos sermones diarios. (Yo trabajaba escribiéndolos

en cada momento libre; cuando me marché había escrito más de dos mil). Pero gracias a Dios, logré prender en los corazones de aquellos hombres un insaciable fuego. Con fe y con esfuerzo, con perseverancia y alegría, muchos consiguieron alcanzar una oración extraordinariamente elevada y una profunda comunicación con Dios.

Así pues, como apuntaba un prisionero, aquellos años en el campo fueron un retiro continuado que nadie consideró demasiado largo o demasiado pesado. Nuestro eslogan era: «La oración es nuestra arma secreta».

Los grupos llamados «hombres torpedo» surgieron sin indicaciones por mi parte; su función consistía en ayudar a los que se habían separado de Dios. Cuando uno de estos «hombres torpedo» se encontraba con un camarada en semejante situación, inmediatamente rezaba por su conversión, lo decía a sus compañeros y todos se unían a él en su ataque con oraciones; y sentían una enorme alegría cuando el «atacado» recuperaba la fe o cuando un pecador se acercaba al sacramento de la Penitencia.

Entre la vida con el Señor en la oración, y la vida con Él en la Comunión, no había más que un pequeño paso. Antes de caer prisioneros, aquellos hombres se habrían burlado de la idea de recibir, incluso a diario, la Sagrada Comunión. Ahora aprendían cuán dulce es el Señor en el Santísimo Sacramento.

Se agotaron las Formas y el capellán francés se negó a proporcionarme más por temor a que las empleáramos como pan para satisfacer nuestra hambre. Tenía razón; las empleábamos para satisfacer nuestra hambre, pero hambre del alma, especialmente visible en este campo de prisioneros sin esperanza ni consuelo. Y cuando a los tres meses llegaron las primeras cartas con las noticias de las condiciones de nuestras casas, fuimos mucho más conscientes de que solamente el Señor en el Santísimo Sacramento podía ayudarnos. Desde uno o dos que lo recibían diariamente, el número ascendió a un centenar.

En los tiempos que siguieron, íbamos a necesitar aún más de aquella fuerza. Después de dos años, empezamos a recibir noticias de nuestra patria. Un hombre se enteró de que un tanque ruso había

arrollado a su mujer y a sus cuatro hijos. Era un hombre especialmente unido a su familia, que solía mostrar a los demás las fotos de los suyos, su posesión más valiosa. Y ahora estaban muertos.

Salió de la habitación y desapareció. Yo temí encontrarme con otro suicidio, como ocurría frecuentemente cuando llegaba una de esas cartas.

Fui a la capilla... y observé que faltaba el crucifijo del altar. Cuando se me acostumbraron los ojos a la oscuridad, vi al hombre desaparecido tirado en el suelo delante del altar, con el crucifijo en las manos. Intenté consolarle, pero, en medio de sus lágrimas, balbuceó: «No, no necesito palabras de consuelo. Por favor, ayúdeme a rezar lo que rezó usted ayer».

Hice memoria; se trataba de un sermón sobre el Padrenuestro, en el que insistía en la frase: «Hágase tu voluntad». Rezamos juntos el Padrenuestro, y cuando dijo las palabras «Hágase tu voluntad», la batalla estaba vencida. Tan grande fue aquel momento, que comprendí que su tensión y su dolor habían desaparecido como si fueran algo material, y él salió de la capilla rebotante de la fuerza y el deseo de continuar.

Estas experiencias fueron frecuentes; en la oración encontrábamos la fuerza para obtener numerosas gracias... fuerza que yo iba a necesitar especialmente en los días que se avecinaban.

Acabada y perdida la guerra, la Cruz Roja comenzó a enviar cada vez menos y menos alimentos; la comida era aún más escasa. Los franceses tuvieron noticias de Dachau y de algunos otros campos de concentración alemanes, y el lema en el campo de prisioneros llegó a ser «la venganza es dulce». El nuestro era un campo nazi, y sabíamos lo que nos esperaba: el castigo. El único modo de escapar consistía en salir del campo unidos a un grupo de trabajadores para no morir de hambre. Hasta este momento, la consigna del jefe del campo había sido la siguiente: «Un sargento alemán no trabaja, y especialmente, no trabaja para el enemigo». Solamente unos pocos se atrevieron a actuar de un modo distinto. Sin embargo, ahora el hambre obligaba a los hombres a presentarse voluntarios.

Mi nuevo encargo consistía en coordinar los grupos de trabajo. Yo había visitado ya algunos de ellos a unos cien kilómetros de distancia, en aquel mismo mugriento Midelt donde, dos años antes, me había dejado el enloquecido autobús. Las condiciones en ellos eran sorprendentes; los soldados, unos sesenta, hacían ver claramente que no necesitaban de la religión. Se sentían satisfechos de las cosas tal y como estaban, y se habían hecho fuertes. Todos eran artesanos —algo insólito en el desierto— y tenían buenos salarios. Las muchachas árabes recorrían el campo vendiéndose. Era un charco de corrupción, profundamente repugnante, donde el vicio se daba por supuesto.

Entristecido, dije Misa en una esquina en solitario. En Midelt había una iglesia atendida por un macilento franciscano. Aquel anciano se había vuelto débil e ineficaz, con el corazón destrozado tras largos años de piedad y abnegación: yo me compadecía de él, sintiéndome humilde ante su ejemplo de paz y de paciencia. Tenía que trasladarse todas las mañanas a una hora de distancia para decir Misa en un convento de Hermanas franciscanas, y se alegró de que yo me ofreciera a sustituirle. Yo había recibido, por fin, un hábito de franciscano y ahora podía recorrer la zona, y también visitar a las Hermanas. Era difícil para mí, más de lo que esperaba, pues yo no era más que piel y huesos. La primera mañana llegué al convento demasiado débil como para decir Misa. Después de descansar unos momentos, me recuperé, y entonces, me quedé sorprendido cuando las Hermanas me pidieron un sermón. Me arreglé, lo mejor que pude, para predicar en francés la palabra de Dios. Las Hermanas, Misioneras Franciscanas de María, llevaban el rostro cubierto, pero, al cabo de unos momentos, se alzaron los velos, sacaron los pañuelos, y, como a una señal, empezaron a llorar. Nunca me había ocurrido nada igual hasta entonces y estaba realmente admirado y desconcertado. Por fin, no pudiendo seguir, terminé sencillamente diciendo «Amén».

Después de la Misa, ante una bienvenida taza de café, pregunté a la Superiora por el motivo de aquellas lágrimas.

Me contestó: «Hace meses que no oímos un sermón; llorábamos porque, de nuevo, podíamos oír la palabra de Dios». Y parpadeando algo maliciosamente, continuó, «Además, había otra razón».

«¿Cuál era?».

«Llorábamos por el maltrato que sufría nuestra hermosa lengua francesa. Fue un martirio para la lengua y los oídos». (Eso no impidió que, cada vez que iba, me pidieran insistentemente la misma forma de martirio).

Aquel fue mi primer encuentro con las Franciscanas Misioneras de María, y significó mucho para mí, pues aquellas buenas Hermanas se compadecieron de nuestra pobreza y consiguieron una oleada de ayudas; enseguida llegaron coches cargados con buenos alimentos, ropa y otros artículos. Esta gran e inesperada ayuda del «enemigo» — pues todas eran francesas—, la auténtica caridad que demostraban las Hermanas, fue la mejor propaganda para nuestra religión. Yo era consciente de que muchos de los hombres que se alineaban para recibir alguno de aquellos valiosos regalos, estaban allí solo por lo que podían obtener, pero nosotros no hacíamos preguntas: lo repartíamos a todos sin atender a su religión o a su filosofía de vida; también aquello nos ganó muchos corazones.

Más importante que aquellos regalos materiales era el hecho de que las Hermanas rezaran por la conversión de los prisioneros. Delante del Santísimo Sacramento, no solo rezaban día y noche por la conversión de los nazis las Hermanas de Midelt, sino las de otros conventos. Muy pronto hube una docena de ellos en el Norte de África en los que se rezaba y se ofrecían sacrificios por nuestro campo. Ante tal borrasca celestial, muchos dejaron de resistirse, arrancaron de sus corazones la incredulidad y el paganismo del credo nazi, y aceptaron la creencia en Dios.

Tras unos meses de aguijonearlos, se confesaron y recibieron la Segunda Primera Comunión.

Hubo un hombre en particular, un acérrimo nazi, muy conocido en Alemania. Su conversión fue tan excepcional, que merece la pena relatarla con más detalle.

Sucedió unos meses antes de aquel viaje a Midelt que culminó con mi encuentro con las Hermanas Misioneras. Me enteré de que, en un valle entre aquellas montañas, conocido como «Valle del Infierno» a

causa de la intensidad del calor, vivía una Hermana completamente sola. Al principio, yo no lo creí, pues no había precedentes. Cuando, más tarde, tuve la oportunidad de ir hasta allí, en la hermosa montaña del distrito de Khenifra encontré a la Hermana Jeanne, aislada de los europeos, en medio de la soledad y de la penitencia. Gracias a un permiso especial del Papa, había conseguido residir en aquel lugar solitario, donde se alimentaba con un rigor casi inhumano. Los tres días que estuve con ella padecí hambre continuamente, ¡yo, que creía saber muy bien lo que eran privaciones! Ella cuidaba a los nativos enfermos, entrando de la mañana a la noche en sus sucias chozas para curar heridas espantosas y llagas infectadas. Todas las noches se arrodillaba durante tres horas, tan inmóvil como una estatua de piedra, ante el Santísimo Sacramento... Yo no podía creer lo que veían mis ojos. Gracias a un permiso papal, tenía el privilegio de guardar el Santísimo Sacramento en su reducida capilla, y un sacerdote-eremita, que vivía en una montaña aún más alta, bajaba cada tres o cuatro meses para renovar las Especies. Después, volvía a estar sola durante meses, dedicada a su trabajo y con el Señor en el Sagrario. Lo que vi y oí era increíble. Su cama, una tabla; su comida, una sopa aguada; ¡pero era feliz como un niño, y estaba mucho más fuerte y recia que yo!

Me reuní con ella por primera vez en su soledad —poco después de que me convirtiera en el capellán del campo nazi—, en una ocasión en que me sentía descorazonado a causa de la intensa oposición y de la persecución que padecía, además de que no lograba hacer progresos visibles. Cuando le anuncié que pensaba irme a otro campo donde el trabajo fuera más fácil y más gratificante, me replicó casi violentamente que yo iba a volver al campamento nazi.

«No puedo, Hermana Jeanne. Es demasiado para mí. He hecho todo lo posible, y he fracasado en mi empeño por llevar a Cristo a ese campo».

Me sorprendió asiendo mi hábito y mirándome a los ojos, mientras decía con una voz que atravesaba los huesos y los tuétanos: «Padre, en el Nombre de Dios, va a volver al campo inmediatamente!».

Cuando me recuperé de la sorpresa que me había producido semejante «orden», pues había sido dada de tal modo que sabía que no podría desobedecerla, me hizo escribir en un papel el nombre del peor enemigo de la Iglesia. «Deje el resto en mis manos, Padre», me dijo.

Hice lo que me pedía; le di el nombre de Kroch, un fanático nazi, acérrimo perseguidor de la Iglesia francesa y de su pueblo, y regresé al campo. En realidad, no tuve mucho tiempo para pensar en la Hermana Jeanne y, cuando a los tres meses Kroch vino a hablar conmigo, me preocupé. Estaba tan irritado por sus continuas infamias en contra de mí y por sus groseros comentarios en contra de Dios y de la Iglesia, que no quise verlo.

«Si Kroch quiere hablar conmigo dígame que venga por la mañana, a la vista de todo el mundo, y no en la oscuridad de la noche!». Fue un mensaje airado del que me arrepentí inmediatamente; pero lo dejé como estaba.

A la mañana siguiente, cuando esperaba en la fila para recibir la reducida ración de pan, Kroch se acercó a mí y, sin tratar de ocultar su petición ante los que esperaban junto a nosotros, me preguntó si podía confesarle:

«Yo era católico, Padre. Incluso fui monaguillo; mi madre era una mujer piadosa que se sentiría feliz si supiera que he vuelto a la Iglesia». Apenas podía creer a mis oídos, pero así era. Yo conocía parte de su historia: durante muchos años, incluso antes de la guerra, había sido un líder de la juventud en contra de Dios, y desempeñaba un papel de dirigente en la Alemania nazi.

A pesar de sentirme afectado, a pesar de sentirme conmovido por aquella petición, su admisión en la Iglesia de nuevo no era un asunto sencillo. Debía hacer penitencia pública por sus muchos errores conocidos. Un domingo tras otro, durante varios meses, permaneció en pie ante el altar, un pobre penitente, un reconocido pecador. Por fin, llegó el día en que, ante cientos de hombres que escuchaban reteniendo el aliento lo que tenía que decir, reconoció su culpa y su vergonzosa historia..., desde un chaval piadoso a uno de los más acérrimos enemigos de la Iglesia. Contó de nuevo la historia de su regreso a la Iglesia y pidió perdón. Finalmente, recibió la absolución

sacramental y la Comunión. Los hombres rodeaban el altar con lágrimas en los ojos, y después, fueron muchos los que esperaron pacientemente su turno delante del confesonario para dar por terminadas sus vidas de pecado.

En su soledad de Khenifra, la buena Hermana Jeanne había colocado junto al sagrario el papel con el nombre de Kroch y, noche tras noche, había pasado seis horas rezando por su conversión.

21 LAS AUTÉNTICAS FAUCES DE LA MUERTE

Habíamos perdido la guerra y, para escapar de la terrible hambruna, los prisioneros del campo tenían que presentarse voluntarios para los equipos de trabajo. El número de equipos disminuía cada vez más, pues muchos católicos se negaban a acudir a lugares lejanos: preferían pasar hambre en el campo. ¿Por qué?

Uno me dijo: «Si tenemos que ir a trabajar a cien kilómetros de aquí, no tendremos sacerdote. Y sin sacerdote no hay Misa, no hay Comunión. Es mejor padecer hambre física que dejar morir el alma. Por fin hemos aprendido lo que significa la Comunión, y ¿cómo abandonarla?». ¡Realmente era una fe sorprendente, fuerte y auténtica!

Y, como Dios ha prometido dar todo lo necesario a los que creen en Él, premiaría ese sacrificio, llevado a cabo conscientemente en su nombre. Habían marchado cientos de hombres, los mejores equipos estaban completos, cuando, de repente, aparecieron las Hermanas francesas buscando buenos católicos para trabajar en sus conventos. Les recomendé a mis hombres, que consiguieron el mejor trabajo que se podía encontrar en África: el cuidado de alegres jardines, buena comida, ropa nueva y domingos libres. Tenían Misa diaria y, para edificación de las Hermanas, comulgaban todos los días, recogidos, rezando y dando gracias a Dios por su gran bondad. Las Hermanas me informaron de lo gratificante que era ver a aquellos conversos manteniéndose fieles a su fe cuando no había nadie que los estimulara.

A finales del otoño de 1945, vino a visitarnos un capellán de otro campo que, en una ocasión, había sido capellán de Ksar-es-Souk. Había intentado en vano formar un grupo de gente piadosa, y se había marchado por culpa de las burlas y los insultos. No daba crédito a sus ojos cuando vio a tantos hombres comulgando todas las mañanas. Se alegró sinceramente, pero al marchar, me dijo: «Pida que le sea concedido llevar valerosamente la cruz que le ha de llegar».

Le respondí que en aquel campo había muchas cruces que llevar, pero insistió en que yo, como sacerdote, tendría que cargar con una especial, porque el pago de tantas bendiciones y gracias exigiría un sacrificio extraordinario.

Dejó el campo, pero volvió de nuevo y me pidió que me preparara, y preparara a mis hombres, predicando sobre el Vía-Crucis. Lo expliqué, decidimos hacer lo que nos pedía, y el 17 de enero de 1945 prediqué sobre la undécima estación durante la Misa vespertina.

Acababa de volver de un corto viaje para visitar a un equipo de trabajo. Al regresar al campo a última hora del 17 de enero, me enteré de que algo se preparaba, no por parte de los alemanes esta vez, sino de los franceses. Habían estado interrogando a muchos buenos católicos y también a varios protestantes, así como a su capellán. Se trataba de mí, pero yo estaba muy ocupado respondiendo a una serie de preguntas insignificantes del líder del campo, de modo que no tuve tiempo de hablar tranquilamente con alguien o investigar sobre lo que sucedía.

Empecé a celebrar la Misa y hablé sobre mis experiencias del último viaje. Inmediatamente después de la Consagración, irrumpieron los soldados franceses con las espadas desenvainadas. Yo continué celebrando y, antes de que los soldados me arrancaran del altar y me maniataran, tuve tiempo de administrar la Comunión y de guardarme en el bolsillo las Formas sobrantes. Me condujeron a través del campo en cuya verja encontré reunidos a los nazis y a los demás enemigos de la Iglesia, alegrándose de que su enemigo y «Jefe Nazi» del campo, como me llamaban, fuera a recibir su merecido castigo.

No podía imaginarme dónde estaba el error. Las siguientes horas no me dieron la solución, pero me demostraron que había serios

cargos en contra mía. Me examinaron e interrogaron de la forma más humillante posible. Por encima de todo, buscaban las marcas que las SS grababan en el brazo izquierdo de sus hombres; pero yo no las tenía porque, en el momento en que se hicieron, estaba en el hospital. Me visitaron unos veinte soldados, pero estaban bebidos casi todos, y tuve grandes dificultades para evitar que profanaran las sagradas especies. Por fin, uno de ellos, un católico, se guardó la píxide de oro, que me devolvió más tarde sin abrir.

Después de unas horas de un tratamiento irreverente, me encerraron desnudo en una celda helada, sobre un suelo de cemento, sucio y mugriento, y sin comida. Recordé la advertencia del sacerdote advirtiéndome que el precio de tantas bendiciones sería una cruz especial. Desde una de las celdas próximas me llegó el sonido de los gritos de un hombre al que golpeaban, y desde otra, oí a alguien que rezaba en voz alta y cantaba el Te Deum.

A la mañana siguiente, un coche celosamente vigilado me trasladó por última vez hacia el norte, a través de las altas montañas. Yo había hecho ese mismo viaje más de veinticinco veces, subido en el techo de aquel fantástico autobús, incómodo por cierto, pero protegido por mi hábito franciscano. Ahora iba tendido en el suelo boca abajo en un coche, vigilado por un guardia armado que, según algunos de sus comentarios, me hizo ver que no tenía muy buena opinión de mí. Yo estaba muerto de hambre. El verano anterior había estado gravemente enfermo, y los Padres Franciscanos de Marruecos consiguieron llevarme a su hermoso monasterio de Rabat Agudal donde, gracias a los cariñosos cuidados de la comunidad, en tres semanas recobré la salud. Pero desde entonces, había padecido hambre durante largo tiempo y, después de muchos trabajosos viajes, volvía a ser un manojo de piel y huesos. En el otoño contraí una infección pulmonar de la que no me había recuperado. Durante la noche que pasé desnudo, tendido sobre el cemento frío, empecé a toser de nuevo y, cuando llegué a Mequinez tenía fiebre alta. Me introdujeron, con únicamente una manta raída para taparme, en una sucia celda por la que corrieron durante la noche ratas y toda clase de bichos.

Tuve fiebre durante varios días en los que me alimentaron con una comida escasa y maloliente; un vigilante apostado continuamente a la

puerta, se asomaba cada cinco minutos para comprobar que yo no tramaba algún perverso proyecto. No me tenía en pie y, pocos días después tuvieron que arrastrarme ante el tribunal que me iba a interrogar.

Allí pude escuchar las cosas más increíbles que se decían de mí. Resultaba que yo era un enemigo de Francia porque había hablado en contra de la Cruz Roja en Rabat respecto a la administración de sus asuntos, asegurando que las comisiones se limitaban a controlar por encima los suministros. Además, yo era un nazi, uno de los peores, responsable de la muerte de muchos extranjeros, sobre todo franceses. Estaba considerado como un criminal, pues había engañado al Papa recibiendo una ordenación inválida.

Esto ya era bastante malo, pero lo peor estaba por llegar. El cargo final de la acusación afirmaba que no solo era un asesino de personas inocentes..., sino que había sido ¡el primer comandante de Dachau!

Naturalmente, me quedé sin habla ante tal sarta de mentiras, pero no pude contener una sonrisa al preguntar, divertido, cómo esperaban probar tan ridículas acusaciones. Pero se me borró la sonrisa cuando los jueces me mostraron una lista con veintisiete firmas de hombres de mi campo que juraban que yo era uno de los más temidos y odiados nazis. Figuraban los nombres de los que habían venido diariamente a recibir los artículos que enviaban las Hermanas cuando, de hecho, muchos cristianos renunciaban a ellos. Aquellos hombres ahora se paseaban con las ropas que les habíamos entregado, con las tripas llenas de los alimentos que otros, sacrificándose, les habían cedido. Y todo el tiempo habían conspirado y atestiguado que yo era el, con mucho, más infame nazi. Bajo la experta dirección de los nazis alemanes, informaron que yo conocía el lugar y las condiciones existentes en Dachau, daban nombres y fechas y describían las circunstancias en las que se me había visto cometer los crímenes. Aquello era más de lo que yo había imaginado, y comprendí claramente la gravedad de la situación. Los jueces me comunicaron abiertamente que mi vida corría peligro.

Fui a prisión, y un doctor me visitó. A continuación avisó de mi situación al Padre Bonaventure Hermentier, el capellán castrense de

Mekinez, y una mañana oí de nuevo las inolvidables, aterradoras palabrotas a las que ya me había acostumbrado después de muchas visitas y de muchas veladas con aquel afectuoso aunque malhablado hermano fraile. Ahora volvía aquel franciscano, dotado de la peor lengua que yo he conocido y de un corazón tan tierno como el de un niño. Empujó a un lado a los soldados, extendió su mano hacia mí, un esqueleto depauperado, y me cargó sobre sus poderosas espaldas. En medio de continuas maldiciones, me introdujo en su coche y, muy pronto, yo estaba cómodamente acostado en su propia cama. Ordenó a sus criados que no dejaran entrar a nadie, y se marchó.

Oí volver el coche alrededor de media hora después; entró con un gran cerdo, que empezó a correr por el patio como si supiera lo que le iba a suceder. Al escuchar el ruido, miré desde la cama que estaba junto a la ventana, y reí tanto que, a causa de mi debilidad, tuve que apoyar la cabeza en el alféizar. Por supuesto, el cerdo iba a ser sacrificado, pero ¿dónde y cuándo? Primero había que capturarlo, y la captura resultó ser un gran espectáculo. El buen Padre no era tan ágil como el cerdo que, durante un buen rato, escapaba de su alcance: corría alrededor del coche, por debajo del coche, por aquí, por allá, y por todas partes, mientras el Padre Hermentier, tras él, con los faldones al aire, lo perseguía maldiciendo a voces, casi artísticamente. Por fin, sudando profusamente, se quitó el hábito y continuó su cacería hasta que, por fin, atrapó a su chillona víctima debajo del coche. Había llegado su última hora. Incluso el asesinato no tuvo lugar con demasiada facilidad, resultando más bien un horrible espectáculo; al final era difícil decir quién era el matarife y quién el cerdo, pues ambos estaban cubiertos de sangre. Finalmente, colgó al animal en el patio, y unas horas después me llevaban a la cama unas espléndidas chuletas de cerdo.

Mientras tanto, a la puerta de mi cuarto tenía lugar una acalorada discusión: el Padre, con su pintoresco aspecto de carnicero, desnudo hasta la cintura y cubierto de sangre, enarbolando en la mano derecha el enorme cuchillo asesino y empleando su grosero lenguaje habitual, tranquilizaba a los guardias de la cárcel que habían venido a buscarme, asegurándoles que se hacía responsable de mí. Pero no les quedó duda de que no iba a permitir que un sacerdote, y sobre todo un

franciscano, muriera de hambre o fuera asesinado, especialmente cuando él estaba convencido de su inocencia. Se dio la vuelta, repitiendo la sencilla palabra, «¡Merde!».

En cierto momento, le dije que me parecía que quizá aquella palabra era un poco fuerte para que la empleara un sacerdote. Al día siguiente se presentó con un diccionario y me demostró que, como la palabra figuraba en él, podía usarla con absoluta propiedad. Ante tal lógica, no tuve nada que decir: simplemente sufrí un acceso de risa incontenible.

Permanecí dos semanas en su cama; por la mañana me traía la Comunión, y tres veces al día, me servía una chuleta de cerdo con la orden de que me la comiera toda, sin ni siquiera dejar restos para el perro o el gato. Yo obedecía, y en un par de semanas estaba bastante restablecido. Me devolvió a la prisión, pero antes se encargó de que estuviera limpia; añadió algunas mantas de parte de las Hermanas e incluso la Hermana Jeanne bajó de su celda solitaria para ayudarles. No sé cómo se enteró tan rápidamente, pero se ocupó con el Padre Hermentier de facilitarme las cosas. Uno de los sacerdotes que colaboraba con él relató el asunto a las Hermanas de Suiza en el convento de Grimmenstein de Walzenhausen, y muy pronto experimenté los frutos de sus continuas oraciones.

A las 5 de la tarde del día 27 de febrero de 1946, un oficial francés vino a decirme que, por veredicto del tribunal de guerra, la noche siguiente sería fusilado.

El Padre Hermentier estaba de viaje y no pudimos llamarle en busca de ayuda. Yo yacía en mi camastro, débil y desdichado. Los otros prisioneros que me rodeaban, que no eran soldados sino criminales, me preguntaron la causa de mi tristeza. Cuando les dije que me había llegado el turno antes que a ellos, uno me deseó un feliz viaje hacia el Cielo.

El oficial francés quiso saber la razón de que el prisionero riera de un modo tan cordial. Yo le dije que estaba contento porque iba a llegar al Cielo rápidamente.

El francés se me quedó mirando, incrédulo: «El Cielo... ¿crees que vas a ir al Cielo?».

«Sí, ciertamente; así lo espero».

Su asombro creció, y me preguntó: «¿Dónde está el Cielo? ¿Qué lugar es ese?», y otras preguntas. Yo no podía contestar a todas; era un francés que vivía en las colonias y, como supe más tarde, era médico.

Yo estaba deseando librarme de él, y le pedí que tuviera un poco de paciencia... que le enviaría una tarjeta postal desde el Cielo, pero que pasaría cierto tiempo hasta que hubiera cumplido mi etapa de Purgatorio.

Sacudió la cabeza y salió, pero volvió con algunos otros, todos ellos soldados negros con varias medallas prendidas en los uniformes. En mi presencia, les anunció que yo iba a ir al Cielo en la noche siguiente. Volvió una y otra vez, siempre haciéndome preguntas sobre el Cielo. Aquella noche me proporcionaron una buena comida... mala señal. Empecé a pensar que la cosa iba en serio.

A las 2:30h de la madrugada, entraron diez soldados y se llevaron a algunos de los prisioneros; iban a aplicarles la pena de muerte. A eso de las tres, se abrió la puerta de mi celda y entraron cuatro hombres: el oficial de la tarde anterior y tres soldados.

«Levántate; la compañía te espera en el patio».

Yo no estaba tan ansioso por ir al paredón; me sentía tan débil en el cuerpo y en el alma, que les dije: «Tendrán que llevarme, porque no puedo andar».

El oficial mostró cierta sorpresa; mandó salir a los soldados y les ordenó que cerraran por fuera la pesada puerta de hierro. Los hombres obedecieron asombrados y el corpulento oficial, tan grande como era yo antes de convertirme en el actual saco de huesos, se quedó conmigo. Colgó la antorcha que llevaba en la mano en una argolla de la pared y súbitamente se dirigió hacia mí con el sable en la mano. Yo pensé que había llegado mi hora, pero no... todavía no. Puso la punta de la espada sobre mi pecho y, con voz sofocada me preguntó: «¿De verdad vas a ir al Cielo?».

Sin atreverme a respirar profundamente por tener aquel agudo y frío acero tan próximo, dije lenta y suavemente: «Así lo espero».

De repente, apartó la espada, se sacó el cinto, dejó en el suelo su casco de acero, y asiendo mis manos férreamente, explotó: «¡Padre, quiero confesarme!».

Yo me quedé sin habla, con una mueca de dolor a causa del estrecho y fuerte apretón. ¿Estaría loco? Me retorció las manos con una fuerza increíble mientras repetía: «Confesión, ahora, por favor!».

Le dije: «Hay muchos sacerdotes en la ciudad; diríjase a uno de ellos».

«No, no; tiene que ser usted», gritó.

«¿Por qué yo?».

«Porque se va a ir al Cielo inmediatamente».

¿Qué podía hacer? Le oí en confesión. Lloraba mientras lo hacía, por primera vez en largos años; luego me besó las manos. Se sentía feliz, como nunca en mucho tiempo, y le dolía el tener que llamar a sus hombres para que me ejecutaran. Estaba convencido de mi inocencia, pero no podía hacer nada respecto a ello.

Le pregunté: «¿Quiere comulgar? Aún conservo dos Sagradas Formas». Asintió, y yo le di el Pan de Vida y luego me lo administré a mí mismo. Lloraba abiertamente; todo aquello resultaba excesivo incluso para mí, cuando, de repente, oímos un gran estrépito en el exterior. El oficial se puso en pie rápidamente y tomó su arma; entonces, entró en la celda otro oficial.

Llevaba un papel en la mano; empezaron a hablar excitadamente, con demasiada rapidez como para que mi fatigada mente pudiera traducir. Salieron y cerraron la puerta. Oí varios disparos en el patio. Oí marchar a algunos soldados, y después el silencio; en el ambiente reinaba una calma terrible.

¿Ahora qué?

Nada. No sucedió nada, y yo caí dormido, muerto de cansancio. Días después supe que había llegado de París la orden de reabrir mi

caso y, como se descubrió después, la Santa Sede había intervenido tomando cartas en el asunto.

En cualquier caso, yo estaba salvado, y aquella confesión extraordinaria, que retrasó la ejecución, conspiró con la oportuna llegada de la orden de París que, una vez más, me arrancó de las fauces de la muerte.

22 UNA MUJER CON ASPECTO DE REINA

Aquella extraña experiencia y su extraordinario resultado fortalecieron mi fe en la legitimidad de mi misión más que cualquier otro suceso de mi vida sacerdotal. Y no es que me convenciera de mi propia invulnerabilidad; más bien me infundió una profunda humildad y una mayor aceptación de la voluntad de Dios en todas las cosas. Yo sabía que todo lo que me sucediera, todo lo que me aconteciera a lo largo de mi vida, estaba destinado a servirle.

Tenía la impresión de que aquel extraordinario acontecimiento había tenido lugar para demostrarme que estaba en el camino correcto y que todo lo que tenía que hacer era continuar siguiendo el que Él me marcara.

De modo que estaba salvado. Dos días más tarde me trasladaron a Marrakech, a un campo al sur de Casablanca. Pasé un día maravilloso con un piadoso y buen hermano franciscano. Sorprendido, me enteré de que al día siguiente me iban a enviar a Europa y, si todo iba bien, me permitirían volver a casa. Aquello me venía de perlas, pero me había librado por los pelos demasiadas veces como para confiar en aquella repentina suerte. Recibí «nueva» ropa vieja y me registraron el equipaje; todo estaba dispuesto para el viaje, pero, como siempre, se produjeron unos hechos misteriosos. Tenía razón en no alegrarme anticipadamente, pues me enviaron a una gran prisión donde celebré la Pascua con unos hombres enfermos de alma y de cuerpo. Me preocupaba su patética condición, pues era difícil pensar que mi mensaje de esperanza pudiera llegar a las profundidades de unas mentes dañadas por el terror.

Una mañana me dijeron que saldría al día siguiente, y así fue, pero no en barco, sino en un camión que me condujo a Uarzazate, en la zona sur del Atlas. Era un campo para oficiales y no había capellán. Cuando llegué, me llevaron a una habitación llena de oficiales. El general me llamó; cuando me acerqué se puso en pie y me estrechó la mano. Hasta entonces, no me había sucedido nada parecido. Cuando nos quedamos solos me pidió la bendición; más tarde me enteré de que era católico y un hombre noble de cuerpo y alma. Me prometió toda la ayuda posible, aunque no podía hacer mucho porque yo no era el capellán oficial. Yo estaba allí porque iban a estudiar de nuevo mi caso.

«¿Qué puedo hacer por usted, Padre?».

«Me gustaría tener aquí el equipaje y el maletín de la Misa», pero ya estaba allí todo, esperando mi llegada de Ksar-es-Souk. Por lo menos, pude celebrar de nuevo el Sacrificio de la Misa. Al principio, lo hacía en una pequeña habitación apartada; después, comprendimos que necesitábamos una capilla, de modo que a las tres semanas, y habiendo recuperado mis fuerzas, empezamos a edificar una con gran entusiasmo y con la ayuda del general. Acabamos en muy poco tiempo, ya que, gracias a la experiencia anterior, pude evitar los errores de Ksar-es-Souk. Resultó muy hermosa. Los oficiales, muchos de ellos cristianos auténticos, trabajaban más duramente que los suboficiales de Ksar-es-Souk, pues no consideraban, como ellos, que era indigno mancharse las manos con el trabajo físico. Gracias a su ayuda, todo resultó maravillosamente, y después de consagrarla, estábamos entusiasmados. Yo no tenía un permiso «oficial» para predicar, pero el general cerraba los ojos, y todo iba perfectamente.

Desgraciadamente, la excitación y las muchas millas de viaje fueron demasiado para mí. Caí gravemente enfermo, con la tercera pleuresía en medio año. El general hacía lo que podía, y su esposa me llevaba los mejores alimentos a la enfermería francesa donde insistieron en cuidarme. A las dos semanas fui capaz de tenerme en pie. Los doctores me habían atendido bien y el general me visitaba a diario. Iba a dar mi primer paseo por la habitación cuando, a última hora de la tarde, me hizo llamar. Con aire de tristeza me comunicó que tenía que marcharme por la mañana temprano.

«¿Dónde iré ahora?». No tenía el menor interés en un nuevo viaje.

«No le puedo decir dónde; lo siento. Pero no se desanime. Yo sé que no es un nazi. Todo saldrá bien, Padre... aunque se le presenten malos tiempos». Aquel hombre estaba más alterado que yo cuando, de nuevo, me marchaba con destino desconocido.

A las 14h del día siguiente, llegó un coche con cuatro guardias para custodiar a un sacerdote enfermo y desvalido. Me obligaron a prometer que no intentaría escapar... ¡una idea absurda, dada mi débil condición!, y no me esposaron. Viajamos hasta las siete de la tarde por el alto Atlas recorriendo una carretera entre profundos precipicios, y llegamos a la ciudad de los Mártires franciscanos, Marrakech, donde había dicho Misa en una ocasión y había sido muy bien recibido por la comunidad.

Pregunté al oficial si tendría inconveniente en detenerse unas horas; me gustaría visitar a los franciscanos.

«Lo siento, Padre; tengo orden de llevarle a Algiers por el camino más corto».

Ya sabía dónde íbamos. Estaba previsto que tomáramos un tren en Marrakech que nos llevaría a Casablanca en tres horas. Allí, tendríamos que esperar aproximadamente otras siete.

«Y ¿qué haremos en ese tiempo?», pregunté.

«Usted irá a la cárcel, naturalmente; nosotros ya encontraremos el modo de divertirnos», contestaron sonriendo afectadamente.

Entré en aquella prisión; constaba de una serie de celdas hechas de barrotes y una mirilla para barras de pan, tomates fritos y otras delicias. Pensé. «Esto puede llegar a ser muy interesante. Espera y verás». Había sobrevivido a muchas tempestades anteriormente.

Mi acompañante llevaba una cesta de selecta comida que había enviado el general del campo y me invitó a compartirla, pero rehusé, pues era jueves, el día de la institución de la Eucaristía, y deseaba decir Misa siempre que fuera posible. Hasta ahora me las había arreglado para celebrarla todos los jueves. Se rieron de mí. Era imposible ir a una iglesia: me enseñaron la orden en la que constaba

que tenían que llevarme a un campo en Algiers por la ruta más corta, y sin hablar con nadie por el camino.

Ahora estaba seguro de que me consideraban peligroso y sabía también el motivo de que me llevaran a un departamento para mí solo, aunque el tren iba atestado. Mi acompañante, que por otra parte era muy agradable, me dijo que, según los papeles que estaba leyendo, era evidente que se iban a presentar serios cargos contra mí.

Llegamos a Casablanca; la estación estaba repleta y los cuatro guardias trataban de abrirnos paso entre la multitud. En el lado opuesto estaba la prisión donde iban a encerrarme para convertirme en el hazmerreír de la ciudad. Sin embargo, cuando salimos de entre la muchedumbre, aparecieron ante nosotros, como salidas de la nada, dos o tres Hermanas franciscanas, y la impresionante figura de la Madre Monique, la Madre Provincial. Yo comprendí que tenía que dirigirle unas palabras.

La había conocido el año anterior, cuando recibí una carta en Ksar-es-Souk que decía:

Por favor, venga a verme lo antes posible.

Mére Monique.

La carta venía de Casablanca. Como yo no había estado nunca en Casablanca ni conocía a la Madre Monique, me dirigí al general francés del campo pidiéndole que me explicara todo aquello. Yo creo que no llegó a leer la carta; cuando vio la firma «Monique» se mostró muy afectuoso y me dijo que tenía que ir inmediatamente a Casablanca.

«Cuando esta mujer escribe una carta así, solo se puede hacer una cosa... seguir sus instrucciones». No me explicó de quién se trataba y simplemente me dijo que me marchara al momento. Evidentemente aquel buen general respetaba —incluso se puede decir que temía— a la Madre Monique, y a instancias suyas dejó el campo aquella misma noche. Siempre era bueno salir de allí, y a los dos días llegaba a Rabat, donde pasé una noche con los franciscanos.

Cuando mostré la carta al buen padre Maurice, el Ecónomo, él, que era la paz y la serenidad personificadas, se puso nervioso y dijo que debía ir a verla inmediatamente; no convenía hacer esperar a aquella persona.

Bien, yo tenía que ver al obispo respecto a ciertas facultades para el campo y, un poco irritado por todo aquel alboroto por culpa de la orden de una monja, fui a visitarle en primer lugar. Respecto a las facultades, el obispo me tranquilizó con una sonrisa, diciendo: «Es usted el hijo predilecto del Santo Padre y del obispo del Sahara; haga lo que crea lo mejor». Luego le enseñé la carta de la monja, y me dijo: «Vaya al momento y muéstrese humilde en su presencia».

Yo exploté: «Excelencia, ¿quién es esa Madre Monique? ¡Todo el mundo parece respetarla... y muchos la temen!».

Se echó a reír e insistió: «Vaya y juzgue por usted mismo. Pero he de decirle algo, Padre: si no consigue ganarse la amistad de esa mujer, tampoco yo podré ayudarle. Debe prepararse también para dejar Marruecos inmediatamente».

Eran unas palabras muy fuertes, y yo esperaba ansiosamente el resultado de aquel encuentro en Casablanca, donde Anfa es, en Marruecos, la Casa Madre de las Franciscanas Misioneras de María. Llegué, y apenas me había sentado en el locutorio, cuando Madre Monique irrumpió en él.

No hay otro modo de describir su aparición —entró como un vendaval— y, antes de que yo pudiera articular palabra, se dirigió a mí gritando: «Así que es usted el Padre que llaman nazi, y que en el campo se comporta con los nazis con demasiada suavidad! ¿Por qué ha venido a Marruecos si pretende continuar con ese método erróneo? ¡Desde ahora, tratará usted con más dureza a esos perseguidores de la Iglesia... esos asesinos!».

Me quedé sin voz; aquello era más de lo que había esperado. ¡Una mujer dando órdenes! Reaccioné con irritación, y dije secamente: «Soy un sargento mayor alemán; ¿cree usted que voy a recibir órdenes de una mujer, de una monja? Sé personalmente cómo hay que tratar a los nazis. ¿Ha conocido a alguno? Durante años he vivido entre ellos.

Como soldado, me formé con ellos, mis métodos son correctos como lo demuestran los resultados obtenidos en el campo. Si me ha escrito usted para decirme eso, me vuelvo inmediatamente». Estaba terriblemente furioso y a punto de marchar, pero ella se puso en pie y cerró la puerta. Se convirtió en la amabilidad personificada, como si no hubiera dicho nada desagradable. Daba la impresión de que mi conducta le complacía bastante; aquello era lo que admiraba en un capellán de los nazis.

«No debe tomarlo a mal, pero he oído hablar mucho de usted a la Madre Superiora Agnes en Midelt, sobre su trabajo y sobre su excelente francés, que les hace llorar al oírle». ¡Qué discreto y eficaz resultaba su modo de humillarme mientras me alababa! «Siéntese, por favor. Ahora, padre Goldmann, este es el motivo de mi llamada. Deseo ponerme de acuerdo con usted».

«¿Un acuerdo con un capellán de presos?».

«Sí, porque usted conoce el sufrimiento y el sacrificio de la vida en prisión, y deseo que ofrezca todas las pruebas de la cárcel por nuestros conventos. A cambio, nosotras ofreceremos nuestras oraciones y nuestros sacrificios por el bien de los presos. De este intercambio, Padre, solo podemos obtener bendiciones».

Me vi obligado a admirarla, pues semejante plan solo podía proceder de un corazón lleno de fe... ¡y para esto me había hecho recorrer más de mil kilómetros! Hablaba tan brillantemente de los efectos de aquel compromiso adoptado por ambas partes, aquel compromiso sincero, que no pude sino estar cordialmente de acuerdo con ella. Nos convertimos en buenos amigos, y no tuve necesidad de hacer las maletas y escabullirme de Marruecos.

No es fácil describir todo lo que hizo por nosotros aquella mujer, que tenía todo el aspecto de una reina: cómo tuvo a sus Hermanas rezando continuamente por nosotros, cómo nos ayudó con cosas materiales, cómo empleó a nuestros cristianos para cuidar los jardines de sus conventos, y cómo nos atendió con el cariño de una madre y la generosidad de una gran señora. Dios le pagará por ello, ahora que ha sido llamada para recibir su eterna recompensa.

23 LA SEMILLA DEL CAMPO

Allí estaba, pues, la Madre Monique, ahora en Casablanca, apareciendo como un enérgico espectro, justamente la última persona del mundo que yo esperaba encontrar. Antes de que los guardias, o yo mismo, nos hubiéramos dado cuenta, en un segundo me introdujo en un coche impidiendo cualquier resistencia. A una velocidad endiablada nos dirigimos a Anfa, al blanco convento de las Hermanas. Allí nos dieron agua para lavarnos e inmediatamente me llevaron a la sacristía, donde estaban preparados los ornamentos para la Misa y donde me esperaban dos de los hombres que trabajaban allí como miembros del equipo de trabajo. Al principio, no los reconocí:

Unos pocos meses habían bastado para que parecieran más gruesos y más saludables, vestidos con ropas nuevas, que les daban la apariencia de lores, comparados con los esqueletos andrajosos que habían sido.

Para mí, lo más importante en aquel momento era que iba a decir Misa gracias a la Madre Monique.

Después de la Misa, le pregunté cómo sabía que llegaba e incluso cuál era mi tren. Me habían sacado en secreto y se suponía que todo el mundo ignoraba mi marcha y el lugar al que me dirigía.

Sonriendo con una especie de misteriosa sonrisa, me dijo: «Realmente es muy sencillo, Padre Goldmann. Usted ha hablado con frecuencia del poder de la oración de las Hermanas y de su propia confianza en la intercesión de Santa Teresita del Niño Jesús. Hace tres semanas, dio la casualidad de que una de nuestras Hermanas estaba en París trabajando en la Oficina Central para los Prisioneros. Intentaba contratar trabajadores para el convento. Le hicieron esperar mucho tiempo en el despacho privado del comandante y, mientras esperaba», aquí se echó a reír, «su mirada cayó, por completo accidentalmente, desde luego, sobre un papel que estaba encima de la mesa. Llevaba el sello de “Estrictamente secreto” en la parte superior y, de nuevo accidentalmente, tuvo ocasión de ver el nombre de Goldmann en él.

Leyó horrorizada que el Padre Goldmann, de quien tanto había oído hablar, iba a ser trasladado desde Uarzate a un horrible campo de castigo en Aigiers. Bajo las palabras “Estrictamente secreto” estaba escrito: “Sacerdote nazi”.

»Nos escribió inmediatamente dándonos tan dolorosas noticias. La carta llegó hace nueve días y causó una gran consternación entre las Hermanas. Una de ellas pensó que usted pasaría por Casablanca camino de Algiers y que quizá podríamos ayudarle en la estación».

«¿Y usted iban a la estación diariamente para encontrarse conmigo?».

«No, no, fue mucho más sencillo que eso. La Hermana Sacristana propuso hacer una novena a Santa Teresita para que usted llegara aquí a los nueve días, y considerando que hoy es el noveno día y que solamente llega un tren del sur, usted tenía que venir en él. Así que nos fuimos a la estación y ¡allí estaba usted!».

Yo me quedé mudo ante la fe de aquellas Hermanas. Pero no solo eran sencillas como palomas; también eran astutas como serpientes. Además de obsequiarme con una comida principesca, ofrecieron también los mejores alimentos a mis guardianes. El líder del grupo recibió una botella de vino y las instrucciones para que me condujera a Rabat, al monasterio franciscano.

A última hora de la tarde, los achispados franceses y yo llegamos a la estación. Viajamos en primera clase y, a eso de las nueve de la noche, llegamos a Rabat donde, avisadas por la Madre Monique, nos esperaban algunas Hermanas. Nos acompañaron en coche hasta el monasterio franciscano, donde todos disfrutamos de una cómoda habitación. Mis guardianes no habían imaginado semejante viaje y no mostraban prisa alguna, así que nos quedamos varios días en Rabat.

Fui a hablar con el anciano obispo de Vieille y le expliqué todo lo que me esperaba. Montó en cólera, lo apuntó todo y me prometió presentar una queja ante el General de Prisiones quien, más tarde, me ayudó considerablemente. Vestido de franciscano visité algunos lugares importantes y luego continuamos el viaje hacia el campo de castigo. Tuvimos que esperar una hora en Mequinez, donde

nuevamente nos esperaban unas buenas Hermanas con una cesta de comida y dos gruesas mantas de lana de oveja que me resultaron muy útiles posteriormente.

En Oujda, la estación de la frontera, me llevaron en coche a un monasterio franciscano donde había estado tres años atrás al entrar en Marruecos en memorables circunstancias. El mismo amable Superior me dio la bienvenida y, después de una noche de descanso, continuamos nuestro viaje. Mis guardianes iban fortalecidos con un excelente vino y en cada parada, las buenas Hermanas nos entregaban cestas de comida. Fue un viaje muy agradable y yo intentaba alejar de mi mente lo que me esperaba al final de él.

A través de montañas y de tierras desérticas llegamos al sur de Algiers y, finalmente, a un lugar cuyo nombre no recuerdo, pero cuyas actividades no olvidaré jamás. En lo alto de la montaña había una iglesia y un poblado que podía verse desde kilómetros de distancia; el campo quedaba en el valle. En una esquina estaba la sección especial para los nazis, con doble alambrada de espino, guardias extra, y un menú especial de sopa aguada. Los reducidos barracones estaban llenos de chalados y contenían a cincuenta hombres calificados de nazis. ¡Qué estupidez! Aquellos hombres eran húngaros, polacos, rusos, italianos y belgas, muchos de los cuales eran buenas personas que no habían cometido crimen alguno. En realidad, había algunos criminales, incluidos dos asesinos, pero ¡aquellos hombres no eran nazis en absoluto!

Yo fui recibido cortésmente a la entrada del campo. El intérprete y otros franceses fueron muy amables al ver entrar a un prisionero alemán con la cruz de capellán y la bandera de la Cruz Roja bajo el brazo. Se quedaron asombrados cuando vieron que me acompañaban cuatro guardias, pero su actitud cambió radicalmente en cuanto leyeron el informe. El intérprete me increpó: «Nazi, cerdo, asesino embustero!».

Me rodeaban, mirándome como si fuera el demonio en persona. Después, por supuesto, me examinaron desnudo y, para general decepción, no encontraron la maldita marca de las SS en mi brazo izquierdo. Entre los que me insultaban y golpeaban había un joven

cabo que se me acercó exageradamente profiriendo palabras injuriosas. Entre gritos, le oí decir en voz baja una palabra que me sonó como «seminarista». Pensé que se estaba burlando de mí y, como no le di respuesta, pareció aún más furioso. Finalmente, me condujeron a los barracones de las SS a través del campo custodiado por ametralladoras.

Entre los hombres que ya estaban allí, reinaron el asombro y la sospecha. ¿Cómo podía ser capellán y al mismo tiempo un hombre de las SS? Había algo raro; los hombres se mostraban reservados; no confiaban en nadie. Yo sabía, por amarga experiencia, que en aquellos campos los hombres denunciaban o informaban sobre cualquier otro que hubiera salvado su vida, solo a cambio de un aumento temporal de la comida o de otra forma de prebenda.

Los barracones eran estrechos, calurosos y sucios, con el suelo de arcilla; las literas estaban llenas de chinches, y la mayoría de nosotros carecíamos de mantas. Las dos de gran tamaño, de lana, blancas como la nieve, provocaron sospechas... ¡yo debía ser un agente secreto! Nadie me habló durante el primer día. Solamente nos daban una sopa que olía mal y sabía peor, pero yo había estado comiendo bien y podría resistir algún tiempo.

El techo del barracón estaba fabricado con hojas de palmera que, aunque hacían que el calor fuera menor, tenían otros inconvenientes. En cuanto llegaron las lluvias, las primeras lluvias torrenciales desde hacía dos años, tuvimos que refugiarnos, sentados en el lodo, bajo nuestros catres. Muchos cayeron gravemente enfermos, pero, después de todo, solo éramos nazis, no seres humanos. Gruesas serpientes se deslizaban desde el techo y los húngaros las atrapaban para comérselas. Yo las probé, y la repugnancia que sentí me sorprendió, pues realmente no sabían tan mal. Pero preferí pasar hambre. Los húngaros también asaban ratas que cazaban en gran número. Un hombre con sentido práctico come cualquier cosa cuando está hambriento. Aprendimos a preparar ensaladas con raíces y cortezas de árboles.

Pasé dos meses inolvidables en aquella prisión.

Alrededor de los barracones había un pequeño camino vigilado por un guardia que paseaba de acá para allá, observándonos para que no desapareciéramos entre el espeso seto. En cuanto salía el sol, nos sentábamos frente al desmoronado edificio para secar nuestras ropas y quitarnos los piojos; pero lo peor de todo, después de las continuas punzadas del hambre, eran los ataques de las moscas. Nos acosaban sin piedad miles de ellas, hasta que muchos hombres las dejaban, indiferentemente, posarse en las numerosas heridas de su cuerpo. Moscas de día y chinches de noche... ese era nuestro castigo.

Un día oí una voz áspera y potente que llamaba al capellán nazi. Esperaba fuera el joven cabo que vociferaba más fuerte que nadie cuando entré en el campo. Llevaba un látigo en la mano y yo me preparé para lo peor. Me observó mientras me adelantaba y me empujó gritando y agitando el látigo. No me alcanzó ni una sola vez. Mis compañeros decían que los golpeaban frecuentemente en un rincón del campo para hacerles decir unos secretos que nunca escondieron. Me condujo al rincón, fuera de los oídos y parcialmente fuera de la vista de los otros. El cabo blandió el látigo, pero golpeó el poste en lugar de a mí, mientras continuaba chillando. De vez en cuando, se las arreglaba para contarme, en susurros, parte de su historia: era un seminarista: me pedía perdón por parecer tan furioso y por haberme tratado con tanta dureza, pero era el único modo de ayudarme sin que los otros entraran en sospechas.

«¿Necesita algo?». Me quedé completamente sorprendido y le dije inmediatamente que necesitaba algo de pan y vino para decir Misa.

«Eso es imposible, Padre», susurró mientras el látigo golpeaba de nuevo el poste.

«Si puedes conseguirme pan y vino, yo me las arreglaré».

Me devolvió al barracón, siempre gritando e insultándome, y a las diez de la noche me trajo lo que necesitaba. Se lo había entregado el sacerdote de la montaña.

Ahora podía decir Misa, pero ¿dónde? En el peor de los casos, en el barracón, pero sería mejor limpiar la cochera contigua. La cuestión era, ¿cómo entrar en ella? No se nos permitía dar un paso fuera de los

límites de la prisión; nuestras letrinas consistían en un cubo a la entrada. El guardia dispararía en cuanto alguien diera un paso fuera de los límites. Nos contaban una o dos veces cada noche porque éramos peligrosos y, a pesar de todas esas precauciones, algunos conseguían escapar. No teníamos nada que perder y todo que ganar y, cuando pregunté a algunos compañeros presos si estaban dispuestos a arriesgarse después del segundo recuento, me sorprendieron mostrándose de acuerdo.

Después del recuento de las dos de la mañana, cuando el vigilante volvió de su ronda, nos arrastramos unos veinte metros en dirección a la cochera. Encendí un cabo de vela y dos de los hombres que me acompañaban sujetaron un tablero mientras yo decía Misa con una pequeña estola como vestidura, con el vino en un vaso corriente y con la ayuda de un pequeño misal inglés.

Yo ya había dicho Misa anteriormente de modo peculiar. En la prisión de Mequinez un hombre negro me había entregado el maletín de Misa del padre Hermentier. Dijo que lo había «encontrado» en la sacristía, omitiendo el hecho de que yo le había informado del modo de entrar y del lugar donde estaba la llave. Entró cuando no había nadie en los alrededores y la tomó prestada. En aquella época yo estaba tan débil que me tenían que sostener dos hombres. Uno de ellos sujetaba el cáliz para que no se cayera o se volcara, mientras yo celebraba ayudado por dos guardianes.

Ahora estábamos en la cochera; uno de los hombres que sostenían el tablero que servía de altar era un asesino, como supe más tarde. De ese modo dije Misa catorce días. Al final, decía Misa cuando nos levantábamos y teníamos permiso para lavarnos. No era difícil llegar hasta la cochera, que habíamos limpiado. Yo había fijado un tablero a la pared con dos ganchos y lo usaba como altar.

Al cabo de dos semanas, las cosas cambiaron radicalmente. Yo continuaba en el barracón, pero me llamó el general del campo para hablar conmigo, sin intérprete, durante mucho tiempo. Solo estaba presente el cabo, el Seminarista. Obtuve permiso para ir a la montaña para confesarme con el sacerdote, lo que hice, desde entonces, dos veces por semana. Luego me permitió decir Misa en la capilla del

campo. El capellán era también alemán, pero no confiaba en mí y me mantenía al margen. Por el seminarista, me enteré de que había llegado una nota de Francia diciendo que había que tratarme amablemente; dicha nota venía del Santo Padre a través de París, en la que preguntaba el motivo de que me trataran como a un perverso SS cuando él mismo había dado el permiso para mi ordenación.

Varios meses antes, y con ayuda de uno de los guardianes, yo había enviado directamente una carta clandestina al Santo Padre; quizá fue esa carta la que me procuró su intercesión. En cualquier caso, ahora podía respirar libremente en aquella sección especial del campo como cualquier otro prisionero. Tenía la posibilidad de subir, sin guardián, al poblado de la montaña para recuperar fuerzas en casa del piadoso, pobre y amable sacerdote, y alimentar a mis hambrientos compañeros con los regalos de la gente del pueblo.

Desgraciadamente, todo esto solo duró unas semanas. Una mañana se produjo una gran conmoción; el campo estaba rodeado de soldados. Nos enteramos de que toda una compañía había podido escapar después de meses de preparación, y con la ayuda de muchos árabes y franceses que les habían proporcionado ropas y todo lo necesario para la huida. La fuga había sido planeada con todos los detalles de la precisión alemana; escaparon en un camión militar francés, cuya ausencia solo se advirtió dos días después, cuando aquellos osados fugitivos habían llegado ya al Marruecos español. Entre los huidos había dos de nuestro campo y uno de la sección especial. Se rumoreaba que yo me había enterado del plan y de que los había ayudado con mi conocimiento de Marruecos. Yo era alemán, aunque quizá no un SS, y en opinión de los franceses, también era un nazi. Ahora se produjeron nuevos acontecimientos.

Bajo una fuerte vigilancia —de hecho, un guardián por cada preso— y con varias ametralladoras, sacaron del campo a diez de nosotros y nos llevaron a la estación del ferrocarril. Allí, subimos a un camión con tres veces más guardianes que prisioneros y salimos hacia el este... ignorábamos dónde. El camión iba cerrado. De vez en cuando, nos deteníamos algunos días en lugares que no llegábamos a ver, pero teníamos bastante buena comida y no nos molestaban, así que las cosas no eran tan malas como podían haber sido.

Después de muchos días de viaje, llegamos a Constantina, la mayor ciudad oriental de Argelia y nos metieron en un campo. Me enviaron a un barracón reservado a los nazis. Todo el mundo sabía quiénes éramos, pero no recibimos malos tratos. Por supuesto, continuamos confinados en el campo, pero aquello me complacía. El comandante me interrogó repetidas veces y pude comprobar que, aunque no hablaba mucho en mi favor, dejó caer que yo gozaba de la mejor protección del mundo... es decir del Santo Padre. Lo único que obstaculizaba mi absoluta paz era el hecho de que la pequeña iglesia estaba cerrada con llave; el capellán había salido de viaje.

Cuando regresó, me llevé una gran sorpresa: el Padre Debatin era uno de los sacerdotes mejores, más celosos, más piadosos y más inteligentes de toda África. Lo había conocido en la época de mi ordenación y me consideré un privilegiado por poder estar en su compañía. Obtuve permiso para celebrar la Misa y durante muchos meses estuve con él. No en el mismo barracón, sino con él a lo largo del día, excepto cuando visitaba destacamentos de soldados, como solía ocurrir. Aquellos meses me sirvieron como el mejor de los retiros. Tenía ante mí a un hombre cuya vida consistía exclusivamente en orar y atender a las almas, que vivía la vida del sacerdote ideal. Para mí, que era un sacerdote joven, era ciertamente una bendición.

Yo había ejercido mis funciones de sacerdote durante años, y, cuando más actuaba, más advertía mi profunda ignorancia y mi necesidad de instrucción. Durante aquellos días me parecía estar en un seminario, y decidí aprovecharlos lo mejor posible. No podía ejercer mi ministerio hasta que se aclarara mi caso, así que me dediqué a ayudar al Padre en todo lo que pudiera. El campo estaba sucio, así que lo limpiamos un poco. Yo me sentía feliz de servirle y de aprender a servir a otros. Era algo que no había conocido hasta entonces y disfruté de la oportunidad; además, aprendí a conocer a hombres con experiencia, hombres de fe y rectitud, que se habían convertido en buenos cristianos bajo la guía de su capellán. Allí vi lo que puede hacer un buen capellán, el modo en que sacaba a la superficie toda la bondad de la naturaleza humana. Algunos de aquellos hombres llegaron a ser sacerdotes; otros, que no eran católicos, abrazaron la fe. Yo pasé muchas horas con ellos, ayudándoles a planear cada detalle

de su vida cristiana en la familia y en la parroquia. A partir de entonces recibí muchas cartas de hombres que habían vivido en los campos de Constantina y de otros lugares de África, asegurándome que mantenían sus buenos propósitos a pesar de que habían desaparecido las presiones que se habían ejercido sobre ellos en el campo. La siembra de la buena semilla en aquellos campos dio muy buenos resultados.

Tuve el privilegio de vivir más de seis meses con el Padre Debatin, considerándolos como una parte valiosa de mi aprendizaje y sin pensar realmente en que estaba prisionero. Entonces, una vez más las cosas empezaron a suceder rápidamente y me preparé para un cambio.

Un día, el general me dijo bruscamente, con mayor amabilidad de la que había mostrado hasta entonces, que mi caso estaba cerrado.

«No es usted lo que pensábamos que era».

«¿Qué quiere decir con eso?».

«No es usted el nazi que pensábamos. Creíamos que era el comandante de Dachau y que se había hecho pasar por sacerdote para huir de las consecuencias de tan perniciosos hechos». Después de todo, yo no estaba demasiado sorprendido; siempre creí que aquellos cargos estaban refutados hacía tiempo. «Puede usted volver a su casa... está libre. Sin embargo, sabemos que no es amigo de Francia».

«No soy amigo de la injusticia, general y pude ver mucha en varios campos de prisioneros en nombre de Francia. Fui testigo de crímenes perpetrados sobre personas inocentes, como yo mismo, que no habían participado en las actuaciones de los nazis. Cuando hablaba con las autoridades respecto a la Cruz Roja, hacía lo que consideraba mi deber; yo era un ser humano, un alemán y un sacerdote, y no podía dejar de hablar sobre hechos tan terribles».

«Y por lo demás, dejaré detrás de mí a muchos amigos del círculo de los franceses en el norte de África, y nunca podré mostrar mi gratitud por lo que los franceses han hecho por ayudarme a mí y a los que yo servía». Y me vi obligado a añadir: «Rezará fervorosamente para que aquellos días de castigo no sean imputados a los europeos de cualquier nacionalidad que, viviendo en Algiers o en Marruecos,

ejercieron tal opresión sobre los nativos. Sus malos tratos claman al Cielo pidiendo venganza e inevitablemente incitará a los nativos a buscarla. ¡Que el Cielo ayude a los europeos, tanto opresores como inocentes, cuando eso ocurra!».

El general se encogió de hombros y replicó: «Después de todo, es usted un nazi». Y con aquellas palabras me despidió.

24 ESO ES ORACIÓN

Aquellos espantosos años de prisión, aunque llenos de gracias, discurrían lentamente hacia su final. Nuestro barco atracó en Marsella, y a los pocos días yo estaba en París. Por supuesto, pasó algún tiempo en la investigación y búsqueda del equipaje. Me designaron a un campo próximo a Chartres del que había oído hablar mucho, pero del que podía creer muy poco. Se trataba de un campo para seminaristas, con muchos cientos de estudiantes y una auténtica escuela filosófica y teológica. Algunos profesores eran clérigos prisioneros que habían acudido voluntariamente con objeto de enseñar a los encarcelados.

Allí me encontré con mi estimado Padre Sebastián, profesor de teología moral. Pasé varias semanas muy felices en su compañía y, para mi alegría, tuve permiso para predicar la palabra de Dios a aquellos cientos de hombres. Hubo una ordenación especial en la imponente catedral, y mi gozo no conoció límites cuando, por haber recibido la ordenación en temprana edad, tuve el privilegio de actuar como diácono; confirió las Sagradas Órdenes el nuncio apostólico en París, el Cardenal Giuseppe Roncalli, que más tarde llegó a ser el Papa Juan XXIII. Aquel año, nuestra celebración de la Pascua llevaba en sí tanta fe y tanta gloria, que, en nuestros exultantes corazones nos veíamos capaces de alegrar al mundo entero con la maravillosa historia de Cristo.

El general francés del campo me dio permiso para realizar algunos viajes, quizá como una especie de reparación por las injusticias que se habían cometido conmigo durante los últimos catorce meses. Visité todos los amados lugares, catedrales y capillas en las que había rezado

pidiendo la gracia del sacerdocio, una gracia que hacía poco tiempo era una realidad.

Naturalmente, deseaba visitar Lisieux para dar gracias a Santa Teresita como lo había prometido, pero mi permiso de viaje no se extendía hasta allí. Lo único que podía hacer era conseguir ropa civil de mis amigos e intentar viajar en secreto, aunque eso significaba, quizá, salir de la lista de hombres libres. Mi francés era lo bastante bueno como para que me tomaran por un alsaciano. Puse mis ornamentos en la maleta para poder decir Misa en Lisieux.

Llegué felizmente, y encontré las cosas mejor de lo que esperaba. Me alojé en el seminario de la Misión de Francia y pasé varios días maravillosos con mis compañeros seminaristas. Me impresionó profundamente el ambiente de amor y alegría que reinaba allí.

Me permitieron decir Misa en la iglesia de la tumba de la santa y, cuando relaté la extraña historia de mi ordenación y el papel que en ella había desempeñado Santa Teresita, me regalaron una pequeña reliquia suya. Fue una auténtica peregrinación, en la que sentí profundamente el espíritu de la santa. Recé en su tumba; luego volví tranquilamente a París y a Chartres y llegué al mismo tiempo que la noticia de mi inminente y directo regreso a casa.

Extraño sentimiento el de viajar como un hombre libre de nuevo, sin un soldado a mi espalda y sin la sensación de inseguridad que atormenta al prisionero.

Después de una breve parada en el convento de la montaña cerca de Gegenbach para agradecer a las Hermanas sus fieles y perseverantes oraciones de tantos años, llegué a Fulda, a la Casa Madre de la provincia, sembrando el asombro y la alegría con mi visita.

No duró mucho. Al cabo de una hora, el prefecto de estudios, que empezaban inmediatamente, me llamó a su celda y, con palabras muy poco cordiales, me dijo que mi modo de obtener las Sagradas Órdenes no figuraba en los estatutos franciscanos. Tenía el deber de comunicarme que no todos los frailes estaban de acuerdo con mis impetuosos y enérgicos procedimientos. El poco enterado prefecto

ignoraba las contundentes y tormentosas circunstancias de mi vida que me habían llevado a semejante final.

Para los profesores y para todos los de la casa, yo no era más que un sacerdote recién ordenado: no podía oír confesiones ni predicar sermones hasta que terminara mis estudios y aprobara los exámenes. Realmente, aquello era un baño de agua fría. Después de cuatro años de una amplia experiencia en la cura de almas, ser tratado como un sacerdote recién ordenado e inexperto, resultaba humillante. Bien, quizá lo necesitaba para terminar los estudios de teología y aprobar los exámenes. Pocas horas después de recibir estas noticias, llegó una más: me permitirían decir Misa, pero eso era absolutamente todo. Yo comprendí que hacían lo que consideraban justo, pero al principio me dolió un poco. Además, adivinaba cierta envidia por parte de algunos al haber sido ordenado tan pronto.

El prefecto de estudios me dijo que tenía que empezar desde el comienzo y, según su programa, necesitaría tres años para completar mis estudios. El Padre Provincial había dicho que tenía que hacer mis exámenes a mi propio paso; ahora, yo deseaba demostrarles que la guerra no había embotado mi entendimiento ni mi razón, sino que mi precipitada ordenación me había hecho más agudo y reflexivo. Asistía solamente a las clases que consideraba importantes y me levantaba a las 2:50h de la madrugada para ponerme a estudiar alrededor de las tres. Después de un par de días de estudio continuado, ya dominaba una parte, y me presenté al examen en el aula del profesor sin decirlo al prefecto de estudios. Varios profesores se mostraron muy complacientes en este sentido y yo aprobé con éxito sus exámenes.

Al cabo de nueve meses, tenía todos los resultados; se los llevé al prefecto de estudios, que se quedó sorprendido y asombrado. No daba crédito a sus ojos, pero todo estaba allí, negro sobre blanco y todo en orden. Había aprobado satisfactoriamente todos los exámenes. No podía hacer otra cosa más que admitirme al examen de teología pastoral, que aprobé la víspera del Miércoles de Ceniza. Me concedieron las licencias para la cura de almas. Durante la Cuaresma prediqué por todas partes, pasé muchas horas en el confesonario y fui, de alma y corazón, un pastor de almas.

Pasé un año en Fulda como coadjutor de un anciano y sabio párroco que me enseñó muchas cosas sobre mi ministerio. La parroquia se estaba rehaciendo de los estragos de la guerra, y allí comprendí lo inmaduro que era. De aquel párroco aprendí algo de calma y prudencia, así como muchas cosas prácticas que no habían tenido lugar en las circunstancias irreales de un campo de prisioneros. Tuve que empezar a vivir de nuevo en un mundo civilizado, y todo aquello me dio la oportunidad de hacerlo.

Los americanos me detuvieron una docena de veces, en algunas ocasiones en mitad de la noche, y me llevaron a Wiesbaden con objeto de interrogarme como a un posible criminal nazi. Tenían en su poder todos los documentos de las cárceles franceses, incluidos algunos de mis sermones que habían mecanografiado. Debía haber varios cientos. Finalmente, tuve que explicarles mi implicación en el atentado del 20 de julio y, después de investigarlo, decidieron que, según aquellos datos, yo no podía ser un nazi.

Yo deseaba hacer realidad mi sueño de ir al Japón y solicité un visado, pero pasaron varios años antes de que me lo concedieran. Mientras tanto, iba donde me enviaban, y trabajé con seminaristas jóvenes en Holanda y en Alemania. Solamente merece destacarse una experiencia única. En 1951, diez jóvenes y yo viajamos a Roma en bicicleta. Llegamos, después de pedalear durante ocho semanas, y fuimos recibidos en audiencia por el Santo Padre en Castelgandolfo. Cuando supo que aquellos muchachos deseaban ser sacerdotes franciscanos, les impartió su bendición, y me concedió generosamente una especial como preceptor de aquellos jóvenes aspirantes.

Durante los ocho días de nuestra estancia en Roma recibí la carta de un anciano sacerdote que había sido mi amigo durante muchos años. Me decía que no dejara de visitarle en un monasterio del sur de Alemania cuyo nombre me era familiar porque la célebre artista Berta Hümmel había sido religiosa en él. Yo no había estado nunca en aquel lugar. Una carta posterior me hacía saber que la Hermana Verónica, que había rezado por mí, me estaba esperando.

Hice un viaje adicional a una pequeña ciudad llamada Saulgau, donde había un convento de franciscanas, y caminé durante treinta

minutos a través de un maravilloso paraje hasta llegar al gran convento y Casa Madre de Siessen. No había estado nunca en aquella zona, y mucho menos en aquel convento.

Llamé al timbre y di mi nombre a la Hermana Portera. Gritó de alegría, me dejó con la boca abierta delante de la puerta, y fue en busca de la Superiora. Volvió con rostro radiante y faldas flotantes (un poco inadecuadamente, en mi opinión) y me dijo que las Hermanas esperaban mi visita desde hacía mucho tiempo.

«Hermana, debe haber un error... esta es mi primera visita a esta zona y yo no tengo contacto alguno con esta casa».

Sonrió. «Venga, muy pronto verá que está equivocado». Me condujo al edificio donde se alojaban las Hermanas enfermas, a una habitación que tenía el nombre de «Hermana Verónica» en la puerta. Me hizo pasar, y vi a una anciana Hermana tendida en el lecho, con las profundas arrugas del sufrimiento marcadas en el rostro, que, sin embargo, reflejaba su paz, su serenidad y su alegría interior. Me sorprendieron también los aproximadamente doce pájaros que había en el cuarto, algunos en la cama y otros en sus manos. Volaban desde la ventana a los árboles cercanos, pero volvían y se posaban de nuevo cuando la Hermana los llamaba por su nombre.

Hablé suavemente para no molestar a los pájaros y le dije que me habían pedido que me detuviera allí, pero que ignoraba la razón.

«Si se sienta, la oirá», respondió. Parece que, hacía muchos años, el Padre Bernardine, al que había conocido cuando era un muchacho, se había interesado por un joven que, habiendo salido de Fulda con su familia, se vio obligado a enfrentarse con las tentaciones de la ciudad y a superarlas a lo largo de su camino hacia el sacerdocio. Allí, en la capilla, el Padre describió a las Hermanas algunas de las pruebas que esperaban a un joven que luchaba por su vocación, unas pruebas tan severas, que podría perderse aquella gracia, que parecía tan poderosa en el muchacho. Pidió que alguna Hermana se encargara de rezar y sacrificarse de un modo especial por aquel joven, para que la Iglesia fuera bendecida con un nuevo sacerdote.

La Hermana Verónica obtuvo permiso de la Superiora, y preguntó al Padre Bernardine lo que había que hacer. Él la llevó a la capilla y, delante del Santísimo Sacramento, ella se consagró al Corazón sacerdotal de Jesús, y prometió ofrecer sus oraciones y sacrificios diarios por aquel muchacho Así, inició una plegaria ininterrumpida.

Poco después cayó gravemente enferma; durante veinte años tuvo que guardar cama y sufrir numerosas operaciones. Fue toda una vida de padecimiento y dolor.

«Nunca se quejaba», comentó la Superiora posteriormente, «incluso cuando la Hermana Enfermera se mostraba desabrida. Si tratábamos de consolarla, sonreía y decía, “Sé por quién estoy sufriendo; he de proteger la vocación de un muchacho que desea ser sacerdote”».

Ahora, sentada en la cama y con una gran alegría reflejada en su ajado rostro, decía: «Ahora veo de nuevo lo bueno que es Dios; he rezado y padecido durante veinte años, y Él me ha premiado generosamente».

¡No pude pronunciar palabra! Ahora comprendía la otra razón por la que me había convertido en sacerdote de un modo tan especial... Dios había aceptado las oraciones y los sufrimientos de aquella alma santa, como había aceptado las oraciones y súplicas de la Hermana Solana May.

Una vez más, el poder de la oración me iba a devolver a casa inmediatamente. Estuve descansando durante un día en el monasterio de Grimmenstein, cerca de Walzenhausen, donde desde hacía quinientos años estaban asentadas las Hermanas de la Adoración Perpetua. La Superiora, Hermana Maira Theresia Jocham me había escrito pidiéndome que fuera a visitarlas cuando pudiera, y esta era la ocasión.

Allí escuché la siguiente historia:

Durante el mes en que fui condenado a muerte por un tribunal militar en África, un Padre suizo tuvo la oportunidad, como amigo de un oficial francés y del capellán de Mequinez, de leer la documentación relativa a mi caso. Estaba convencido de que no era

más que un conjunto de mentiras y fraudes. También sabía que la sentencia se iba a cumplir en muy corto plazo, así que escribió rápidamente a las Hermanas de Grimmenstein explicándoles el caso y haciéndoles una llamada urgente para asaltar el Cielo con peticiones por la salvación del joven sacerdote alemán. Las Hermanas rezaron día y noche en continua adoración, y ya he explicado el singular modo en que se produjo mi rescate.

«Ya lo ve; esto es la oración. Hemos rezado por usted durante meses y años; ahora lo vemos entre nosotras y sabemos que nuestras plegarias fueron escuchadas», dijo la Hermana Superiora. Me enseñó la Capilla de la Adoración; mi nombre figuraba en una tarjeta sobre el reclinatorio de las Hermanas, de modo que ninguna de ellas se pudo olvidar de ofrecer una oración especial por el sacerdote.

Se habían cumplido las palabras de Jesús en la Sagrada Escritura: Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre se os concederá.

EPÍLOGO

Volví a Alemania lleno de gratitud y de alegría, y pasé algunos años trabajando como profesor de unos doscientos jóvenes aspirantes al sacerdocio.

Por fin llegó el tan ansiado día en el que recibí mi visado para ir al Japón, un visado que llevaba años esperando. El 23 de enero de 1954 pronuncié mi último sermón en Alemania para una numerosa misión, y el mismo día salí en avión hacia Tokio. Nuevamente sufrí el mareo.

Llegué en la fiesta de la Conversión de San Pablo y contemplé un curioso paisaje... la nieve y el hielo cubrían la ciudad, como un retrato simbólico de almas humanas que vivían todavía en el invierno del paganismo y necesitaban urgentemente ser inflamadas por la gracia del Hijo de Dios y derretidas por la llama del Espíritu Santo.

Aunque mi historia, como todas las historias, debe terminar, es preciso tener presente que la vida de la Iglesia continúa sin cesar. Actualmente, diez años después [1964], soy párroco de Santa Isabel

en Tokio-Itabashi, y la realidad del tierno cuidado de Dios por sus hijos nunca ha sido más palpable. De un modo u otro, nuestra labor da fruto:

tenemos una hermosa iglesia y un centro parroquial, una casa de retiro en la montaña donde, todos los veranos, cientos de mujeres pobres, cristianas y no cristianas, encuentran un acogedor alivio del calor de la ciudad. Todavía no esperamos administrarles el bautismo, pero sigue adelante nuestro plan de ayudar a los estudiantes para que decidan por sí mismos. Todavía tengo la desgraciada tendencia a trabajar hasta sentir un cansancio tremendo, y todavía me parece tener cierta facilidad para provocar el entusiasmo en mi terreno. Pero en estas tierras paganas, a pesar de los obstáculos, a pesar de las palpitaciones de mi corazón, a pesar de los ocasionales brotes de la enfermedad y del desánimo, perseveramos en la inquebrantable confianza de que, ocurra lo que ocurra a los hombres que siguen el Camino de la Cruz, la invencible vida de la Iglesia continúa..., un hilo irrompible tejido a través, sobre y alrededor del mundo entero, para que los hombres de buena voluntad de cualquier lugar puedan algún día experimentar la dulzura y la impresionante realidad del Amor de Dios.

Apéndice

EL TRAPERO DE TOKIO

RELATO DE JOSEPH SEITZ

A primeros de 1954, el Padre Goldmann viajó al Japón. En una carta del 22 de enero, escrita durante el vuelo de Bangkok sobre la India y Birmania, describe entusiasmado esta gran aventura. «Bosques, jungla, pantanos. No hay poblados en millas y millas. En días claros, desde una altura de veinte mil pies, uno puede contemplar extensas zonas de inmensos valles, una gran extensión. ¡Y los

habitantes! Cada pueblo es distinto. Y casi todos son paganos. Templos enormes. ¡Qué gran terreno de misión! Pues para eso estamos aquí. Espero lo mejor».

El Padre Goldmann llegaba a Tokio el 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo: «La ciudad está cubierta de nieve y de hielo, un curioso espectáculo, símbolo del alma todavía cautiva por los lazos del paganismo, con una tremenda necesidad de ser fundida por el calor de la gracia de Dios e inflamada por la llama del Espíritu Santo».

El 14 de febrero de 1954, escribía:

Estoy en la escuela, estudiando duro. La lengua es increíblemente difícil, más que cualquier otra que yo haya aprendido... Mi cama es asiática, unas mantas en el suelo. Por la noche me siento agotado de tanto estudiar. Tengo que memorizar miles de caracteres, y solo conozco 45, los más fáciles... La parroquia cuenta con trescientos mil paganos y cien cristianos..., no falta el trabajo. Esos pocos cristianos, sin embargo, son increíblemente celosos. Hasta cuarenta de una vez se agolpan en mi cuarto de trece pies por diecinueve, que sirve también de capilla. La gente es extremadamente pobre, pero muy amable. Aquí existen unas grandes diferencias de clase..., gran opulencia por una parte e indigencia por la otra... la descorazonadora consecuencia de un modo de vida en el cual no figura el concepto del amor al prójimo. Los que creen que el cristianismo ha fallado en Europa debían vivir unas pocas semanas en los barrios bajos de aquí, y muy pronto apreciarían lo que han conseguido unos cientos de años de cristianismo.

Luego, el 10 de julio de 1954: «El paganismo es terrible, sobre todo por la inmoralidad. Generalmente, los hombres hacen lo que quieren, y las mujeres llevan sobre sus hombros la carga de la familia. En cualquier caso, sé lo que tengo que hacer algún día».

Unas expresiones semejantes aparecen en todas sus cartas. Por un lado, muestra un ardiente deseo de trabajar como misionero; por otro, su incapacidad de hacerlo por culpa de las increíbles dificultades del lenguaje.

Finalmente, el 1 de septiembre de 1955, el Padre Goldmann se encargaba de la única parroquia católica de Toldo, Itabashi. Había sido fundada por los franciscanos de Fulda en 1953. Era una casita con jardín. En el piso superior había tres habitaciones. En una ocasión, un misionero de cabello gris le dio el siguiente consejo: «Tenga cuidado, Padre, no estornude, o provocará un pequeño terremoto que hará temblar la casa».

Itabashi es un suburbio en el que viven al día miles y miles de personas. En sus duros trabajos no existe el domingo. ¿Cómo pueden llegar a vivir sin conocer a Dios? Permitidme citar un reportaje de un viaje alrededor del mundo en un libro titulado *Es Fiel Mir Auf* (He observado) de Francis Gypkens, 1957:

El comienzo de una nueva vida es una tarea inusual para un adulto. El Padre Goldmann, a fuerza de trabajo y de un increíble esfuerzo, consiguió en dos años lo que otros no consiguen nunca... conversar con fluidez en japonés, sentarse inmóvil en cuclillas durante horas con un monje budista, comer un hediondo pescado sin vomitar (la preparación práctica de un párroco en Tokio)...

En una ocasión, cuando estaban racionados los alimentos, el Padre Goldmann se puso en contacto con los proveedores de arroz y de pescado y les mostró un crucifijo o la estampa de un santo, preguntándoles si habían visto alguno de aquellos artículos alguna vez. Así descubrió la clave para llegar a su modo de pensar. Algunos permanecieron con él en la estación de ferrocarril desde las 5h hasta las 10h de la mañana, recogiendo limosnas para el fondo de tuberculosos de la ciudad. Esta tarea le reportó treinta y ocho aspirantes al bautismo...

Este sacerdote vive como el más pobre de los pobres del Japón. Durante meses no ha probado la carne, el café o los cigarrillos. Su día comienza a eso de las 5h de la mañana. A las 7h ya ha visitado cierto número de malolientes salas de hospital. Luego celebra Misa. Después, recorre en bicicleta veinte o treinta millas para llevar a cabo sus visitas. Tras un ligero almuerzo continúa su constante trabajo hasta las 11h de la noche. Da clase de religión a niños... tanto católicos como paganos. Imparte una enseñanza especial a los catecúmenos...

pobres y ricos, empleados y doctores, estudiantes y obreros. Los sábados celebra Misa hasta cinco veces.

Aquí, la primitiva Iglesia ha vuelto a la vida.

Aquí hay una célula viva que promete crecer hasta convertirse en un gran organismo cuya vibración está concentrada, por el momento, en este modesto sacerdote vestido con un hábito raído.

En contraste, nosotros, los bien alimentados europeos resultamos insignificantes; nosotros, que gritamos «apostolado» y significa «ruido de tam-tam», nosotros, que hablamos de trabajo confortablemente acomodados, nosotros, que nos llamamos cristianos ¡pero no ardemos de amor a Cristo! Tenemos que venir aquí para descubrir a Cristo en un individuo auténticamente cristiano.

Un testigo presencial escribe:

Imagínate un par de camiones japoneses de gran capacidad tripulados por unos pocos hombres fornidos que, semana tras semana, llaman a las casas bajo una lluvia persistente o un calor abrasador, y los llenan de deshechos: trapos, papel, latas, botellas, etc. Luego, conducen su preciosa carga a la famosa «Ciudad de los Traperos», donde la venden por unos pocos yenes. Esa venta les reporta el dinero necesario para ayudar a los pobres. Quizá, después de cierto tiempo, les reportará lo bastante como para construir una iglesia. Y esto es exactamente lo que ha sucedido. Si alguien lo duda, que recorra treinta y un bloques al sur de las casas militares Grant Heights, hasta Itabashi, Ku, Saiwai Cho 8, y gire a la derecha. Allí está la prueba: la Iglesia Católica de Santa Isabel.

El Padre Gereon Goldmann es un traperero extraordinario y maravilloso. Además de financiar una iglesia nueva, ayuda a sufragar los gastos de doce estudiantes japoneses en la Universidad de Tokio. Para esos jóvenes pobres, pero con talento, ha creado la Fundación Traperos para Ayuda a los Estudiantes, una fundación especial llamada la «Lumpensammlerstudienstiftung»,

En una montaña cercana a la hermosa ciudad de Karuizawa se sitúa otro «monumento» debido al trabajo de este abnegado sacerdote..., un hogar para viudas y huérfanos. Es el primer centro católico de recreo

donde esas pobres personas trabajadoras pueden descansar brevemente, a menudo por primera vez en sus vidas, durante los calurosos veranos. El terreno para este hogar de montaña fue cedido, de modo completamente inesperado, por un acaudalado japonés, no cristiano.

La «iglesia traperera» fue proyectada y edificada antes de que nadie... incluido el mismo Padre Goldmann, tuviera la menor idea de cómo iba a llegar el dinero. Cuando en 1957 el edificio quedó terminado, su Superior no podía creer que realmente existiera el templo. De modo que se trasladó desde Hokkaido (26 horas de viaje) para verlo con sus propios ojos, porque lo consideraba una empresa imposible, un sueño absurdo.

Este franciscano no descansa jamás. Él mismo hace los preparativos necesarios en la reducida habitación de su casita junto a la iglesia. Allí, todo el espacio aprovechable lo ocupan niños jugando o durmiendo. Además de las cotidianas visitas domiciliarias (a pie o en bicicleta) prepara sermones, dirige las clases de la escuela dominical, oye confesiones e imparte regularmente enseñanzas catequéticas y sobre la Biblia..., a menudo hasta última hora de la noche. Como dato: el número de los que, gracias a él, se han convertido a la fe cristiana es de alrededor de quinientos. Una mirada a los rostros de su congregación durante el culto divino basta para convencernos de la sinceridad de su fe.

Con la ayuda de las familias americanas que viven en las casas militares de Grant Heights y de la población próxima de Mutsumi Dai, emprendió el negocio de traperero en gran escala, aunque, para decir la verdad, sus «colegas» japoneses se opusieron al principio a esta intromisión en su terreno. No obstante, en cuanto comprendieron que el proceso mejoraría la situación de los pobres, y que él no se guardaba nada, comenzaron a admirar a aquel celoso sacerdote.

«La gente es muy buena con nosotros», comentaba. «Es absolutamente necesario construir otra iglesia». Y anticipándose a nuestro asombro, añadía: «Tengo absoluta confianza en que lo conseguiremos. Ya lo veréis». (Sargento Mayor Arthur Wilson De Baum, U.S. Air Force, 1958).

Aunque aquellos breves testimonios oculares pueden ilustrar solamente unos pequeños detalles de la extraordinaria calidad de la vida de este misionero ejemplar, dan una idea de las tareas que emprende y de los métodos que emplea para llevarlas a cabo.

En algunas ocasiones, el Padre Goldmann toma decisiones repentinas. Tan pronto como llega al convencimiento de la necesidad o la importancia de un proyecto, trata de ponerlo en marcha sin dilación, utilizando todos los medios a su alcance por absurdos que parezcan. Por útil que sea su capacidad de tomar decisiones, los factores determinantes siguen siendo la paciencia y la perseverancia. El Padre Goldmann no consiente que nada le disuada y sigue sus proyectos hasta el final sin ocuparse de sí mismo. Así lo demuestran los siguientes episodios.

Hace unos años, el Messenger of St. Anthony, un periódico de las Misiones Franciscanas, publicaba el siguiente artículo del Padre Goldmann titulado «Mi Secreto»:

Un día, llegaron a mi casa varios caballeros en una limusina americana. Me entregaron sus tarjetas que, entre otras cosas decían, «Ministerio de Asuntos Exteriores, Departamento de Cultura y Educación». Enseguida me bombardearon con preguntas que al principio me hicieron mostrarme bastante cauto, pues uno nunca sabe de qué pueden ser capaces esos funcionarios. Sin embargo, me dijeron que podía hablar libremente, ya que habían venido para agradecerme toda la ayuda que prestaba a los estudiantes japoneses. Me sorprendió que las noticias de mi trabajo escondido hubieran llegado a conocimiento de las altas autoridades del país.

Una semana después, me llamaron por teléfono de la televisión japonesa. Tras cierto forcejeo, consentí en aparecer en el programa más popular de la semana, «Mi Secreto», que es visto por millones de atentos espectadores.

Así fue como, un día, yo aparecí con mi modesto hábito, en el gran estudio de la TV... a la deslumbrante luz de los focos y entre el zumbido de las cámaras. Cuatro de nuestros reporteros más conocidos se sentaban frente a mí, y miles de espectadores llenaban la sala hasta rebosar. La tarea de los periodistas consistía en descubrir mi secreto.

Naturalmente, yo trataba de dar las más escuetas respuestas así como de sembrar las dudas en ellos. Su trabajo no era fácil, pues mi «secreto» implicaba inventar una palabra hasta el momento inexistente en japonés. En cualquier caso, aquellos expertos periodistas se acercaban cada vez más a la solución, y en unos diez minutos, entre los aplausos de la audiencia, llegaron al concepto de «Kusu no shoogakushikin», el equivalente japonés de «Fundación Traperos para Ayuda de los Estudiantes». Al día siguiente la prensa lo daba a conocer, con la consecuencia de que millones de japoneses se enteraron de mi secreto.

El Padre Goldmann nos explica el modo en que vio la luz la «Fundación Traperos para Ayuda de los Estudiantes».

Hace unos años, un joven estudiante llegó llorando a yermo. Se acababa de mudar a mi parroquia, y me contó que tenía cuatro hermanos y hermanas, y que su padre se dedicaba a negocios insignificantes. Él estudiaba segundo año de económicas. Se sentó delante de mí conteniendo difícilmente los sollozos. Cuando por fin fue capaz de hablar, me dijo que su padre, endeudado al parecer, estaba arruinado y el día anterior había desaparecido. Aquella mañana lo encontraron muerto en un baño público..., suicidio. ¿Qué iba a ser de su familia? De repente, en medio de su desesperación el joven penetró en la iglesia llorando desconsoladamente. La familia no tenía dinero. Él era el mayor de los cinco hijos. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Tendría que interrumpir sus estudios y abandonarlo todo? Eso significaba la pérdida de un tiempo precioso; llamara donde llamara, no encontraría un empleo ni, incluso haciendo equilibrios, ganaría lo suficiente para vivir. ¿Quién iba a emplear en 1955 a un estudiante sin acabar la carrera, cuando el país sangraba todavía por los miles de heridas causadas por la guerra, y cuando unas filas interminables aguardaban diariamente ante las oficinas de empleo... entre ellos muchos licenciados? Para el joven, todo era oscuridad y desesperación. No le importaba llorar. Me dijo: «Padre, si no fuera cristiano, seguiría el ejemplo de mi padre».

En aquel momento nació la Fundación Traperos para Ayuda a los Estudiantes. Justamente, el día anterior había hecho una buena «captura». En mis excursiones traperas había «pescado» cubos de

basura, botellas, papel y latas, además de dos buenos refrigeradores. Sus propietarios americanos creyeron que estaban averiados, cuando en realidad solo eran demasiado sonoros a causa de la adaptación al voltaje japonés. Fue cosa de una hora de trabajo, y después ambos funcionaron perfectamente. Tras otra hora, los vendí a un hotel por una buena suma. Esto sucedía en un momento en que un refrigerador se consideraba todavía una fortuna.

De repente, se me ocurrió que la Providencia divina nos había proporcionado ese dinero para el estudiante pobre. Por lo tanto, ¿qué otra cosa podía hacer sino prometerle que continuaría sus estudios? «Yo pagaré tus gastos», le dije, «y cuando los termines, me pagarás esa suma en pequeñas devoluciones sin interés».

Me observó atónito, sin comprender la importancia de mis palabras hasta que puse sobre la mesa la cantidad correspondiente a los gastos de un año. Empezó a llorar de nuevo, esta vez de alegría. Terminó sus cursos en la universidad, pero el asunto estaba lejos de acabar. Cuando recibió el título, vino a decirme: «Lo siento, Padre, pero pasará mucho tiempo antes de que pueda pagarle mi deuda».

Algo impaciente, estuve a punto de preguntarle qué pasaba por su cabeza. ¿No había prometido pagármelo todo? Anticipándose a mis pensamientos, dijo: «He decidido seguir estudiando porque quiero ser sacerdote». Me quedé sin palabras, pero, fiel a su palabra, entró en el seminario. Por lo tanto, había alcanzado su meta y yo, como regalo por la ordenación, le perdoné su deuda.

Este fue el primer caso. Hay otro: un hombre joven trabajaba día tras día, de la mañana a la noche en un taller de metal. Para describir su trabajo no existe más palabra que «esclavitud». Me dijo que, según el contrato firmado entre sus padres y la empresa, tenía que permanecer en su puesto durante cinco años. Así que trabajaba diez horas diarias, e incluso más. Su dormitorio y los de sus compañeros estaban encima del taller. Sus llamadas «comidas» desafiaban a cualquier descripción... ¡solo aptas para cerdos! Este joven asistió durante un año a la catequesis... No llegaba hasta las 10h de la noche, pues no podía salir antes del trabajo. En su momento, fue bautizado, y

demonstró un extraordinario celo. Sus dos únicos días libres al mes no le permitían asistir a la iglesia con mucha frecuencia.

Un día, me di cuenta de que no lo había visto en varias semanas. Pregunté, y me dijeron que lo habían ingresado en un sanatorio antituberculoso. Sus compañeros me contaron que una mañana su cama apareció empapada en sangre. Tardé semanas en encontrarle. Estaba pálido y agotado en la cama del hospital, pero feliz por poder dormir y descansar. Pasaron casi dos años antes de que le dieran el alta después de una delicada operación de pulmón que le imposibilitaba para su anterior ocupación. ¿Qué haría ahora? Su pobre familia, con otros seis hijos, no había podido prepararle para otro trabajo. Yo lo tuve en casa durante un par de semanas. Allí, observé lo que ya había advertido en el hospital, es decir que leía día y noche. Esta era, pues, la solución: estaba capacitado para estudiar.

«Pero, Padre, ¡tengo veintiún años! Además, carezco de la instrucción necesaria».

«Si te armas de valor, irás a la escuela con los de catorce años».

Y se armó de valor. No fue fácil, pero perseveró, y a los tres años aprobó el examen de ingreso en la Universidad. Ahora que ha obtenido el título y trabaja como abogado, envía mensualmente una suma con la que paga su deuda... sin intereses, naturalmente.

Este fue el comienzo de la Fundación para Ayuda de los Estudiantes, que capacitó a alrededor de cien jóvenes a conseguir una mejor educación. Pero no trata solo de atender a los pobres y a los necesitados. Es igualmente importante el hecho de que el cristianismo está ganando posiciones entre las personas cultas y las capas más altas de la sociedad. Siete de los protegidos del Padre Goldmann están estudiando teología como preparación para acceder al sacerdocio, mientras unas cuarenta muchachas han ingresado en comunidades religiosas desde donde trabajan como profesoras, enfermeras, asistentes sociales e incluso misioneras.

Unos años antes de volcarse en este programa de ayuda a los estudiantes, el Padre Goldmann se dedicó a otro proyecto... proyecto que aún hoy día sigue siendo único dentro de la Iglesia católica del

Japón, es decir, la construcción de un centro para las madres de su parroquia que no pueden permitirse el lujo de salir de vacaciones con sus hijos. He aquí la historia: durante años, el Padre Goldmann se había dedicado a atender sus feligreses y a todos los que, de algún modo, quería y tenía cerca. Pero, comentaba, ¿de qué vale predicar sobre el amor al prójimo cuando no hay modo de demostrar ese amor?

Vio la pesada carga que gravitaba sobre las madres en su lucha por el pan de cada día; vio cómo cientos de miles de niños crecían en medio de la pobreza y la suciedad; vio que muchos de ellos nunca habían puesto los pies fuera del hormiguero de su ciudad, de modo que ni sus ojos ni su corazón habían disfrutado de la libertad y la belleza de la Creación divina. Todos sus pensamientos, y toda su conducta se centraban en cubrir sus necesidades básicas. Parecía que, en la vida cotidiana, no había cabida para la fe y la religión. Aquellas madres estaban abrumadoramente sobrecargadas.

El Padre Goldmann se devanaba los sesos pensando en el mejor modo de ayudar. Era realmente necesario sacar de su rutina diaria a aquellas madres agotadas, y llevarlas a algún lugar de la montaña donde pudieran relajarse completamente y dedicarse a pensar en cosas más elevadas. Pero, ¿cómo y dónde? Puesto que no había dinero, semejante proyecto parecía imposible.

Un día, sin embargo, el Padre Goldmann decidió visitar a un rico terrateniente japonés. Era como aventurarse a entrar en la guarida del león, pues la tacañería de aquel hombre era bien conocida. Su espléndida vivienda estaba situada en medio de un espacioso parque rodeado de una elevada valla. Cuando un correcto criado preguntó al Padre Goldmann por sus intenciones, el sacerdote le dijo que deseaba hablar directamente con su amo: el criado se limitó a señalarle la puerta. El Padre Goldmann se negó a moverse. Ni siquiera le disuadió la aparición de dos enormes perros. Una severa mirada y la amenaza de una piedra bastaron para alejarlos. El criado se sintió tan desconcertado que, también él se dio la vuelta y desapareció. Así que el Padre Goldmann se quedó solo en el bien cuidado jardín, y esperó.

Después de un considerable lapso de tiempo, apareció un respetable caballero que, con una ceremoniosa inclinación, se presentó

como el propietario. Vaciló unos momentos y, por fin, invitó a entrar a su dudoso visitante. La solidez de los muebles indicaba claramente que el acaudalado caballero pertenecía a la más alta aristocracia. El Padre Goldmann abordó la cuestión al momento. Habló de su trabajo y de las madres y los niños a los que deseaba ayudar, y de lo urgentemente que aquellas personas necesitaban unas vacaciones. El anfitrión asintió, pero afirmó, lamentándolo, que siempre había sido así y que difícilmente podría cambiar.

«¿Por qué no?», preguntó el Padre Goldmann. «Todo lo que necesito es un trozo de tierra en algún punto de la montaña, y yo me encargaré de que esas madres disfruten de unas vacaciones».

Aquello era pedir demasiado, y un hecho incomprensible para el propietario. Completamente fuera de sí, pero con una sonrisa forzada, el japonés repetía: «¿Espera usted que yo le ceda el terreno para eso? ¡Jamás!».

Toda elocuencia resultó inútil. Aquel hombre acaudalado, que tenía dinero a espuestas, tenía también el corazón duro como una piedra. Entonces, sucedió algo imprevisto. El Padre Goldmann nos lo relata así:

Me disponía a marchar, descorazonado, cuando entró la esposa del caballero. Pareció sorprendida al encontrar en el estudio de su marido a aquel enorme extranjero y preguntó qué ocurría. Yo apostaría (aunque solo es una conjetura) que debía haber oído bastante de nuestra acalorada conversación antes de presentarse ante nosotros. En cualquier caso, su irritado mando le reveló sus contenidas impresiones a placer, haciendo un uso abundante de expresiones que, normalmente, evita cualquier japonés educado. No se imaginaba que un extranjero conociera términos «técnicos» como aquellos.

Mientras la esposa escuchaba en silencio y esperaba pacientemente a que se calmara la indignación de su marido, yo hablaba en secreto con mi amigo San Antonio, prometiéndole que, si me ayudaba en aquella ocasión, pondría su nombre a la nueva casa. Tuve tiempo de sobra para repetir mi oración varias veces.

Por fin, el marido se dirigió de nuevo a mí y me preguntó si el terreno iba a usarse realmente para edificar un hogar de vacaciones destinado a mujeres necesitadas y a sus hijos. «Por supuesto, ¿para qué otra cosa cree usted que lo iba a emplear yo?». Y de nuevo traté de explicarle:

«Durante años he puesto todas mis fuerzas y todo mi tiempo al servicio del pueblo japonés. No quiero absolutamente nada para mí».

«En aquel momento, se produjo un cambio en su rostro y en su actitud, y luego me dio la respuesta que yo no me atrevía a esperar. En un tono extraordinariamente conciliador, incluso amistoso, afirmó: «Si usted un extranjero, se preocupa de tal modo por el bienestar de nuestras madres y sus hijos, entonces yo, un nativo japonés, no puedo ser menos. Le donaré el terreno».

Aquellas palabras dieron vida al Hogar de San Antonio de la Montaña. Con la ayuda de mis amigos de la archidiócesis de Colonia construimos las primeras casas y una pequeña capilla. A su debido tiempo, el hogar de vacaciones se amplió hasta incluir ochenta camas, y sus instalaciones constaban de todo lo necesario para proporcionar descanso y diversión: campos de juegos, piscina, columpios, bicicletas, etc.

Hace ya doce años que cientos de madres con sus hijos disfrutaban de vacaciones durante el agobiante calor de los meses de verano. Para ellos, esas semanas suponen la temporada más feliz en su abrumador año. Aquí, liberados de las pruebas y la dureza diarias, sus mentes y sus corazones pueden ensancharse ante la magnificencia del desconocido mundo de la montaña.

Para el Padre Goldmann y sus colaboradores, sin embargo, esos días no son solo los más intensos del año, sino también los más ricos en gracias. Esto aparece patentemente en una carta:

La carga de mis desinteresados «ángeles» se hace cada vez más pesada. Después de cuatro semanas ellas están muertas de cansancio, y yo también. Las madres y los niños se consideran en el paraíso, pero para nosotros, esas semanas son lo más duro del año. Gracias a Dios, de momento todo ha salido bien. No se pueden describir con palabras

las gracias que fluyen aquí sobre incontables almas. En una ocasión mis cuatro ayudantes y yo fuimos sorprendidos por una tormenta al regresar de la montaña. Aquellas mujeres temblaban de miedo, pero yo les dije: «Qué importancia tiene el que ahora nos alcance un rayo? Después del trabajo que habéis realizado durante estas últimas semanas, podéis estar seguras de ser admitidas allí arriba» (carta del 3 de diciembre de 1965).

Otra importante rama de la labor social del Padre Goldmann es la ayuda a las familias. En una carta fechada el 8 de diciembre, escribe:

He de admitir que vuelvo de mis visitas parroquiales con creciente tristeza. Frecuentemente encuentro familias de ocho o más miembros viviendo en una pequeña habitación. He visto a los más pequeños acostados en literas fabricadas dentro de la pared, apretados unos contra otros como sardinas; adolescentes de ambos sexos durmiendo en la misma cama. Simplemente, no hay bastante espacio.

Por esta razón, continuando con el plan de ayuda a los estudiantes, empecé un proyecto de alojamiento familiar. Hasta entonces, había proporcionado vivienda adecuada a cinco familias. Conseguí otra para una con nueve hijos. Me gustaría lograr ayuda para que vivan en mejores condiciones treinta familias más. Solo entonces podrían empezar a respirar libremente. ¿Acaso no necesitan las plantas espacio y aire fresco para expandirse? Pues el ser humano mucho más.

Cuando estudié el proyecto con uno de mis amigos alemanes, se mostró escéptico y consideró que sería difícil convencer a los europeos de semejante necesidad. Según él, la situación era desesperada. Permitidme un ejemplo:

una familia con tres hijos vive en un espacio que no merece el nombre de «habitación». Se alojan en un bloque de dos pisos ocupado por otras treinta y ocho familias. En cada piso no hay más que una cocina empotrada en la pared y un baño primitivo que comparten diecinueve familias. En el «apartamento» de arriba vive una familia con cinco hijos, junto con una hermana de la madre de diecinueve años, retrasada mental, a la que han abandonado sus padres campesinos. Posteriormente, cuando murió el marido de la hermana y nadie quiso hacerse cargo de sus tres hijos, aquella mujer cristiana, los

tomó bajo su cuidado. «Padre», me decía, «probablemente mis parientes paganos ignoran lo que dice la Biblia: “El que recibe a unos de estos pequeños, a Mí me recibe”».

«Y, ¿dónde piensas meterlos?», le pregunté. Señalando a un hueco en la pared, replicó con absoluta convicción:

«Mire usted a esos niños. El Señor le mira directamente a través de ellos». Me quedé sin voz. Aquella misma tarde firmé el primer contrato para mi proyecto de viviendas familiares.

Esta labor social se vio retrasada algunas veces por culpa de otras necesidades acuciantes. En 1968, la circular de Pentecostés del Padre Goldmann informa:

Según la prensa, Japón supera económicamente a Alemania Occidental. En ese caso, ¿no sería superflua la ayuda a Santa Isabel? He aquí mi respuesta: el año pasado he recibido la visita de muchos alemanes. Se alojaban en hoteles del centro de Tokio y, también ellos se preguntaban por la necesidad de continuar ayudando. En respuesta, yo acostumbraba a darles una vuelta por mi parroquia y les enseñaba cómo vivía la gente allí. Invariablemente, los visitantes, profundamente conmovidos, se quedaban sin saber qué decir. Muchos comentaban que no podían imaginarse que fuera posible semejante pobreza. Permitidme añadir que, todavía hoy, más del 50% de las familias de mi parroquia viven en una sola habitación, pero eso no significa que se trate de una familia pequeña, pues a menudo comparten esa habitación parientes de hasta cuatro generaciones..., desde la abuela a los bisnetos. Yo, que disfruto de la comodidad de un centro parroquial de cinco pisos, no podría responder de semejante «lujo» si no me preocuparan realmente las condiciones de vida de mi gente. Por lo tanto, he decidido construir casas para ellos, de modo que, por fin, puedan vivir como conviene a seres humanos. Esas casas, con cuatro habitaciones pequeñas, cocina y baño, no serán gratuitas. Los propietarios pagarán por ellas durante veinte años. Hasta el momento, pagan 22 \$ por el alquiler de una sola habitación. En adelante, pagarán la misma cantidad mensual por una casa completa y podrán ocuparla inmediatamente. No os podéis imaginar lo agradecidos que están. De momento, este proyecto de viviendas es la

gran tarea que me espera y que me mantendrá ocupado durante muchos años.

A causa de otros asuntos urgentes, el proyecto de viviendas familiares tuvo que aplazarse hasta 1970. No obstante, en su circular del 1 de mayo de 1971, el Padre Goldmann informaba:

Construí tres casas más. Sencillamente, ¡tenía que construirlas! Se trataba de unos casos especiales. Imposible decir «no». Permitidme hablar de uno de ellos: Una familia de siete miembros, el padre, jornalero, ha vivido durante dieciocho años en una sola habitación sin luz de día, únicamente con luz eléctrica. El edificio iba a ser demolido. ¿Dónde iba a vivir aquella familia? No tenían cuenta en el banco, ni nadie que les prestara dinero. Tendrían que haberse mudado a un barrio marginal donde reina toda la miseria de cuerpo y de alma. Inesperadamente, un doctor que se trasladaba a otra ciudad me ofreció una casa encantadora a un precio razonable. Constaba de cinco habitaciones, cocina y baño. La compré inmediatamente, aunque aquella gestión vaciaba mi cuenta del banco, dejando en ella menos de 2,50\$.. La familia se mudó a su casa, que pagarían en pequeños plazos durante los siguientes cuarenta años. ¡No os podéis imaginar la alegría de aquellas personas! Cuando, al cabo de unas semanas, fui a bendecir la casa, vi en ella un joven de dieciocho años. La mujer me explicó: «Este hombre es sordomudo, hijo de una madre divorciada que pretendía ingresarlo en una institución para enfermos mentales porque quería casarse otra vez. El muchacho es completamente normal y, además, es un buen sastre. Nadie quería recogerle, pero nosotros tenemos ahora sitio para él. Realmente, ¡Dios no nos ha dado esta casa para que dejemos una habitación vacía!». He de reconocer avergonzado que aquella mujer me hizo ver que no tenía derecho a dejar vacía una cómoda habitación en mi casa, así que se la cedí a un estudiante.

Hubo dos casos parecidos y, sencillamente, no pude decir «no». Para ser sincero, me habría gustado decir «no» en ambos. El año pasado, por primera vez en dieciséis, estaba libre de deudas, una experiencia desacostumbrada, aunque lejos de resultar desagradable. Sin embargo ¡ahora las deudas son mayores que nunca! Y no obstante, ¡no podía decir «no».

Esto se aplica no solo a proporcionar casas para los pobres, sino también en otros casos. Una noche, a las 1h, recibí una llamada del hospital. Una madre de cinco hijos había sufrido un grave accidente de automóvil. Estaba en el hospital con heridas en la cabeza, y había perdido un ojo. ¿Quién iba a pagar los gastos de admisión que ascendían a 750 \$? La cantidad parece increíble, pero es real. Naturalmente, la pagué yo. ¿Qué otro estaba allí para pagarla? La compañía de seguros me devolverá una parte, pero, de momento, está pleiteando, pues no desea hacerlo. Si todo va bien, pasarán dos o tres meses antes de que yo reciba el dinero. Mientras tanto, la mujer se ha restablecido y ha salvado un ojo. Estas cosas debían suceder más de una vez.

Habitualmente, el Padre Goldmann no hace cálculos a largo plazo... simplemente actúa. En cuanto se entera de una necesidad, aparece en escena y trata de ayudar. Los siguientes pasajes de varias de sus cartas ilustran este hecho:

Mis jóvenes y yo visitamos semanalmente una gran residencia de ancianos, donde esperan la muerte miles de los más pobres. Hemos tomado bajo nuestra protección un hogar con ochenta y siete ciegos. Entre los mejores y más celosos colaboradores con nuestras oraciones se cuentan numerosos pacientes de un hospital de enfermos mentales. Esta unidad en la oración es mi mayor alegría cotidiana y mi consuelo en medio de las situaciones difíciles. En general, las bendiciones a nuestro trabajo se basan en la oración. La oración es mucho más importante que el dinero. Si tenemos bastante gente que rece, seremos capaces de conseguir todos nuestros deseos.

19 de noviembre de 1965: Este ha sido el año más afortunado en la historia de nuestra parroquia. ... cincuenta bautizos (sobre todo de adultos conversos). Para una pequeña parroquia en el Japón, es algo casi increíble. Si en Alemania tuviéramos unos cristianos tan ejemplares, muy pronto habría religiosas entre el personal de los hospitales, y los obispos no se preocuparían por la disminución de sacerdotes. Los cristianos japoneses, ¡Dios los bendiga! están todavía en su fervor primitivo y no son «tradicionales» aún.

En una de las cartas anteriores, el Padre Goldmann menciona el centro parroquial que ha sustituido a la pequeña vivienda que al principio servía como capilla y alojamiento. En 1961, el Padre Goldmann emprendió el proyecto de construcción, el mayor que haya iniciado jamás.

Aunque solo contaba con una fracción de los medios requeridos, puso en marcha la construcción de un edificio de acero y hormigón a prueba de terremotos. El 5 de julio de 1961 me escribió:

Sin una ayuda especial y poderosa de la Divina Providencia, tendría que parar la obra. Pero nuestras necesidades materiales son lo menos importante. Debemos insistir en pedir los bienes más altos, los bienes espirituales. Mi mayor preocupación, con mucho, es encontrar personas que permanezcan fieles al compromiso de la oración. ¿Qué provecho va a haber en el ruido y el trabajo de construir si falta la oración? En un momento determinado pueden faltar los medios materiales, pero la oración no debe cesar jamás, o la casa que estoy edificando se quedará vacía.

Una carta del 11 de octubre de 1961, informa: «El año pasado he trabajado del modo más duro imaginable..., sin parar un solo día. Realmente merezco un descanso. Intentaré ir a Alemania tan pronto como pueda, no exclusivamente para recuperarme, sino para predicar y dar conferencias, y de este modo pagar al menos parte de mi enorme deuda».

Así fue cómo el Padre Goldmann, después de ocho años de grandes privaciones, se tomó su primer descanso. Durante estas «vacaciones» predicó 526 sermones y pronunció 192 conferencias en diferentes salones parroquiales y en iglesias. El resto del tiempo lo empleó en un viaje a Tierra Santa y, a causa de su extremado agotamiento, en una estancia de un mes en el hospital de Offenburg. No obstante, ¡pagó todas sus deudas!

Actualmente, este centro es el foco de la vida parroquial. Desde el amanecer hasta última hora de la noche, vibra de vida. Aquí, la gente aprende, estudia y oye música; aquí se clasifican mercancías usadas y ropas desechadas que se convierten en «nuevas»; aquí se imparten clases de catecismo y se pronuncian conferencias; aquí se reúne la

gente para participar en programas vespertinos de entretenimiento; aquí ensaya el coro, y aquí, durante la atareada «temporada de fiestas», hay quien pasa la noche, y sobre todo, la gente joven se siente en su casa. Los que tienen sed de conocimientos y de cultura se encierran en la biblioteca, escuchan buena música (preferentemente clásicos alemanes), o buscan liberarse de la opresiva nítida a través de juegos y conversaciones.

Según el Padre Goldmann:

Estos cristianos necesitan un hogar para su corazón. No pueden proteger su fe o conservarla frente a la inmoralidad pagana, a menos que tengan un sitio en el que puedan obtener fuerza y alegría para ser unos testigos valientes frente a un mundo idólatra y ateo. Para los que viven con sus familias en una sola habitación, es el único lugar de la tierra donde pueden encontrar descanso para sus almas. El nombre que los japoneses han dado al centro, «Hospital para los corazones», demuestra patentemente que este centro católico ha cumplido con sus propósitos.

La labor social ha sido siempre, y sigue siendo, la clave de los esfuerzos misioneros del Padre Goldmann. En cada una de sus cartas manifiesta su experiencia de que nadie puede convencer a otro, a menos que esté deseando vivir plenamente su compromiso cristiano. Dicho de otro modo, el amor al prójimo no solo se deriva, sino que se genera en el amor a Dios.

«Es absolutamente necesario construir otra iglesia. No tengo la menor duda de que lo conseguiremos de nuevo». Esta fue la predicción del Padre Goldmann años atrás, cuando, a pesar de numerosas dificultades, acababa de terminar su iglesia de Santa Isabel. Poco tiempo después, la parroquia de San Andrés se hizo cargo de parte de su zona. Sin embargo, aquella medida no solucionó el problema durante mucho tiempo, pues en la primavera de 1961 escribía:

Está claro que tendremos que ampliar nuestra iglesia, pues los domingos se llena a rebosar. Comulga casi todo el mundo. Tampoco hay bastante espacio en la pequeña rectoría. Allí tengo veinticinco colchonetas, y todas las noches las usan los pobres sin hogar... gratis,

por supuesto. Algunas veces tengo que dormir en el suelo, pues alguien ha metido a sus hijos en mi cama. Todo el mundo sabe que es bien recibido para comer y dormir. A pesar de tener abiertas las habitaciones, nunca ha faltado cosa alguna.

La ampliación de la iglesia fue financiada por los cristianos japoneses pobres: todos ellos sacrificaron una o más de sus pagas mensuales para dicha causa. En la fiesta de Pentecostés de 1964, recibí una llamada de socorro del Padre Goldmann dirigida a todos sus amigos y bienhechores:

Yo esperaba no verme obligado a iniciar otro proyecto, pero, a petición del Cardenal de Tokio, he aceptado una carga aún mayor que las que he soportado hasta ahora. A las quinientas mil personas que viven en mi territorio, muy pronto se añadirán otras doscientas mil que van a ser alojadas en un entorno de cuatro millas. Es imposible que los católicos que hay entre ellos quepan en mi, aunque ampliada, ya superpoblada iglesia. A menos que actúe con celeridad, seremos testigos de otro suburbio de crecimiento rápido, pero sin Dios. He encontrado el terreno para la nueva parroquia, y he puesto el proyecto en manos de San José. He llegado a un pacto con él: si me envías la mitad del dinero que necesito para el suelo, yo daré el paso decisivo. Hasta ahora, he recibido exactamente la mitad, es decir 30.000 \$ que me entrega una diócesis alemana. Tenía que actuar rápidamente porque aumentaban las dificultades para conseguir el terreno adecuado para la construcción, de modo que, como soy el responsable de esta enorme parroquia, el día de la Ascensión firmé el contrato. Ha sido un precio interesante, siempre a condición de que pague la suma restante en agosto. Mis pobres feligreses se han ofrecido a adelantarme sus escasos ahorros, pero constituyen una suma insignificante para lo que necesito.

Entonces sucedió lo increíble. Sin el apoyo de personas influyentes, sin publicidad, la propiedad se pagó en el curso de seis semanas. Bastó una carta del Padre Goldmann a sus amigos. (Casualmente, la intención misionera del Papa para junio de 1964 era las misiones en Japón). A su debido tiempo, la prensa publicaba el éxito con un titular que decía: «Record alemán incluso antes de las Olimpiadas». El 13 de septiembre de 1964, otro artículo en primera

página del Neue Bildpost (equivalente alemán del Life), terminaba con estas líneas: «Enhorabuena, Padre Goldmann, por su primera medalla para Alemania! Los atletas espirituales que confían en la divina Providencia no se han sentido defraudados. A pesar de que su hazaña olímpica no haya sido difundida por televisión vía satélite, la transmisión y la actuación han sido doblemente buenas». En otro reportaje se decía: «Este record continuará traduciéndose en medallas de oro y plata mucho después de que hayan dado fin los juegos olímpicos de Tokio de 1964 y sus victorias hayan caído en el olvido».

De este modo, una segunda parroquia vio la luz en aquel gigantesco suburbio... la parroquia de San José. El cardenal Doy de Tokio estaba tan emocionado por tan espontáneos gestos de generosidad que regaló a cada donante una foto de su persona.

Sin embargo, a pesar de que se había adquirido la propiedad, surgieron nuevas dificultades que demoraron la construcción. Para empezar, los franciscanos misioneros de Fulda no obtuvieron el permiso para fundar una segunda parroquia en Tokio, porque, según las ordenanzas, las comunidades religiosas extranjeras no podían administrar más que una parroquia en la metrópoli japonesa. Por lo tanto, solamente un nativo podía ser el párroco de la nueva iglesia de San José.

Otra gran dificultad era la pobreza de la Iglesia en Japón. Una vez y otra el Padre Goldmann solicitaba una entrevista con el cardenal y su obispo auxiliar, entrevista que quedaba aplazada para otra ocasión. Por fin, el 19 de noviembre de 1967, el proyecto se hizo realidad. Según una carta fechada en aquella época:

Hoy se celebró la primera Misa en la nueva iglesia de San José Obrero. También vosotros debéis alegraros con nosotros, porque nos habéis ayudado a conseguir esa meta en el Año Olímpico de 1964. ¡Qué gran generosidad habéis mostrado con vuestros donativos! Sin los 30.000 \$ entregados en un plazo de seis semanas, esta parroquia no habría podido nacer. Hoy no habríamos podido pagar el terreno. Ya que esta parroquia debe su existencia a vuestra espontánea generosidad, nuestras primeras palabras de agradecimiento son para vosotros. Podéis estar seguros de que todos vosotros, junto con

vuestras intenciones, estáis incluidos en las Misas diarias que se celebran aquí.

No importa que esta parroquia no esté administrada por mi orden, sino por una diócesis japonesa. Lo importante es que este nuevo centro pastoral funciona con un párroco nativo que puede realizar su tarea con mayor eficacia. Nosotros los misioneros, a pesar de nuestro trabajo y de nuestro esfuerzo, seguimos siendo extranjeros y diferentes, y no tenemos la esperanza de influir en la gente tan poderosamente como lo puede hacer una persona de su misma raza. Nuestra función consiste en fertilizar el terreno pedregoso y sembrar buena semilla. Cuándo y cómo germinará, y si producirá fruto abundante, solamente depende de Dios.

La rectoría y el centro parroquial de San José están terminados, pero todavía no hay iglesia. De momento, el salón parroquial nos sirve como iglesia temporal, con una cortina para aislar el altar cuando no hay culto. Contamos con el terreno para el edificio, pero nuestros fondos están exhaustos. Te preguntarás el motivo de haber construido el salón parroquial antes que la iglesia. La razón radica en que la Iglesia y el Estado están completamente separados en el Japón, y las confesiones religiosas no cuentan con ayuda alguna. Además, la comunidad cristiana, así como las vocaciones al sacerdocio proceden en su gran mayoría de las clases más pobres, que, generalmente, viven al día. ¿Cómo puede vivir un sacerdote en tales condiciones? ¿Dónde se alojaría para ejercer su ministerio? Depende absolutamente de los ingresos que el Estado le garantiza por dirigir un jardín de infancia. Si el jardín de infancia está preparado para alojar a 120 niños, esos ingresos pueden aumentar hasta proporcionarle una subsistencia modesta. No hay muchos estudiantes —Japón cuenta actualmente con 360.000— que se armen del valor necesario para estudiar teología en semejantes circunstancias. De momento, hay setenta y cinco en el seminario de Yonbancho, un grupo reducido pero selecto.

El episcopado japonés es también muy pobre. Mi obispo me dijo en una ocasión: «Padre, la parroquia de San José funciona gracias a su iniciativa. Sus muchos cooperadores lo han hecho posible. ¿Podría usted proporcionarme otros 7.500 \$?». (Para un japonés, pedir es la mayor humillación). Lamento decirlo, pero tuve que defraudar a mi

obispo. «Señor», le respondí, «en mi cuenta solo hay 75 \$, lo que significa que mis deudas son mucho mayores. Sencillamente, por mucho que quiera, no puedo ayudarle».

Los bolsillos del Padre Goldmann suelen estar vacíos. Cuanto más dinero recibe, menos posee. La ayuda a las misiones sigue siendo, y seguirá siendo, un pozo sin fondo. Desde un punto de vista financiero, hace tiempo que debía haberse declarado en bancarota. Su confianza en Dios, apoyada mil veces en la oración, sobrepasa cualquier cálculo sensato. A pesar de todo, el Padre Goldmann no es un «soñador». Al contrario, tiene los pies firmemente asentados en la realidad. Por otra parte, las necesidades de sus muchachos priman sobre cualquier consideración o cálculo financieros. En el informe semestral de mayo de 1971, escribe:

Es absolutamente necesario construir una parroquia nueva. El joven párroco japonés, que vive en dos reducidas habitaciones en un enorme bloque de pisos, solo pude reunir a una pequeña fracción de sus feligreses. Tiene que celebrar la Misa con rapidez y sin cánticos. El 80% de ellos no puede asistir a Misa sencillamente porque no hay espacio. Le he prometido 12.500 \$ con el fin de que pueda comprar el terreno para una nueva iglesia. Se lo prometí en diciembre y necesitábamos el dinero el 16 de abril. Llegó el momento, y yo no había conseguido todavía aquella suma. Por la tarde, una hora antes del cierre de los bancos, recibí una llamada diciéndome ¡que había llegado el dinero! Sí, ¡todavía vivimos en el tiempo de los milagros!

El Padre Goldmann predicó incluso durante sus primeras vacaciones misioneras: «Hay que edificar las iglesias donde rece la gente». Para él, más importantes que las iglesias son, sin embargo, el sacerdocio y las vocaciones religiosas. En una reciente carta circular describe brevemente el peculiar itinerario de un aspirante al sacerdocio:

La celebración de la Primera Misa de un recién ordenado fue un día de enorme alegría. Hace doce años, el Padre Maximus vino a pedirme la catequesis y el bautismo. En aquella época era un estudiante aventajado en una de las mejores academias del país. Gracias a sus excelentes resultados en la asignatura de Arte, fue

elegido para asistir en París a la Academia Francesa de Arte. Por este motivo, le estuve dando clases particulares de francés. Sin embargo, cuando todo estaba preparado para su viaje a Francia, decidió recuperar su beca estatal. Realmente, yo no me sentí muy satisfecho con aquella decisión, pues esperaba que aprovechara la oportunidad de ampliar sus estudios. Entonces me dijo: «Padre, si voy a París, aprenderé a crear figuras de bronce o de piedra. Si mira usted a las ruinas de la escultura griega, podrá ver lo que queda de ellas. En la clase, usted nos habló de que cada alma será una imagen de Dios, según el plan que Él tiene para ella desde toda la eternidad. Esculpir esa imagen supera a cualquier creación material. Por lo tanto, querría hacerme sacerdote». Ahora ha alcanzado su meta. A pesar de haberse visto aquejado en dos ocasiones por un doble brote de tuberculosis, a pesar de los dos años durante los cuales ha tenido que interrumpir las clases, a pesar de sus continuas enfermedades en el transcurso de sus estudios —tales que los doctores temían que no pudiera continuarlos—..., no se rindió jamás. Siempre empezaba de nuevo con renovado valor. Y como encontramos un muy buen medicamento —el PK 7 alemán— que le benefició extraordinariamente, logró continuar sus clases. Ahora se siente como una persona nueva. Esta Primera Misa es una fiesta para Dios y para todos nosotros, ¡especialmente para mi! Es la segunda ordenación en un año, y la tercera está próxima. Otro estudiante ha empezado sus estudios. ¿No tenemos, pues, motivos de alegría? Vuestras oraciones y sacrificios no han sido inútiles.

El Padre Goldmann tuvo la oportunidad de visitar en más de una ocasión a sus hermanos franciscanos de la isla de Hokkaido, la mayor isla al norte del Japón. Nos ha descrito en varias ocasiones las condiciones de trabajo de aquellos misioneros. Los visitó por primera vez después de sus vacaciones en el extranjero. En su circular del 25 de noviembre de 1962, podemos leer:

Antes de mi regreso a Tokio me detuve durante diez días en la misión de Hokkaido, donde habíamos trabajado en medio de enormes dificultades económicas. Cuando llegué un 6 de noviembre, ya nevaba. Pero ahora la nieve alcanza varios pies de profundidad. Era la primera vez que yo conocía un clima semejante, y me di cuenta de que

mi vida en Tokio era relativamente fácil, pues no hay comparación posible con las privaciones que soportan nuestros misioneros del norte. Me sentí realmente asombrado y avergonzado al ver los sacrificios que hacen nuestros hombres, a menudo en medio de la soledad y el abandono más profundos.

En el transcurso de este viaje visité también Bibai, una región minera que se extiende por montes y selvas vírgenes. Allí hay una pequeña misión al cargo de un hermano franciscano. Procede de los bosques de Bohemia donde aún viven sus parientes, de los que no tiene noticias desde hace mucho tiempo. Tuve ocasión de observar el trabajo de este sacerdote y sus increíbles condiciones de vida. No cuenta con una habitación que merezca ese nombre; su cama es el suelo desnudo. No tiene cocina, y su comida me recuerda mis días de prisionero de guerra. Parece imposible que un hombre pueda ser más pobre y más abnegado. Sin embargo, lo más sorprendente es que consigue alojar a numerosos chiquillos en su habitación. No puedo imaginarme cómo lo consigue.

El Padre Goldmann vuelve sobre este tema en su circular del 29 de junio de 1963:

A lo largo de mis largos y fatigosos viajes de norte a sur del Japón, la vida de nuestros misioneros no deja de impresionarme y emocionarme. De ahora en adelante, yo, que vivo en la metrópoli de Tokio, no puedo por menos de sentirme avergonzado cuando considero las increíbles circunstancias y dificultades que, en el cumplimiento de su deber, soportan esos sacerdotes. Es esperar demasiado de cada uno de ellos. En lugares aislados, en regiones que, todavía hoy, se pueden calificar de salvajes, esos misioneros se gastan por su pequeña grey, frecuentemente esparcida en amplias zonas que se extienden hasta las lejanas montañas. Si no fueran unos hombres imbuidos de una profunda fe, no podrían soportar esa vida ni un mes..., y mucho menos durante docenas de años. Esos mensajeros de la Palabra de Dios se merecen nuestra admiración y nuestras oraciones.

En casi todas sus cartas aparecen comentarios semejantes. No obstante, el Padre Goldmann no se conformaba con sentir tristeza por sus hermanos y, para ayudarlos, se comportó con un celo aún mayor

que el que mostraba en su propia parroquia. Sabía, por supuesto, que no contaba con medios suficientes para ayudar a quien fuera. Sin embargo, con la colaboración de sus amigos alemanes, fundó una nueva misión y amplió otra ya existente. En agosto de 1966, el Padre Nicolás Prescher, un misionero de los Sudetes, recibió el regalo de una guardería para 180 niños y de un convento completamente amueblado para las Hermanas. Un mes después, el 18 de septiembre de 1966, consagró en Shibetsu una capilla con rectoría y bendijo una guardería para 160 niños. Este es el ámbito de la actuación de un joven sacerdote japonés, el Padre Antonius Akoi, al que el Padre Goldmann le había prometido ayuda a finales de 1965.

Cuando, en mayo de 1969, escribí a los amigos del Padre Goldmann llamando su atención sobre la proximidad del 24 de junio, fecha de sus bodas de plata, cité los siguientes pasajes de una carta de 1963 en la que manifestaba su emoción con respecto a las extremadas y lastimosas condiciones de las misiones franciscanas en el norte de Japón:

Estoy todavía en la costa de Hokkaido, a las afueras de la pequeña ciudad de Wakkanai, en el lado opuesto a Sachalin, de la que se apropiaron los rusos al final de la Segunda Guerra Mundial. Frente a mí, el canal que une el Océano Pacífico con el Mar del Japón. Aquí se separan dos mundos. A simple vista, uno apenas puede distinguir los altos picos de la estéril isla siberiana, donde cuarenta años antes se instalaron nuestros hermanos alemanes que, en medio de las mayores privaciones, fundaron las iglesias que fueron «ahogadas» posteriormente en la sangre de los mártires durante la persecución roja. Aquí, en Wakkanai, un sacerdote japonés conserva, como recuerdo, el pequeño crucifijo que rescató en aquel espantoso período.

Directamente a mi espalda, se sitúa un minúsculo edificio orientado hacia la costa, tan pequeño y humilde, que difícilmente puede resistir las continuas tormentas. Yo visité aquella casa, que es más una choza de madera que una casa: consta de una reducida habitación en la que aparece un pequeño altar en el que se conserva el Santísimo Sacramento. ¿Quién cuida y vive en esa casita? Cuatro Hermanas de Charles de Foucault —una comunidad de las Hermanitas de Jesús— tres de ellas nativas y una francesa. Rezan, y trabajan como

asistentas en el hospital y como despedazadoras en una maloliente fábrica de conservas de pescado. Y aquí, en un país sin Dios, oran durante muchas horas del día y de la noche delante del Santísimo Sacramento expuesto: rezan por Rusia y por la paz del mundo. Tienen permiso para abrir el sagrario, pues, durante los ocho meses de invierno, y entre continuos temporales, es muy poco frecuente la presencia de un sacerdote.

Cuando las visité, la estufa estaba al rojo vivo, pues la temperatura era tan baja que no se podía vivir sin un fuego. Me sirvieron una taza de té mientras me contaban sus vidas. Les pregunté si no era demasiado duro vivir durante tantos años en tan extremada pobreza y soledad, y la Hermana francesa, sonriendo y en un japonés chapurreado, replicó: «No estamos solas. ¿Acaso Él no nos acompaña continuamente?». Dijeron que no deseaban abandonar nunca aquel lugar. Mi acompañante pagano y yo mismo nos sentíamos avergonzados, y él comentó pensativamente: «¡Qué valientes llegan a ser estas mujeres!».

Volviendo ahora al verano de 1969 y a mi carta, la proximidad de las bodas de plata del Padre Goldmann me impulsó a escribir las líneas siguientes.

Estoy convencido de que nada agradaría tanto al Padre Goldmann como un donativo para construir una misión en Wakkanai, una misión en la que puedan vivir seres humanos. Quizá les sorprenderá que nombre la cifra de 25.000 \$. Realmente, no sé si llegaremos a ver hecho realidad este proyecto, pero sí que se han materializado planes más audaces y en condiciones aún más desesperadas. Hace tiempo que he comprendido que no hay nada imposible...

En todo el mundo abunda la miseria y la desolación, y no es posible acudir a todas las necesidades. El mismo Jesús se refirió a esto: «A los pobres siempre los tendréis con vosotros». Algún día nos preguntará, no a quién hemos ayudado, sino si hemos ayudado. La decisión es personal. De una cosa estoy seguro, sin embargo, y soy capaz de poner las manos en el fuego por esta verdad: el Padre Goldmann es un criado fiel y un administrador honrado, que no entierra los donativos ofrecidos, sino que los usa hasta agotarlos.

Envié la carta. Pasaron semanas y meses. Recibí muchos donativos. Sin embargo, el Padre Goldmann tiene más cargas financieras que nunca. En consecuencia, su tesorería estaba exhausta en el mes de agosto. Por lo tanto, y hablando humanamente, le era imposible respetar el plazo fijado. Por otra parte, los constructores esperaban el pronto pago, ya que estaba estipulado que la nueva misión estaría dispuesta para ser ocupada en octubre.

En este punto, ocurrió de nuevo lo imprevisto. Un extranjero, hasta entonces completamente desconocido, entregó la suma requerida sin conocer el fin al que se destinaba. Fiel a su contrato, el Padre Goldmann pudo pagar la suma el 6 de octubre de 1969. Este pago suponía la tercera parte del coste total.

Cuando he mencionado que ya no me sorprende de nada, debo añadir que el mismo Padre Goldmann se sintió profundamente conmovido por el giro de estos acontecimientos. Como escribió el 19 de noviembre de 1969: «El éxito de este proyecto es la prueba exacta de que el hecho de esperar contra toda esperanza es tan válido como siempre.» Entretanto, la nueva misión de Wakkanai ha empezado a existir. La abnegación de las cuatro Hermanitas de Jesús ha producido un inesperado incremento de sus residentes. También ellas se sienten llenas de agradecimiento y gratitud.

Al mismo tiempo, al Padre Goldmann le surgen nuevas tareas. Los fragmentos de dos cartas dan un breve esbozo de ellas:

19 de noviembre de 1967. Como ya he informado en más de una ocasión, hace ya mucho tiempo que mi parroquia ha adoptado a otra en el sur de la India. La gente que vive allí es mucho más pobre que la de aquí. El misionero carmelita encargado, padre Jerome, describe esas condiciones en una carta desgarradora: «La hambruna más devastadora del año ha retrasado nuestro trabajo y nuestros planes. En este momento, uno puede esperar lo peor. Nuestro pueblo considera un éxito el hecho de conseguir un día una pizca de comida. La pura verdad es que están realmente hambrientos. Es desgarrador ver vivir a los niños en medio de esas necesidades...».

Gracias a la ayuda de Alemania y de la parroquia de aquí, hemos podido enviar una ración diaria de arroz para cada uno de los

trescientos niños que, de este modo, pueden seguir con vida. De acuerdo con vosotros, la mayor parte de vuestros donativos de este año irán a la India. A ellos se añaden las colectas mensuales de mi parroquia, que suelen ascender a 125 \$ por lo menos. De este modo, nuestros donativos periódicos de dinero, aunque muy lejos de ser suficientes, sirven para aliviar las necesidades mínimas de ese pueblo.

En una carta del verano de 1968, el Padre Goldmann escribe:

Como sabes, hace dos años que mi parroquia se comprometió a actuar como «hada madrina» de otra parroquia en el sur de la India. El punto de partida fue un sermón en el que yo manifestaba mi temor de que todas las oraciones, toda la asistencia a la iglesia, etc., no fueran suficientes para alcanzar la felicidad eterna. Explicué a mi gente que Mateo, en el capítulo 25, describe el Juicio Final y se refiere a las obras de misericordia —de las que tengo pocas pruebas hasta el momento— y a las que, además, Nuestro Señor Jesucristo cita como el único criterio para ese Juicio. Les recordé lo mucho que habían recibido; que teníamos la parroquia más eficazmente desarrollada de Tokio, con el más hermoso centro parroquial; que, en todo el Japón, era la única que contaba con una residencia para las vacaciones de mujeres con sus hijos. ¿Qué estamos haciendo por los demás?, pregunté. Como resultado de este sermón, mis feligreses decidieron adoptar a la parroquia del Padre Jerome en el sur de la India. La Divina Providencia había llamado nuestra atención hacia esa parroquia cuya gente vivía en una pobreza indecible y donde muchos, especialmente niños, morían de inanición. Mi consejo parroquial decidió iniciar una colecta mensual que tendría lugar el primer domingo de mes. Dicha colecta superó en veinte veces la habitual de los domingos. Además, entregamos dos de las correspondientes a la misión, una en Adviento y otra en Cuaresma, ambas para la India. Este año, el Domingo de Pasión, mis feligreses dieron una media de 2,50 \$.

De este modo, gracias a vuestra colaboración, hemos sido capaces de aliviar las necesidades de nuestra parroquia de adopción. Los estipendios de las Misas que enviáis a través de mi amigo el Padre Ludwig Fischl en Lederdorn no solo han paliado la gran necesidad de

ayuda financiera de los Hermanos Carmelitas del sur de la India, sino que han ayudado eficazmente a los pobres del Padre Jerome.

Juntos, vosotros y yo, hemos llevado a cabo una hazaña que se cuenta entre las más consoladoras de mi ministerio sacerdotal. En mi vuelo de regreso, visité a esta comunidad carmelita, a fin de concretar lo que podemos hacer —ahora que hemos pagado nuestras enormes deudas— para prevenir una carestía semejante en el futuro.

A primeros de 1968 el estado físico del Padre Goldmann había llegado a un punto extremadamente grave. Los Rayos X y los reconocimientos de los mejores especialistas de Tokio revelaron la seriedad de la situación. Recomendaban una operación urgente, pero no podían prometer una mejoría de la enfermedad. El Padre Goldmann vacilaba en dar su consentimiento. En aquel momento crítico, la compañía aérea Lufthansa le regaló un billete en primera clase para Alemania. Lo hicieron, no porque fueran conscientes de su gravedad, sino porque deseaban agradecerle que el año anterior hubiera atendido a un grupo de treinta peregrinos que viajaban en avión. Para el Padre Goldmann el billete fue una señal divina, y voló a Alemania. Allí, en manos de médicos especialistas, su salud mejoró sensiblemente sin necesidad de intervención quirúrgica.

A la vuelta de su viaje, el Padre Goldmann visitó a su comunidad adoptiva de la India. Lo que vio y experimentó le conmovió profundamente. La falta de espacio nos impide describir la inenarrable pobreza que encontró allí. (Por ejemplo, el salario de un joven por ocho horas de un trabajo físico agotador se reducía a solo cincuenta céntimos.)

Esta visita a la India estimuló los esfuerzos del Padre Goldmann a favor de sus cristianos adoptados. En una extensa carta describió sus experiencias, y la respuesta de los amigos fue espontánea. Gracias a los donativos de sus bienhechores fue capaz de financiar cinco iglesias en cinco años. Ahora, la Provincia Carmelita del Padre Jerome tiene diez parroquias a su cargo. Durante el mismo período, todas las iglesias dispusieron de ornamentos litúrgicos y de manteles de altar. Recibieron miles de rosarios y de estampas. Aquellos sencillos cristianos de la India difícilmente pudieron contener su alegría.

Además de la ayuda pastoral a las iglesias de la India, se edificaron varias escuelas y se instaló la luz eléctrica. También se pudo adquirir alguna maquinaria agrícola. Se han abierto algunas escuelas técnicas con varios talleres, y se proporciona alojamiento gratuito a los estudiantes necesitados. De este modo, los que desean recibir una educación tienen la oportunidad de subir de nivel y, en consecuencia, acceder a trabajos mejor pagados.

En 1970 el Padre Goldmann anunciaba un amplio proyecto expansionista: un hospital moderno que se dedicaría a una zona de la India con una población de más de sesenta mil habitantes. En 1971 tuvo la ocasión de informar:

El edificio está terminado, al menos en parte... de momento con cuarenta camas y capacidad para atender a más de doscientos pacientes externos por día. La consagración tuvo lugar en junio de 1971. Yo sentía la urgencia de ocuparme, pero no pude arreglarlo..., ni tenía tiempo ni dinero. De modo que el hospital solo está al 60% de su rendimiento... Puesto que había prometido financiar el edificio completo, tenía que pagar otra gran cantidad. Esto también fuimos capaces de hacerlo. Por lo tanto, es realmente vuestro hospital, construido con vuestros donativos, desde el cual, a partir del 1 de julio, fluyen grandes bendiciones tanto para los cuerpos enfermos como para las almas. Hay allí tres Hermanas: todavía viven en cabañas, pero dentro de poco les construiremos un convento. El personal de enfermería es el adecuado. Necesitamos urgentemente un segundo doctor. ¡Qué maravilloso monumento ha edificado vuestra caridad! ¡Todas las preocupaciones y las angustias ocasionadas por este edificio han resultado muy fructíferas!

A principios de 1972 tuve el privilegio de ser testigo ocular de lo realizado en la India por medio del Padre Goldmann. Gracias a la ayuda de donativos y de los estipendios de las Misas, recibidos y enviados a los Carmelitas en el sur de la India, podemos citar las siguientes realizaciones: un gran seminario para estudiantes de teología; otro seminario para estudiantes de filosofía; un gran orfanato; ocho nuevas iglesias, algunas muy modernas; re-novación y ampliación de varias escuelas; alrededor de cincuenta viviendas para familias pobres; y por último, pero no el último, un moderno hospital

que hasta el momento no tiene igual en el sur de la India. (Este hospital está actualmente en fase de ampliación hasta llegar a contar con cien camas).

Unas palabras sobre los Carmelitas del sur de la India:

la comunidad cuenta con noventa y dos sacerdotes. Estudian para el sacerdocio más de ciento cincuenta alumnos. Anualmente se ordenan de diez a catorce sacerdotes. No faltan vocaciones, ni el celibato es un problema. Estos cristianos son profundamente religiosos, muy inteligentes y extraordinariamente estudiosos.

En la India fui testigo de 138 bautismos en un día... treinta y tres de ellos, de adultos. El hecho de observar la piedad y el profundo recogimiento de aquellas personas durante las dos horas de ceremonia fue toda una experiencia. Se encuentran entre los más pobres de los pobres, con unos ingresos de veinticinco a cincuenta céntimos al día; con frecuencia han de trabajar de diez a doce horas diarias sin que surja en ellos rebeldía alguna; viven para otro mundo. Para ellos, la eternidad es la única realidad duradera, y esta vida terrenal, comparable a la oruga que se transforma en una bella mariposa, es una mera transición para ese mundo futuro.

Para el pueblo de Kerala, en la India, la maravillosa ayuda que ha llegado hasta él después de una enorme carestía parece incomprendible..., incluso milagrosa. La clave de este misterio no es otra que un conocimiento perfecto de un cristianismo vivido con autenticidad.

El Padre Goldmann encuentra una y otra vez nuevos caminos para su apostolado. El más audaz y quizá el único empeño de este estilo fue indudablemente la peregrinación de paz que emprendió con treinta de sus feligreses desde el 15 de mayo hasta el 1 de julio de 1967. Nada ha conmovido a los corazones y a las mentes más que este viaje a los lugares de peregrinación por Alemania, Austria, Francia, Italia y los Santos Lugares. La gente no podía comprender cómo aquellas personas, pobres en su mayoría, podían soportar semejante carga económica. Algunos temían por la salud del Padre Goldmann, del que parecía depender el éxito de aquella empresa. Hubo quienes trataron

de disuadirle, alegando que el riesgo y la responsabilidad eran demasiado grandes.

No hay espacio suficiente para enumerar los incontables problemas que surgieron antes del viaje ni para describir las inolvidables impresiones de los peregrinos durante él: la audiencia con el Santo Padre y los demás dignatarios de la Iglesia, las prolongadas y absorbentes experiencias de las celebraciones litúrgicas, o la extraordinaria hospitalidad de sus amigos alemanes.

En muchos sentidos, la peregrinación fue bendecida de un modo único y especial. Durante las siete semanas de viaje no hubo ni una simple complicación, accidente, baja, enfermedad, discusiones o fallos. A pesar de algunas dificultades imprevistas, el itinerario obedeció exactamente a lo planeado, puntual casi al minuto. En contra de todas las expectativas, los peregrinos japoneses fueron los primeros extranjeros a los que se permitió entrar en Tierra Santa después de la Guerra de los Seis Días de 1967, así como visitar los Santos Lugares anteriormente cerrados a los peregrinos. El Padre Goldmann, el organizador indispensable, el compañero de viaje, fue capaz de conseguirlo a pesar de un repentino agotamiento físico y mental. Es difícil describir con palabras las gracias que surgieron de esta peregrinación. Los contactos de persona a persona entre pueblos de diferentes naciones y culturas estrechó considerablemente los lazos de amistad. ¡Cómo emociona experimentar este sentido de comunidad universal, esa relación fraternal con personas de otras partes del mundo! El concepto de «misión» adquiere una vida y un significado nuevos. Los japoneses expresaron sus impresiones con las frases siguientes: «La peregrinación a través de Alemania fue para nosotros una nueva y bendita experiencia diaria de lo que la Iglesia significa, Como cristianos de una misión campesina y de una Iglesia en la diáspora, hemos descubierto facetas, hasta ahora desconocidas, de esta misma Iglesia. Ser testigos de ellas fue una experiencia gozosa que perdurará en nosotros durante toda la vida».

Entre los peregrinos había dos paganos, un empleado y un estudiante. El primero recibió el bautismo en Belén, y el segundo pidió la admisión en la Iglesia antes del regreso al Japón. Pero ¿cuál fue el efecto de la peregrinación en los cristianos de la iglesia de Santa

Isabel en Tokio-Itabashi? La circular de Pentecostés de 1967 lo describe así:

Cuando afirmo que el comportamiento del grupo de peregrinos ha transformado mi parroquia como un fermento durante los últimos meses, no hablo con exactitud, pues «comportamiento» no es la palabra adecuada. Es mucho más que comportamiento; es una renovación interior que se ha producido en el grupo de peregrinos de mi parroquia. Se ha desencadenado un raudal de celo y oración, una avalancha de entrega por parte de ese pequeño grupo que ha recorrido la parroquia entera arrastrándolo todo. Cuando recientemente me despedí de mis feligreses antes de iniciar un nuevo viaje, pude decirles con absoluta sinceridad: «Deseo daros las gracias a todos por esta último año, que ha traído tan rica cosecha después de catorce de siembra y de cuidados. Es una cosecha que ha producido más fruto del que yo soñaba en mi interior».

En primer lugar, debo mencionar una profundización en la vida de culto y de oración. Aunque desde hace catorce años traté de construir mi parroquia desde el altar, estos seis últimos meses me han demostrado lo mucho que se ha conseguido. Durante la Cuaresma, por lo menos cincuenta cristianos han asistido diariamente a Misa. Para apreciar este dato, hemos de tener en cuenta que, desde la división de la parroquia, solo contamos con 620 miembros, incluidos 250 que son niños, ancianos o enfermos. Tampoco puedo olvidar el hecho de que la mayoría de mi gente emplea alrededor de tres horas diarias para acudir al trabajo, en el que pasan nueve e incluso diez horas diarias. Los cultos cuaresmales —el Vía Crucis tres veces por semana y muchos otros actos— contaron con una gran asistencia. La Semana Santa —la culminación anual de mi vida sacerdotal— fue un acontecimiento inolvidable. Durante los oficios del Viernes Santo el coro combinó la lectura de la Pasión a cargo de cuatro lectores con el canto de la composición musical de Bach, La Pasión según San Juan. Entre las lecturas, a modo de meditación, nosotros cantábamos a capella. Luego, el Sábado Santo celebramos la Vigilia Pascual en la que se bautizaron nueve adultos. Este hecho superaba todas nuestras experiencias anteriores. El grupo de peregrinos había enardecido a toda la comunidad. Después de muchas semanas de ensayos diarios, el

coro de la iglesia, dirigido por Verónica, nuestra cantante, coronó todas las celebraciones.

Cuando vino el obispo a administrar el sacramento de la Confirmación, dijo al pueblo que nunca había asistido a una ceremonia como la de Santa Isabel. Puedo afirmar con orgullo que mi grey ha llegado a ser más entregada, y que su fe se ha profundizado gracias a aquella peregrinación de paz.

También creció considerablemente la participación en obras de misericordia, la auténtica prueba de un verdadero cristiano. Su caridad nos impresionó muchísimo, a veces de un modo humillante. Después de nuestro regreso, los peregrinos no se cansaban de extender de un modo entusiasta el amor que había surgido en ellos. Constituía el tema de las numerosas charlas y conferencias ilustradas, que compartíamos con toda la parroquia, sobre las siete benditas semanas. Como consecuencia, la inunda actualmente una poderosa ola de obras de caridad. Nuestros jóvenes visitan periódicamente una residencia de ancianos, donde las personas viven en unas condiciones que soy incapaz de describir y que no creeríais si llegara a conseguirlo. He de confesar que yo desconocía esta situación tan predominante en nuestra vecindad, pero mis jóvenes la descubrieron, y ahora, con enorme abnegación, luchan por conseguir que cambie. Las mujeres cuidan literalmente a cientos de ancianos y enfermos; cosen y remiendan para ellos; y los visitan frecuentemente, incluso si implica un viaje en tren de cuatro horas para llegar a esos lejanos hogares. Casi mensualmente llegan llamadas a mi parroquia solicitando donantes de sangre para enfermos de cáncer, y cada vez son tantos los voluntarios para entregarla, que la Cruz Roja japonesa ha manifestado reiteradamente su asombro y su admiración.

Actualmente las actividades de nuestra parroquia son conocidas en todo el Japón. No es sorprendente, pues yo he sido llamado en varias ocasiones para hablar de ellas en la televisión y en la prensa. En respuesta, he recibido miles de cartas... casi exclusivamente de no cristianos. Esta es una dimensión que no hemos previsto: demuestra que muchos corazones se sienten conmovidos por el ejemplo de nuestra pequeña comunidad parroquial. Estas noticias fueron los instrumentos que han conducido a gran número de paganos de varias

partes del Japón a solicitar enseñanza catequética. ¿Qué más maravillosa irradiación podríamos esperar de nuestra actuación cristiana?

En este apostolado hemos de dar el crédito merecido a nuestra publicación parroquial, Santa Isabel. Somos la única parroquia católica en Japón que publica una revista mensual. Al principio contenía treinta páginas, pero el grupo de peregrinos ha duplicado el número. Desde septiembre de 1967, ocho ediciones especiales han informado de esa memorable peregrinación. Estos artículos son de tan gran calidad, que los han reproducido varios importantes diarios japoneses. Hemos tenido que reeditar algunos de ellos, pues nos llegaban peticiones de todas partes del país.

Me siento absolutamente asombrado ante la profundidad con que los participantes han asimilado sus experiencias. A menudo me he quedado sin palabras al leer los sentimientos y las impresiones de esos cristianos recién bautizados, y me maravilla el modo en que han respondido, y las conclusiones que han extraído. Si en alguna ocasión fueron justificadas mis dudas sobre esta peregrinación, ahora estoy absolutamente convencido de que supuso una fuente de gracias necesaria y eficaz.

Mientras escribo estas líneas, tengo ante mí la noticia de algo que ha sucedido en Tokio durante nuestra ausencia. Uno de los obispos más respetados del Japón vino desde su lejana diócesis del norte a celebrar Misa con los feligreses de Santa Isabel, y para tener una visión personal de la parroquia de la que había oído hablar en la prensa y a través de ciertas informaciones. Aunque no conozco al obispo personalmente, me siento asombrado y encantado de que nos haya distinguido de un modo tan especial. ¡Cómo agradecer adecuadamente a cada uno de vosotros las muchas gracias que hemos recibido, fruto de vuestras oraciones!

En agosto de 1969, el Padre Goldmann emprendió otra peregrinación combinada con una visita a su hogar, prevista para cada ocho años. La organizó sin saber la enorme carga que iba a resultar para él. En esta ocasión viajé con el grupo, y aquellas semanas permanecerán grabadas para siempre en mi memoria. Me sentí

diariamente humillado ante la auténtica piedad y el fervor de aquellos veintiocho japoneses. Al volver de desayunar, me los encontraba todas las mañanas de regreso de la Iglesia del Santo Sepulcro donde habían rezado de rodillas durante dos horas. Esto sucedía casualmente cuando la prensa mundial informaba del incendio de la mezquita de El Aksa. En aquella época éramos los únicos peregrinos en Jerusalén. Hicimos el Vía Crucis en varias ocasiones y en cada una de ellas nuestros peregrinos recorrieron las estrechas calles de la antigua ciudad cargados con una pesada cruz de madera. Muchos de ellos eran jóvenes y mujeres. No les importaba la crítica o el ridículo.

No fui el único en sentirse impresionado por nuestro grupo. El encargado del mayor albergue de peregrinos (Casa Nova), que durante décadas había atendido a miles de ellos, dijo simplemente que nunca había observado una piedad tan sencilla y tan auténtica en sus oraciones y en sus cánticos, junto a una patente alegría. Le hubiera gustado alojarnos mucho más tiempo del que disponíamos. ¿Qué ocurre para que los cristianos occidentales nos sintamos avergonzados cuando los jóvenes asiáticos conversos dan su testimonio de cristianos auténticos?

Una audiencia privada con el Santo Padre fue la culminación. El Padre Goldmann lo relata así:

Cuando el Santo Padre nos recibió en audiencia privada, nos agolpamos a su alrededor como niños alrededor de su padre y tuvimos el privilegio de darle a conocer nuestras canciones. Nos las agradeció continuamente y me dijo que la visita de aquellos cristianos le había servido de consuelo en medio de sus sufrimientos. Entonces comprendimos que nuestra peregrinación había sido un santo y buen empeño que el Papa había confirmado con sus bendiciones al trazar una cruz sobre nuestras frentes.

Las diversas obras sociales del Padre Goldmann no pudieron permanecer ocultas durante mucho tiempo, ni siquiera en la metrópoli de Tokio con sus doce millones de habitantes. Poco antes de la Navidad de 1965 fue condecorado con el premio más importante concedido por el Estado a una obra social: la «Orden de las Buenas

Obras». El acto tuvo lugar en el Salón de Condecoraciones del Templo de Meiji y el documento decía lo siguiente:

Padre Gereon Goldmann: Durante muchos años ha trabajado Vd. incesantemente para sacar adelante cualquier obra social en su distrito, contribuyendo sustancialmente de este modo a mejorar las cordiales relaciones entre Alemania y Japón. En consecuencia, le expresamos nuestra admiración por su extraordinaria labor, que agradecemos con la «Medalla a las Buenas Obras».

Firmado, Tadashi ADACHI

Presidente.

El Padre Goldmann añade: «La Organización me comunicó que en esta condecoración se incluyen todos aquellos que han apoyado esas buenas obras. Con gran alegría y satisfacción, pues, os transmito este reconocimiento, amigos y bienhechores míos».

Estos honores se conceden solamente una vez al año. Hasta el momento han sido considerados merecedores muy pocos extranjeros, y el Padre Goldmann ha sido el primer alemán en recibirlos.

Acababa yo de volver al Japón de esta peregrinación, cuando el Consulado Alemán condecoró al Padre Goldmann con la Cruz al Mérito de Primera Clase de Alemania Occidental. «Una más para meter en el cajón», fue su sencillo comentario. Y añadió: «Este reconocimiento pertenece también en primer lugar a mis amigos, pues sin sus oraciones y demás ayudas yo no habría podido recibirla».

Un reportero alemán describió la entrevista que mantuvieron del modo siguiente:

Nos quedamos de piedra cuando el Padre Goldmann nos esbozó sus planes para las dos semanas siguientes, y su brío y su entusiasmo nos revelaron el secreto de su éxito. ¡Con un hombre como él uno puede ir hasta el fin del mundo! Este franciscano es indiscutiblemente el personaje más singular que me he encontrado a lo largo y ancho de Asia. Es también el misionero más admirable, capaz de edificar un templo en medio de la mayor miseria. Tiene el don de hacer que todos sus empeños den fruto. Él mismo continúa siendo pobre y sencillo; ni

siquiera tiene coche. ¡Qué fuerza, qué valor, qué tenacidad en sus propósitos ha de tener para llevar una vida dedicada a la ayuda y al consuelo ajenos! El Padre Goldmann hace todo lo posible para ayudar a los cristianos redimidos por la sangre de Cristo. Al pueblo le gusta verle entregado absolutamente a los demás y al otro mundo. Y ¡qué pocas veces he visto a nadie reír tan abiertamente como a esos franciscanos, y especialmente al Padre Goldmann, el Trapero de Tokio!

POST SCRIPTUM

Todo lo relatado hasta aquí ha sucedido en realidad, pero sólo es una fracción de la vida del Padre Gereon Goldmann. En parte, he descrito experiencias personales, y mucho procede de fuentes de primera mano, declaradas por testigos y confirmadas por documentos.

Este libro lo han leído cientos de miles de personas, incluidos los hombres que durante la guerra lucharon por silenciar al Padre Goldmann. Entre las innumerables cartas recibidas, ninguna discute la autenticidad de los hechos descritos aquí. Algunas cuestiones relativas a la cronología de ciertos sucesos durante la guerra fueron explicadas satisfactoriamente e incluso sirvieron para completar y corroborar lo relatado.

Este libro, que hasta el momento (1971) ha alcanzado una circulación de doscientos mil ejemplares, es la prueba de los hechos siguientes:

1. Las experiencias del Padre Goldmann tienen un mensaje, no solo para él sino para todos los hombres sin excepción.
2. Incluso en nuestros tiempos, un valiente testimonio cristiano siempre es eficaz.

Por muy sucintas que sean estas anécdotas, dan sin embargo una idea de la fuerza de voluntad y la profunda fe del Padre Goldmann, junto a su audaz confianza en Dios y a su completa abnegación. Por otra parte, no tenemos la intención de adornar a un hombre con una

aureola. Las palabras del Padre Delp frente a la muerte son también válidas aquí. «El hombre no puede hacer nada por sí solo. Cualquier intento de autosuficiencia significa autodecepción, incluso suicidio. Únicamente con la ayuda del poder de lo alto puede el hombre alcanzar su verdadera grandeza. No se puede conseguir por la fuerza; ha de ser pedida con toda humildad».

El Padre Goldmann atestigua que se pueden poner en movimiento fuerzas poderosas por medio de oraciones fervorosas y perseverantes. Afirma su eficacia con una fe que mueve montañas. «Buscad primero el reino de Dios», es su lema. En sus sermones, repite: «Se construirán iglesias donde haya oraciones». Y también: «Vuestro dinero será una maldición para nosotros si no rezáis. Debéis rezar más por las misiones». Y sobre sus amigos alemanes, escribe:

Muchos miles interceden por nosotros en Alemania Oriental. Solo Dios sabe cuántas oraciones envían al Cielo. Continuamente me llegan promesas de plegarias que se extienden por nuestro camino, desde un número fijo de jaculatorias hasta rosarios diarios. Nunca podremos calibrar la ayuda que recibimos de este maravilloso ejército de intercesores. Esos amigos no pueden enviar ayuda material, incluso si lo desean. Pero la oración es, y sigue siendo, lo más importante.

No solo rezan personas en Alemania oriental. Junto a muchos amigos y bienhechores de todas partes, tengo una lista de conventos y congregaciones cuyos miembros se unen día tras día a la oración de sus amigos japoneses.

La oración era, y sigue siendo, la clave de todos los sucesos providenciales y los acontecimientos en la vida del Padre Goldmann. A la oración debe su vocación al sacerdocio. La oración fue el secreto de su repetida liberación de una muerte inminente. La oración es el secreto de todos sus éxitos misioneros.

Desde el comienzo de su formación militar, todas sus actuaciones y todas sus decisiones llevaban la impronta de su conciencia cristiana, incluso si implicaban «ir contra corriente». A pesar de su participación en los frentes de Francia, Rusia e Italia, nunca hirió ni mató a nadie. Por el contrario, como médico ayudó a aliviar los sufrimientos físicos, y como sacerdote salvó a muchas almas de la condenación eterna.

El Padre Gereon Goldmann es un misionero más. Todos ellos obedecen al mandato de Cristo: «Id al mundo entero». Y al hacerlo, sacrifican todo lo más querido, familia y amigos, hogar y patria, y a ellos mismos. Frecuentemente incomprendidos —incluso despreciados y odiados— esos héroes trabajan en suelo extranjero, entre gentes de ideas y costumbres diferentes. En ocasiones viven en casi completa soledad, abandonados de todos, con comidas insípidas por todo alimento diario y, por añadidura, en un clima malsano. Raramente oímos hablar de su trabajo. Solos y desconocidos, esos misioneros parecen llevar una pobre existencia entregados a una causa perdida... ¡pero solo aparentemente!

Es cierto que, al vivir y trabajar en países extranjeros, esos hombres y mujeres se desvinculan de la tierra que les vio nacer. Sus, en otro tiempo, lazos familiares se van aflojando y acaban por perderse, especialmente, al llegar a la vejez. Mientras uno consideraría unas vacaciones al extranjero como un sueño acariciado durante largo tiempo, a menudo les he oído decir: «Qué feliz seré cuando vuelva con mis cristianos!». Aquí se hace realidad la parábola de la semilla: «Y otra cayó en tierra buena, y una vez nacida dio fruto al ciento por uno» (Lucas 8, 8).

Hace muchos años, cuando el Padre Goldmann, que vivía entonces en una extrema pobreza, me dijo que deseaba permanecer en el Japón hasta el final de su vida, me quedé muy sorprendido. Sin embargo, ahora he llegado a comprender su actitud, porque el auténtico hogar de un misionero solo puede ser el lugar de la tierra donde fue plantado como «semilla» y donde la semilla echó raíces. No es sorprendente, pues, que el Padre Goldmann haya elegido como su lugar de descanso definitivo la tierra de su parroquia donde, junto con su grey, puede esperar en paz la resurrección final y unirse con ellos en el coro de un eterno Aleluya.

Aunque en este libro he intentado contar la historia de uno de los muchos misioneros, no he pretendido singularizarlo haciéndole blanco de todas las miradas. Esos hombres no lo desean. Por otra parte, ¿por este motivo hemos de silenciar el heroísmo de nuestros sacerdotes misioneros, de nuestras Hermanas y Hermanos? Juzgad vosotros mismos si sería lo acertado...

JOSEPH SEITZ

Durante veintidós años, el Padre Goldmann continuó su tarea como párroco en Tokio, predicando por todo el Japón, según sus propios cálculos, un total de cuarenta mil sermones. En diecisiete ocasiones ha dirigido las peregrinaciones a Tierra Santa de sus católicos japoneses, alojándolos en monasterios e impartiendo unos rigurosos retiros espirituales. Después de fundar dos monasterios carmelitas en la India y algunos más en Japón, creó también en Tokio la Academia de Música Sacra. Durante los primeros quince años dirigió esta escuela, cuyos graduados continúan trabajando actualmente como músicos en iglesias japonesas, alcanzando una reputación que se ha extendido por toda Asia y por todo el mundo.

Actualmente, el octogenario Padre Goldmann, tras sufrir tres ataques de corazón, reside en su Alemania natal. A raíz del tercer ataque, los médicos lo declararon muerto, pero Dios tenía unos planes distintos para él. Despertó del coma y fue trasladado en avión hasta Alemania donde, excepto por algunos viajes, incluido uno al Japón, continúa desde 1994. Después de varios meses en distintos hospitales, vive, por fin, en lo que él llama «absoluta paz». Empieza su día a las 5 a.m., estudiando, respondiendo personalmente a los miles de cartas y tarjetas que recibe y entrevistándose con numerosos visitantes de todas partes del mundo. El Padre Goldmann dedica cinco o seis horas diarias a la oración, sin olvidar jamás que ha sido Dios, y no él, quien ha realizado tantas cosas a lo largo de su vida.

Mientras viajaba por América, pronunció una serie de conferencias sobre sus experiencias durante la II Guerra Mundial que fueron grabadas y recopiladas en un libro traducido actualmente a una docena de idiomas. Es evidente que Dios ha tomado a su cargo la vida del Padre Goldmann, una vida que ha conmovido a tantas personas.

Fr. Gereon Goldmann murió en el año 2003.